

SUÁREZ DE FIGUEROA, CRISTÓBAL (1571 – 1639)

PUSÍLIPO

(Ratos de conversación en los que dura el paseo)

INDICE:

Dedicatoria
Prólogo
Soneto
Introducción
Primera Junta
Segunda Junta
Tercera Junta
Cuarta Junta
Quinta Junta
Sexta Junta

DEDICATORIA

Al Ilustrísimo, y Excelentísimo Señor, el Señor D. Fernando Afán de Ribera y Enríquez, Duque de Alcalá, Marqués de Tarifa, Conde de los Molares, Señor de la Casa de Ribera, Caballero de la llave de oro de su Majestad, y de su Consejo de Estado, Adelantado Mayor de Sevilla, y su tierra, Comendador de Belvísde la Sierra, del Orden de Alcántara.

Virrey y Capitán General del Reino de Nápoles.

EL vivísimo deseo, con que de todos fue V. E. esperado, dejada la ocasión en silencio, es bien abonado testigo su presencia. Yo pues, en tiempo de tan universal alegría, dedico a su esclarecido nombre este Ramillete, o Azafate de frutos, y flores; ojalá hermoso, y flagrante, como correspondiente en todo al puro afecto del corazón, que le ofrece.

Corre, como a su centro, al amparo de V. E. tan calificado Príncipe; no tanto (con ser tan ínclita) por la cercana decendencia de la Casa Real de Castilla, cuanto por la excelsa dignidad de ser superiormente Virtuoso, y Sabio. Así, aunque opulento de mayores dones, no desconfía le concederá su benignidad protección, por haberse labrado con esperanza de lograrse a sus ojos. Prométese con seguridad, será, coronado de su censura, agradable al más opuesto, por reverencia de tan gran Padrino, a quien con humildad se consagra. Guarde nuestro Señor a

V. E. muchos, y muy felices años como sus criados deseamos, y hemos menester.

D. Cristóbal Suárez de Figueroa.

PRÓLOGO

Así al niño enfermo ofrecen dulce la orla del vaso, y a un tiempo lo amargo bebe, dándole vida su engaño.

Del Taso, Canto I, Otava, 3.

ESTO puntualmente pasa en el título deste Libro. Dél se podrá colegir, no haya dentro cosa de sustancia; y con todo, entenderlo así, sería manifiesto engaño. Ardid y estratagemas fue para alentar desganados, como se suele con manjar delicado, y atractivo. Propone consejos sabios, y exquisitos pareceres para las honras, y manejos a que se previenen los hombres. Obliga con la dulzura de las palabras, y recrea con el deleite de las sentencias, que como flores van por su campo esparcidas. Desto hará mejor juicio quien con atención leyere. Con atención se dijo; porque así se adquieren mayores secretos de la lección, y se adelgaza más la inteligencia. Ésta se ha de unir al debido orden de la obra, sin llegar con tal apresuramiento al último, que apenas se guste el principio; y se olvide el sentido, lleno de provechosa doctrina, eslabonado con el medio, y fin.

Brevísimo ha sido el tiempo en que se formó este parto; y tanto, que con recelo de corto crédito, no se expresa: mas no por eso se pretende, escuse la celeridad la censura. Enmiende quien tuviere capacidad: mas pues el Sol no resplandece para el ciego, el ignorante aprenda, o por lo menos venere lo que no entendiere: que de idiotas murmuraciones sólo se sacan vituperios. Tras éste, publicará su Autor la Residencia de talentos; ha días esperada de curiosos. Luego otro, intitulado Olvidos de Príncipes, esto es, daños sucedidos por ellos, fábrica para los mismos, no menos erudita, que importante: con que en la interpolación de sus ocupaciones de treinta, y dos años; sirviendo en varios puestos a su Majestad; habrán sido doce los asuntos de sus escritos, a saber.

Espejo de juventud

Pastor Fido, vuelto en Castellano

La costante Amarilis, prosa y verso

Historia de las partes de Oriente

España defendida, Poema heroico

Plaza Universal de todas ciencias

Hechos del Marqués de Cañete

El Pasajero

Varias noticias, utilísimas a la vida humana.

Soneto

La Nación Española, a la felicísima venida del Excelentísimo Señor Duque de Alcalá, Virrey deste Reino de Nápoles.

¡Oh Fernando Magnánimo!, mi voto
oyó piadoso el cielo, oyó mi queja;
oyola en fin, y al improvisado
de mi calamidad el lazo roto.

Ya l'ansia extrema en que me puso Cloto,
en gozo convertida, no me aqueja,
que claro Sol oscura sombra aleja,
y un Céfito suave a un fiero Noto.

Pues nadie a tu piedad recorre en vano,
en mí restaura el desmayado brío,
cobre nuevo decoro, y nueva forma:

mas ¿qué no hará tu generosa mano
si en todo imita a su glorioso Tío,
de toda ley, de todo acierto Norma?

INTRODUCCIÓN

Nápoles, por su fertilidad gozoso esfuerzo de naturaleza: joya para cuya consecución, tantas valerosas naciones opuestas concurrieron; si bien, por cualquiera parte, que se mire, es todo casi perpetua recreación; librada en verdísimas arboledas, y llanuras; selvosas, y fructíferas montañas; mar por una parte, con forma de anfiteatro; guarnecido de convecinos pueblos, y edificios sumptuosos; y por otra, de vista indeterminada; posee a su mano derecha, al Poniente colocada, distrito de su mejor temple, un amenísimo sitio, epílogo de las más bellas variedades, que se pueden ofrecer a los ojos. Nace su principio, del fin de la saludable Playa, que Chaya es dicha; dilatándose a manera de estendido brazo; sobre quien en diversas perspectivas, abundan jardines, y palacios, que exceden a los más famosos antiguos Pensiles, en disposición, cultura, frutos, y flores. Al tramontar del Sol, su apacible eminencia es causa de fresca sombra, lisonjeada deste, o aquel bullicioso viento, a la marema, que tiene la opulenta ciudad casi enfrente; a la que admirada, y reconocida a tantas hermosura, como en sí contiene esta prodigiosa cinta, este nuevo terrestre paraíso, besa con menudas ondas sus pies, lamiendo con blandura, y respeto sus peñascos.

A este teatro de delicias pues, Pusílipo comúnmente nombrado; para refrigerarse, divertirse, y entretenerse en la más molesta sazón del Estío; recorren naturales, y extranjeros de todo sexo, y grado, formando de vistosas, y pintadas falucas, no menos digno bulto en la mar, que de admirables fábricas el grandioso lugar en la tierra. Y esto a las horas, entonces cuando declinando por algún espacio el mayor Planeta de su Cenit, se deja con notable diferencia caer en el Ocaso. Mas aunque semejante alivio del calor, sea de muchos cotidianamente buscado; viene a ser con mayor exceso el concurso en los días festivos; solenes por la copia de músicas de diversos instrumentos, y por la cantidad de galas, y bizarrías, con que ostenta crecido número de hermosas damas, y de gallardos caballeros. Puesto que otros, aun más codiciosos de no perder tantos deleites, y regalos; particularmente, los que en aquella parte gozan cómodas habitaciones; algo antes de comenzar el rigor de la Canícula, se trasladan a ellas, juntamente con sus familias, sin visitar las que en poblado dejan, hasta que el signo Libra con su nativa suavidad, domestica, y temple el ardiente enojo del León, y la influencia melancólica de Virgo. Y siendo propia, y ambiciosa calidad del hombre, el ser sociable; fue, y es antigua costumbre aquella amena soledad, el buscarse los más cercanos, para pasarla menos sola, con discretas conversaciones, a la vida humana utilísimas.

En esta conformidad, acertaron a ser en corta distancia vecinos, cuatro ingeniosos sujetos; si diferentes en profesión, en afecto, y voluntad virtuosamente conformes (que aun en naturalezas diversas se puede hallar la amistad unida) Rosardo, Florindo, Silverio, y Laureano. Rosardo, anciano ya, parece, tenía aplicado todo su genio a las letras Políticas, de quien por instantes (como en aforismos) recogía los preceptos del gobierno mejor; Norte seguro, y ciencia más que necesaria, para regir con acierto los súbditos; malcontentos de ordinario; y por esta razón, piélagos procelosos en todo tiempo; en quien muy pocos navegan

sin dar en algún escollo. Florindo, que por singulares demostraciones, había en la milicia conseguido honrosos puestos; bien que con robusta edad, en pacífica quietud, gozaba de su Rey no corto estipendio, premio a su mucho valor menos que bastante. Era Silverio, expertísimo en la cautelosa filosofía de Palacio, y en especial, sufrido en los desprecios de pobre, pesada piedra, que le obligaba a seguir la engañosa esperanza de pretensiones, eligiendo inútilmente, por su deidad, una estatua, siempre muda, frágil, y perecedera. Laureano, Académico de algún nombre, en el Napolitano Liceo, se mostraba gratísimo a las Musas, a la dulzura de cuyo estudio, aplicaba ociosos ratos; siendo no menos honestos, que ejemplares los asuntos de sus composiciones.

Éstos, habiendo de todos, eligido el más agradable jardín, en cuya frente cierto mediano escollo (humedecida su nariz con larga vena de una natural inculta fuente) como vigilante atalaya descubría cuanto en el inestable mapa de tantas maravillas se delineaba, ocuparon sus deleitoso espacio; entre otras siestas, una cuatro días después de la solene festividad, dedicada a la gloriosa subida en cuerpo, y alma de la Soberana Reina de los Cielos a los Estrellados Alcázares, con nueva, universal alegría de los Coros Angélicos, siendo lo que en la primera junta discurren lo que se sigue.

PRIMERA JUNTA

ROSARDO, FLORINDO, SILVERIO, LAUREANO.

Bien considerada ha sido nuestra venida, antes un poco de lo acostumbrado: puesto que parece, se ha querido este día anticipar también el calor; y tengo por acertada la preservación en su exceso; que encenderse con esperanza de refrigerarse; no es a propósito; no obstante (según voto común) haya de ser hasta el sudor primero el ejercicio.

Florindo. Sin duda, no es esa regla de semejante estación; donde a pie quedo en otras partes, se siente tanta penalidad, que apenas el anhelante corazón la resiste, hallándose por la ardiente fatiga, como embarazados sentidos y potencias. Felicísimo este sitio, cuyo padre es el recreo; cuya madre la templanza.

Silverio. ¡Oh cuán apriesa parten de Nápoles hacia donde estamos, varias flotas de falucas! Todas se emulan en el apresuramiento. Vistosa competencia de remos. Tal debe ser allá el ardor, que les obliga a buscar con alas de pino esta frescura. ¡Fragilidad humana, en algún Estado jamás contenta! Quejosa en Invierno, contra cuyos rigores siempre solicita reparos. Toda ansias en el Estío, huyendo sus adustos efectos, con el escudo de la humedad y del frío. Mudanza y novedad de salud en Primavera, y Otoño: todos los tiempos son para ella calamidades.

Laureano. Adelantad más os ruego, ese pensamiento. ¡Oh cuán mal se resisten los apetitos! Ojalá se moviesen los hombres, que son dados a placeres, a dejar aparte con tan buena consideración, las engañosas dulzuras del cuerpo; atendiendo a la preciosa piedra del alma, para mantenerla siempre con limpieza y polimento. ¡Cuántos hay, que repudiando el útil conocido, abrazan el daño, revestido de una falsa apariencia: como sabueso, que ocupada la boca con caza, desea seguir la que mira correr delante; sin advertir, puede con facilidad perder una y otra! ¡Oh infelicísima nuestra opinión, falta de todo sano juicio; pues aunque patentemente descubramos nuestra perdición, la seguimos alegremente!

Rosardo. Discurso digno de vos, mas dilatad más sus límites. ¿Quién hay que ignore, volar nuestra vida con más velocidad que relámpago; cuya brevísima luz pasada, quedan los ojos

más ciegos? Hállase verdaderamente el hombre envuelto en el mundo; entrado en el río de las miserias: parecele luz lo que le muestra el apetito; mas al improviso (¡ay dél) precipita en la oscuridad. ¿Qué parte se reconoce de bien en este curso de la vida? ¿Dónde está su buen principio, dónde el medio óptimo, y dónde el perfecto fin? En el mismo día que es engendrado, en ése le abraza la muerte para aterrarle. Nuestro primer fundamento tiene su apoyo en tinieblas y corrupción. El primer paso que nos expone a la luz, nos ocasiona dolor y llanto. Hallámonos desnudos, enfermos, inmundos, necesitados de toda cosa, y menesterosos de cualquier socorro. Después, si acaso no queremos parecer estatuas, sin sentimiento, ni operación, conviene ser disciplinados, regulados y amaestrados: empeño que nos ofrece dificultad, inquietud, y afán. En este medio, ¡cuántas necesidades nos asaltan, cuántos infortunios nos oprimen! Los elementos nos ofenden, las enfermedades nos persiguen; sin dejarnos reposar un hora los trabajos. La soledad nos enfada: la compañía nos importuna: el vivir mucho nos cansa: el poco nos perturba: la mediocridad nos descontenta. Por una parte la imaginación de la muerte acomete nuestra vida; y por otra, las pasiones de dejar la hacienda, los amigos, la mujer, los hijos, y el mundo, nos afligen sobremanera. ¡Oh qué desconuelos, oh qué terrores, oh qué sobresaltos padece este confuso individuo! La mayor parte del cuerpo se halla colmada de ira, de rancor, de malicia, y vacía a menudo (antes siempre) de justicia, de misericordia, y de piedad. Veamos últimamente, de qué sirve un hombre a otro. Con la fuerza, el malo abate y huella al bueno: el necio usurpa al sabio la dignidad: el mentiroso destierra al verdadero: el noble de buena inclinación, está sujeto al gobierno del rústico mal nacido. Vive el vicio, muere la virtud. ¡Valgame Dios, cuántos montes de dificultades, cuántos estorbos invencibles se oponen a esta breve y frágil carrera de la vida; ceñida y adornada siempre de infaustas y funestas preseas!

Florindo. El presente vistoso alarde de tantas beldades y gentilezas, si se considera por su fin, es humo, es sombra; sin respeto de sus imperfecciones, nada apetecibles sus lindezas. No corresponde a lo de fuera lo de dentro. Engaño es todo: rostros iluminados, cuerpos fingidos. Ardides son de curiosidad los más que vemos. ¡Oh si al amanecer fuese posible reconocer a sus dueños con otros despojos! ¡Cuántos, quitada la máscara del ornato, se hallarían indignos de ser vistos! ¡Cuántos por sus defectos se esconderían en sus retretes, negándose a la publicidad! Mas en fin, son jardines, son plantas, y necesitan de aliño y aseo. Pensiones son de la vida, y ojalá fueran espejo en que se viera la celeridad con que se pasa.

Silverio. Palacios que por momentos se desmoronan son los mortales. Pavones de ruedas pomposas, sin mirarse a los pies jamás, para humillar la soberbia. Y lo que sobre todo admira, es ver cuán gustosos viven con sus faltas, pues viéndolas cada día no les dan crédito; antes color y salida a las más notorias y concluyentes. En suma, está bien advertido, hallarse en el mundo tres cosas bien repartidas; todas a satisfacción de sus poseedores, calidad, hermosura y sabiduría. ¿Hay por ventura quien se tenga por vil, por feo, o por ignorante? ninguno por cierto. Con esta mentida credulidad vive pues, cada uno contento; engaño en cierta forma necesario, y lisonja poco menos que lícita: pues el conocerse y rendirse a la evidencia, pudiera engendrar desesperación.

Laureano. Notad la gravedad y armonía con que se viene acercando aquel digno competidor del Veneciano Bucentoro I. ¡Qué dorado, qué hermoso, qué ostentativo! ¡Cuántas tremolan en él flámulas y gallardetes! Bien merece el obsequio y aplauso que le hacen todos.

Florindo. ¿Qué mucho, si es del que en el Reino ocupa el más eminente puesto, del que tiene sobre todo casi absoluta potestad?, Rey, si bien por tiempo limitado, con iguales preeminencias, y prerrogativas. A distancia ha ya llegado, favoreciendo la fuente, que con facilidad podemos dar atención a los acentos de aquella voz; pues se para, y tan bien la merece, no se la neguemos.

En tanto que a tu cabeza
hebras, como estrellas, ciñen;
rayos con que turbas luces,
lazos con que prendes libres:

en tanto, que alegre el Alba
en tus mejillas se ríe;
y es su púrpura, es su nieve,
trono donde Amor preside:

en tanto, que de tu boca
las flores, y los rubíes
son de las almas tesoros,
son de los campos Abriles:

mientras el Sol en tus ojos
con tanto esplendor asiste,
y ostenta naturaleza
en tus años juveniles:

ama Lisis; no la edad
tantas bellezas eclipse,
muriendo sin esperanza
de que otra vez resuciten.

No te fíes del cristal,
de tu hermosura no fíes;
ni pienses que son durables
de tu rostro los matices.

Vendrán los ancianos días,
como noches, que se visten
de fantasmas, de tinieblas,
unas feas, si otras tristes.

Amarás, sin ser amada,
llorarás lo que perdiste,
sin dar pena, sin dar gozo,
hables dura, o blanda mires.

Cuando tus méritos nieguen,
que Diosa, a humano te humilles,
el amor no es calidad,
ni quiere por el origen.

Amó Tetis a Peleo,
ardió Venus, por Anquises,
por Endimión, la Luna,
y hasta Cupido, por Psiques.

Rosardo. Fénix puede ser de las voces la que hemos oído. ¡Qué sostenidos, qué pasajes! ¡Con cuánta dulzura se eleva, y con qué airoso regalo se deja caer, como despeñándose! Maravillosos extremos, con que se recrean los espíritus, y se ponen los sentidos en suavísima calma.

Silverio. Alabanzas son bien dignas del dueño, tan conocido por único en toda España; ni sólo aclamadas en voces universales, sino reducidas a lo durable de un volumen, en que compitieron los ingenios más cultos. Es debida a la virtud la inmortalidad de las plumas, firmísimas pirámides contra las injurias del tiempo. Parece, había entendido nuestros discursos, según que a su tenor acomodó los concetos, persuadiendo brevedad a una rebelde hermosura.

Laureano. Hállome apesarado, respeto de mi negligencia; pues trayendo conmigo, por descuido, al partir de la más ínclita Villa, el Soneto que en su loor me señaló la Carpentana Academia, le negué a la veloz irrevocable solicitud de la Estampa. Paciencia si llegó tarde. Quizá fue más a propósito: puesto que entre tantos concetos superiores; ¿qué pudiera prometerse el inferior mío? Ave ratera sin duda, si ellos águilas caudales.

Rosardo. Indiferente procede casi siempre mi arbitrio, sobre el juicio de la poesía. Gasto poco tiempo en inquirirla, y menos en ponderarla, ocupado (a mi parecer) en estudio de más consideración, cual viene a ser el de materias más sustanciales. Mas no por eso, condeno su honesta ocupación, como sea por alivio de otros más penosos estudios: que es para cualquier entendimiento peso insufrible la continua lucha de graves letras. Demás, que quien a bulto la desfavorece, y excluye, dista poco de bruto: como quien intentase atribuir sombra a la luz: que sólo su profesor puede ser a suficiencia elocuente, por la posesión que alcanza de las mayores riquezas que las lenguas contienen. Vitupero si bien, la mediocre, y en particular, el hacerla mercenaria: pues sólo con interés se puede violar su decoro, se puede marchitar su verdor. Así, de aquí adelante, permitirán nuestras juntas, también la recreación de los versos, admitidos como intermedios de otras más nerviosas pláticas; o como curiosos cuadretes, que para gusto, y olfato comprehenden frutos, y flores. Por eso, se os pide ahora, teniendo vigor de mandato el ruego, manifestéis el Soneto, por la ocasión apuntada, como debiera, no publicado.

Laureano. Puesto que en esta conversación es mérito la obediencia, dice así el compuesto a la excelente habilidad de la impar Belisa.

¡Oh sirena del aire, que el oído
blandamente suspendes, y regalas!;
¡oh tú, que en lauros métricos igualas,
de tanta piedra al Trace obedido!:

tu acento en dulces quiebros dividido,
con cuya formación gozos exhalas,
la en voz facunda, cuan veloz en alas
resonante reserva del olvido.

Mientras canoros números alternas,
ceñido el corazón de éstasis nuevo,
sentimientos suavísimos espira:

cede, Belisa, y te ministra eternas
siempre gloriosas alabanzas Febo,
pulsante hermoso de celeste Lira.

Florindo. Partes abraza de perfecto poema; que tal nombre le cuadra a cualquiera que con arte se compone. Exagera delgadamente lo singular de lo que celebra. No son comunes las frases; antes apropiadas a lo en que viene a ser insigne el sujeto. El sentido, no ha menester comentario; pues elegantemente se libra de toda escuridad: que con estudio afectarla, disminuye la elevación del conceto, y humilla la alteza de la locución. Mas esto aparte por ahora, soy de opinión se prosiga lo que más importa sepamos.

Silverio. Considerado por puntos, no hacemos todos los días más que pasearnos sobre la Scena desta máquina, siendo los unos a menudo espectáculo de los otros, durante el tiempo de nuestra vida; juzgo, se deba propiamente llamar Comedia, cuanto con tantas entradas, y salidas de novedad en el mundo pasa. Por instantes mudamos vestidos; haciendo ya este personaje; ya contrahaciendo aquél: hasta que al fin de la representación; cada uno se pone encima sus primeros vestidos: volviendo, según costumbre de Farsantes, al estado en que primero se hallaba. Tierra antes, y tierra después. Uno con tristeza se despoja del Reino; y otro con júbilo se le viste. Éste con dolor, deja caer de sobre sí los tesoros; y aquél con ansia crecida se los incorpora; hasta que la unión ridícula de nuestras acciones se convierte en Tragedia, donde todos los vestidos son iguales, parando todos los usos en una misma librea.

Rosardo. Corroborando pues, la fuerza de tan prudente proposición; es cierto, no saben más los hombres de lo que en este mundo se han imaginado. Porque antes de nacer, de donde hayan venido; nacidos, donde hayan de ir a parar, ninguno por sapiente que sea tenido, lo podrá insinuar, cuanto más con certidumbre aseverarlo. Así que acerca de inquirir, y de investigar novedades, inútilmente se cansa la más despabilada Astrología: perdonen las Esferas, o Cielos con sus Ascendentes, o Descendentes, con sus Signos, Cálculos, Sextiles, o Trinos, siendo escusada superfluidad, atender a incógnitos Planetas, sino sólo a lo que se tiene delante, y se vee con los ojos. ¿Sabrá por ventura, el más perito escrudinador de los Orbes, algo de las órdenes de Dios? Temeridad sería, y no pequeña poner la más sutil imaginación en tan recóndito arcano. Bien que pondere a menudo, fuera deleitoso, a ser posible, probar todas las vidas de los hombres, y aun provechosísimo sin duda, y más a los que ocupan más encumbrados puestos; y que más deben tener bañados de piedad los corazones. Porque, demás de los remedios, y socorros, que aplicaran a tantos escuadrones de miserias, como combaten a innumerables angustiados, desterrada de casi infinitos expedientes (que en la ciencia del bien, y del mal consisten) la perniciosa ignorancia, otros casi infinitos aciertos de su experiencia, y capacidad se pudieran prometer los súbditos.

Laureano. Bienes son éstos adquisitos, por quien se vieran muchas naturalezas enmendadas; como el que valiéndose de rebozo, o máscara, frecuenta espaciosamente todas las calles; o asiste en todas las conversaciones de la ciudad; en cuyas ruedas no suelen estar muy seguras las espaldas de los Magnates.

Silverio. Quien nace con inclinación de plebeyo, jamás (si no me engaño) parecerá verdadero Príncipe, por más que anhele la apariencia, y desee ser tenido por tal. Derribarse con irreparable violencia al favor de los indignos, internándose con idiotas, aborreciendo sabios, premiando ruines, admitiendo aduladores, escuchando malsines, deleitándose con truhanes, y cometiendo otras sin número insolencias, y menoscabos. Solamente del más sonoro instrumento humano, son los bienes del ánimo las cuerdas más principales. Y cuando los órganos de nacer, y ser señor, se hallan unidos, la armonía corre admirablemente. Mas nacer sólo, sin ejercer virtuosas operaciones, es (en opinión de todos) género de infelicidad. Como el que se jata de bienes, que no son suyos, de quien debe esperar cortísimo renombre.

Rosardo. Sobre todo, jamás el perfecto Gobernador ha de permitir, se escurezca la luz de su entendimiento con las depravadas invenciones de los malos. Resida siempre en su pecho el Consejo más claro, y provechoso, acompañado de sus nobles costumbres. En obrar, debe ser de contino principal agente, pues de los dos necesarios extremos, fue siempre mejor el conducir, que el ser conducido.

Florindo. Sin pensar nos hemos entrado en la Política: y supuesto que el primer objeto, fue a nuestros ojos la primera, y más digna persona del Reino; será asimismo acertado, concederle en nuestro razonamiento también el lugar primero.

Laureano. Con los Príncipes no conviene empacharse. Sólo ha de ser en todos universal cuidado ensalzarlos debidamente; que lo demás sería abominable adulación, a los ánimos generosos vituperable. Es lícito con atención cuidadosa ponderar sus dignas partes; sus dotes naturales, y adquisitas; que en tan noble sangre, es imposible dejen de concurrir muchas, y más fomentada de tan acendrada educación. Éstas se deben engrandecer, y celebrar por momentos, para que a los regidos sean dechado. La antigüedad en sus convites cantaba a son de Lira, los claros hechos de sus Mayores, para incitar a su imitación, sirviendo a la juventud de ardiente estímulo. Demás que:

El ejemplo del Rey compone el Orbe.

Silverio. Documentos a los que suelen regir muchedumbres, no dificulto serían importantes. El hijo del mayor Príncipe, nace no más inteligente que el súbdito. Es piedra preciosa, que trabaja mucho el labralla, pero recibe mejor la forma. Y ¡ay de la República, si deja de salir la enseñanza esencialmente como debe! pues convendría para sus aciertos, ser celestes Espíritus; siendo difícil como hombres, saberlo todo. Propóngase pues, en esta Sesión primera, la más superior doctrina; célebre por muchos respetos, mas sobre todos, por ser ciencia de Reyes, y Príncipes; que así se podrá decir tiene:

Del hecho la mitad quien bien comienza.

Rosardo. ¡Qué propio blanco de intenciones plebeyas; tratar de gobernar el mundo y reformar los desórdenes del siglo! Como si acaso el presente fuera más calamitoso que el pasado. Hereden esos cuidados los a quien están cometidos tan penosos desvelos; que nosotros entre las angostas márgenes de la sinceridad, pasaremos gustosos, eligiendo por guía la bondad, sin quien cualquier descanso es zozobra; cualquier seguridad peligro.

Florindo. Viven los Gobernadores de dilatadas Provincias, siempre ocupados, que la frecuencia de negocios respiran continuos impedimentos. Por tanto, de notable virtud se ha de hallar ceñido, quien robando algún breve tiempo a tan forzosa asistencia, le aplicare a la erudición de Estado, a la razón del Gobierno. Sólo pues, para nuestra utilidad, deseamos no ignorar tan necesarios preceptos; que no es arte menos digna, que la de mandar, la de saber obedecer. Por ventura permitirá el Cielo, se platiquen algún día con universal consuelo: entonces cuando desterrado el idiotismo, hallaren la Equidad, y la Misericordia abiertas las grandes puertas de los Palacios. Con este incentivo, y aditamento, que reconozco ser en los tres común, os hacemos, oh Rosardo, instancia, que como más versado en tal género de letras, explanéis lo que os ocurriere, y juzgáredes ser para nuestra instrucción más conveniente.

Rosardo. Caso que lo propuesto haya de ser; mejor lo hará cualquiera de vosotros; como en todo de más vivacidad, espíritu, y suficiencia.

Laureano. Eso sería querer quitar la clava de la mano al domador de tantos monstruos Alcides.

Rosardo. Pues aquí según ley al principio establecida, ni valen réplicas, ni aprovechan excusas, cumple daros satisfacción con lo que se me fuere ofreciendo. Y ojalá hallara siquiera un breve rato favorable la audiencia de un ínclito Príncipe, de inimitable valor, y experimentada sabiduría; acertadísimamente electo para el supremo cargo de Virrey deste opulento y gentilísimo Reino; ya que no fuera del todo inútil nuestro coloquio, para gobernar con destreza su máquina, para enderezar lo torcido de su plantel. Así lo guíe el Cielo; allí suceda. Ni por pasar entre nosotros, es justo hacer poco caso de tan provechoso razonamiento. Jamás se debe menospreciar quien poco puede; puesto que un palillo es útil a cualquier gran personaje, sirviéndose dél en la boca, lugar de los más preciosos. Dando a la verdad el lugar debido, el Señor que nació en España con la dignidad de Grande y facultoso Patrimonio, ¿qué más, cuanto a su persona, pudo desear?; pues necesariamente en calidad y cantidad a casi

infinitos excede; y a los mayores iguala. Al poseedor sobre todo, de tantas preeminencias, títulos, y estados; y por ellos, por sí y sus famosos progenitores, de tanta autoridad y estima, ¿qué le podrá ministrar de aumento el presente, si bien cuantioso y honrosísimo cargo? Es cierto, que sólo particular inquietud, enderezada a la común prosperidad; ocupándose todo, como prudentísimo Gobernador, en la consideración y manejo de sus más útiles expedientes. Añádese, para la ponderación de mayor cuidado, leerse de muy pocos, que acertasen en el gobierno de aquella República, donde los excesos casi por costumbre perseveran. Aquí (dice un moderno) el Príncipe remiso es cuchillo: nunca más gravemente castiga, que cuando perdona: y el severo no es a propósito, como quien falto de conmiseración, parece muestra gozo en las públicas calamidades. Grande juicio se requiere, singular vigilancia y prudencia en quien ha de tratar de reformation; y no menor industria y arte para reparar los daños, no sólo que amenazan; sino que ya afligen provincias y pueblos; naufragios con gravísimo sentimiento padecidos. Lo cierto es, concurren hoy en el que ha sucedido al gobernalle deste grande y potente navío, todos estos loables requisitos; siendo tan igual, tan recto, tan asistente por inclinación, tan vigilante por naturaleza; tan desasido de los estorbos (prolija edad y falta de salud) que suelen impedir la ejecución de la más ajustada voluntad. Llegó la libertad de cometer atrocísimos crímenes, donde nunca; causa sea ajeno descuido; o culpa sea de rigurosa celeste dirección. Mas ya, sólo con la presencia de quien con tan vivos deseos fue esperado, se prometen todos improvisa restauración en lo más estragado; y pronta enmienda en lo que más guiaba a perdición. En todo pues, se aguarda mejor siglo; en todo sucesos mucho más dichosos; con notoria seguridad, que ni la gravedad de excesos cerrará del todo el paso a la misericordia; ni en medio desta confianza, querrá el pueblo mismo excluir la justicia; tan milagrosa destreza se supone en quien son tan naturales los estudios de excelente Príncipe: en quien se miran tan ilustres partes: ciertos los más discursivos, de que puesto en la ocasión de regir, ni disimulará del todo, ni se opondrá cara a cara; sino poco a poco corregirá la República, hasta reducirla al más perfecto estado; con solicitud, con providencia, y consejo, medios con que eternizará su memoria. Así me haga ver el poderoso Dios, respeto de su operación, con admirables efectos continuados en los venideros, cuanto con certísima esperanza muestran ahora sus primeros días, para que pueda alegrarme conmigo mismo de haber pronosticado la verdad y con anticipación de tiempo venerado justamente su nombre.

Laureano. Juzgan los curiosos de Estado la prosperidad de cualquier ciudad o provincia en la buena disposición de quien se ha de elegir por cabeza. Quieren, hayan resplandecido en él las costumbres: luego fijan los ojos en el concierto de la familia; de cuya organización, como de pequeña República, arguyen la suficiencia del dueño; sintiendo ser a propósito, desde allí trasladarle a gobierno más general y público. Esto así en opinión universal de las gentes; mas con todo, no hay regla que deje de padecer su excepción. ¿Quién ignora, gobiernan unos con modestia sus casas; y fátales generosidad y pecho para regir numerosa muchedumbre? Otros, hechos a grandes cosas, no saben humillarse a las menudas. De suerte, que merecerá no pequeños loores quien en cargos que tan diversos naturales piden, se ajustare de forma, que tan humildes bajos y altos tan soberbios, antes hagan en él armonía, que desigualdad.

Rosardo. Considerando ese punto, grande maravilla pues, debe causar aquel esclarecido Príncipe; aquel jamás bastantemente alabado de innumerables lenguas y plumas, don Perafán de Ribera, el Máximo, Duque de Alcalá; pues en todos los progresos de su vida, en los negocios más importantes y en fin en cuanto puso mano, obró tan alta y felizmente, que después de muerto (si puede morir quien vincula su inmortalidad en la memoria de los siglos) dejó con sus dignas operaciones establecido en el mundo, para los aciertos en todas materias, la enseñanza de visibles preceptos.

Y puesto, que más ardientemente nos inflaman a las virtudes; y mejor para seguirlas nos disponen las acciones egregias de ilustres Supuestos, que las palabras de insignes Oradores y Filósofos, que disputan de las costumbres; habiendo por consiguiente, ordenado la naturaleza,

alcancen las mismas cosas mucha mayor fuerza que tienen sus nombres; no admitiendo contradicción, deberse anteponer la imitación a la lección, como se suele un vivo a un muerto: he deliberado (y pienso, con judicioso dictamen) representaros en lo que fuere proponiendo este discurso, los medios que eligió aquel gloriosísimo Príncipe (dignamente perpetuo dechado de los que le van sucediendo) en el empeño difícil de gobernar este rico y dilatado Reino. A fin, de que así como Dios había formado a Don Perafán según la mejor Idea, para semejante ocupación; quien hoy le rige, como sangre suya tan próxima, se forme a sí según la Idea del mismo famosísimo Duque. No hay duda, sino que imitándole, y transformándose todo en él, será por consentimiento general, llamado padre de la patria; Varón sobre todos prudente, para con Dios Piadoso, para con los hombres Justo, en sí mismo templado, en el cuidado familiar diligente, y mucho más cuidadoso en lo que perteneciere al bien de la República.

Silverio. Las cosas al lado de sus opuestos más lucen y más campean: ejemplo en lo blanco, si tiene cerca lo negro. Infiero desta proposición, será acto de ingeniosa inventiva, mientras fuéredes exponiendo el loable proceder de tan perfecto Rector, os vamos contraponiendo las imperfecciones de Monsiur de Gevres, Gobernador general que fue por el Rey Carlos en España; a quien Lerma en sus escritos, con tan execrables metros, tantas veces vitupera. Así, el que vos celebráredes quedará más realzado, y por el consiguiente más abatido y deforme el que el otro delgadamente satiriza.

Rosardo. Agrádame el pensamiento, y así en fe de pacto tan bueno, demos al intento principio.

En cuatro puntos, a mi ver los más esenciales de la administración, se ceñirá la mayor importancia desta imitación; abrazando de camino las circunstancias que se derivan de cualquiera dellos: Gobierno (démosle título de Popular por la muchedumbre) Justicia; dispuesta en sus dos especies, distributiva y conmutativa: Estado, y Milicia. Al pueblo llamaron los Sabios monstruo de muchas cabezas; vario, ligero, inconstante; facilísimo para cualquiera alteración, si por instantes no es detenido con prudente freno. No hay en el vulgo razón, ni discurso. ¿Acaso, hállase cosa tan insolente como la multitud, que sin entender con flema, corre sin consejo a ejecutar las empresas, como despeñada corriente? En sus operaciones, es no menos temerario, que para poco. Prontísimo en mudar opinión, incierto, feroz, engañoso: útil en la voz solamente, fácil para ira y adulación. Débese tratar esta basa fundamental de errores; este maestro de malos usos, como doméstico criado; quitándole de delante toda ocasión de queja, con tenerle bien mantenido, gustoso, y en particular, poco oprimido con exquisitos tributos; porque rotos una vez los límites de la modestia, solo con sumo rigor de sangrientos castigos se detienen sus ímpetus. Puesto, que no se puede doblar con razones, ni vencer con autoridades; ya que las unas no entiende, y refuta las otras. La causa de haber bien a menudo adelgazándose su alimento, ha sido por sustentarse hijos estraños de los frutos que para los suyos fecundamente produce el Reino, estenuando su abundancia. También de la malicia, y fraude de los Proveedores, dignos de rigurosos castigos. Es cierto, abunda todo con notable exceso, cuando la variedad de lo que se recoge en sus doce Provincias, quedase en ellas, y cesasen las malignidades, y robos en pesos, y posturas de quien lo vende, y distribuye. Medio bastante sería, para que sobrara todo, y todo puro, y perfeto, como sucedió en la administración del Duque; a quien pidiendo uno de los mayores Titulados cierta saca de trigo, por estar empeñado; y haber tanto que no se vendía, y ser menester arrojallo. Procure (le respondió) desempeñarse por otro camino; que es mi resuelta pretensión, haya tanto, que se arroje. Hecho, y dicho como suyo.

Ordenaba el mismo, le hiciese un criado, de los que más se fiaba, certísima relación todos los días, sobre el estado en que se hallaba la ciudad, cuanto a bastimentos, incluyéndose en esta palabra, hasta las más comunes menudencias; y si se distribuían sin mezcla, y con fidelidad. Advertía, se notase con todo cuidado, si en los puestos públicos sobraba el pan (universal

alegría, y satisfacción) bien cocido, y condicionado, y mandaba muchas veces, le trujesen a su presencia, para que de su bondad fuesen jueces los ojos. Era prontísima, y rigurosa la pena de todo bastimento adulterado, de todo peso diminuido; corporal casi de continuo, raras veces pecuniaria; sin que en esta parte tuviese el perdón lugar. Así, vivía el Graseo (suena como sabéis, superintendente de vituallas, su juez superior, y ponedor de precios) vigilantísimo, y solícito sobremanera; ocasión de temblar todos, resultando de semejante miedo la común utilidad, en llevar cada uno lo que le tocaba cabal, y no pervertido. La falta de justicia...

Laureano. Tened, que hartos injusto sería; y hartos enemigo de su solaz, quien por ahora más os atendiese. Notable complisión, y naturaleza tienen estos rigidísimos Catones, pues en llegando como se suele decir, a su mano la pelota de documentos Repúblicos, jamás la saben remitir a otros. Dios nos libre de circunloquios tan circunspectos, por no decir tan importunos. Perdonadme, en ninguna cosa, salvo en ésta, parecéis viejo: que a esa edad solamente es la locuacidad familiarísima, escribe Plutarco. Por tanto, acerca de Terencio, doliéndose un mancebo de la habla molesta del anciano Arquímedes, añade: Mientras esto decía, se pasó la hora. Contrarios siempre a la frescura, y lozanía de la juventud, pues al paso que les va faltando la humedad, se vuelven térreos sus cuerpos, dando la aspereza de sus carnes a conocer la sequedad de su naturaleza. Empero, se puede afirmar en el vuestro, y su favor, ser propio en ellos, hablar, y saber mucho; y así dignísimos de ser siempre con veneración escuchados. Mas si a todos pareciere, no se gaste todo lo grave en la Junta de un solo día. Dejemos algo para las otras; entreverando, como más arriba enseñastes, juguetes de más dulzura, y al entendimiento menos gravosos.

Rosardo. Descubierta habemos, si yo como viejo prolijidad; vos como mozo impaciencia. Violentado, no voluntario entré en la que os ha parecido narración pesada. Ni era posible reducir a pocas palabras materia de suyo tan estendida, y de tantas advertencias merecedora. Naturalmente se va oponiendo la senectud a la edad más verde, por la diversidad de humores, y pensamientos que en ambas reinan. Muda el tiempo la sangre, y las complisiones. Por lo que no será maravilla que discordemos. Mas quien tan presto manifiesta enfados, debería seguir la soledad, y robarse a las conversaciones, donde tanto campean modestia, y tolerancia: pues apenas se halla en ellas alguno, que carezca de impertinente condición; siendo forzoso sufrir al amigo con sus faltas, a pesar de naturales antipatías; ya que serían bien menester cien brazos con cien espadas para reñir tantas pendencies.

Laureano. Jamás pensara, os había de dar tanto cuidado mi llaneza. Carecen de mordacidad mis palabras; y así acerca de todos merecen cándido, y sincero sentido. En los antiguos está la sabiduría, y en el mucho tiempo la prudencia. Sentencia que particularmente en vos mantiene su digno lugar. Por Maestro os hemos elegido, y como a tal os respectamos: mas sabed que allá corre la lengua donde reside el afecto. Estas negras Academias nos hacen perder el tino, y son causa de no tener la balanza justa al pesar naturalezas, y propiedades. Pareciéndonos cualquier sujeto tristeza donde Apolo no toca la Lira, y con sus canoros acentos no saltan las Musas.

Florindo. ¡Qué presto dio de mano a palabras melosas de captar benevolencia! Cualquier Artífice frecuenta su ocupación, y con la mente, y manos acude siempre a su ejercicio: como el movimiento de los Orbes, que es incesable. Por esta razón merece excusa Laureano; y así no se la neguemos. Los otros tres puntos que os quedan, se interpolarán en otras tantas siestas, en cada una el suyo, que con tan exquisitas Misceláneas, serán más gustosas las tardes.

Silverio. Díganos algo pues, Laureano, cuyo furor (entre Poetas llamado divino) apenas se puede reportar.

Laureano. Será a los bienes de la soledad el sujeto; donde Rosardo ha poco persuadió me retirase: oíd que comienzo:

Venturoso el Solitario
a quien da Ceres sustento,
dulce néctar, fuente clara,
verde grama, blando lecho.

Cuando anochece, dormido,
cuando amanece, despierto,
tantas contempla y admira
riquezas del Universo.

Nunca mártir de ambición,
de aplausos mentidos, lejos,
venera pajizas chozas,
desdeña dorados techos.

Ni emprende, ni solicita,
en fe de arrimos, y medios,
peligros en dignidades,
en sumisiones, desprecios.

O no siente, o no le turban
(siempre igual, siempre quieto)
de Mercurio los bullicios,
de Belona los estruendos.

Templa, al pie de verde sauce,
y al calor de roble seco,
del Can las ardientes sañas,
del Pez los temblantes yelos.

Cuando las fuentes, y ríos
murmuran; libres, y sueltos
de los grillos, y mordazas
con que los prende el invierno:

ser el campo reconoce
en sus ropas todo aseo,
ámbar todo en sus laderas,
todo vario en sus efetos.

Arroyos del prado sierpes,
divierten sus pensamientos,
ya con lenguas cristalinas,
ya con semblantes risueños.

Mil músicos ramilletes
su oído dejan suspenso,
con émulas melodías
de sostenidos, y quiebros.

En compases espaciosos,
escucha elevados ecos,
y entre las ramas responden
músicos también, los vientos.

Guarnición de la verdura
la Rosa; espiro recreos,
joya, que presenta Abril
tras las escarchas de Hebrero.

En competencia olorosa,
süaves infunde alientos,
presidente de las flores,
el clavel, galán, y bello.

Vano, manifiesta el lirio
(blasón de potente Reino)
con sus celestes perfiles,
ser símbolo de los celos.

Entre listas de diamantes,
de esmeraldas entre cercos,
triunfa la azucena, insignia
del sacro candor del cuerpo.

Moza, y cana, allí convida
la endrina; y aquí el cermeño,
sirve al gusto, y al olfato
de fragancia, y de alimento.

De sí presume la guinda ser,
con encendido aspecto,
si emulación de rubíes,
de sus ramas ornamento.

La cereza se descubre
satisfecha por lo tieso,
sin ver, que está quien lo es
muy cerca de ser grosero.

La serba, ser asegura
de las morenas consuelo,
blanca, y colorada, inútil,
cuando negra, de provecho.

Allí el membrillo campea,
cuanto más lacio, más bueno,
caro cuanto más tardío,
con bozo cuando más viejo.

Bella mira la manzana
quizá sea por dedentro;
del mal que oculta lo hermoso
al incauto para ejemplo.

Con librea de amarillo,
y grato sabor compuesto,
ostenta el melocotón,
que fue de Livia veneno.

Por hidalgo, presumido,
y con razón el camueso,
gustosos partos le ofrece,
nobles galas de sus miembros.

Con regalada blandura,
casi globo en el aspecto,
pende la pera, que tuv
en Bérghamo nacimiento.

En toda sazón amable,
en pompa a todos supremo,
ufano se muestra el higo,
tan meloso como tierno.

De fiel, y de liberal
persüade documentos,
la granada, sus riquezas
dando con rompido pecho.

La vid; granos transparentes
le concede para luego,
o para después, licores
que a flacos prestan esfuerzos.

Deléitale todo fruto
asido al pezón materno,
hasta que maduro cae,
desde que despunta acerbo.

Escuadrones de legumbres
aptas al uso casero,
a costa de algún cuidado,
pródigo le rinde el huerto.

Enjambres, siempre oficiosas,
con Rey de blando gobierno,
rubias fábricas le erigen
del tomillo, y del romero.

Por él unas mismas plantas
hijos producen diversos,
en virtud de hacer con otras
amigables casamientos.

Seguros traba, y loables
con la tierra sus comercios,
que agradecida, por uno
tal vez retribuye ciento.

Herir con el corvo arado
ve las entrañas del suelo;
o al árbol con filo agudo,
cercenarle lo superfluo.

Su más común ejercicio,
es saludable, y sin riesgo,
túmida liebre persigue,
o sigue volante ciervo.

No domestica del hombre
la braveza, trato, o tiempo,
y él mira al toro feroz
tan manso, como al cordero.

Cuando de las altas cumbres,
sombras aprisa cayendo,
la muerte anuncian del día,
por el ocaso de Febo:

ya cuando pájaro, y fiera
habitan nidos secretos,
túmida errando la noche
por la región del silencio:

los ojos alza a los orbes,
inmortales tesoreros
de tanto joyel, grabado
por el azul pavimento.

Y adorando al que's de todo
Principio, y Motor eterno,
se entrega al ocio del alma,
y al alba le deja el sueño.

Así, retarda su fin,
así, ya de días lleno,
con las alas de un suspiro
veloz se traslada al Cielo.

En Silla resplandeciente,
goza júbilos perpetuos,
viendo bajo de sus plantas
correr los Siglos ligeros.

Rosardo. Con tan elegante expresión me habéis desenojado. ¡Oh habitación santísima, albergue de toda felicidad, en quien, como en centro de quietud, están epilógados todos los bienes; si es que hay cosa en la tierra que merezca tal nombre! Con razón te abrazaron tantos constantes Varones, fijas estrellas de tu Cielo; verdaderos Filósofos de las maravillas de Dios, siempre ocupados en el grande volumen de las criaturas, para ensalzar con perpetuas alabanzas a su Sapientísimo Criador. Mas pues el Cielo os hizo conocedor de tantas comodidades, según que el retiro del bullicio y tráfigo manifiesta, ¿cómo no seguistes tan loable propósito, cómo no os dedicastes de veras a su verdad, cómo no escogistes la mejor parte?

Laureano. ¡Oh así lo pudiese yo hacer como querría! No nacen los hombres sólo para sí. Conviene atender al beneficio de hijos y deudos. Los socorros de fortuna heredados, no son bastantes al necesario sustento, y lucimiento honroso. Fuerza es inquirir y solicitar otros aumentos. Nace de aquí, no haber dicho mucho antes:

A Dios quedad Fortuna, y Esperanza.

Florindo. Por cierto, ¿gentil vereda habéis tomado para salir con ese intento! ¿A la Poesía elegís por protectora? De ciega guía, ¿qué se puede esperar sino despeñamiento? Afirma Plauto, ser óptimo premio de sí misma la virtud. Superior a todas las cosas: libertad, salud, vida, todo lo contiene esta Reina, sin quien es imposible haya bienaventuranza o felicidad, como dice Plutarco. Mas al último, en dando las doce, o lo más cierto, en teniendo hambre, es menester comer. ¿Minístranlo por ventura las Señoras Calíope y Clío? Error grande. Antes impedirán con su dulzura el granjearlo por otro camino. Direisme: cosa de ánimo generoso el menospreciar las riquezas: lo confieso; mas ¿con qué nos hemos de cubrir en estando rotos?

La gran madre Naturaleza expuso sobre sí fáciles todas sus riquezas: que eso suena en Cicerón:

Divitias Naturae parabiles esse.

Tras arrojarnos de sus entrañas, nos proveyó de lo necesario, o por lo menos, dio el modo de podernos proveer fácilmente; haciéndonos cuanto a sí, a todos ricos, a todos cómodos, quietos, y por consiguiente, dichosos. Mas no sé quién, ceñido de soberbia, colmado de ambición y codicia, se opuso a su liberalidad; abriendo la puerta al trabajo, a la incomodidad, a la pobreza. Señalósele al hombre por ama, maestra, y tutora la odiosa necesidad, para que como parca y modesta, le hiciese contentar solamente con lo que le bastase. Puédese poner hoy la Pobreza por el primer infortunio, respeto de ser el principio de todos los trabajos, el medio de todos los temores y el fin de todas las angustias. Obre un rico como quisiere, todo aplace, todo es bien hecho. Al contrario del pobre, que nunca es bueno lo que hace. Despréciase de continuo, sea cuanto quisiere virtuoso, gentil, o noble. Al rico, y más gastador, se honra siempre, no obstante sea el mayor jumento del contorno. El principio de la vida del hombre (se lee donde no hay engaño) pan, agua, vestido y casa.

¡Oh qué linda, según esto, es el arte de ganar lo que dicta el divino Espíritu, con su eterna Sabiduría! que en efeto raras veces las fatigas de las personas eruditas son reconocidas, y premiadas. Apenas mira un Señor el libro que le dedican; salvo, si por inclinación y estudio no le viene el ser docto. Así, que se padece gran penuria de Mecenates, y se ha padecido en todos tiempos, quedando los mejores ingenios sepultados en su pobreza, sumergidos en su necesidad y ofendidos de la avaricia de los Príncipes, que habrían podido ayudarlos y promoverlos. ¿Veis, el conocido error que se comete en dejarse atraer deste encanto, en dejarse rendir deste hechizo? Sirenas son las Musas, que dulcemente suspenden y fieramente despedazan. Daldes de mano pues, no os embaracen ni detengan para seguir más provechosas ocupaciones.

Laureano. Prudentísimo consejo, y estoy determinado a seguirle. Jamás torcí mi pensamiento del derecho camino, observando siempre todo lo que es justo. Empero, habiendo nacido con nobleza, ¿a qué profesión me podré aplicar, sino a Pretendiente? que pues tantos inhábiles se juzgan capaces de gobiernos, también yo aumentaré este número: que al fin se come y viste un año, y siempre se ahorra con que entretenerse algunos meses.

Silverio. Tanto fuera eso, cuanto criar la víbora en el seno; esto es, cuanto traer en el mismo la muerte. Dios os libre de tan mala determinación: antes eligid el ser verdugo, o demonio. No hay arte tan abatida y desechada como la de ser hombre honrado, y tener necesidad. ¿Por qué improprios no pasa el que planta tabanco de pretensor, el que desuella los ladrillos de Palacio? De ordinario duermen juntas la paciencia y la esperanza. La continua dificultad para la Audiencia: la demasía; antes descortesía del portero; que parece la concede de limosna; la tibieza del Señor, la repulsa del Secretario: o cuando no, sus palabras melosas y doradas como píldoras: palabras buenas, y malos hechos con que se engañan los más asistentes, y la perpleja

dilación de un término que jamás llega, ¿quién la podrá sufrir, aunque posea un pecho de bronce, y aunque le anime un corazón de diamante?

Rosardo. Valiente espíritu le infundís para pasar adelante. Quizá sois sólo vos el desdichado; puesto que a otros se les entra por casa la buena fortuna. ¿No es peor dejarse morir en un rincón? Conviene abrir el paso a la ventura. ¿Qué maravilla padezcáis, si sois encogido y corto? Sed en buen hora entremetido. Importunad, asistid en todo lugar y a todas horas. Diligenciad intercesiones. ¿Puede faltar quien escriba en vuestro favor algunas cartas? Abrigad siempre los medios. Moled, porfiad, seguid. Rascaldes de cuando en cuanto con una Señoría la oreja. Sentaos, si menester, en sus mesas. Entraos cuando salieren en sus coches; y cuando volvieran hasta sus camas; que no falta y quizá en Nápoles, quien con alguna felicidad se valga destas demasías. Al último, ¿qué os han de hacer? ¿Os darán de bofetones? No es estilo de ministros mirados y circunspectos. Y cuando carezcáis de todos estos remedios, enviad en vuestro nombre a vuestra mujer; que puede ser, sea más que vos elocuente; sabiendo captar mejor la benevolencia: que en los tiempos más antiguos, no pocas hembras negociaron por los hombres, quise decir por sus maridos.

Silverio. ¡Arriedro vallas maldito! ¿Mi mujer en mi lugar? ¿Con qué título? No sale de su rincón la que yo tengo, atendiendo a lo que por su sexo le toca, ni hará poco en no faltar a sus caseras obligaciones. Jamás en los matrimonios se han de trocar los vestidos. Ellas faldas y yo calzones, que se ofende mucho el varonil valor de semejantes disfraces. Demás, que se suele encontrar con tales ministros, que cuanto más los aprietan, más se aflojan; sin que puedan ser de provecho instancias de más lamentable voz ni transformaciones semejantes.

Laureano. Atónito me habéis dejado con lo referido. Cruelles trances fueran para mí los apuntados: y en un punto desconcertara el más acordado instrumento de mi pretensión. Perciera con notable estruendo la fábrica de mi esperanza, más bien fundada. Sábese, que sólo quien da y presenta pasa adelante y llega donde quiere. Trabajos hay por todos caminos, y siempre los propios son menos, si con los ajenos se miden. Corto es mi patrimonio: medirme y paciencia; que con las tiras de un solo pellejo de toro circundó Dido una populosa Ciudad. ¡Oh animosa virtud, y sólo con tus riquezas potentísima, perdona si con la imaginación manché tu decoro, sin conservarte dentro de mi alma (trono natural tuyo) inviolable y veneranda! Alienta tú sola mi desmayo, y con tu desengaño y medio quede desembarazado el albedrío, quede intacta la libertad, que la sumisión y servitud fueron desde el principio del mundo empleos de viles corazones.

Rosardo. Con esa deprecación siempre la tendréis favorable. Y realmente merece las mayores honras y atributos. Hacéis como hombre de alto y generoso intento. También yo algún día reconocí los naufragios desta vida, y traté de huirlos. Retireme algún tiempo a esta pequeñuela choza; estando solitaria, bella, fértil y amena; hermosa maravilla del mundo. Dichosa en particular de tantos naturales tesoros, con que aquí se muestra pródiga la naturaleza para vivir con quietud, paz y tranquilidad, y me acuerdo, que en el principio desta resolución (que después no llevé adelante) escribí el siguiente Soneto:

Sabio quien de moral Filosofía
adorna pensamientos, viste acciones;
libre de melancólicas pasiones,
ocupado de lícita alegría:

dichoso, quien desprecio y osadía
muestra contra codicias y ambiciones,
y más el que por célicas regiones,
el discurso a volar veloz envía:

no allá de cautelosas amistades
(ficción forzosa) abrazará el empeño;
no fee y palabra falsa y fementida:

hallar espere sólidas verdades,
y un éxtasis feliz, que libra al dueño
del morir incesante desta vida.

Laureano. ¡Oh regalada contemplación! ¡Oh suavísimos desengaños, de muchos encarecidos,
mas abrazados de pocos! ¿Qué Rémora pertinaz detiene el bajel de nuestro conocimiento para
no seguros con determinación permaneciente?

Florindo. Asimismo he tenido yo mi tentación de solitario, mas presto mudé pensamiento, por
la aspereza del lugar escogido. Era estéril, mal cómodo, no tenía árboles, ni agua. Su temple
demasiado frío, dándome pesadumbre de ver un cercano monte se atestase a menudo en la
cabeza el sombrero de lluvias y nieves... Mas ¿no veis, que a la fuente sobre que estamos, se
acercan dos falucas; ambas alborozadas con la armonía de varios instrumentos? Ya de la una,
entona una voz, que hiere dulcísimamente el aire; escuchémosla pues atentos, que bien lo
merece; siendo, como es notorio, señal de predestinación la inclinación a la música.

Laura, el vuelo de mi pluma
rompiendo por sus temores,
hoy solicita tu esfera,
sus claras lumbres, perdonen.

Generoso ardor me llama,
que apenas te reconoce,
cuando al cerco cristalino
registra sus ambiciones.

Humano aliento desnuda
todo el pecho; si a las voces
influyes, como al aliento,
en vano el Seбето corre.

Que obedientes a mi Lira
sus ondas, hoy a tu nombre
rendirán, embarazadas,
perezas, o admiraciones:

tú, la deidad más luciente
que ha merecido en los hombres
o ser dueños de sus vidas,
o engaño de sus pasiones.

No intento tus alabanzas,
que a tales obligaciones,

es cobarde el pensamiento;
sólo el ademán es torpe.

Cuidado tiene la Fama
de asegurar por el orbe,
tu memoria en sus clarines,
tu eternidad en sus bronces:

yo con romper el silencio,
que a veces en dudas pone
su estimación, a mis alas
descansaré los errores.

Tibio el Apeles más vivo,
te busque satisfacciones;
que no se miden tus luces
a términos de colores.

Crespa prisión el cabello
de libertades, te forme
rayos de ébano sutiles,
que templen sus presunciones.

Iras despierte a tu frente
quien al Farol de la noche
da igualdades en su plata,
no solas emulaciones.

Lisonja al Sol (¡oh cuán grata!)
fuera, estrechar a ser soles
tus ojos, quien los agravia
su engaño en cenizas llore:

sus escarmientos avisen
la fuerza de sus ardores,
cuando en humo desatados
la callen mil corazones.

Nieve segura entre llamas
la nariz, vengue furores
en ceras, que a su hermosura
divinos espacios corren.

Arcos a tus cejas llamen
de amor sus adulaciones;
o porque lluvias destierren
o porque flechas arrojen;

en mí las veces que admiro
tan bellos corvos horrores,
más me acreditan recelos,
que humildes comparaciones.

Velos de púrpura encubran
tus dientes, o si los corres,

de la blancura al aliento
jazmines muestren conformes.

Que una beldad y otra rara,
por fuerza mi pluma encogen;
si las ofende, aun la Lira
que más inquietó los montes.

De tus mejillas alegres
el Sol los matices copie,
cuando a cristales divinos
imprime sus arreboles.

No afectan alteza tanta
las arrogancias mayores,
que solicita despeños
quien nubes más descompone.

Sé de tus loas ministra
tú toda, en quien se conocen
del pincel de la belleza
los más acertados golpes.

Castiga, oh Laura, deseos,
que a profanarte recogen
sus fuerzas, en la porfía
de bajas aclamaciones.

Mi musa, ya satisfecha,
deje a las nueve su bosque;
no se apresure al peligro,
si espera más atenciones.

Silverio. Emulación es ésta sin duda. Ambos conciertos han tomado por asunto esta tarde, el celebrar con novedad dos hermosas damas. Oíd como al son de Tiorba y Violín comienza ya la competidora.

En tu presencia, Amarilis,
¿quién se atreve, quién presume,
si al lado del Sol estrella,
ni se divisa, ni luce?

El mérito más gigante
compitiendo, en vano sube,
que tu valor, como Cielo,
rayos de castigo escupe.

Hoy mi voz tu Oriente sea;
por ella, oh Sol, no te ocultes,
si ya no sirve su estilo
a tu resplandor de nube.

Hipérboles exquisitos,
términos serán comunes

a quien es centro de cuanto
benignos Astros influyen.

Madeja de oblicuos rayos
es pompa al supuesto ilustre,
bello natural deleite,
si ministro de inquietudes.

El campo de quien asciende,
¿qué mucho cristales turbe,
si escurece la mayor
de tantas nocturnas lumbres?

Dividido en dos estrellas
el Sol, sin que se apresure,
huésped de esfera más noble,
fulgor despide más dulce.

Por falta de proporción,
no hay quien la nariz acuse,
que atalaya de dos rosas,
sus dos márgenes circuye.

Serenar pueden sus arcos
la tempestad más lúgubre,
y si larga paz prometen,
¿qué mucho al Iris emulen?

¿Cómo aclamaré la boca?
¿Cómo los gozos que encubre?
Todo el caudal de la lengua
aquí es forzoso se apure.

Perdonen púrpura y perlas,
que sus tesoros no sufren
(¡oh fuerza de ser divino!)
humanas similitudes.

Las ricas partes del alma
las corporales deslucen,
con ser raro lo exterior
que el digno supuesto cubre.

¿Quién hay que de sus potencias
la disposición dibuje?
¿Quién su semblante cortés
granjeador de esclavitudes?

Honestidad, gentileza,
realces dan a su lustre;
alabanzas solicitan,
veneraciones producen.

Soberana inteligencia
manifiesta su costumbre,

pues de eruditos empleos
jamás divierte las luces.

Cedan Lauras, cedan Filis
a tan excelsas virtudes,
que de celestes objetos
profanas deidades huyen.

Mas ¿qué desmayos no teme
quien por campañas azules,
si con veloces deseos,
con torpes alas discurre?

¡Oh cifra de perfección!
Pues tanto imposible incluyes,
votos consagre a tu pie,
quien se perdiere en tu cumbre.

Florindo. Bien por vida mía. Resta ahora se den a los dos en vez de premios, dos sentencias: una en favor del ingenio, y otra de la hermosura, para que se conozca, y declare quién con mayores luces de elocuencia, se adelantó en lo intentado.

Rosardo. Dios nos libre de entrar en tan manifiestos peligros. Iguales dificultades respiran. Ofenderíalos aun el amago, cuanto más la ejecución. En esos dos particulares, es imposible reconozca alguno superior, y lo profano del juicio se atrevería temerariamente a entrambas deidades.

Laureano. Notable presunción sería, decir a cualquiera Dama, hallarse otra más que ella linda. Pudiera seguramente llevar broquel contra los chapines. ¡Oh cuantas injurias de torpe, de ignorante, y grosero pusiera sobre sí!

Silverio. Lo que ocasiona desenfadada risa, es ver el cuidado, que muestran en rastrear, y descubrir en otras, no digo yo conocidas faltas, sino como comúnmente se dice, los menores lunares. Si la que miran va vestida al uso; o manifiesta curiosidad en ir bien entallada: si lleva bien ensortijados los rizos: si se mueve con gallardo brío: si habla con despejo, y sin fealdad de visajes: si sobre el grasillo del rostro, va el blanco resplandeciente: si la color es mucha, o poca; y otras infinitas impertinencias, comunes a sus cuidados, o a sus envidias. De sus defectos no se hable: mas ¿cómo se puede hablar si en su opinión no los tienen?

Laureano. A las espaldas de setenta años (bajando la escalera de palacio de ver allí el monumento un jueves santo) descendía una muchacha, de quien pudiera ser retrato natural la letrilla de

Hela va, marica
hela va que sale.

Talle, brío, y hermosura naturalísima; sin género de cuidado. Blancura, y carmín de salud, y pocos años, en rostro, y mejillas; contenta con la pureza, y simplicidad de la naturaleza; de quién se podía decir como de la otra el famoso Taso:

Sus negligencias son los artificios.

Al ruido, volvió la vieja, cuya carne era cecina, cuya cara toda arrugas, con ciertos surcos azules de haber frecuentado infinito el nombre del gran Turcazo: que al cabo deja el solimán rastros tan abominables. Mirola muy de propósito. Hízole en forma de Jimia graciosos cocos, y gestos: ya con los ojitos güeros, ya con la cabeza vacía. Frunció la boca, caja macilenta de

pedacillos de azabache, y comenzole a decir, como despreciándola: ¡Jesús amiga! ¡Bueno! En verdad que sí! ¡Por su vida! ¡Han visto! sin concluir otra cosa. Encogiose la mozuela, y coloreó confusa, sin saber de qué nacía el haberse parado la Sarra; antes la furia infernal, no menos que ella espantable. Por manera, que justamente pudiera decir de sí, lo que canta la Coplilla:

¿Qué me quiere esta mala vieja?
¿Qué me quiere que no me deja?

Rosardo. Luego, con razón se debe abstener cualquiera bien entendido, de dar sentencia de más hermosa, sino como han hecho aquéllos, celebrarlas a porfía ingeniosamente: que por ese camino se consigue benevolencia, y gracias.

Laureano. Salvo las viejas (corchos inútiles, y desechados, donde estuvo la miel) todas son buenas: todas merecen celebración, y honra, y más de los hombres, apoyos, y columnas suyas, que por defenderlas, y ensalzarlas, tantas finezas hacen, y siempre hicieron. Ellas solas, son ocasión de nuestras alegrías. ¿Quién, sino las mismas, ostenta, y luce en los Saraos? Así los palacios sin su presencia, son cavernas lóbregas, llenas de tristeza, y melancolía. La majestad de una bella, bien vestida, y enjoyada, ¿qué alientos generosos no produce? Por su causa son valientes los hombres, emprendiendo por su respeto las mayores hazañas. Toda nuestra solicitud consiste en parecer bien a sus ojos, como a los nuestros ellas. Por tanto, siempre que en mis escritos las puedo encarecer, y eternizar, no sólo no lo evito, mas con grandísimo gusto lo procuro. Atended a lo que ha cuatro días escribí a los méritos de una hermosura gallarda; amado dueño de mis pensamientos.

Esas del aire honor, hebras lucientes,
feliz del Sol eclipse, si no ornato,
oh Lisis, ese rostro, ese retrato
del cielo, gloria, y gozo de vivientes:

esos en brío, y ser, miembros valientes,
de suma perfección noble aparato;
ese tesoro, cuyo aliento grato
ámbar presta a plantas florecientes:

jamás (¡ay no!) la edad su lustre borre,
de accidente infeliz no forme queja,
de afecto turbador esté seguro;

cual donde el tiempo tan despacio corre,
que émulo a eternidades, sólo deja
presente, sin pretérito, y futuro.

Florindo. Si me dais licencia, señor Laureano, diré que un loco hace ciento; y pienso que con propiedad, que no se halla muy libre desta nota la Poesía. El contagio se nos pega, y sois vos la ocasión, si no me engaño. Al oír ese vuestro Soneto, se me acordó de otro, casi al mismo propósito, hecho entre los confines de la adolescencia, y juventud, que quien en ella es demasiado cuerdo, es casi forzoso haga en la vejez locuras.

Laureano. Seguid vos mi seta, que poco estimo los epítetos que le quisiere acomodar vuestra lengua. Yo sé, que tenéis voluntad de decirle; manos a la labor, que no le faltará atento oído.

Florindo. Poco a poco nos vamos entrando todos en vuestra jurisdicción. Amplísimo es semejante dominio. Mal se encubre esta enfermedad, ni la sabe disimular la alteza de los puestos; pues Pontífices, Emperadores, y Reyes, juntamente con sus mayores ministros,

descubren con liviana irritación este natural afecto, por más encubierto que se tenga; por más oculto que se halle. Vaya pues, y estese aparte por ahora la resistencia, pues aprovecha tan poco.

¡Oh Flor, a quien la que nació de espuma,
cede en beldad!, ser inmortal espera,
que a tus años perpetua primavera
ya infunde universal métrica suma:

ni temas, que se eclipse, o se consuma
tu luz, ya sol en la más alta esfera,
que contra ti, quien todo ser altera,
alas tendrá de plomo, no de pluma.

Tu discreción, tu brío, y gentileza,
sin rendir a la edad tristes pensiones,
gozarán calidad permanente:

que así viste lo frágil de firmeza
canora voz; y así tus perfecciones
en ti serán sustancia, no accidente.

Rosardo. ¿No echáis de ver, que se nos olvidaban las controversias de los ingenios; pagados de sus composiciones, y malcontentadizos de las ajenas? Advertí, se debía evitar su ira, y enojo, con no tocarles en lo vivo. Porque de mejor gana sacarán los estoques sobre cualquier censura, que sobre el más apretado punto de reputación. Paréceles, según son sensitivos, exquisita mengua el poder errar (frenética ilusión) o el humillarse, y ceder los unos a los otros.

Silverio. A cierto Bachillerejo de ninguna substancia, oí un día poner de vuelta, y media a Virgilio, y a Garcilaso. Cansábanle (sin otros tropezones en que reparaba) en aquél, la extensión, o sea exornación prolija de las comparaciones, que comenzadas, apenas en su opinión tenían fin: y en éste la flojedad, y desmayo, con que dejaba perniabiernas muchas de sus composiciones. Pobre de mí, yo que tal escuchaba, ¿cómo os parece que estaría, viendo tratar tan indignamente aquellas dos tan valientes lumbres de ingenio, y de elegancia? Perdida pues, la paciencia quise sin lengua volver por ellos, como si dijésemos, a puño cerrado: mas al improviso mudé pensamiento, por lo que con brevedad sentí caer de su boca. Era esto en cierta comedia, donde al tal censurante le asistían por lados, dos estudiantones, dos zánganos, dos donados, o choclones, en figura de Críticos. Dijo el uno, barbón de más respeto, vuelto a su desabrido Pedante (ya la farsa concluida): Por vida mía, que ha sido buena la comedia. Respondióle el Capigorrón con velocidad celérica. ¿Por qué causa ha sido buena? El otro visto el desabrimiento del semblante, que a la aprobación del compañero había descubierto su Viceoráculo, manifestando contraria opinión, publicó: Antes no lo ha sido. A esto con velocidad de víbora pisada, volviendo rostro, y respuesta al tímido contradicente: ¿Pues por qué, dijo, ha sido mala? Por manera, que en un instante, no quiso permitir en el uno, que fuese buena, ni que fuese mala en el otro. Celoso a mi ver, de que ninguno se atribuyese, y abrogase el juicio de la representación pasada, pareciéndole tocaba a él solo como a superior maestrizo: puesto que ninguno como él, alcanzaba tan perspicaz conocimiento, y suficiencia. Con esto perdí el ímpetu iracundo, teniéndole por menguada figura, cuya mordacidad, cuya petulancia no podía ofender a un cortísimo pigmeo, cuanto más a los dos tan desmesurados gigantones. De aquí nace, ofenderse, y cicatrizarse por momentos estos ingeniosos; maltratándose hasta en los teatros con sátiras, y por otros caminos con picantes invectivas.

Florindo. Sean las grescas tuyas, en hora buena, que nuestros serán los deleites de sus delegados pensamientos; estimándolos como se suelen diversas fructíferas plantas, entre quien

no reinan envidias, ni malsinidades. Todas producen sabrosos despojos, ni por eso escurece su mérito el peral al manzano; el melocotón al cerezo: antes por la variedad recobran más frecuentes loores.

Rosardo. Hora se va haciendo ya de retirarnos, y porque sea la partida enteramente gustosa, diga Laureano alguna poesía sobre algún tema divino; piadoso, y devoto fin de nuestro razonamiento.

Laureano. Direla con gusto grande sobre la cosa más alta, y refulgente, que conoce el mundo, pues ninguna hay en él que iguale a la Purísima engendradora del Criador mismo, preservada en todo tiempo de toda mácula.

No es mucho, que mover tus tardas ruedas
como quieres no puedas, ¡oh instrumento
fiel del pensamiento, oh luz del alma!
Bien sé que a digna palma ardiente aspiras,
mas los bríos retiras; y medrosa,
dices cuerda: ¿quién osa a torpe vuelo
fiar valor de cielo, si aun el mismo
hoy cediera al abismo, y escuadrones
de tantas perfecciones?; ni pudiera,
si al ensalzar hiciera estos despojos
facundas lenguas sus dorados ojos.

Muestra su antiguo ser la sacra Aurora
hoy del Sol precursora, y pierde el mundo
luto, y dolor profundo; superiores
vistiendo resplandores: hoy las aves
con acentos suaves, la saludan:
forma las plantas mudan, y gozosas,
hoy fragancias las rosas contribuyen:
hoy benignos influyen los brillantes
del campo azul diamantes: nueva vida
cobran con su venida las criaturas,
infundiendo pureza en las más puras.

A ser su manto corren las más bellas
de cuantas hay estrellas: y el que envía
gozo, luz, y alegría a cualquier Ente,
por diadema a su frente se dedica:
a sus plantas se aplica la que en velo
nocturno es hacha al cielo, y a la tierra.
Pues ¿cómo no harán guerra a las oscuras
nieblas armas tan puras?, siendo claro,
que quien por medio raro, y raro exceso,
para tan gran progreso hoy se concibe,
más rayos comunica que recibe.

La gran familia, a quien la culpa de Eva
tras sí las sombras lleva, alza la frente;
su luz de tal Oriente pronostica:
ver su pobreza rica en breve espera:
poder volar ligera al firmamento,
y hallar sobre el asiento ya imagina;

que prenda tan divina esfuerza tanto.
El reino del espanto por su fruto
quedará sin tributo; y de los robos
despojados sus lobos, que el eterno
su hijo en tiempo, rendirá el infierno.

Mira el Dragón la generosa planta
que su orgullo quebranta; y admirado,
huerto tan bien cercado, no acomete:
que quien a su retrete, en corto espacio,
bajará del Palacio Empíreo, inmenso,
libre del común censo la preserva.
¿Tanto vale una sierva (el fiero exclama)
que redoble mi llama con su vista,
que venza, que resista a quien presume
ser invencible nume, y de mis dientes
hoy sola escape de entre tantas gentes?

Y ¿es justo, si al trazar el aposento,
de tan ínclito intento firme basa;
juntar joyas sin tasa convenía,
contenga de María la ejecutoria,
dones de gracia, y gloria numerosos?
Los Palacios sumptuosos de los Reyes
sólo siguen las leyes de grandeza;
sólo ostentan belleza, arte, primores
íntimos, y exteriores: porque elige
el que a los otros rige, el poderoso
para sí lo más digno, y más precioso.

De forma el Arquitecto soberano
saber ejerce, y mano en su criatura,
que viéndola tan pura, y tan hermosa,
la elige por esposa, y por su templo.
¡Oh favor sin ejemplo, hazaña suma!
Falta estilo a la pluma; y también falta
en ocasión tan alta al pensamiento
para inquirir aliento. Excelsa madre,
sólo tu esposo, y padre celebrados
tus méritos sagrados dejar puede;
pues tanto al Serafín no se concede.

SEGUNDA JUNTA

FLORINDO, ROSARDO, LAUREANO, SILVERIO.

Antes que todos ocupé el puesto: que tengo por mejor satisfacer con diversión los ojos que con sueño.

Rosardo. Tan importante es ése para la conservación de la vida, como otro cualquier alimento suyo. Por tanto, aunque le llaman retrato de la muerte, pues en nada se diferencia de un

difunto un dormido; por otra parte le aplican más favorables epítetos, como calma de sentidos, ocio del alma, tregua de cuidados, sin otros. Pesadísimo se halla el cuerpo, cuando se le niega semejante tributo. Con él se levanta para nuevas fatigas más vigoroso y gallardo.

Florindo. Notaba, antes que llegádeses, la disposición de todo este ameno sitio, y como por la uña se colige la generosa naturaleza del león, decía entre mí, ¿qué serán los recreos de aquellas celestes alturas, si estos que en efeto mudan ser, tanto atraen y entretienen?

Silverio. Si bien acomodada a nuestro modo de entender, es extremadamente distante y desigual la comparación, excediendo en todo la humana capacidad. Pásase de lo caduco a lo eterno; de la ínfima a la mayor altura: de quien, si a Rosardo pluguiese, podríamos aprender algunos dignos misterios.

Laureano. Por quien sois y por el estrecho lazo de nuestra amistad, que no excluyáis demanda tan piadosa y justa, tan curiosa, y tan merecedora de ser entendida.

Rosardo. Pienso, habéis perdido el juicio, queriéndome obligar a precipicios manifiestos. No tengáis a mal os niegue lo que la razón me fuerza a negaros. ¿Del celeste alcázar queréis que trate? ¿Pudierase pedir más al gran Dotor de las gentes?, y aun ése solo del tercero Cielo, adonde fue arrebatado, pudiera con encendida lengua rastrear la menor parte: que así exagera el mismo haber visto lo en que a ninguno es lícito hablar. Con todo eso, a fin que reconozcáis mi pronto amor para con vosotros, escuchad (como en toscos bosquejo) en la forma que mi ruda imaginación lo alcanza y percibe.

Después de haber llegado a la suprema alteza, sobre quien pasar más adelante no se puede, es forzoso creer, se halle sobre el primero móvil, otro infinito cielo inmovible. Lo primero, por ocasión del movimiento; puesto, que donde muchas cosas se mueven, conviene, esté firme una. Después por ocasión del lugar, ya que de necesidad todo lo que se mueve ha de tener lugar encima y lugar debajo, por cuyo cayente vacío, se pueda ir revolviendo. También por ocasión del tiempo, porque es menester, tenga lo atrás del pasado, el átomo del presente y el delante de lo venidero, de cosa Superior, que es la eternidad. Inmóvil pues, viene a ser el Cielo Empíreo y por su inmovilidad, en el Evangelio se llama tierra, cuando se dice: Poseerán la tierra los que alcanzaren mansedumbre. Este Cielo es corpóreo, esférico, altísimo, capacísimo, uniforme, eterno: nombrado lugar santo, Monte del Señor, casa del Eterno Padre, Jerusalén, suprema ciudad de Dios, tierra de vivientes, tierra de promisión, reino celeste, Cielo de Cielos, Paraíso de gozos, huerto de delicias, receptáculo de la luz, como el infierno del calor, la tierra de los excrementos, y el mar de las aguas. Concluyeron muchos sabios, no poderse medir su grandeza, respeto de que siendo el sumo Dios infinito, infinita será también la estancia de su inimaginable y divina esencia. Y aunque por su inmensísima distancia, parezca inaccesible la subida, no por eso hemos de perdernos de ánimo, sino emprenderla valerosamente. Supuesto que una breve oración, doméstica mensajera con el Señor deste Cielo, una bien dada limosna, su camarera secreta, un ayuno piadoso, hecho con pureza de corazón, acompañado de ferventísimos suspiros de verdadero arrepentimiento, delante el tribunal del inmenso Criador, nos fabricarán las alas para volar allá arriba. Para entrar, basta llamar, empero llamar de veras: ya que con la misma facilidad que cayó el demonio, con esa propia nos podremos encumbrar velozmente; pues la mano poderosa que le precipitó a él en el Abismo, nos alzarán a nosotros de la tierra a tan superior eminencia. Elevaranos sobre las aguas la pobreza, el ayuno sobre el aire, la limosna sobre el fuego, la fee sobre la Luna, la esperanza sobre Mercurio, la caridad sobre Venus, la Prudencia sobre el Sol, la fortaleza sobre Marte, la templanza sobre Júpiter, la justicia sobre Saturno, las varias virtudes sobre el firmamento, la pureza del corazón sobre el Cristalino, el impulso de la conversión sobre el primer móvil, y la santidad de la vida sobre el Empíreo. Cobremos ánimo pues, para volvernos moradores desta ciudad de Dios, llena de luz y de gloria; por quien iremos del mar a la ribera, del destierro a la patria, de la cárcel terrena al supremo Palacio, adornado de todo bien, donde veremos a Dios

Sumo, Omnipotente, en el trono de su divinidad, con todos sus escogidos. Veremos el resplandor inmenso, incorpóreo, incomprehensible, inexhausto, inextinguible, incesable y divino: que ilustra los ojos de los Ángeles y alegra la juventud de los Santos. Veremos al que hizo el cielo y la tierra; al que nos hizo, y salvó, y que nos habrá glorificado. Le veremos conociéndole, le amaremos eligiéndole, y le alabaremos poseyéndole. Veremos a Dios, vivo y verdadero, omnipotente, invisible, indivisible, incorpóreo, incomprehensible, trino en personas y uno en esencia; que no se puede dividir y que no se puede definir. Fuera de quien, no hay otro Dios, ni otro bien. Veremos la majestad presente de Dios. Veremos y desearemos, y nos hartaremos desta vista; ni la hartura producirá enfado, ni el deseo penalidad. Veremos la luz iluminante, que es Dios, y la luz iluminada que son los Bienaventurados. Conoceremos la potencia del Padre, la sabiduría del Hijo, la clemencia del Espíritu santo, y la individual Esencia de toda la Suma y santísima Trinidad. Puesto que, esto es la alegría de los Ángeles, el gozo de los Santos, y el premio de la vida eterna. Estaremos con Dios, que será el todo, y todos tendremos a Dios, que será el Sumo bien. Veremos a Dios, deleitable al verse, suave al gustarse, dulce al poseerse. Veremos lo que creemos, impetremos lo que esperamos, poseeremos lo que apetecemos y gozaremos lo que ahora buscamos: esto es, la gloria sempiterna, aparejada por Dios a quien le ama, y dada a quien la busca. Gozaremos, una vida vital, dulce, amable, admirable, una suma felicidad; una soberana alegría, una verdadera libertad, una caridad perfecta, una eternidad segura, un epílogo de virtudes, un inefable contento, una impensable dulzura, una vida singular, un inmóvil reposo. Gozaremos tantos placeres, que todas las lenguas humanas no los sabrán explicar, ni toda la Lógica demostrar, ni toda la Aritmética contar, ni toda la Geometría medir, ni algún término tener, ni todos los juicios estimar. Gozaremos un placer que jamás vieron ojos, ni oyeron orejas, ni pensaron corazones. Gozaremos, sobre nosotros, de la visión de Dios; debajo de nosotros, de la hermosura de los cielos, y de las otras criaturas; en nosotros, de nuestra glorificación, y alrededor de nosotros, de la compañía de los electos. Gozaremos en la bondad, y en la verdad resplandeceremos. Así tendremos la eternidad en el vivir, y la continencia en el conocer la felicidad. Seremos hijos del Sumo Padre, coherederos del Hijo, templos del Espíritu santo, compañeros de los escogidos, y señores del mundo. Tendremos las cosas superiores en gozo, las iguales en compañía, las inferiores en servitud. Poseídos de Dios; estaremos donde no se halla malicia, ni ignorancia, ni adulación, ni desprecio, ni afrenta, ni temor, ni excusa; ni pena, ni culpa, ni violencia, ni discordia, ni pobreza, ni necesidad, ni dudas, ni trabajos, sino una paz suma, una caridad consumada, un reposo seguro, un gozo infinito, una alabanza de Dios suprema, y un eterno júbilo. Hallarémonos donde no habrá tierra que tiemble, ni agua que se altere, ni aire que se turbe, ni fuego que arda, ni tiempo que se deslice, ni frío que maltrate, ni rociada que humedezca, ni escarcha que hiele, ni lluvia que bañe, ni sequedad que esterilice, ni viento que brame, ni cometa que amenace, ni relámpago que ofusque, ni trueno que espante, ni rayo que asombre, ni fortuna que amedrente, ni enfermedad que debilite, ni tierra que violenta, ni calamidad que aflija. Asistiremos donde habrá todo lo que quisiéremos; sin que haya enemigo que nos combata, ni amigo que nos adule. Donde no se conoce dolor; no se oyen sollozos; no se forman suspiros; ni alberga tristeza. Estaremos, donde permanece una estable seguridad; una tranquilidad alegre; una alegría dichosa; una felicidad inmutable; una eternidad eterna; una bienaventuranza cierta; una visión beata: donde intervendrá un deseo sin tormento; una alegría sin tristeza; una salud sin dolor; una luz sin tinieblas; una juventud sin vejez; una vida sin muerte; una primavera sin invierno; un día sin noche; un reposo sin fatiga; una dignidad sin temor, una riqueza sin pérdida; una abundancia sin defeto; una perpetuidad sin corrupción; una quietud sin turbulencia; una paz sin discordia; una voluntad sin perturbación; un reino sin mudanza, y todo bien sin algún mal. Aquí se hallará la amenidad de la primavera; la luz, y madurez del estío, la abundancia del otoño, y el reposo del invierno. Donde Dios será la suprema merced, será el promotor y la promesa, el premiador y el premio; la corona de nuestra esperanza, la certeza de nuestra fe, y el objeto de nuestra caridad. Será la consolación de todos nuestros sentidos, alimentándolos espiritualmente.

Seranos espejo a la vista, armonía al oído, bálsamo al olfato, y néctar al gusto. Aquí el amor no entibiará la belleza, no variará la sanidad, ni eclipsará el contento. Allí no faltará ni ofenderá cosa alguna. Nada sobreabundará, nada será fuera que se desee, nada dentro que moleste. Tanta será nuestra gloria, que apenas se podrá perceber, y tantas veces seremos Bienaventurados, cuantos serán los escogidos; cuya bienaventuranza reverberará en nosotros, y la nuestra en ellos. No bastará toda el alma a recibir tanto bien: porque amando nosotros a Dios, más que a nosotros mismos, y a los prójimos como a nosotros, nos gozaremos mucho más en el gozo de Dios, que será ya nuestro. Será en todos uno solo el contento, y uno solo el afecto en cada uno. El espíritu y la carne serán concordés. Antes todos los hombres y todos los Ángeles serán una estable unión, una sola alegría. Participarán los sentidos de inmensísimo deleite: porque cuanto a los ojos, demás de la inefable visión de la eternidad, que trasciende toda lengua, y a todo pensamiento se adelanta, veremos a Cristo asentado a la diestra del Padre, a la Reina de los Cielos, calzada de Luna, vestida de Sol, y coronada de estrellas. Veremos las Jerarquías de los Ángeles, y los escuadrones de escogidos, cuyos cuerpos glorificados resplandecerán más que el Sol, penetrando en un momento del Oriente al Ocaso. Quanto al oído, ¡oh qué instrumentos suavísimos, oh qué voces celestiales, cuyo coro divino acompañando nosotros, abundaremos de infinita melodía! Quanto al olfato, todos los olores de la Arabia y Fenicia son nada, respecto a los del Cielo. Quanto al gusto, tendrá (como arriba se ha dicho) contento inefable, que gustado, no harta, y poseído, no se pierde.

Florindo. ¡Oh Patria felicísima, comprehensora de más deleites, que pudieran explicar más facundas lenguas, que tiene arenas el mar, que descubre ojos el cielo! ¡Diferentes son tus campañas; otros tus bosques y fuentes, tu frescura y sombra! ¡Dichoso quien te conquista, pues padeces fuerza! ¿Qué es lo que tenemos delante, en tu comparación, con parecernos algo? Desdicha grande sería perderte; no lo permita el cielo, antes nos alumbre en todo para la disposición de conseguirte. Destinada estás para los Fieles, a quien parece toca la predestinación más propiamente, y que en tan corto número no tuviese lugar, sería infortunio tremendo.

Silverio. Grande atención ha descubierto Laureano. Olvidados tiene ya los versos; y no me espanto, que en materias tan altas, ríndese a lo más lo menos.

Laureano. Señores, ¿es por suerte cosa de burla la que trata de gozar, tras un breve suspiro, tan gloriosas eternidades? Salvarse, o condenarse para siempre, ¿a qué bárbaro Troglodita no hace temblar las carnes? ¡Tanto cuidado por acá en cosas que tan poco importan; que son tan perecederas, y con tanta penalidad se adquieren, y tan perezoso descuido en la consecución de joya tan inestimable! ¿Qué tiene el mundo sino peligros, qué produce, sino desdichas, qué viene a ser sino teatro de Tragedias? Conquistado casi el orbe con valeroso sudor, muere el máximo Alejandro en Babilonia, en edad de treinta y tres años, dejando sobre la división de sus reinos entre los suyos ardientes disensiones. Anhela César por la Monarquía, y son límite de su ambición veinte y tres heridas. Fenece la hermosura de Lucrecia, en la punta de un puñal, y su violencia despoja del Reino a Tarquinio. Dido, dueño de imperio, riquezas y hermosura, burlada de Eneas, halla quietud en los filos de un acero. ¡Válgame Dios, qué de calamidades, qué de sobresaltos!

Rosardo. Tened, que no pasamos tan fácilmente por lo de Dido, habiendo sido ficción, según graves Autores: y es compasión atribuir nombre de liviana y frágil a la que fue castísima y continente, después que perdió a Siqueo.

Laureano. No se niegue su lugar a la verdad, que no merece la virtud agravios y vituperios. Siento, en cierto modo, sea la historia diferente; Dios se lo perdone a Virgilio.

Silverio. ¿De dónde nace ese pesar? ¿Sois descendiente de aquella Reina?, o ¿qué interés se os sigue de que haya sido buena o mala?

Laureano. A la partida de Eneas secretamente, y a las ansias y muerte de la dama, había compuesto un romancillo. Ahora ¿de qué me servirá si el suceso pasa en otra forma?

Rosardo. Sólo de que le echéis al corro, haciendo cuenta que le escribistes no más que para nosotros, pues no habrá sido trabajo perdido. Después le podréis rasgar, y en cosa quedará ofendida la Africana. Y si hubiere sido rodeo, arenga y artificio para publicarle; que no valga.

Laureano. Caso recio, que no se pueda pasar de falso: no es de lerdos la rueda; dice así el romance.

Ya pacíficos los vientos,
ya sosegadas las olas,
en la playa de Cartago
Frigias Naves tierra toman.

Dido, de Ciudad moderna
magnífica posesora,
si bien, más que por tesoro,
por belleza poderosa:

compasiva, y favorable
con las reliquias de Troya,
al derrotado Caudillo
ofrece hospedaje, y honra.

Pródigo ostenta el Palacio;
tal es de todo la copia;
vario en humanas delicias;
raro en majestad y pompa.

Alzadas las ricas mesas,
atentos ojos y bocas,
ya de Ilión se escuchaba
la tragedia lastimosa.

Las manos Griegas, de engaños,
más que de hazañas autoras,
siembran incendios y muertes,
entre el horror de las sombras.

Escapa en hombros Anquises,
(¡oh padre, oh dulce memoria!)
Penates y Ascanio escapan,
Creúsa se pierde sola.

Del mar el libre sagrado
a varios fuertes convoca,
que al nuevo rumbo de Italia
ponen las erradas proas.

En tanto pues, que a la patria
el último Vale entonan;
Juno los líquidos campos
embravecida, alborota.

Las arenas del profundo
los orbes más altos tocan,
braman soplos encontrados,
Orión diluvios brota.

La furia del temporal
Imperio confunde y obra;
allí el Huracán embiste,
aquí el bajel se trastorna.

Apenas halla en la Reina
piedad la funesta historia,
cuando de fuego y borrasca
experimenta congojas.

Mientras del huésped las partes
blandamente la aficionan,
Amor, en forma de Julio,
tendido el arco, flechola.

Arde el casto corazón,
y en vez de halagüeña prosa,
una gruta los concierta,
tálamo de ocultas glorias.

Al extraño, que feliz
ya tantos favores goza,
da la posesión del alma,
toda alegre, amante toda.

Mas el curso deste bien
con duro precepto estorba
el Dios mensajero, amparo
de la facunda Oratoria.

Obediente sí, no ingrato,
a tantos gustos se roba;
busca el puerto, tiende el lino,
ave el leño, el agua corta.

A un corredor, que eminente,
si entonces del Sol carroza,
es de Neptuno Atalaya,
incauta Dido se asoma.

Reconoce su desdicha,
ve desprecio en su persona,
y que estendidas las alas,
huye la pequeña Flota.

A salir iba la voz,
mas ansia extrema la tronca,
hasta que de lazos libre,
del aire es flecha sonora.

Tal vez, con süave endecha,
grata al oído lisonja,
acusa del fugitivo
el falso amor, la fe rota:

tal, anhelando venganza,
como si con plantas prontas,
con los ojos le da alcance,
con las manos le destroza.

La madeja, que servir
pudiera al Sol de corona;
presurosa desguarnece,
a joyas usurpa joyas.

De preciosísimos hilos,
¡oh cuán desperdiciadora!
la mano allí se descubre;
la tierra, ¡oh cuán venturosa!

de ornato sirve a la espalda
parte, con traviesas ondas,
parte, de cortina al cielo,
que rayos despide y forja.

Ya son fuentes sus estrellas,
¡maravillas prodigiosas!
¿Dónde, quien influye ardor
tanto aljófar atesora?

Las dos listas de jazmín
más su candor perficionan,
mientras el clavel del labio
más tiñe en sangre sus hojas.

Como arrogante enemiga,
muerde una belleza a otra;
y entre perlas y rubíes
batalla el furor pregona.

Hiere las manos, que tantas
dieron al amor vitorias;
mas ¿cómo apretada leche
conserva entera su forma?

Los sentidos, y potencias
buscan regiones remotas;
y al corazón fatigado
es el pecho estancia corta.

Por satisfacer su agravio,
aliento la vida cobra,
mas le pierde, al ver delante
de Siqueo la deshonra.

Dudosa entre muerte y vida,
con Ana su consultora,
ambas suertes comunica;
ella, a que viva la exhorta.

Como nave sin timón,
por los retretes derrota,
hasta que con el de Eneas,
autor de su engaño, topa.

Teatro de sus deleites
antes era; mas ahora
de su soledad testigo,
quejas crece, penas dobla.

Espejo de antiguo honor,
pendiente mira una hoja,
si allí de agravios jüez,
medio de empresas famosas.

Desnudo el acero, es fuerza
que en sí sus visos esconda,
corrido, porque a su dueño
de traidor la Dama nota.

La cara prenda otro tiempo,
por atroz ejecutora
ya de su disinio elige,
su punta al pecho acomoda.

Sobre ella se eclipsa el Sol
de beldad, cayó la rosa;
quedó el cuerpo palpitando;
voló libre el alma heroica.

Florindo. Notable mujer: en todas sus congojas no habla palabra. Bien fuera, se lamentara con tan gran dolor, que tal vez desfoga el corazón por la boca: pues callando, es mina, que le hace reventar, solicitando muerte.

Más poderosos bríos,
fuerza más efectiva,
cobra ardor represado,
cobra virtud unida.

Silverio. Llámase este género de escrebir, representan afectos, que con silencio son elocuentes, y más mueven sin lengua, que si fueran parleros de exageradas lástimas. Y no tiene duda alguna, sino que este modo de componer trae consigo no pequeña dificultad, por la expresión de sentimientos propios de imaginativas delicadas. Esto consta mejor a quien lo ha experimentado, como yo, que entre otros pasatiempos, se me ofreció éste, a la fuerza de la hermosa Romana, cuyo tenor es el que sigue.

En la frente y las majillas,
de la confusa Lucrecia
vibran rayos, nacen rosas,
de coraje, y de vergüenza.

El aliento apresurado,
breves, y tardas las quejas,
que insensiblemente el alma
si no apiadan, penetran:

las dos listas de rubí,
dulce sello a tanta perla,
más deseos solicitan,
cuanto más con sangre ostentan:

de aljófares bulliciosos
la lisa frente cubierta;
y las regaladas luces
más entre lágrimas bellas:

desordenado, y revuelto
el tesoro de las hebras;
como si al riesgo del rostro
importara su defensa:

la persuasión de los ojos
nada mueve, nada impetra,
nada el ímpetu encendido
la nieve del pecho templá.

Al tiránico furor
hurta el cuerpo, y con la diestra,
leche en candor, y blandura,
el robusto brazo aprieta.

Mientras del trance postrero
ceñido su honor contempla,
¿de qué ruegos no se vale?,
¿qué amenazas no frecuente?

Mas ¡ay, que todas son burlas
para quien arde de veras,
si entre las mayores iras,
más el corazón intenta!

Siente el lascivo, del gusto
en la eficaz apariencia,
que de inmortal y divino
algo aquel deleite encierra:

conmovido deste impulso,
del todo se desenfrena;
tiernos juzga los desvíos;
süaves las resistencias.

El poder lo allana todo,
los inconvenientes cesan,
ya la razón se retira,
ya sólo el antojo reina.

Con él, olvida la injuria
de la intención más honesta;
la traición del hospedaje,
del mismo Cielo la ofensa.

Florindo. Muda, muda se ha pasado la buena Lucrecia: mas en efeto se supone que hubiese dado muchos gritos, y resistido sobremanera, hasta que la amenazaron con el negro; que entonces, pardiez que se dejó caer como una cordera. Válgate la mala fortuna, buena mujer, ¿quién te metió en esos ruidos? ¿No era más conveniente al honor, morir en la resistencia, que matarte después a sangre fría? ¿Fue por ventura, porque se enfadó, y no volvió a verte Tarquinio?, que ésta dicen fue causa de que España se perdiese. A saber, porque Rodrigo al primer favor, dio de codo a la Cava. Tanta hermosura despreciada tan presto, ¿qué tenía encubierto, que tan poco obligaba?

Laureano. Tales hastíos se ven ordinariamente; en particular entre casados, donde deja un marido a un Ángel, y anda en busca de un demonio, con la lengua de un palmo. Inconsiderado siempre, atropella virtuosos respetos, exponiéndose a riesgos de salud, dejada en primer lugar la ofensa del Cielo, que tanto se debe evitar por todos caminos. Y si se pregunta a cualquiera déstos, en qué funda semejantes desórdenes, sólo podrá responder que en la posesión porque en la idea del deleite alcanza menos digno lugar, y estimación que la esperanza. ¡Tantas diligencias hasta conseguir lo hermoso, y después de gozarlo, tanta tibieza! Mortificación para las lindas, pues vienen a conocer, puede ser aborrecido lo más amable.

Silverio. De los cuatro símiles de Laureano, sólo quedan por deslindar los Varones. No se niegue haber sido César y Alejandro grandes Caballeros, y en las fortunas no poco parecidos. Valientes, y arriscados los dos, y sobre todo liberalísimos. Si bien hay quien diga era avara la naturaleza de entrambos, mas que la ambición mundo sus condiciones. Por lo menos, de un error se siguió un acierto, y las más veces una superior virtud, arrastra, y lleva eslabonadas tras sí otras inferiores, como cerezas, que tras una salen muchas, perdónese la comparación por significativa, si fuere humilde.

Rosardo. Grandes defectos encubrió siempre la liberalidad. Ni hay antídoto tan eficaz contra el veneno de la ignorancia, y cobardía. Todo lo tiene el avariento malo, y todo loable el generoso. De propósito se buscan millares de lenguas para ensalzarle. Empero si bien se mira, ásperos dejes resultan de la ambición. En la antigüedad se podrían encontrar innumerables ejemplos, mas de continuo tienen más fuerza, y mueven más los más cercanos. Retirado de la mayor privanza, vimos en nuestros tiempos a uno quedar casi sin sentimiento, ofuscado el juicio, y en todo pervertidas las potencias: con ser en la edad decrepita, cuando no fuera mucho sacrificar a Dios siquiera los rancios huesos. Mudó hábito en la vejez, mas no por eso halló quietud, que llevaba en el corazón el desasosiego. Dichoso quien mudando lugar no muda pensamiento. Múdase el mar por ser cosa del mundo. El Cielo por ser eterno es estable, y firme. Sobre el sentimiento pues, de haberse retirado, escribí yo un soneto, que dice así:

Esta (oh huésped) que ves fabrica anciana
que confusa a tus ojos enmudece;
esta pompa, este bulto, a quien guarnece
ducal corona, y púrpura Romana;

cuanta ambición anhela cortesana
fue cuando Sol su Clície, hoy que padece
eclipse, ni le sigue, ni le ofrece
metal, que a tantos es deidad profana:

mas no tesoros ya, no dignidades,
si bien del corazón gozoso aliento,
restauran punto la virtud perdida:

flechas del alma son las soledades,
nace de su retiro, su tormento,
y es sin adoración, muerte su vida.

Rosardo. A nadie debe desagradar, haber probado el ser rico, pues por su medio experimenta los amigos, y los bienes deste mundo, que huyen como el pez vivo de mano del pescador, deslizándose de modo, que no se puede tener como se querría: así pasan como sombra. Sólo en los bienes del ánimo, no entra el engaño por medianero, como en los exteriores, de quien es dueño la malicia, y el vicio.

Florindo. No fue la segunda parte de mejor condición. Mas ¿qué mucho, si no hay techo que en faltándole la coluna, no venga abajo? Mucho mandó, y mucho pudo, viéndose tan alto, que parece podía ser burla de las estrellas más fijas. Fue rosa, pomposa, y bella, nacida por la mañana; y a la tarde marchita, y deshojada en la raíz de su tronco. En fin, las buenas costumbres valen más que los mayores tesoros. Ni se pudiera doler de haber perdido bienes quien llevara consigo virtudes, que ni se pueden consumir, ni perder; sirviendo al que las posee, hasta después de la muerte.

Laureano. Envía casos tan grandes el cielo para humanos escarmientos: que estas son sus palabras; así habla con nosotros; y este es su más propio lenguaje. Yo vi su miserable Tragedia, y a su inaudito valor, y sin igual constancia consagré estos versos.

¡Oh tú, a quien puso fortuna
en tan superior esfera,
que el menos sutil discurso
negó a los ojos creencia!

Teatro de sus prodigios
te eligió, mostrando que era
sólo en las mudanzas firme,
y más que prospera, adversa.

Previnieron tu ambición
anheladas preeminencias,
supremo en Regia custodia,
ceñido de armada selva.

Bizarramente ostentó
tu presunción, tu presencia,
émula al ave de Juno,
incauta en pomposa rueda.

Tanto aplauso, repetido
por tanta voz lisonjera,
tus sentidos perturbó,
desvaneció tus potencias.

Por el campo de tu engaño
siempre alargaste la rienda;
mas ¿qué excesos no producen
imperiosas opulencias?

En tanto que tu altivez
intensos odios engendra,
eclipse padece el Sol
que clarificó tu niebla.

Cayó, y al punto caíste;
¡oh peligrosa eminencia,
cuánto más seguro vive
quien cauto menos se eleva!

En el acto más horrendo,
donde el más osado tiembla;
intrépido descubriste
valor de Cristiano César.

Constante sí, mas humilde
el cuello al cuchillo entregas;
y a silla vuelas de gloria,
desde la silla de pena.

¡Oh cuánta piedad, oh cuánta
acaudaló tu miseria,
oh cuánta luz corrió fuente,
oh cuánto risco fue cera!

Como rayo artificioso
competiste las estrellas;
subiste resplandeciendo,
bajas en humo a la tierra:

porque la pólvora misma
de la privanza soberbia
como te sube, te baja,
como te alumbra, te quema.

Quien a sus ojos debiere
tan espantable experiencia,
en el sello de tu polvo
igual epitafio lea:

Aquí yace un Varón fuerte
de constancia tan crecida,
que fue envidiado en la vida,
y fue envidiado en la muerte.

Silverio. Resonó tanto el estampido deste tan tremendo acto por todas partes, que habiendo también llegado donde yo residía, tomé la pluma, y escribí este epitafio, o elogio funeral a ese caballero, en la forma siguiente:

Detén el paso, oh huésped: Esta losa
un Constante Varón tiene cubierto,
que en cortesana tempestad, el puerto
de quietud aferró, donde reposa.

Ardió gran luz pequeña mariposa;
fin de ambiciosos tan atroz, cuan cierto;
mas nunca vivo más, que cuando muerto,
muerte, al paso que pública, gloriosa.

Dio el cuerpo a las horrenda soledades
deste sepulcro, l'alma voló al cielo;
¡oh fermentados de privanza halagos!

Sólo en la adversidad halló verdades;
que a todo falso rostro corre el velo
quien infeliz experimenta estragos.

Laureano. ¡A cuántos engaña la vanagloria del mundo! Bien se puede decir dél, había comenzado a gustar apenas de la sombra de su dulzura, cuando quedó harto de su veneno. Notable fin de tan señalada persona. Y ¿es posible, que quien en la felicidad supo granjear tan pocas voluntades, adquiriese en la desdicha tantas?

Silverio. No creo, ni puede ser, dejase de tener muchos amigos: mas siempre hacen ruido más estrepitoso los quejosos, y desabridos: que el poder humano, como tan corto, no puede tener a todos satisfechos, si el más opuesto quiere mirar derechamente. Lo cierto es, era sujeto de mucho fondo, muy hábil, y muy capaz, y con la frecuencia de tan importantes negocios, se había refinado en todo.

Florindo. En suma, yo vi llorar muchos ojos por su desgracia: en particular muchos de los que en la potencia, y manejo intensamente le aborrecían, y si a precio de interés se hubiera de rescatar su vida, se pudiera juntar suma increíble; tan de su parte estaban cuantos le vieron. Por eso, se dijo bien que:

Viviendo, pareció digno de muerte,
muriendo, pareció digno de vida.

Rosardo. Aviso grande para los más favorecidos de la fortuna; porque sepan recoger las velas de la prosperidad: a fin de que la nave en popa no se despedace en secreto escollo. Nunca será feliz el a quien atormentare el más dichoso. Entre los placeres, se cuenta haya algo que poder esperar. Demás, que no son tan pocos los ejemplares infaustos, que se pueda rehusar el epilogar otros tantos provechosos escarmientos. Sabido es ya (habrá poco más de dos siglos) el eclipse de aquella Luna; tan pomposamente llena, que sólo podía esperar tal menguante; y así, nunca se debe desear verla superiormente crecida, por el temor que su declinación infunde. Testigo aquel valiente Viron, Mariscal en Francia, que tras hazañas sin número, perdió con un golpe ambición y cabeza²; asombrando el mundo. Vile armado en una estampa, sobre caballo poderoso, con la espada desnuda en la mano, y vínome antojo de escribirle estos catorce:

Este feroz, que ves cursar la silla
de fogoso bridón, mengua del viento;
pareciendo de Cloto el instrumento
en su diestra, más rayo, que cuchilla:

éste, que causó asombro, y maravilla
en quien nació de gloria más sediento;
quien humilló de un Reino el ardimiento,
a vil ministro la cerviz humilla.

² Degollado por orden de Enrique IV de Francia.

Tembló, tembló París al golpe ingrato,
por ver que indignamente tronca y parte
cabeza en quien vivió triunfante rama:

así, del gran suplicio el aparato
deja postrado al furibundo Marte,
sin pulsos al valor, muda a la fama.

Silverio. Baste lo funesto, baste, que lástimas no son apacible manjar de corazones. Tiempo me parece ya de que se dé la purga a Laureano, esto es, de proseguirse la materia, que se comenzó en la otra junta, aunque da Rosardo a entender la tiene puesta en olvido.

Rosardo. Nunca fue mi intento dar en las conversaciones pesadumbre a los amigos. Al revés de los que sin propósito tratan, con decir pesares, de granjear odios.

Florindo. Estilo de irracionales, tirar coces, poniéndose a riesgo de que les den palos. También algunos Magnates gustan de frecuentar figas y motejos; mas con ellos en ninguna ocasión tienen lugar las leyes de venganza.

Laureano. Es forzoso sufrirlos, que son poderosos; juzgando como inaccesibles, lícitas sus demasías. En cierta ocasión uno éstos, descubrió pretensión de picarme, con reconocer en mí los defectos, que son de la edad frutos, o sean de la complisión fragilidades. Entendile, y no me alteré; antes lo eché en donaire, y casi al improviso, puestos los ojos en su abultada persona; le dije desta manera:

Ese gallardo aspecto, ese edificio,
animado de espíritu valiente,
señor, no es inmortal, que un accidente
el vigor aniquila más propicio:

¿qué no postra del tiempo el ejercicio?,
o ¿qué beldad no turba? Así el prudente
la corrupción pondera conveniente,
como de humano ser mortal indicio.

Si al paso pues, que ven correr los años,
de su lustre y cultura los sujetos,
a varia imperfección rinden pensiones;

el velo no corráis a mis engaños;
o haced alarde vos de mis defetos,
que yo le haré de vuestras perfecciones.

Silverio. Antuvión ha sido. Pardiez, sin esperar beneplácito, nos le ha metido en el cuerpo.

Florindo. Huyendo va de lo que nosotros solicitamos, y va acomodando estorbos, mas no le han de aprovechar. Dé de cuando en cuando atención, y tenga algún sufrimiento.

Laureano. Nada menos, que todos lo deseo; puesto que en lo contrario, arguyera tener malísimo gusto.

Rosardo. No es nuevo pez el muchacho. Hace muy buena salida. Conviene, entender por discreción el significado de su intento. No es maravilla, se incline a lo que le cuesta estudio. Es legítima la causa, y procede su favor con todo buen fundamento: pues cada uno desea vender lo de que abunda su tienda.

Silverio. Ya deliberamos arriba, había de llevar yo los tenores a lo bueno del gobierno, que vos del Duque propusieredes, con lo malo, que de Gevres, Lerma delgadamente recopila. Era éste en su administración descuidado, remiso, inútil, incapaz. Pobre, como extranjero, de toda inteligencia, luz, y noticia de negocios. Sobre todo, en la conservación, y repartimiento de cualquier género de vituallas; cobrando por causas segundas, a quien tenía cometido disposición, y cuidado, con ampla autoridad de dispensarlo a su modo: pienso que por ahorrar fatiga, que era dado a solaz, y ocio. España, fue como siempre, mientras regida por él, fértil y abundante. Mas, así como una sustancia grande, mal gobernada, es insuficiente, y deslucida; así también en su tiempo fue esterilidad la copia; siendo por la mala distribución, inútiles los sufragios del cielo, y privilegios de la templanza. Puesto que, haciendo casi como peculiares accidentes sus malicias provechosas, se aponían a la opulenta liberalidad de cielo, y tierra. Tan sobremanera eran codiciosos, que a poder, despojaban de su resplendor las estrellas, pensando que era oro. Asistían cerca la persona de Gevres, entre otros, tres criados, o ministros, traídos de Flandres, Adamo Contcen, Guillermo Landen, y Esteban Vuebero. Atendía Adamo a los cuidados del Patrimonio: Guillermo a los papeles del secreto, y Esteban a los despachos de Justicia. Todos tres grandes vendimiadores de la sustancia pública: nada inferiores en detestable codicia a su pernicioso dueño.

Acudieron los Reinos de España con lastimosas quejas a su Rey, descubriéndole manifiestamente sus heridas. Sinificaban, cuán destruidos, y exhaustos se hallaban todos, y por diversos caminos, cuán mal administrados. Que los puestos de honor, y premio; eran generalmente vendibles. Que la Justicia por intereses carecía de ejecución. Que las haciendas de los más fieles vasallos eran por imposturas usurpadas. Que sólo favorecía Gevres, y tenía cerca de sí, gente de baja condición, como malsines y exploradores, con que se venía a poner en evidente peligro la general quietud. Que el excesivo aumento exterior de los que de bajo estado, había levantado al más sublime, era odioso a toda comunidad. Que abundaba de descuidos grandes en obligaciones precisas. Que juntaba cotidianamente escuadrones de mal despachados. Que los más indignos eran por sus inteligencias preferidos, y adelantados a los más beneméritos. Que el dinero, no la virtud abría siempre la puerta a las honras. Era Carlos de poca edad, y los que le asistían, confidentes de Gevres, y así tales imputaciones, fueron excluidas sin aplicarles remedio, ni expedición. Avisado, procuró purgarlas, y satisfacer con los términos comunes, de ser siempre aborrecidos los que gobiernan. Que él atendía a sus obligaciones, en particular a la limpieza de manos, ni era justo dar oídos a súbditos, siempre descontentos.

Rosardo. Por la falta de justicia, suelen padecer los Reinos detrimentos irreparables. Dije falta; en razón de ser la que se administra llena de dilación y pasiones. Aquí está el mayor dolor, y es ésta la ocasión más evidente, de que nazcan en las Repúblicas inauditos excesos y escándalos, para cuyo remedio conviene navegar a todas velas con la nave del poder absoluto.

Los efectos de la justicia, no hay duda sino que penden de los ministros della; como el bajel de los Pilotos; que siendo pláticos, le llevan a su albedrío, asegurando con su saber los pasajeros de los peligros del mar, ocultas rocas, y bajíos. Para conseguir este fin, llevan la Sonda en la mano, y los ojos en la Carta y Norte. Sin la Sonda de la razón, Carta de la ley, y Norte del buen celo, la nave de la justicia va perdida; presto encalla, y al improviso se pierde.

Dejadas las causas civiles, cuyos límites en todos Tribunales son tan estendidos, como merecedores de cobrar veloz curso (habiendo alguna que tardó en resolverse ciento y cuatro años) será conveniente pasar a las criminales. Trátase en ellas de haciendas, vidas, y honras; y así se deja considerar de cuánta importancia sean. Muchos y muy atroces delitos son los que se cometen en esta ciudad y Reino, por la muchedumbre y variedad de gente que en uno y otro habita. A Nápoles como a patria común acuden todos. Por tanto, auxilio, y singular favor del Cielo ha menester, quien ha de domar inclinaciones tan rebeldes, quien ha de corregir

costumbres tan estragabas. El Piloto más sabio y experto se atribula en las grandes borrascas, cuando conoce hallarse mal seguro el bajel en que navega. Requiere fuerte reparo el edificio que amenaza fácil ruina. Sujetos de grandes vicios, sujeto de grandes virtudes piden. ¡O infinita bondad de Dios, pues provee hoy de Príncipe, y ánimo de Varón entero para grandes y dignas obras, a quien jamás rendirán escuadrones de respetos humanos! Algunos atribuyen las dilaciones de lo criminal, a la multitud de facinerosos. Muchos son los presos, así desta ciudad, como de otras partes, por ser sus Tribunales ordinarios, y de apelación. Despáchanse cada día no muchos, respeto de los que se podrían, y cada día entran muchos, para no salir en algunos años. Que esto proceda por culpa de Escribanos, Abogados, y Procuradores, no tiene duda. De mala gana unos y otros remiten el provecho, que les resulta de tan largos términos. Así, dilatan las causas todo lo que pueden; y pueden mucho, con notables daños de las partes.

Llaman por eso, todos a la Vicaría, Consejo, y Sumaria destrucción de haciendas, de vidas; y aun no sé si diga, perdición de infinitas almas, reducidas a desesperación. Son por este respeto, aquellas cárceles sepulcros de los míseros desvalidos, que carecen de medios. Vivos están enterrados, padeciendo desnudez y hambre. Allí faltos de aire limpio, viven; antes mueren, desconsolados. Impacientes sobre todo, porque el billete, y recado del personaje, pudo acelerar el despacho del nuevo crimen, y detener y olvidar los más antiguos. Esta verdad, lo es tan grande, que en varios tiempos ha sido menester ir a menudo a Vicaría uno de los Regentes de Colateral, a despachar causas sumariamente; por temor de las enfermedades contagiosas.

Sábese por experiencia, salió de las cárceles la peste, si tal vez la hubo la ciudad. Mas aquel expediente, que por ventura en alguna ocasión pareció acertado para evitar la causa del contagio, encendió peste mortal en la jurisdicción de la justicia. Hubo alguno de los mayores ministros, que entendiendo hacer relevado servicio su Majestad, pobló las galeras de cuerpos corruptos, que apenas fueron allá plantados, cuando murieron. Porque para semejante lugar, son a propósito sujetos sanos; de años y miembros robustos: no como los de aquéllos, flacos, y débiles. Salía pues, el pobre desfigurado a la visita. No escuchaban su razón: atropellaban su descargo, y tras ligero delito, largo dispendio y prisión, le pedían se concertase para galeras, que en su lenguaje es lo mismo que convenirse con el Rey. Hacíalo en fin, estimando salir de un infierno para otro, donde si en el primero no comía, ni vestía, en el otro, aunque mal, participaba de ambas cosas. Crecido era el número de casi inocentes, que allá iba, digo de casi, respeto de las penas menores que merecían. De suerte, que si las causas caminaban por la brevedad de sus términos, actitándolas como se debía, no se siguieran semejantes inconvenientes, como peligro de peste, y necesidad de aplicar penas no merecidas.

El Duque en su tiempo, ordenó a los Tribunales, en particular al de Vicaría, y su Regente, se despachasen las causas con toda celeridad. Prometía aumento (y era certísimo el cumplimiento de su promesa, porque su palabra imitaba a la de Dios en ser substancia) al juez que con más diligencia pusiese los delitos en estado de sentencia. Tenía señalada cierta hora, en el último día de la semana, para que el más moderno le relatase los casos más graves controvertidos, y las condenaciones hechas conforme a los cargos y culpas. Por instantes encomendaba la rectitud en los jueces, castigándolos con gran severidad si della declinaban. Los oficios tenían límite sólo en su albedrío, según por la administración reconocía el daño, o el provecho de las ciudades. Cometíalas a Varones bien instruidos en virtud, y de buen gobierno en sus casas; alegando, no podría ser considerado Republico el depravado en costumbres, el distraído en su familia. Proveía sin género de negociación; y sin otros medianeros más que méritos; repitiendo por puntos: Quien compra el administrar justicia, ha de venderla, afirmando lo mismo de quien distribuía los cargos por favor, pues todo era compra. Con todo eso, era puntualísimo en proveer en vacando, porque se alentasen los profesores de letras con ver gozaban todos de los premios, señalados a la virtud, y suficiencia, que todo, o mucho a uno, es dádiva del demonio.

Y aunque gustaba, saliesen las justicias y rigores de la determinación de los jueces, y de su arbitrio sólo las remisiones; quitándose de delante toda ocasión, que le pudiese ministrar aborrecimiento, era con todo, tan raro y detenido en la concesión de gracias, que sólo en las desgracias puras se obtenían, y dél se impetraban; sin reparar en ruegos, o malquerencias de los que por no conseguir su intento, hacen de la razón, injuria, que a los celosos Gobernadores ningún respeto les ha de apartar de lo justo. En tanta veneración tenía la justicia, publicando, dependía sólo de su libre ejecución la conservación de cualquier imperio.

Valfábase prudentemente de las reprehensiones, hechas en secreto a Ministros; mortificando cuando menester, a quien lo merecía: mas en público los honraba mucho; porque los puestos que representaban, no padeciesen detrimento, ni perdiesen estimación. No dudaba, redundar la que los súbditos les tenían, en la del Rey, o en la misma suya, en virtud de que obraban: en cuyo generoso cuidado fue único el Señor Rey Don Felipe el Segundo, que Dios tiene. Ha enseñado la experiencia, seguirse grandes indecoros a los Tribunales, cuando el Príncipe los desestima; atreviéndoseles hasta los menores; sólido principio de la total ruina de los Reinos. En esta conformidad, jamás el Duque desvió del derecho camino los negocios. Nunca los violentó, ni cometi6 a nuevas Juntas, con escandaloso descrédito de los a quien pertenece su conocimiento, cual si fueran inconfidentes. Así advertía siempre a los Secretarios, consistiese su principal diligencia, en remitir memoriales adonde tocaba ver y consultar lo que contenían: porque los despachos caminasen por su vereda, con presteza, y sin confusión.

Privaban con él, no truhanes, músicos, ni terceros, malsines, chismosos, o exploradores, sino todos los buenos, a quien honraba en público, y secreto. Solía decir, ser dilatados, y maravillosos los caminos de ofender; siendo infinitos los lazos que puede tender un pésimo, para prender, y hacer caer al hombre; no habiendo tan estrecho nudo de amistad, que no pueda desatar la malicia. Advertencia para los Príncipes, a fin de saber cómo se hayan de gobernar en sus empresas, y descubrir el camino para excluir y burlar los simuladores cortesanos. Ponderaba asimismo delgadamente, debrían los mayores ministros, y los que se empeñan en el gobierno de los otros, inquirir con gran diligencia la verdad de las cosas, teniendo estabilidad y firmeza, sin volverse y revolverse como hoja, o veleta al viento. No hay duda, sino que esta inconstancia es gran defecto en los menores; y así mucho mayor yerro en los Príncipes, dar fáciles oídos a imposturas; antes cosa llena de escándalo, y de crueldad extrema; negar lugar en su consideración para que se vean inocencias. Gran calamidad para un pueblo, gobernado de Personaje en quien como en tabla rasa, nada se nota de experiencia, nada de talento; de perspicacia y juicio nada. ¡A cuán evidente peligro se exponen sus personas! ¡Oh infelicísimas gentes, encomendadas a millares al cetro de semejante justicia! Deben los grandes ministros ser parecidos a Dios, que tiene de todas las cosas, por mínimas que sean, particular cuenta. A un Señor toca hacer lo mismo, sin manifestar enfado a las importunaciones de miserables. Si le pesa, despida del hombro el mundo, dijo un pobre a un privado; que ahí le tiene puesto el Rey para tolerar molestias. La malignidad de los ministros, si así fuese, no pasaría tan adelante: ni mostrarían tan corta fe para con los órdenes celestes. En la parte de donde se piensa nace la bondad, está sembrada la malicia, y donde creemos alberga la sinceridad, está la fraude alojada. Parece, lleva cada uno en el rostro estampada la verdad, y con todo, como Reina, asiste en el pecho de muchos la mentira. Engañan canas: engañan calidades: para todas son bien menester los ojos de Argos, y las extratagemas de Ulises. ¿Quién habrá pues, tan advertido, que se pueda guardar del todo; hallándose envuelto el mundo en tantos peligros?

Privaban con él (decía) todos los buenos, sabiendo en lo distributivo elegir siempre lo mejor. Repartía los premios y cargos entre los más beneméritos; atendiendo más a sus buenas partes, que a la importunidad de intercesores. Ni se contentaba con que fuesen los eligidos (en particular de toga) letrados, rectos, de buena intención, y vida; sino también sagaces, astutos, pláticos, y sabidores de infinitas circunstancias, dobleces y malicias, que no se aprenden con los libros, encerrados en los estudios. Porque así, reconocerán calumnias, aclararán

falsedades, y descubrirán persecuciones. La fama de austero y rígido, que había cobrado (y cuadrábale muy bien, reconociéndose superior a cuantos fueron súbditos de aquella Monarquía) ocasionaba en los ministros grande limpieza de manos, y no menores desvelos para acertar en lo que administraban y ejercían. Hállanse los hombres sujetos a tantas imperfecciones, que es sin duda rarísimo el que se escapa de todas. Por lo menos, será mejor el que menos tuviere, según escribe el ingenioso Horacio, alegado por San Gerónimo en la Epístola 9. Con todo eso cualquiera en ministro, causa notables inconvenientes: pues han de ser todos (siendo posible) dechados de quien aprendan los demás. Sabido es, llevan sus acciones tras sí los ojos de todos. Son como blanco: en ellos los ponen: a ellos como a Oráculos, por respuestas acuden, y con ellas se reglan y miden.

En todas las Provincias, y ciudades del Reino tenía el Duque fidedignos relatores, para que con incesables avisos le informasen, no sólo del proceder de los Gobernadores y jueces; sino también de la fertilidad, o escaseza de los años. Alegrábase con saber, se hallaba el dominio, cometido a su cuidado, tan presidado de armas; cuanto guarnecido de agricultura. Juzgaba ésta, más excelente que las otras artes mecánicas, por ser fundamento de todas, y sin quien perecen. Demás, de poner ésta la mira en la propia substancia corporal, y en la unión de cuerpo y alma en esta vida, las otras tratan sólo del ornamento exterior; inferior mucho a las cosas substanciales; teniendo relación como de accidentes al sujeto. Así afirmaba, ser conveniente en sumo grado, conceder a los labradores honrosos y favorables privilegios; porque todos los estimen; y ellos se alienten más a seguir su ocupación. Daba el segundo lugar a la mercancía, por ser comercio universal, con quien se llena el orbe de lo necesario. Siguiendo la opinión de los antiguos, hacía mucho caso del ministerio de la lana, como enderezado a vestir los cuerpos. Anteponíala a la seda, con ser preciosa: no cuanto a su dignidad, pues llega a ser tan valida; sino por introducir en la República los que en ella tratan, cierto singular bien deleitable; o más presto cierta molicie para el cuerpo; y por el consiguiente, cierta disolución para el ánimo.

Mas volviendo al primer intento, prosigo, con que habiéndose hecho capaz de la administración de los Gobernadores; así como era pronto en premiar los vigilantes y rectos, así también (precediendo jurídicas diligencias) privaba y abatía incontinentemente a los que reconocía notados de insolencia y flojedad. Decía; no era mucho errasen los Virreyes en algunas elecciones; que eran hombres al fin, electores y electos; mas ser perniciosísimo durar en la obstinación de conservar los antepuestos, si en ellos se descubrían, con verdad, bajíos de incapacidad, o culpas de codicia. Dije con verdad, y debo añadir averiguada; porque huía de toda ligera novedad, afirmando interponía el Príncipe su autoridad y palabra en la patente, que daba al proveído, firmada de su mano, para conservarle en el oficio uno, o dos años, y que así era aun entre ordinarios, caso de menos valer, faltar a la seguridad de lo prometido; cuanto más entre Señores, cuyas voluntades expresadas son leyes escritas. Tan amigo fue de entender la verdad, que se pudo decir por él lo que a este propósito escribe del Rey Enrique IV Pedro Matey su Coronista, en este sentido: Y aunque en todo tiempo la verdad haya sido tan odiosa a los Reyes, que fuese menester una mano milagrosa para hacerla entender a Baltasar; no habiéndose servido jamás desta vianda, de quien hay gran carestía en sus Palacios; todavía, jamás Príncipe dio tanto lugar a la verdad, ni le concedió libertad tan segura en las públicas y privadas acciones, como el Rey.

Favoreció con todas veras así para oficios perpetuos, como temporarios a los Españoles beneméritos, hijos naturales deste Imperio, establecido con sangre de sus progenitores; y así en primero lugar, legítimos herederos de sus honores, y lucros. Afirmaba, era por eso digno de ser llamado poco amigo de su Rey, y deseoso de que su Monarquía presto freneciese, el Gobernador, que no amaba, que no premiaba y honraba mucho a los de su nación. Empero, no los nombraba, ni eligía, si antes no los había hablado y oído sobre algún negocio. Argüía de cualquier breve muestra (tan ponderador y atento se hallaba a todo) lo que cada uno podía

valer, puesto en la ocasión: si su conocimiento era bueno, si su entendimiento firme. Publicaba, ser los indicios de un óptimo talento y discurso (inventores de todas artes y ciencias) la trabazón y agudeza de razones; como el paseo y huella descubridores del natural de cualquiera. Pocas veces engaña la gallardía del aspecto, y pocas el garbo y gentileza del vestido.

Movíale en particular, a semejantes elecciones el crédito de inviolable fidelidad, ha tantos años adquirido por los Españoles. Según esto, juzgaba tener tantas fieles espías en las Provincias; ciudades, y villas del Reino, cuantos de los suyos enviaba a ellas por administradores de justicia. Bien le constaban los defectos de que en general eran notados: enfadosa entonación; alteración fácil, largas resoluciones, impaciencias (realmente es cosa natural de la condición humana, el usar del mando con insolencia, y guardar dificultosamente moderación) mas en lo esencial, los juzgaba a propósito, y así se valía de su servicio. Sin duda los Italianos saben disimular mejor, reportarse y sufrir más que los nuestros (abundan más de flema que de cólera) adquirir, y conservar amigos con más destreza; satisfacer con respuestas apacibles. Mas al Duque no le eran ocultos sus ardidés, y estratagemas en todo género de interés. Teníalos retocados y reconocidos con mucho juicio. Sabía, que en los Tribunales, si pueden vencer acometen; cuando no, inclinan al voto que descubren les ha de acudir otro día. Por otra parte, notaba en muchos, talento para consultar y resolver negocios graves, si acaso respectos ajenos y pasiones propias no les hacía torcer del derecho camino. Porque la envidia, fiscal de honras y cargos, suele andar muy aguda entre ellos, incitándolos (con ser casi iguales) a que cada cual pretenda superioridad de nombre, crédito, y opinión. Finalmente, le desagradaron de continuo para cualquier empleo, ciertos hombrecillos (¡oh bestialísimo y de mal gusto el que los ama, y para cosa los elige!) de los que tienen cerca de la boca el corazón; llamando al más encumbrado éstos, enano puesto sobre monte, de corto ser y autoridad, como redrojo de la naturaleza. Disgustábale, no supiesen usar con discreción de las preeminencias que se les daba en los títulos; porque aunque los tales califiquen mucho a quien los recibe; es menester con todo eso, posea de suyo valor y méritos, con que obligue a que todos le tengan intrínseco y aparente recato y respecto; evitando con circunspección toda liviandad y ligereza.

Encargaba mucho la integridad y limpieza de manos; sabiendo vencen los dineros todo obstáculo, y dificultad en los negocios. Con donativos y presentes se corrompen, ganan y vuelven donde se quiere, los ministros. ¿Quién podrá resistir al ímpetu de la plata, con que se alcanza toda indignidad, y toda cosa inicua? Por eso, habiendo sido enviado contra Yugurta Rey de Numidia, el Cónsul Calpurnio Bestia; echando el Rey mano a las armas del oro; mucho más que las de acero fuertes y penetrantes, le induce a hacer consigo, sin licencia del Pueblo, y Senado, paces vergonzosas. Venido después el mismo, debajo palabra a Roma, cargado de moneda sin número; sobornó con ella, y granjeó casi a todos los ciudadanos. Redújolos brevemente a lo que deseaba, sembrando entre ellos gravísimas discordias: por lo que a la partida; vuéltose más veces atrás, como por maravilla, a mirarla, prorrumpió finalmente en aquel infame Elogio:

O urbem venalem, et mature perituram si emptorem invenerit!

En las provisiones, quería se esperasen las mercedes sólo de su voluntad, y mano; puesto que solía decir, ser propio de quien las recibe, reconocerse más obligado al medio, que se las procura, que al mismo que se las concede. Era prestísimo...

Laureano. Eso no sois vos por cierto. Por Cristo, que descansemos, que me falta ya el anhélito, como quien fatigado, y sin vigor, sube por una cuesta arriba. Dos horas ha que estáis dando en esos Gobernadores, y Jueces, olvidado de que quizá nos faltaría tiempo para tratar de otras cosas, que no hemos de estar siempre con los ojos fijos en vos, como estatuas de edificios.

Florindo. No mostréis ceño, ni enojo por sus palabras, que ya habréis conocido ser ímpetu de diferente inclinación; a quien es imposible resistir, sin poderse ir a la mano.

Laureano. ¿Luego le había de alterar tan poco ruido? Más correa tiene Rosardo, y para que reconozca cuánto le estimo y venero, entre tanto que gastaba tiempo en su utilísimo discurso, estaba yo (ya que no atento por mi natural defecto a él) celebrándole en la memoria, haciendo este soneto en ella.

Cuán seguro vivís de que el olvido
vuestro erudito ser jamás consuma,
si ya a la vuestra impar la osada pluma
teme del volador, nunca vencido:

Rosardo, con renombre merecido,
de envidia holláis la venenosa espuma,
sin que se atreva, o contra vos presuma
su libre cuello, su feroz ladrido.

En cuanto alcanza con su frente Atlante;
en cuanto el Reino de Anfitrite baña
aplauso os rendirán sabios vivientes:

mientras el Tajo rico, y arrogante,
y el Betis caudaloso, al mar de España
émulos arrimaren sus corrientes.

Silverio. ¿Qué os parece? ¡Cuán presto encomienda los yerros, y con qué salida tan pronta enfrena las demasías!

Rosardo. Es así; mas con todo eso, no me tiene satisfecho la acción; que no me dejo acallar con tanta facilidad, como niño enojado, con juguete. En estando cansado de oír, ¿hay más que decir que calle? Mas sale con unas exageraciones tan repentinas, que parece se vee con el agua a la garganta, o con alguna punta de espada en el pecho.

Florindo. Lo que más nos pudiera admirar, es haber declarado, que fue la memoria la turquesa del Soneto; pues estando en la conversación, es imposible la tuviese tan quieta, que pudiese obrar sin diversión.

Laureano. A prueba de ruido me atrevo yo a formar en ella rimas sin número, que cuando me hallo en mí mismo recogido, nada me perturba, aunque junto a mí se disparase toda la artillería de Castilnovo. En esta forma doy ser a estos malos borriones, que os digo; pues si de propósito hubiera de tomar la pluma, jamás me asentara a escribirlos. Mas nuestra fuente se mira esta tarde favorecida de músicos. Tres sonoras falucas la ciñen: regalada melodía ya la una comienza, escuchándola las otras dos; hagamos los mismo nosotros.

Benigno el cielo gire
sus ruedas; siempre influyan alegrías;
toda desdicha espire
en este nuevo círculo de días,
que nombre nuevo adquiere,
y de sí mismo nace cuando muere.

Mas ¡ay cuán sin provecho,
y cuán incauto me anuncié ventura,
si en tal principio, el pecho

consagro al armonía, a la hermosura
de angélica Sirena,
que luce en flores, y entre perlas suena!

¿Cuándo he de ver clemente,
¡oh yo entonces feliz! el bulto esento,
que's de bellezas fuente?
¿Cuándo al horror que engendra el pensamiento,
por la desconfianza,
alumbrará la luz de la esperanza?

Responde con desvíos
Lisis, gozo de amor, abril del prado,
a los afectos míos;
sin que pueda ofender su pecho helado
la flecha de mi ruego,
en lágrimas templada, aguda en fuego.

Antes que tome puerto
en tan varia tormenta de cuidados,
que ha de poner, es cierto,
fin a mi vida, término a mis hados;
gozando en playa ajena
mis lasos huesos túmulo de arena,

pues mover no es posible
este animado escollo con gemidos;
pues siempre más terrible,
es fuerte oposición de mis sentidos,
quiero morir amante,
mundo en la voz, parlero en el semblante.

Florindo. El tema destas seis liras ha sido una continuación de amor en año nuevo. Bien se explica; y las compañeras parece, le dan el parabién de la elegante Poesía. Atención; que una de las que oyeron da principio.

Adulador beleño,
que con muertes matizas los semblantes,
deja libre a mi dueño.
Y aunque cortés en convenir amantes
hoy el mundo te nombra;
parte a mi ruego, parte oscura sombra.

Parte; y por otro cielo
discurre, negro estorbo de la gente.
Tiende el cándido velo;
socorre a quien te llama; a quien ardiente,
deidad terrena adora;
ven a mi ruego, ven divina Aurora.

Tú, con gozosos rayos
saluda, oh Sol, del mío los balcones;
porque produzga Mayos,
si Julios para tiernos corazones:

de luz el carro guía,
sal a mi ruego, sal Autor del día.

Pues la noche espaciosa
plumas calzó, benigna a mi querella:
pues vino el Alba hermosa;
y el rutilante Rey de tanta estrella
por cumbres se dilata,
oye mi ruego, oye bella ingrata.

Silverio. Al deseo de que amanezca, para ver lo que se ama, van dirigidos los versos; bien los dispone el suplicante, y mereciera se asomara su pretendida a la ventana. La última comienza con no menos generosos alientos: percibiéndose por extremo lo que pronuncia.

Mientras de Manzanares
visita Tirsi el arenoso lecho,
da tregua a sus pesares;
mas contemplando de Lisarda el pecho,
que fue ardiente; ya frío,
un mar forma en las márgenes del río.

Viendo con modo vario,
alternar ya firmezas, ya mudanzas;
y con querer contrario,
perturbar posesiones y esperanzas,
de sus perdidos gozos
la memoria celebra con sollozos.

Rendido al sentimiento,
lamenta el bien pasado, el mal presente,
doblando su tormento
un desdén imprevisto, un accidente
de antojo procedido,
productor de falsa fe y olvido.

En mí pone la mira
(dijo) ciego desnudo, que arrogante
al pecho flechas tira;
siendo en toda ocasión, en todo instante,
de mi dolor profundo,
Argos el cielo, si teatro el mundo.

La posesión ofrezco
de lo que soy, al bello Sol que adoro,
por él ansias padezco;
¡piedad!, mas ¡ay, que en vano ruego y lloro,
si desdeñoso en tanto,
es a mi ruego tronco, es risco al llanto!

¡Oh crueles halagos
los que interpone Amor; si el que ama en breve
experimenta estragos,
si paga ingratamente lo que debe

un sujeto divino,
en rigor y belleza peregrino!

Rosardo. Ansias de amante dejado son éstas. ¡Oh qué bien selamenta! Singular destreza; voces admirables. Mas los cantores nos miran mucho; ¿si pretenden de nosotros aplauso, y aprobación?

Silverio. Hagamos algo en su alabanza, que la merecen.

Florindo. Eso ¿quién mejor que Laureano lo puede poner en ejecución pues con tanta facilidad lo arroja?

Laureano. No resisto. ¿Habrá por aquí algún tintero?

Silverio. De bronce, destes manuales, traigo yo uno por curiosidad en la fraltiguera.

Laureano. Sacalde, y escribid.

Silverio. Harelo en comenzando.

Laureano. Digo pues, en esta forma:

La bella Eufrosina, Aglaya,
con las nueve de Helicon,
den a sus frentes corona
de mil flores de Pancaya:

Cánteles versos quien haya
el verde laurel mordido;
y los que dan al oído
acentos tan regalados
hoy queden eternizados,
no los ofenda el olvido.

Florindo. Excelente: maravillosa es la décima para de improviso.

Laureano. Doblad el papel. Arrojadsele... Ventura tuvo, pues cayó dentro de una de las falucas.

Rosardo. Ya se juntan a leerle. ¡Como se alborozan y alegran! Señales dan con los ojos de agradecimiento. En fin, toda virtud quiere ser ensalzada; aunque sea premio de sí misma.

Silverio. ¿Notastes, que una de las últimas Liras nombró a Manzanares, pequeño río de Madrid, insigne Corte del mayor Monarca?

Florindo. El de mi tierra es mucho mayor, que es el Betis, émulo del inmenso Océano, pues como él, como por el otro, navegan los mayores bajeles, siendo el primero, que con seguridad conduce los tesoros Indianos, inquietudes de tantos corazones.

Silverio. Diferentes riquezas, y desasosiegos son los de Manzanares: procedidos de tantas bellas Drías suyas, celestes Serafines, hermosísimas Damas. Al paso, que posee corto caudal de licor, abunda de piélagos de recreaciones. ¿Hállase entretenimiento tan apacible como su paseo, en las tardes del Verano? ¡Con qué segura libertad se goza de noche y día su frescura!

Rosardo. Grande es la blandura de las condiciones en aquellos naturales. ¡Con qué nobleza y amor tratan y admiten a los forasteros! ¡Cuán lejos de ofenderlos con descortesías demasías! Dentro de sus entrañas los meten, ayudándolos, socorriéndolos, y así se puede afirmar, cesa en

todos el nombre extranjero en tocando los confines de España. ¡Con qué recelos viven las otras naciones! ¡Con qué sopercherías proceden, cuando llegan a sus ciudades Españoles! Gozques en fin, vilísimos; ladradores de miedo de que no les lleve el que pasa algo de su habitación.

Silverio. Merecieran sin duda, igual correspondencia en los desafueros, y groserías, mas desdice a la generosidad de los que aborrecen; siempre superiores suyos en valor, y a su pesar imperantes. No es mucho (como afirma Cicerón) sea odiado el temido. Con qué malicioso cuidado escriben a menudo papelillos insipientes, con título de manifiestos. Pensión del Imperio, decía Otaviano, son las murmuraciones: permítanseles a los súbditos miserables, como le gocemos, que sólo les queda en la opresión semejante consuelo.

Laureano. ¿No fuera bien responderles, cuando publican disparates en figura de Raguillos³, o sea de otro cualquier género, pues hay tanto en ellos, que satirizar en lo moderno, y antiguo, y tan valientes pinceles, que los supieran retratar con vivísimos colores?

Florindo. Eso sería calificarlos, y aplaudirlos. Su petulancia envidiosa no merece respuesta alguna; siguiéndoseles con callar más ridículo desprecio. Mas volviendo a nuestra España, felicísimo el que en ella asiste; el que merece gozarla. Destierro es para nosotros cuanto por acá vivimos. Ni supo Mario con qué vengarse mejor de los agravios, que en Roma había recibido, cuando sus enemigos le echaron della, sino con decir afectuosamente:

No tendrás mis huesos, ¡oh ingrata patria!

Silverio. En esa conformidad, oíd lo que a la nuestra escribí ha pocos días, con la imaginación de que ya me vía en ella.

Vuelvo a gozar tu clima, oh madre España,
donde abunda de bien todo elemento:
vuelvo, con desengaño y sentimiento
por la que contra ti mantuve saña.

¡Oh cuánto desvanece, oh cuánto engaña
la persuasión de un vago pensamiento!
Pues el lugar del propio nacimiento,
del ajeno curioso, el hombre estraña.

Si agrada al bruto su nativo monte,
si arroyo al pez, al pájaro su valle,
deudores siempre al respirar primero:

dulce y grato a mis ojos Horizonte,
el corazón en ti repose, y halle
el deseo en su patria un mundo entero.

Rosardo. Quien en su tierra no nació cómodo, de necesidad ha de solicitar remedio en las extranjeras; donde se hará lugar con su valor:

Que toda parte al valeroso es patria.

Mas merecedor de grandes infortunios quien no se contenta allá con lo poco; buscando por acá lo escusado, pues últimamente lo dejan, sin gozarlo ellos, ni sus parientes, o por improvisa desgracia, o por natural enfermedad.

³ Sátiras; del italiano 'ragguagli'.

Laureano. Tuve conocimiento con un anciano de nuestra nación, sobremanera codicioso, que al cabo de acumular muy gruesa cantidad de ricas preesas y dineros, con ocasión de haber ocupado bien considerables puestos, murió en Génova, esperando pasaje en una estrecha posada, sin tener apenas quien le diese un vidrio de agua, porque lo menos de que cuidaban sus criados, era de su salud, como siempre enemigos de sus dueños. Por manera, que feneció con su vida su codicia; perdiendo y mal logrando en un punto, cuanto con tantas ansias había granjeado en mucho tiempo.

Florindo. Aun ése pereció con natural muerte, no obstante le busquen de continuo achaques. Como si por el exceso, intemperie, y desigualdad de los cuatro elementos; o sea de sus calidades, húmedo, cálido, seco y frío (amargo y dulce añade Alcmeo en Plutarco) no perdiese el cuerpo su bellísima simetría, y viniese a muerte. Mas, ¡oh caso infeliz sobre todas las desdichas, cuando el fin viene a ser inopinado y violento! Entonces cuando imaginándose el hombre despertar en su cama, se halla en las cenicientas playas del Leteo, pidiendo apriesa pasaje al barquero Caronte: pues será singular auxilio del cielo, hallarse en aquella sazón en disposición, y estado, que pueda seguir diferente camino. El hombre, dice Aristóteles, es un ejemplo de imbecilidad, presa y despojo del tiempo, juego de la fortuna, imagen de la inconstancia, sujeto de la envidia y blanco de toda calamidad. ¿Por ventura, son menos estraños los accidentes del mundo? Asiste un hidalgo en Nápoles, dignísimo por sus buenas partes de larga vida, pretendiendo con incesante solicitud salir fuera. Consigue, tras infinitas zozobras, lo que deseó con tanto ardor, que es un gobierno; y hácenle pedazos en él, sin poder respirar apenas, con tan grandes dudas de su salvación. Parte el otro mancebo a ocuparse en el ministerio de juez, y despójánle del vivir asasinos, siendo de su trágico acabamiento, lícito color su flaqueza. Dejo otros vareados de ropa, y sobajamientos de carrillos, moneda de menor cuantía, y fruta de más bajo precio, que de esa se hace poco caso. Tiénenla los pacientes tal vez por granjería, redimiendo sus vejaciones con intereses; merecidas afrentas, fundadas en tan infames disinios. ¿Qué fue según esto, la resulta de su cuidado? ¿En qué vino a parar aquel anhelar contino por lucrosos aumentos?, en desdicha tremenda, en atroz muerte; solícitos en sus fatales infortunios, en sus horrendas calamidades. En suma, el más entendido ignora el fin de lo que pretende, y así sólo es acertado, remitir su conveniencia al cielo, que guíe, como menester, los pensamientos del hombre, tan sin luz, si le falta la suya, en cuanto intenta y pone mano.

Silverio. Es tanta verdad lo que decís, que si no lo remite a Dios, yerra en su mismo negocio el de más experiencias. En Madrid, patria dulcísima, y agradable, residía yo, en nada menesteroso de cuanto un pasar honesto se satisface. Di crédito a palabras melosas, poderosas a mover duros mármoles, en virtud de que desamparé mi caro albergue, corto en capacidad, pero dilatadísimo en gusto. Vime, tras largas ambages de camino, en este dichoso lugar, ceñido de engañosas esperanzas. He consumido casi dos lustros en contiendas importunas, sobre la conservación del decoro; hallándome más atrás, cuando pensé pasar más adelante. Lo que más debo sentir, es la pérdida de tiempo, siempre tan irreparable: tiempo tan mal gastado, sin aplicar el ingenio a alguna ocupación loable. Gózanse (según Séneca) los Dioses cuando ven andar los mortales luchando a brazo partido con la adversa fortuna. Mas sea rígida, sea espantable cuanto quisiere, inmoble, intrépido me han de hallar siempre sus golpes; como en mar escollo, contrastado de furiosas ondas. Así, no hay duda que:

Hasta el sello fatal desde la cuna,
con brazo si potente, fermentado,
en la región ponerme del olvido,
bien podrá pertinaz, ciega fortuna:

bien, de inopia infeliz, cuan importuna,
y horrible por sus trances al sentido,

en extranjera patria combatido
verme podré, sin esperanza alguna:

mas como palma audaz, con grave peso
suele al cielo elevar su pompa altiva,
en su ser generosa; no arrogante:

tal yo, destes obstáculos opreso,
sin merecido premio harán que viva,
mas no que humille el ánimo constante.

Oíd sin esto, lo que tengo escrito a lo lastimoso deste desengaño; pues sola esta ocupación es el alivio de tan pesadas imaginaciones, y sólo por esta alegre vereda se divierten las tristezas del alma.

Influye al suelo su virtud intensa
generoso, el Alcázar soberano;
derivan dél los bienes al humano,
con él más largo cuando menos piensa:

dél sólo pues, espero recompensa
habiendo causa; y no de arrimo vano,
si me anegó quien me ofreció la mano,
si dañó hallé donde esperé defensa.

¡Oh fe de poderoso, a quien quebranta
un antojo, un malsín, fe que profesa
faltar libre, y sin nota a lo que debe!

Solicita cuchillo a su garganta
quien crédito le da; si su promesa
es siempre cera al Sol, al fuego nieve.

Laureano. ¡Que no pueda desterrar de entre nosotros la melancolía! Sin duda, debe ser propio de brutos el estar siempre alegres. Bien hayan Franceses, y Alemanes, que con tan gran cuidado la desechan; saltando y cantando los unos, y los otros comiendo, y brindando. Adustos son los Españoles, y en placeres poco durables. Hasta sus públicos regocijos tienen del funesto y trágico; pues no hay toros buenos sin desgracias. Alegrémonos, mudando plática, siquiera un poco, y sea el argumento lo que apuntamos poco antes, en razón de las damas Españolas. ¡Oh cuán superiores son en viveza, y gallardía a las destas partes! Valientes de espíritu y de brío, resentidas, agudísimas. Alzado se han a mayores con todo el aseo y bizarría del mundo: ¡que tiernas en querer bien, que finas en ser constantes!

Florindo. Templado estáis a lo antiguo, señor Laureano. Las alabanzas confieso, les son debidas, pues vemos, alborotan otros Reinos las que podemos decir, son en aquel desechadas (hablo de mujeres libres) y es de ver la artificiosa facilidad, con que las sirvientas de allá, se vuelven aquí señoras, diestras en falsos melindres, embustes, y tacañerías. Mas lo de fineza, y constancia se borre: eso sí que no lo concederemos.

Laureano. Muy libre os hayáis de sujeción. ¿Militastes por ventura alguna vez en las lides amorosas, o tenéis ganados algunos cursos en las escuelas de Cupido?, que habiendo frecuentado uno y otro, sus defetos juzgárades perfecciones. Yo no hablo de la garulla de Venus, néctar, todo lleno de escrementos; mercaderes de ganancia; animales de alquiler; centro de todo contagio y enfermedad: antes cadáveres vivos, cuya honra es su provecho, cuya firmeza es la inconstancia. Trato de empleos más realzados; de sujetos hermosos, por su

virtud queridos; adornados de honestidad, ceñidos de respeto, y vergüenza. Aquí sí, que la afición se halla bien colocada, la voluntad bien rendida, y con este aditamento, pregunto si habéis sido amante.

Silverio. ¿Adónde están esas señoritas? Suplícole me las haga de cera. Mas en fin, tarde, o temprano ninguno se escapa de ese dominio. A su Rey, de todo sexo, y edad rinden todos vasallaje; puesto que quien se le negase, poco sensitivo sería. Hállanse semejantes impulsos asidos a los corazones (ved en qué parte para resistirles) teniéndose por más dichoso, quien más amando padece.

Laureano. Acertastes al blanco que deseaba. Pues concedido, que todos habéis amado (si de presente también, como a mí, no os toca decir lo mismo) diga cualquiera por despedida, el soneto amoroso, que en su opinión tuviere más digno lugar, y fuere de su sentimiento más expresivo.

Rosardo. Este mancebo nos rinde con artificios galantes, violentando con desusada dulzura nuestros opuestos naturales. Dejémonos vencer cortésmente, que yo quiero anticiparme al voluntario rendimiento, y así en primer lugar doy principio con el mío:

En pompas, en flagrancias las primeras
flores, que adornan prados y cabañas,
por ti nacen, oh Sol destas montañas,
por ti crecen, ¡oh amor de hombres y fieras!

Participa de largas primaveras
cuanto con tu mirar de gozo bañas;
así, del Can son las ardientes sañas
desprecio y burla a fértiles laderas.

De plantas, y de yerbas las preciosas
vidas; no al cierzo temen; que tus ojos,
que tus paseos de morir las libran:

sólo (¡ay triste!) tus plantas presurosas
el campo de mí fe siembran de abrojos
sólo en mí tus estrellas rayos vibran.

Florindo. Extremado por Apolo, siendo maravillosa la suspensión del rodeo. Trátese bien el que se sigue; aunque mereciera rigor por atrevido.

Del aire (oh Flor) los campos estendidos
recorrí con las alas de los ojos,
y ser sus vagos huéspedes, despojos
de amor hallé, quejosos de ofendidos:

de sus llamas también noté ceñidos,
cuantos huellan en mar árboles rojos:
ni libres descubrí de sus antojos
los brutos, a ser tiernos compelidos:

del techo azul miré la joya errante,
con espirar ardor, resuelta en llanto,
por quien su muerte busca en el cerdoso:

así pena en su ser cualquier amante;
templa tu hielo pues, mas ¡ay que en tanto
con silencio amenazas proceloso!

Silverio. Bien digno se manifiesta de conseguir blandura; mas no siempre la permite la honestidad:

Que's la mujer en desear más frágil,
y en encubrir lo que desea más diestra:

Pues me toca, va de soneto.
Mientras inmoble a número de bellas,
fulminante poder del ciego alado;
conservo cauto el corazón helado,

escuadrón me acomete de centellas:
de tanto preso pues, seguí las huellas;
mas ¿qué mucho me empeñe en tal cuidado
si vi al cielo en un rostro trasladado,

si vi al sol dividido en dos estrellas?
De larga pena rígido tributo
sólo tan larga obstinación aguarde;

siga a largo desdén, largo despecho:
mas ¡ay, no vista la esperanza luto!
¡Piedad! ¡Ay triste, oh Filis, de quien arde

con tal rigor, que's un volcán su pecho!

Laureano. Las penas hacían titubear la firmeza; mas venció al punto el afecto; que no fuera perfecto amor si se pudiera despedir, o templar tan fácilmente. Encomiéndome a la buona gratia de le signorie vostre, y amporen ese pobre huerfanillo, de cuyo dueño la humildad es ya tan conocida.

El corazón, que ilustra, que gobierna
la fábrica, la vida, por quien muero;
no vista, oh Laura, contra cera acero;
desnude grato su exquivez interna:

y pues se va quien con fatiga eterna
es de la luz perpetuo tesorero,
suave lid en blando sitio espero;
ven a mis brazos, ven, fogosa y tierna.

Serás discreta si tu orgullo humillas,
si con su amado imitas a la Luna,
rompiendo el lazo al vergonzoso empeño:

ni temas, broten rosas tus mejillas;
reina la noche, a robos oportuna,
y ocio del alma es al viviente el sueño.

ROSARDO.

De valor y de virtud
escasas van las cosechas,
sólo Baco manda, y rinde,
sola Venus triunfa, y reina.

A sus manos, y cabellos
aplican lindos las bellas,
para cada dedo uno,
y otro para cada hebra.

Sólo ya quien siembra, coge,
mueren esperanzas secas;
presiden las ignorancias,
huyen corridas las letras.

Hinchadas las ambiciones,
por las cortes se pasean,
siempre llenas de disinios,
nunca faltas de quimeras.

Hay Tántalos pretensores,
a quien permiten, que vean
sus antojos en sus labios;
lejos más, cuanto más cerca.

Los más nobles, los más ricos,
pobres siempre de prudencia,
son escándalo del suelo,
y de sus Solares mengua.

En vez de honrosos trofeos,
goza la milicia afrentas;
rendidos sus más valientes
a los pies de la miseria.

Ya son madres de las gentes
Tísifo, Alecto, y Megera.
Ya en toda casa, parece
que Caín, o Can engendra.

Viendo su ser ofendido,
voló a los astros Astrea;
dejando huérfano el mundo
de equidad y de clemencia.

FLORINDO, SILVERIO, LAUREANO.

Cantando estaba a solas, los desórdenes del pasado siglo. Extravagantes son los viejos:
siempre juzgan mejores los tiempos pasados, que los presentes.

Silverio. Así lo certifican las coplas de Don Jorge Manrique, sentenciosas y enteramente
epílogos de verdades.

Laureano. Manifestémonos, que aunque tal vez le irrito con desatinados antojos, estimo mucho su conversación, siendo preciosos sus ratos. ¡Tengáis larguísima vida, oh honor de las más prudentes canas, borlas de la más perfecta sabiduría!

Rosardo. Seáis, Señores, todos bienvenidos, que cierto os deseaba; pues aunque nunca estoy menos ocioso, que cuando solo, todavía son los coloquios amables mucho, aprendiéndose más en ellos, que en los libros más eruditos. Puesto que si a éstos preguntáis algo, nada os dicen, ni responden, no siendo así con los otros; donde con demandas, y respuestas se alcanza cuanto se pretende, siendo las palabras como escaleras, que ligando unas con otras, se llega a la altura deseada.

Silverio. Bien cierto es, se encumbran las vuestras sobre los orbes, fundándose en imaginaciones profundas. ¿Eran por suerte consideraciones inútiles las que antes de venir nosotros, a solas exagerábades?

Rosardo. Pues ¿qué entendistes algo de lo que dije? Porque aunque con voz baja lo repetía, no reparé en que me podía escuchar alguno. ¿Qué queréis? Siempre los que hemos vivido más, aplicamos mayores alabanzas a lo pasado. Es rígida la edad grave; mas córrenle apretadas obligaciones de ejemplo, prudencia, y valor, para que los oyan y crean: y sobre todo los respecten y reverencien; como en Esparta hacían los mancebos a los ancianos, de donde nació el proverbio, sólo allí ser bueno envejecer.

Laureano. Diferentes tiempos alcanzastes, porque si tan apretadamente condenáis el corriente; es cierto habéis participado de otro más dichoso en este Reino, donde ha que asistís tantos años.

Florindo. En duda pone el crédito quien tantas cosas oye de la abundante felicidad de que participaba. Vestido y alimento baratísimo: dineros en cantidad: amigos fieles y liberales: para con la nación favores sin número. Cuando más descuidados, y desvalidos, buscados con mayor solicitud para mayores aumentos. ¡Oh qué Siglo, oh qué Era! Ahora todas son necesidades, todas lamentaciones, todos improprios, y en fin, todo lo que Rosardo apuntó en aquellas cuartetas.

Rosardo. Otra vez me acuerdo haber propuesto, haber sido siempre el mundo de una manera; siempre con altibajos, cuándo bienes, cuándo males. Verdad es, pende mucho su bondad de quien le gobierna: porque incesantemente producen cielo, tierra, y mar lo necesario; contribuyendo las Indias todos los años, tesoros, cuyas raíces son montañas de oro y de plata. Puede ser, según esto, reconozcamos presto grande mejoría en la salud deste paciente, habiendo tenido fin el periodo de las desdichas. Ojalá se abran los ojos de quien lo puede remediar con gran gloria suya. Anoche a los felicísimos presagios y auspicios de su llegada, escribí lo que entenderéis, si como siempre concedéis grato oído.

Cedan, Señor, al vuestro los blasones,
que más en trompas publicó la Fama;
por ser más digno de la eterna rama,
pompa y honor de célebres Varones:

¡Cuán justamente Imán de corazones
quien vuestro trato considera, os llama!
¡Cuán justamente quien os mira, os ama!,
que amable os hacen cortesías y dones.

Tal, vuestro nombre siempre venerado,
a pesar del olvido y de la Parca,
conservará sus inmortales bríos:

¡Oh vos feliz, si a nada es comparado,
ser uno de provincias gran Monarca,
con ser grande Monarca de albedríos!

Florindo. Anuncios y propósitos fundadísimos en razón. ¿No echáis de ver la impensada alegría con que caminan todos por su dichosa llegada? Ya cualquiera despide de su cerviz el yugo de la calamidad y tristeza. Mas para que la mejoría campee con mayor exceso, poned al lado de ése, los accidentes que padecía el enfermo, que ya yo (según ahora entenderéis) los tengo apuntados.

¿Qué mucho, si este sitio es de Sirena,
que peligros se incluyan en su canto,
y que engañosamente engendre llanto
playa, que oculta engaños en su arena?

No ya patria común; llámese ajena,
Reino, que se volvió Reino de espanto;
Reino, que centro fue de gozo tanto,
cuanto se mira ser centro de pena.

No alegran las bellezas naturales
ya deste anfiteatro, ni desean
pompas los ojos ya de flores y hojas:

región es ésta, y círculo de males,
pues hoy entre sus límites campean
lágrimas, infortunios, y congojas.

Silverio. También las ondas desta borrasca han dejado muy mal tratada mi persona, y familia, que la estrecha necesidad pone apretados nudos a la garganta. Viéndome en cierta ocasión, casi desesperado, me valí deste animoso consuelo.

Cual suele en noche oscura peregrino,
senda sigue el discurso errante y ciega,
hasta que incauto al precipicio llega,
donde sólo la muerte halla camino:

confuso y falto allí, de guía, y tino;
recorre al cielo, que su luz no niega;
y la vida consagra al que despliega
los eternos Anales del destino.

Por él restaura el desmayado aliento,
y el ímpetu sufriendo de sus daños,
todo a esperar el ánimo convierte:

ocio concede pues, al pensamiento,
que si mudables son días, meses, y años,
también mutable espera ver su suerte.

Laureano. No me cogerán por lo menos en el contino peligro de esas Sirtes, ni en el evidente riesgo de ese confuso Laberinto. ¡Yo reducido a indignas adoraciones, a frustradas diligencias! Antes desnudez perpetua, antes hierbas de los campos. Con poco más de pan y agua se satisface nuestra fragilidad, y esto a pocos lo niega la naturaleza, por adversa que la

fortuna se les muestre. ¿No sobra todo en la sepultura? O ¿llévase a ella más que la peor y más inútil sábana?

¿De qué sirve pues, tanto afanarse para tener escondidas y ociosas superfluas comodidades? Como quien bastándole una espada que traer, compra y solicita otras, para sólo tener colgadas; para sólo que se cubran de orín y polvo. Vestidos depositados en cofres, para banquetes de polilla. Arrobadito desta imaginación, meditó lo que se sigue la memoria a la felicidad de una vida retirada.

En esta corta esfera, en esta Choza,
no mártir de ambición, paso la vida,
templadamente en todo socorrida,
que's tal vez más feliz quien menos goza.

¿Qué excelsa torre el rayo no destroza?
Mas de mí la razón obedecida,
ni deidad idolatro fementida,
ni anhelada grandeza me alboroz.

¡Oh cuántos pensamientos fulminados
por audaces se ven!, y ¡oh cuántos pechos
de codiciosas ansias oprimidos!

Aquí solo, escuadrones de cuidados
con poco desear quedan deshechos,
siempre libres potencias y sentidos.

Florindo. Ayer a la despedida (como sabéis) dijo cada uno su Soneto amoroso: sin poder (respeto de ser tarde) tener noticia de los sujetos; que recrea grandemente el saber sus buenas partes, lazos de los albedríos. No os sea, por vuestra cortesía, molesto, dar cualquiera razón del suyo; porque se pueda de las elecciones argüir la bondad del gusto.

Silverio. La mía, no tenía más que un ojo, como si dijésemos amada Polifemo; mas si le escusáis esta falta; era en lo restante hermosísima.

Laureano. ¡Oh qué mal gusto, mirar y tener siempre delante un rostro con un remiendo o emplasto! Pues las más que tienen la cara, como si dijésemos, medio a oscuras, se valen del suplemento de un tafétan, para tapar la ventana vacía.

Rosardo. Como si fuese la primera tuerta que en el mundo haya sido de grandes Príncipes querida. Tan bueno puede ser lo demás, que se disimule lo menos.

Silverio. Deste mundo tengo conocida mi parte. La elección fue hecha cuando se llega a los años de la media discreción, porque a los de la entera, pienso llegan pocos. Y ya os he afirmado, era lo demás superiormente perfecto. Yo la celebre una vez, y por tener el asunto novedad, os le quiero referir, o me deis, o no licencia.

Renace Febo apenas, cuando baña,
el monte y llano, oh Fili, de esplendores;
visten gozo las plantas y las flores,
flagrante guarnición de la campaña:

el arroyo entre juncia y espadaña
ríe, canoros son despertadores
Silgerillos, Calandrias, Ruiseñores,
deja el pastor el sueño, y la cabaña:

todo lo alegran pues, los arreboles
del Sol; ufano porque ser divisa
profundo en luz, como en virtud profundo:

mas en tu hermoso cielo ve dos Soles,
y de equidad, o envidia, el uno eclisa,
porque con ambos no se abraza el mundo.

Rosardo. Yo, en mi más verde edad, coloqué muy alta la imaginación. Era su calidad grandemente acendrada, y en nada inferior su belleza. Sinifiquete mi honesta afición un día; no con acentos, que ésa fuera descubierta temeridad, sino con las señales, y demostraciones del rostro, que suele hablar mucho, cuando por respeto calla la lengua. No se dio por entendida; mas pienso no le disgustó interiormente el ser amada, que el amor es benevolencia, y no injuria. Importaba el recato muchísimo; así considerada la imposibilidad de mi empleo, le envíe con cierta ocasión un papel con esto:

Mientras la vanidad de tu esperanza
por trono elige la región del viento,
precipitas incauto, ¡oh pensamiento,
oh Ícaro segundo en confianza!,

cruel, cuan bello el Sol, fatal venganza
previno al juvenil atrevimiento;
mas fue si tumba el húmedo elemento,
resonante clarín de su alabanza.

Osas así, con quien abrasa altiva,
cuando gozos esparce, espira Abriles,
con pronto vuelo entre peligro tanto:

mueres; mas tu memoria queda viva,
ensalzando tus ansias varoniles
un diluvio de fuego, un mar de llanto.

Laureano. No tenían tanta dificultad mis amores, ni la Garza volaba tan alto, que me agradan aves más rateras, empresas menos difíciles. Con bien forzosa ocasión había venido de España, con beldad y niñez, mirad qué dos píldoras. No le falté con regalos y dádivas; que son los hechizos más fuertes. Acetábalos de buena gana, y yo de mala sufría dilaciones; que aun los sujetos más fáciles, las buscan de propósito, porque se tenga más estimación a lo que se pretende. Confieso, estaba picado; por eso le sufría muchos tiros, que los hacen con mayor prontitud a los que se les muestran más rendidos. Al cabo pues, de largo sufrimiento, le envíe veinte doblones, envueltos en este papel.

Crece en tu obstinación, oh Laura, y vive
estéril en tus años florecientes;
helada oponte a estímulos ardientes,
límite a tu crueldad jamás prescribe:

mas ¿cómo tu discurso no percibe
de tu ser los diversos accidentes?
¿Cómo no el robo, y no la injuria sientes,
que con callada pluma el tiempo escribe?

La gracia, el garbo, el movimiento airoso,
y el rostro bello, no en rigor se estremen;
obstando a todo irreparables daños:

con término responde más piadoso
a mi constante amor, pues todos temen
el tiránico imperio de los años.

Florindo. Entiendo, obrarían más bien los veinte, que los catorce; pues en efeto era mayor el número, y el metal muy diferente. Ya vos teníades conocido el pie de que cojeaba. Mas pregunto, ¿en qué vino a parar la diligencia?

Laureano. Fingí haberme sucedido una pendencia, y entreme de rondón en su casa, como sobresaltado. Mostróseme la madre (que este hueso le sobraba) aficionada y piadosa, porque la tenía granjeada con particulares regalillos, tanto, que por mi respeto, había más de una vez trabado riñas con la para entrambas gananciosa; afeándola de ingratitude. Plantó en un aposento, cerca del de la hija, el dulce campo de amorosas batallas, por término más común, un lecho, aseado y limpio. Cenamos, y a poco rato, con título de que el sueño hacía instancia, se retiró a reposar cada uno. Estuve alerta, y desvelado, poco menos que hasta la medianoche; mas apenas comenzaba a vencerme el cansancio, cuando sentí tocarme al arma.

Lo que pasase en la escaramuza, dirá con menos vergüenza esta ligadura:

Cuando se ausenta el Sol, y abre en el cielo
la noche tantos ojos, cuantos cierra
de sueño deseosos, en la tierra,
formando densidades con su vuelo:

la causa de mi ardor y de mi hielo,
si bien perpetuo abril de inculta sierra,
me busca y desafía a dulce guerra;
armada de sutil, cándido velo:

yo en penas, y en sufrir antiguo amante,
acaso tan feliz crédito niego,
con lengua fría, y con temblante brazo:

mas viendo ser precioso todo instante,
lides y treguas sigo, donde el ciego
afloja sí, mas no desata el lazo.

Silverio. Por Dios, que los arroja a pares. ¿Hay tal abundancia? ¡Para cada cosa su soneto, y apenas apuntado cuando dicho!

Rosardo. En eso me lleve la ventaja. Grande es la facilidad y no menor el ímpetu. Menester es concederle doblada permisión, como cuando se da ración doble. A lo menos, tuviese paciencia para escuchar a otros, cuando tratan de lo en que se halla más aprovechamiento; conforme la tenemos nosotros para atender a sus vanidades, como ha sido la pasada arengosa ostentación de juveniles flaquezas; mejores para calladas que para dichas; si no es que tengan ocultos algunos provechosos misterios, para desengaño y ejemplar de incautos mozos: como la comedia de Calixto y Melibea: Celestina por otro nombre.

Florindo. Último he sido en declarar el objeto de mi afición. Pues habéis de saber que era una doncella, hermosa y pobre. En condición candidísima, y correspondía a mi amor con gran ternera; mas tenía mucho del imposible la ejecución de las voluntades. Era hija de padres

nobles y como tal honradísima. Matrimonio con penuria, arriedro vaya; y arriedro también gusto que no fuese honesto. En tal forma, nos consumíamos entrambos, y sinificándole yo cierto día, lo bien que a los dos estaba, derramar ceniza sobre este fuego, por la imposibilidad; para encenderle más, comenzó ella a derramar lágrimas; ¿quién pensara había de ser fomento del ardor el llanto? Así, porque inútilmente no se desperdiciase, dije, puesta la vista en tan preciosos aljófares.

Tesoro, derivado de accidentes,
de confusiones y de dudas llenos,
ya que no simulado; por lo menos
hijo de efectos sois poco valientes:

ojos si amáis, no derramáis corrientes:
cesen vapores de valor ajenos;
cesen, ay triste, ¿quién, orbes serenos,
quién vio jamás nacer de estrellas fuentes?

No en mí lo mas difícil causa olvido;
si bien a los sentidos deja en calma
ver tanto amor en ocasión terrible:

mas ¿qué teme; sabiendo le he ofrecido
de mí la mejor parte, que's el alma;
y que adorada es cuanto imposible?

Laureano. Por cierto, lloro mal considerado, y bien inútil. Por muchas mayores dificultades sabe romper un amor, cuando es excesivo. Si bien he sido siempre de opinión, no se empeñe alguno en afición de tan poca utilidad; antes para los dos amantes tan dañosa, cuando no hubiese de ser el fin lícita coyunda. Porque, aunque la amada, ofuscada la luz de la razón, manifestase rendimiento, no debe el hombre, siendo cuerdo, acetarle, así por el gravísimo peso, que se sigue a la conciencia, como por la total perdición, y ruina de la fácil, pues queda durante la vida, sin algún remedio, y expuesta a todas las desdichas, a que convida, antes obliga la necesidad; culpas que todas llueven sobre la primera causa, como fundamento primero. Por este respeto, disuadía yo a cierto amigo, el amor de doncella, cuando le dije desta manera...

Silverio. Tened, no le digáis ahora; dejalde para otra vez, que no os faltará tiempo.

Laureano. Allá va, no tiene remedio, que se me sale; dalde oído, o tapaos las orejas.

La ciega, cuanto rápida esperanza,
a más modestos límites revoca;
y antes embote en la difícil roca
futuro dueño la primera lanza:

el más sutil discurso, confianza
no admita en los delirios de la boca,
pues cuanto menos el peligro toca,
fin más dichoso el que desea alcanza.

En tanto, el dulce, el regalado aliento
tus labios beban de sus dos claveles;
en tanto, glorias gocen mano y vista:

que, aunque segundo Tántalo, en tormento,
son piadosos los medios más crueles,
cuando riesgos incluye la conquista.

Florindo. Pienso, escribistes eso por la fácil y pronta palabra de matrimonio, que se da para conseguir el deseado intento. Terrible iniquidad, engañar a una simple Corderilla; jamás lo permita el cielo. Mas ¿qué fin tuvieron vuestros amores?

Rosardo. Murió la ocasión de los míos, habiendo algunos años permanecido constante; en que yo sólo había de ser su querido dueño, que se mostró tan agradecida, como era discreta y noble. Empero, eran irreparables los estorbos, que se oponían al suavísimo lazo. Corría conocido riesgo su vida, si la conforme determinación se ejecutaba; y aun la mía no estaba segura; que eran poderosos los parientes, y ligábanle el albedrío con apariencia de estado para ella más dichoso. Como si alguno se pudiese igualar al de un amor recíprocamente envejecido. En fin, la muerte fue quien ajustó estas diferencias, interponiendo su autoridad inexorable; sólo por tal respeto, de ninguno adorada, y hasta de las más bárbaras naciones aborrecida. Después acá, ha sido de Celibado mi vital curso, pues perdido aquel indecible bien, sólo me podía prometer males insufribles; ya que a las espaldas de aquél, suelen venir éstos como sombras.

Silverio. Cerca me hallaba yo de que con hachas encendidas Himeneo alegrara mi casa, y que con brevedad la favoreciera Licinia; cuando una lenta calentura fue marchitando mi rosa; hasta que la deshojó del todo; como descortés arado, que la suele arrancar de su nativa cepa, escureciendo sus resplandores. ¡Ay de mí, cuánto siento esta remembranza, que la amaba perfetamente!

Laureano. Poca maravilla puede ocasionar el temprano fin de la mía, por haber, como valeroso soldado, muerto en su oficio. Dio en vivir desenfrenadamente, y muy apriesa; siendo forzoso acabase con la misma presteza; que no son bronces los edificios humanos. Atribuyose la celeridad a una sangría, y aun a ocasión más secreta y vehemente; por lo que se usó en tal duda, la diligencia que es sólita entre los mayores Príncipes; sin que los patentes interiores publicasen más indicios, que corrupción adquirida con la licencia de libre. El funeral fue pomposo de acompañamiento, y luces, última despedida del cuerpo, ojalá no le hayan faltado al alma.

Florindo. ¡Válgame Dios, y cuán como criminal juez ha procedido la muerte en nuestras amorosas causas! También se llevó mi prenda, con la quietud de una paloma, que en su condición, y proceder imitaba a la más sincera. Sentilo al paso que la adoraba, mas por otra parte me consolé; viéndola con tanta seguridad escalar los cielos, coronada del preciosísimo y puro diamante de la virginidad. ¡Oh mil y más veces dichosísima, pues en edad tan tierna y tan floreciente se robó a los naufragios del mundo, volando donde en silla resplandores gozará a pesar de los siglos eterna hermosura!

Laureano. ¿Quién duda, habrá cualquiera de nosotros cumplido con la obligación de triste, escribiendo a lo que amó algún funesto encomio, lamentándose funebremente cada uno de su pérdida?

Rosardo. Eso dicho y hecho se estaba. Antes me maravillo que no dijédes muchos, pues tantos el insigne Petrarca y otros casi infinitos sin él, dejaron escritos, y publicados a los sujetos que amaron. Apostaré que os inquieta (según costumbre) la lengua para instarnos que los dijésemos: porque solamente en esto se nos pasase la tarde. Mas esta vez he querido vaya mi voluntad a recibir vuestro deseo, pues antes de comenzar a manifestarse, le salgo yo al encuentro con el torrente del llanto que esparcí en la pérdida de mi querida prenda, diciendo así.

Volaste al Cielo, ¡ay triste!, en resplandores
émula al Sol, más que él luciente y pura
y con la ausencia, oh Flor, de tu hermosura
ya sin vida se ven plantas y flores:

daré lágrimas siempre en vez de olores
a tu losa, si piedra, ya no dura:
siempre huésped seré de gruta oscura,
siempre centro de penas y dolores:

escucharán mis repetidas quejas
(si no responde en sus retretes Eco)
atento el aire, y la campaña muda:

imitaré, ya que de mí te alejas,
la Tórtola doliente, en tronco seco,
y en soledad de esposo fiel viuda.

Florindo. Bien encarecido dolor, y todo lo debía de merecer la causa. Íntimo sentimiento es del alma, y así es fuerza que dicte concetos de penosos realces. Los míos fueron los siguientes.

Oh Lisi, el Sol de tu belleza rara
eclipsado de rígido accidente,
hoy desengaño ministró a la frente
que el Labrador perpetuo menos ara:

de errantes luces la influencia, avara
fue con tu edad, en términos Oriente;
¡ay! ¿qué espera en vigor el más valiente,
si un suspiro la humana unión separa?

Largos mares brotarán largas horas
los ojos en tu ausencia; si el discurso
rayos en ti no hallara más vitales:

¡oh cuánto en suerte, oh cuánto en ser mejoras,
mientras marchita flor, con veloz curso,
vas a ser flor de campos celestiales!

Silverio. Consuelo muy justo, pues de la cándida vida de un Serafín, nadie se puede prometer sino inmortal descanso, volviéndose al improviso habitadora de aquella dichosa Jerusalén, albergue, como ciudad de Dios, de tan incomprendibles júbilos. El Soneto, que yo escribí es muy parecido al pasado, por ser compuesto a la ausencia de otra doncella: este es si bien me acuerdo:

Apenas hoy los frágiles despojos
rinde la bella Fili, cuando deja
en lengua y corazón dolor y queja;
y vueltos gruesos ríos secos ojos:

turbios afectos, míseros antojos,
¿qué osáis, qué pretendéis de quien se aleja
si vence en luz de Febo la madeja,
si eternas rosas pisa, en vez de abrojos?

Intactos miembros hoy, en poca tierra
la piedad deposita; y hoy se rompe
frágil prisión, quedando libre el alma:

de sentimientos pues, cese la guerra,
que ver subir al cielo la interrompe
humano Serafín con triunfo y palma.

Laureano. No es mi sujeto capaz de tanto gozo, por el peligroso empeño en que se hallaba su vida. ¡Oh clementísimo Dios, en cuyo abismo de misericordia tanto esperamos! ¡Cuán bien experimentada, cuán bien conocida tenéis la flaqueza de nuestra masa; habiendo sido quien nos plasmó vuestra mano poderosa! Piedad grandiosa, como vuestra, hallarse al perdón siempre pronta cuando le solicita y pide un dolor íntimo de haberos insensatamente dejado; de haberos frágilmente ofendido. Señor, por quien sois, nos concedáis lugar para poderle tener verdadero. No nos arrebate el lobo repentinamente, en medio de la oscuridad de nuestros descuidos. Pastor sois piadoso, y para con las ovejas más perdidas, mostráis mayor solicitud, y cuidado; poniendo las halladas sobre vuestros divinos hombros. Arenga ha sido necesaria en el acabamiento desta moza, sucedido entre risas, y juegos, tan lejos de imaginarlo su pensamiento. Yo pues, conmovido al lastimoso suceso, para escarmiento común, le quise acompañar ejemplarmente, con lo que aquí representará a la lengua la memoria.

El que en lances de amor, ciego se empeña,
y largo fía en el lascivo halago,
de firme califica al aire vago,
y en frágil vidrio eternidades sueña:

este bulto, esta cava, cuya peña
piadosa pide a toda vista un lago,
de incierta muerte ser cierto el estrago
con persuasiva funeral enseña.

¿Quién engañado pues, sufre el reflejo
de tanta luz, y al ver este aparato
su ser no pone en virtuosa calma?

¿Qué espera toda edad, y todo sexo,
si un bello original es hoy retrato
de acerba división de cuerpo y alma?

Florindo. Pase adelante, que es tiempo, la materia que tiene comenzada Rosardo.

Silverio. Antes, os ruego, permitid le lleve yo el contrapunto.

Rosardo. Mejor es, que le pongáis silencio. De Sabios es mudar opiniones. Basta lo que en el pasado discurso apuntastes. Visto es, se os había ofrecido ocasión para describir largamente un pernicioso gobierno. Haya perdonado Dios a Gevres las extremas calamidades, que causó a España. Empero aquí no se ha de tratar más de muertos o ausentes. Sea enseñanza de asentadas proposiciones la que fuéremos comunicando, y dejemos reposar en paz los huesos del difunto Flamenco, ni más en lo por venir se tomen sus cosas en la boca.

Laureano. Piadosa resolución, y máxima digna desta Junta: así sea, y pues de tan buen parecer somos todos, dad principio.

Rosardo. Decía en la plática pasada, era el Duque prestísimo en remunerar servicios, y virtudes; sin esperar, como hacen muchos, o a que muera el mismo Príncipe primero; o los

que dél merecen ser premiados. O por ventura, a hacer la merced tan fuera de ocasión y tiempo, que sea de poco provecho para el menesteroso. O conseguida con tan gran trabajo, penalidad, y ánimo tan adverso; que la agradezca poco quien la recibe, y quien la vee poco la alabe.

Esta suma prudencia, y magnanimidad, conjuntas con suma justicia, y suma clemencia, de no ser precipitoso en hacer daño, o castigar: no perezoso, o tardo en remunerar, y hacer beneficio, le ministraron indecibles alabanzas en las lenguas de cuantos sirvieron debajo de sus órdenes y mano. Abreviaba las esperanzas, sabiendo, era la dilatada sueño de hombre despierto: o sueño que perpetuamente vela; madrastra del sufrimiento; esfuerzo falso; jarabe de alargar los males; sustento de la porfía; padrino del engaño; disfrazado castigo, sin otros varios epítetos, dados por diferentes autores según sus sentimientos y sucesos; concluyendo todos, con que es la nube, y el polvo del aire; pues apenas hay alguna, que él no se lleve. O sucede las más veces, que conseguida, dañe, convirtiéndola, si es alta, la envidia en desesperado fin. Así, no hay que fiarse de sus palabras propias, ni dar crédito a todas las ajenas; para lo cual se deben tasar y medir los deseos de modo, que no excedan de la razón.

Desagradábase mucho de los ociosos; a propósito de que solía decir: El peligro más dañoso, el daño más disimulado; la perdición más cierta, y el enemigo más incontrastable es la ociosidad. Tiranía que destruye la honra, y polilla que consume la fama, pudiéndose afirmar del que vive en ocio, según Séneca, que yace en el sepulcro. La exaltación (dijo Apio Claudio) del Imperio Romano está en el ejercicio, y su perdición en el ocio. Para evitarle en quien tuviese deseo de ocupación, se dejaba hablar con facilidad, sin dar a los porteros ocasión de vender a muchos las audiencias; procediendo con los demás, atrevidos, temerarios, y descortesés. Así, que se mostraba apacible en darlas; no interrumpiendo el ajeno hablar con impaciencia, o priesa demasiada. Ni quería de las palabras primeras, adivinar, o tener por entendido el resto del razonamiento. Menos, notar, o reprehender al pretensor, si algo acaso le saliese de la boca no cabalmente medido, ni haciéndole sonrojar con visajes, o señas, con mirar con fijos ojos a los circunstantes, en razón de llevar sobre sí el que hablaba cosa, que con juicio, o cavilosamente se pudiese tachar: como suelen hacer algunos, más señores de título, o nombre, o por estraños caprichos de la Fortuna, que por propio valor, o conocidos merecimientos. En esta conformidad, repetía por instantes, y representaba con maravillosa elocuencia, las obligaciones en virtud de que son llamados los Príncipes viva, y animada imagen de Dios. El ser éstos (decía) más ricos, y poderosos, que los demás hombres, para no dar, ni hacer bien, los vuelve dignos de ser antes huidos, que buscados; aborrecidos que amados; menospreciados, que obedecidos; ofendidos, que reverenciados. Si deben en la República ser Soles, pongan (prosiguía) los ojos atentamente, en los admirables efectos, y operaciones del mismo Sol. Cuanto a lo primero, es el más digno Planeta, y quien después de Dios, infunde, y comunica las virtudes celestes. Ilustra con su lumbre las cosas inferiores, y superiores; precediendo a todas las lumbres con la majestad de su luz, de que hace bastantísima prueba todo lo criado. Abre los poros de la tierra, alimenta los cuerpos, renueva las plantas, vivifica las hierbas, influye en el hombre naturaleza de saber; modera y templea los demás Planetas, a quien sólo él rige, por ser como su Caudillo, y Capitán. Por tanto, no sin grande ocasión le llaman Teólogos, Filósofos y Poetas, ora, ojo del mundo; ora Rey de la naturaleza; belleza del Orbe; medida del tiempo, claridad, ornamento y corazón del cielo: padre, fuente y dador de las Ciencias: por lo que siendo mayor en virtud a todo, se halla colocado en la cuarta esfera. Mucho pues, tienen que imitar de perfecto los que a este hermoso blandón del orbe son comparados.

Afeaba, en oposición desto, el casi común proceder del poderoso, y el continuado lenguaje de Corte. Aquél si puede favorecer de presente, remite con engaño a lo futuro, fomentando con palabras equívocas, y con ofrecimientos alevosos, padeciendo con armas de confianzas, prolijas heridas de desengaños. Y ésta la vanidad, se sustenta con el odio, se goza con la

envidia, se honra con la mudanza, se ilustra con la malicia, se establece con el engaño, se ensalza con la tiranía, y triunfa con la lisonja, cuyo vicio idolatra con afecto mayor, porque daña con mayor extremo.

Mas el Duque (¡oh cuán a mano llena esparció en él la naturaleza sus dones!) como huía con veras de hacer todo lo que le había de ser necesario ocultar; y de obrar lo que a veces reprehendía, vestía sus palabras, que eran pocas mas resueltas, y sustanciales, de severa verdad, y sus obras de suave certeza. De suerte, que con su entereza natural, y acostumbrada rectitud (ambas convenientes a quien ha de regir tanta diversidad de naturalezas) se miró ser generalmente amado, y reverenciado de todos los buenos, yendo de continuo maravillosamente creciendo de bien en mejor. De aquí nació, que hallándose superior en méritos a cuantos tuvo aquel siglo, fue acometido de oculta envidia,

Nunquam eminentia invidia carent,

monstruo, que siente el bien ajeno, como el mal propio. Mas él siempre constante; intrépido siempre, nunca estimó sus asechanzas, afirmando, que si la mayor grandeza tiene breve fin, sería poca firmeza de ánimo, le pudiesen trocar variedades. También se conformaba con Demetrio, en sentir, no hallarse cosa tan infeliz en el hombre, como no haber padecido adversidades, ya que, faltando la muestra, y prueba de sí, es necesario no se conozca, o que sea muy odioso al cielo; pues se ha olvidado de ensayarle, y favorecerle con algún mal, para saber si resiste los golpes de la fortuna. Demás, que la mundana malignidad, jamás deja los buenos, puestos en cualquier grado de grandeza, sin la venenosa mordedura de la envidia. Bien que sus mayores contrarios, mártires de la misma, por su general aplauso, atónitos, y conmovidos con la fuerza de sus altas obras, prorumpieron en voces no pocas veces, diciendo: Valerosísimo, Prudentísimo Gobernador cual en muchos años se ha conocido en el mundo.

Cuidaba (volviendo a tomar el hilo del gobierno) fuesen a las Provincias por Auditores, sujetos hábiles, capaces, y sobre todo, de suficiente edad, y conocida experiencia; por ser cargo de quien pende el despacho de muchos negocios, juntos y mezclados. Allí se ventilan, y tratan no sólo los expedientes de justicia; sino también los de Estado, los de Hacienda, Guerra, y Gobierno. En todos conviene sea plático, y versado el que administra en aquel puesto; porque no decreta a ciegas, echando en los votos como inexperto, por medio; ya que quien camina por donde no debe, llega sin pensar donde no quisiera. Asimismo, por este camino de elegir suficientes; procuraba evitar la cantidad de discordias, que suelen intervenir entre semejantes; siendo siempre la prudencia, venerando montante de tales disensiones, y desavenencias. Tres Auditores y un Preside, juntamente con un fiscal, y un secretario, forman una Audiencia entera: Tribunal colegiado, ordinario, y de apelación. El Preside, como de espada (aunque está en su cabeza depositada la jurisdicción) no tiene voto en las causas, y así de los Togados solamente, penden sus resoluciones. Éstos, como no son con igualdad divisibles, casi siempre, se hallan en disparidad, como si dijésemos, los dos unidos. Siente no poco el tercero, se hayan de ejecutar las sentencias de más votos; aunque más contraste. Igual exclusión le fuerza (no obstante haya muchos de naturaleza vil, y de condición obsequiosa) a juntarse con el Preside, que por el consiguiente aborrece la conformidad de los dos; bien que como tan conveniente, en razón jurídica fundada. Dos a dos escaramuzan con notable tesón, viniendo tal vez a las manos. Cuando no, paran en despachar correos a Nápoles, con quejas, y avisos al Virrey; mostrándose todos en sus cartas celosísimos del servicio del Rey, del cumplimiento de la Justicia, y bien público; siempre con descrédito de los competidores. A que conviene estar atentísimo, y sobre sí, dando a todos oído, mas no crédito; sin dejarse vencer de primeras informaciones, ni en virtud dellas venir a género de acto irrevocable, o violenta determinación: y a la reputación ajena perjudicial; pues el último ha de ser el castigo; ni para darle, falta lugar cuando justificado. Demás, que no hay ley que permita deje de decir

alguno su razón, antes de ser condenado. ¡Gran dolor, que tengan próspero fin malicias eslabonadas! El Duque, reconocida la tiránica ignorancia y deslumbramiento irracional de quien lo contrario profesaba; informado de tales desórdenes, las veces que sucedían (que eran pocas, por el concierto, y circunspección con que todos procedían) envió despachos a las Audiencias para que en lo difinitivo se ejecutase lo por más votos ordenado, según disposición de derecho, sin réplica, o contradicción. Este riguroso precepto lastimaba mucho, en particular a los Presides; gente por la mayor parte, idiota, pobre, y desvanecida; pues sin adornarse de púrpura, pretenden cortesía de Cardenales, ignorando por cuál camino les pueda tocar la Ilustrísima, con que alzando la cola de la vanidad, se dejan hinchar como cornamusas. Así haciéndose fuertes con las llaves de las cárceles, dan a entender; no hay tan gallarda decisión de Pomponio, ni tan efectiva determinación de Papiniano, para soltar cualquier preso, como su absoluta voluntad; por más que en sus sillas salten, o griten los Licenciados; entre quien campea siempre el aborrecimiento; odio difinido ya por mil sentencias de Jueces Dotorados. Mas para tener en freno la inmoderada licencia de los Ministros; ordenaba al de quien tenía más satisfacción, le diese a menudo aviso de la integridad y rectitud con que caminaban las causas; y juntamente de las sentencias más graves, cuando por razón de campaña no traían aparejadas ejecuciones (demás de las relaciones ordinarias del Tribunal) como se fuesen dando, para que haciendo venir a Nápoles; en caso de sospecha, lo actuado, la Vicaría, o cualquier otro delegado por él, viese si habían sido dadas según disposición de leyes. Con esto vivían todos vigilantes; acudiendo sin competencias a su deber; no queriendo poner en conocido riesgo su reputación, robándose a mayores honras, y mercedes, si en lo decretado se hallasen sobornados, o ignorantes.

Otro bien ocasionó, tras éste, de no menor importancia. Era costumbre (y después, no obstante fuese perniciosísima, se volvió a introducir) conceder los Virreyes a cualquier gobernador de Provincia comisión de Campaña. Esta consistía en perseguir malhechores, y públicos facinerosos, y en proceder asimismo en las causas que se derivan de albergues, favores, y encubrimientos, hechos y dados a foragidos, no lo pudiendo hacer so graves penas. Estos excesos se conocen sin guardar orden judicial, ejecutando varias sentencias de muerte, nunca admitiendo apelaciones. Igual poder libre y absoluto sobre ajenas vidas, sin dar en alguna forma cuenta de lo administrado, es tan exorbitante y fuera de razón (aunque por ventura necesario, como fundado, por la mayor parte, contra condenados a muerte en rebeldía, y otros disfamados de atrocísimos delitos, como son los salteadores) que en ninguna nación Gentil y Bárbara, cuanto más Cristiana y Política, se halla haberse concedido. Grandes son las injusticias, infinitos los agravios, indecibles los robos, que deste inconveniente resultaban, y aún hoy resultan. Eligía el Preside (en su Provincia general Comisario de Campaña) por su Asesor para el conocimiento destos crímines, a uno de los Auditores. Aquél acompañado de cantidad de ladrones (foragidos también, ya con indulto, o para indultarse con título de Guiados, pretendiendo hacer servicios dentro de tiempo limitado, con quitar las cabezas a otros como ellos) salía sin el Gobernador; porque sus salidas eran raras, mas bien provechosas: y como la vez que salía dejaba destruida la Provincia, era menester diferirla por algunos meses. Quedábase pues, y el otro partía a limpiar caminos, selvas, y bosques de Bandoleros. Mejor se podría decir, a escalar casas, a robar haciendas, y a perseguir inculpables. Sin duda se vuelven éstos (queden pero los buenos reservados) al improviso severísimos Tiranos, y Verdugos: sedientos de sangre humana; destruyendo por su gusto, casas y linajes enteros. Conviene descubrir las sendas, por donde semejantes comisarios, y consultores se acreditan y enriquecen, con apariencias de Justicieros. Las Premáticas prohíben el ocultar foragidos, y acudirles con alguna de las cosas necesarias a la conservación de la vida. Justísimas por cierto, y en digna providencia fundadas; pues faltando al delincuente lo forzoso, le conviene perder el cariño a la patria, tan amable para todos, sin estar (huyendo lejos) al calor del padre, hermano, o amigo; y ausentándose, queda aquella parte libre de sus insolencias. Estas leyes, aunque llenas de equidad, no pueden violentar las naturales, asidas y estampadas en los corazones de las gentes, que consisten en favorecer y alimentar cada uno a

los suyos en sus peligros y desgracias. Por esta razón, todos los días hay quiebras y contravenciones: ni faltan enemigos y espías, que aun sin ser verdad, las acusen, y revelen al Tribunal, que así llaman al Asesor y ejecutores. No se descuidan en acudir, y en llegando, procesa; prende y atormenta, como se suele decir, a diestro y a siniestro. Últimamente, a los verdaderos fautores, que atemorizan, y amenazan con los nombres y arcabuces de los mismos Bandoleros, desocúpanles las bolsas; quitándoles parte de la pluma, y suéltanlos; para que pueda crecer de nuevo, y ellos de nuevo pelar. Al padre, hermano, o tío, que acudió alguna vez de secreto con el pan, o el vestido, movido del afecto natural, si tiene alguna cosa con que redimir su molestia, se mantiene; cuando no, recibe inquietudes y destrozos terribles. Avisan luego al Virrey, anteponiendo su cuidado, y exagerando su diligencia en igual género de servicios; con que dan color a los estragos, hechos con ligera causa, dejando en silencio los cohechos y robos cometidos sin peligro a toda rienda. En esto se ocupan casi siempre, y no en perseguir las cuadrillas de facinerosos, extinguiéndose raras veces su número; antes creciendo de continuo. Si acaso prenden, o cortan cabeza, es de algún miserable forastero; que andaba descarreado, mal plático y sin arrimo. Tales son los efectos de un poder casi absoluto; no reglado con cristiandad, y razón. Trance terrible, en que es menester gran paciencia, por hallarse lejísimos otro cualquier remedio. Ya que, cuanto a quejas, los tímidos o no osan, o no pueden por su pobreza quizá darlas; que para quejarse y dar prueba, aun es menester hacienda y esfuerzo. Los de más ánimo y poder, no dejan de acudir al Superior; mas suelen los interesados prevenir estos riesgos, tomando los pasos de más peligro. ¿Qué no consiguen negociaciones, qué no alcanzan intereses? Tienen castillos artillados, que como a tributarios los defienden; los avisan; y aun les remiten los mismos memoriales, que se dan contra ellos. Para satisfacción de Superiores, defensa y conservación de su crédito, alegan, y ponen delante el escudo de la enemistad, general y particular; adquirida con el común estrago y matanza. Por manera, que los tristes ofendidos, o no escuchados, o no creídos, desesperados se vuelven a sus casas; y los más las desamparan, temiendo, y con razón, el daño inevitable de aquellas furias.

A este perniciosísimo estilo, se opuso el Duque, y mandó, tocarse sólo a las ciudades, y circunvecinas poblaciones el perseguir hasta prender, y en caso de resistencia, hasta matar semejantes facinerosos. Y esto en forma de comunidad, a campana tañida; fulminando las justicias ordinarias debidos procesos contra principales y fautores. Quería, los remitiesen después a Nápoles, juntamente con los presos, a costa de los propios y rentas de los mismos lugares, para que en último los viese la Vicaría, delegada por él para semejante conocimiento, y ejecución de sentencias. Tal género de persecución (casi correspondiente a la Hermandad de España) fue de singular importancia, y remedio: puesto que en tiempo brevísimo quedó toda jurisdicción limpia de malhechores, siendo parte los gastos públicos para correr y escalar (por evitarlos) las campañas, montes, y sitios, por su disposición de más sospecha, y para ladrones de más comodidad. Sin esto, cuando crecía el número de las cuadrillas, por descuido de los moradores, enviaba algunas compañías, con cabeza de satisfacción a aquellas partes, para que alojando a discreción, a ellos sirviese de castigo, y a los Bandoleros de perdición. Tan pronto fue siempre aquel valeroso caudillo en comunicar seguridad donde reinaba mayor peligro; en remitir su resplandor donde más campeaba la oscuridad; participando de su virtud y providencia todos los ministros (en particular mientras él gobernó a Nápoles) en la forma que en el cielo participan las estrellas de la luz del Sol. El tiempo después, violador de las más santas resoluciones, perturbó la importancia y acierto desta. Tratándose más adelante que se quitasen los alojamientos de la milicia, según se alegaba, perniciosos y de gran costa al común, concurrió, y ofreció el Reino todo, introducir y pagar en cada una de las provincias ciertas escuadras de a caballo y a pie, por mitad, al número de cuarenta hombres, cada cual con su cabeza; con título de Capitán de Campaña. Fue el intento, persiguiesen estos tales los delincuentes de páramos y desiertos. Mas a la verdad no lo hacen; ni servicio en algún tiempo considerable; por ser la escoria del mundo, gente tímida, y ruin, sin determinación y espíritu para dar caza a bellacos. Hoy, según esto, se hallan los Tribunales de las Audiencias en

posesión de proceder Ad modum belli; esto es, sin velo, ni forma ordinaria de juicio; sobre tal género de delitos, comprendidos en premáticas y bandos. Los Virreyes sucesores, asimismo introdujeron cierto oficio con título de Comisario de Campaña, que conoce de semejantes crímenes, cometidos por la mayor parte en la Provincia, finítima a Nápoles, que es la tierra de Labor; aunque el que lo suele ser; pretenda jurisdicción en todo el Reino. Es plaza digna de que la administre quien en conciencia sea un San Francisco, y en ciencia cuando menos un Bártulo; respecto de las ocasiones, que se ofrecen por instantes de cometer injusticias y robos. Y así, siendo tan difíciles de concurrir dos tan necesarios requisitos en el sujeto que se ha de elegir, fuera santa cosa extinguirla, dejando a la Vicaría la autoridad, como tenía antiguamente.

Laureano. No me ha desagradado el tirón, y le he escuchado como un muerto; o como los de Cartago procedieron con el ingrato y mal Caballero Eneas, que burló a Dido, oyéndole sin pestañear, atentos ojos y bocas: que temo mucho las riñas, y más de entendimientos superiores.

Rosardo. Todo sois galantería, y todo cuanto decís viene a parar en solaz y suave entretenimiento. Vuestra apacible docilidad no puede ser notada sino de mucha cortesía. Al contrario, de los que en las conversaciones, como garrafas vacías, resuenan más que las llenas.

Florindo. Cansadísimos sujetos suelen asistir en algunas: quintaesencia de ignorancia, por lo que toca a saber; y por el talle y forma, cuanto se pueda decir aborrecibles. Todos figuras de estuco, piedracal y yeso sobre armazones de palo. Tal hay, que lleva sobre sí diez, o doce libras de algodón, en jubón, ropilla, y calzones; y por estío, ¡ved qué lástima y dolor! Relevados pechos y ancas; estrechicos de cinturas, talles o petos seis dedos más abajo del ombligo, con las faldillas muy cortas, con espaldas y brahones hasta la mitad de los brazos; zapaticos puntiagudos, con grandes borlas por lazadas, montes de tafetán por ligas, con greñas hasta las quijadas. Maldiga Dios la primera imaginación de tan mal uso, que tan efeminados hace a los hombres; y para cuanto menester, de tan pésima apariencia.

Fuesen por lo menos, o más apacibles sus hechos, o más amables sus dichos. ¡Qué restíos son de obsequio, qué duros siempre de gorra, qué falsos de postura, y qué misteriosos de aspecto! Plántanse a lo socarrón, con artificio callados, atentos a los que van y vienen para en ausencia morderlos. ¡Oh qué lenguas tan fáciles y resbaladizas para ofender y dañar al prójimo, cortando como se suele decir, a la desesperada sobre el paño ajeno! Róelos vivos la envidia; pues aun cintas en otros no quisieran ver flamantes; juzgando con cruel ratería consuelo en su necesidad, la desdicha y penuria ajena. Pues ¿qué si sus detenidas palabras prorrumpan y sueltan la presa? No se puede imaginar con cuánta velocidad rompen los cancelos de la modestia brotando apriesa tolondrones, tajos, y reveses de lengua, con escándalo de quien los oye, y tan bárbaros los considera.

Rosardo. Paso, que os entráis de rondón en cosa que tanto aborrecemos, como es la murmuración. De todo se halla en todas partes, y el mundo en todas es de un mismo metal siempre. ¿Cuál República no fuera felicísima si reconociera tener todos sus hijos perfectos? Volved los ojos a la natividad del Universo, hallaréis luego un Abel y un Caín, aquel de bondad, y estotro de malicia primer ejemplo. Mayor satisfacción de los buenos, verse superiores a los malos, en la forma que lo es el oro al resto de los metales.

Demás que ¿quién asegura, no seamos también nosotros a ajena vista molestos? ¿Quién sabe, si asimismo somos notados de peores, o cuando menos, de imperfecciones semejantes? ¿Oímos acaso, lo que en ausencia de nuestro proceder se nota? ¿A cuántos, puede ser, sean enfadosos nuestros aspectos, cansadas nuestras acciones, insufribles nuestras hablas? Puntualmente sucede en esto, lo que en las desgracias, o crímenes. Rigor y severidad en casas de otros; mas en las nuestras cuando delinquimos, querríamos benignidad y clemencia; o por lo menos

equidad. Cada uno tiene su hueso que roer, dice el adagio Griego. Suframos, porque nos sufran: uno se vaya por otro. Parecéis cortesano novicio en ignorar disimulos; y ser como de piedra, o bronce a los más penetrantes estímulos. El ladino y mañoso, por cosa no se mueve punto: nada de cuanto ve le altera: antes cubre con sagacidad lo que abiertamente entiende; tragando amargos acíbares con palabras de disfraz, y ficciones de accidentes; dando la culpa de desórdenes a lo más remoto y lejano. Cuando el hombre se vuelve legislador, y se quiere hacer singular, en vez de dar vaso de salud, le ofrece de enfermedad; que siempre el censor fue de todos aborrecido, y con puntualidad pagado en la misma moneda que gasta. Para vivir con quietud al conversar con todos, es óptimo el consejo que da Ovidio para adquirir, y conservar el amor de su Dama cuando dice:

*Cede repugnanti: cedendo victor abibis:
fac modo quas partes illa iubebit agas.
Arguit, arguito: quiquid probat illa, probato:
quod dicit, dicas: quod negat illa, neges.
Riserit, arride: si flebit, flere memento:
imponat leges vultibus illa tuis.*

Por lo que toca al vestido, tened por bien no enfadaros; pues siempre se ha concedido amplísima libertad a los trajes: no habiendo cosa tan fea a quien no haga parecer bien la costumbre. El nuestro, si va a decir verdad, caso que se engañen tantos, es más inconstante que otros, y no sé si de gusto mejor, por andar buscando extremos. Cuándo ancho, cuándo estrecho todo: cuándo corto, cuándo largo: cuándo lechuguillas grandes, cuándo pequeñas valonas; variedad extraordinaria, antes penoso desvelo el andar imitando naciones sin saber, como Venecianos, establecer un modelo, en quien conociendo lo más acertado, se negase permisión a nuevas introducciones. Mas esto, respeto de otros yerros, es de momento levísimo. Es muy antiguo en el mundo el correr todo torcido; el hallarse todo depravado. Algunos erigen y construyen Palacios; como si hubiesen de vivir siempre. Otros comen y banquetean como si hubiesen de morir el siguiente día. Al contrario éstos, el avaro pasa su vida a dientes secos, para dejar cantidades a quien no le diga Dios te perdone. Deliberan los hombres obedecer tal vez a la ley de la templanza; después menospreciándola, sirven al apetito. Tal, se da crédito al buen amigo, mas en breve se pone en ejecución el parecer del lisonjero. Hoy agrada una doctrina verdadera, y síguese mañana otra falsa. Toda arte, todo ingenio se vicia. Cada uno corre a este torrente de engaños, y cuanto más pretende conseguir, tanto más se espone a grandes peligros. A tal sujeto estimula la conciencia, y tal es opreso de cierta pasión. Ni falta quien continuamente dé vueltas alrededor de la servitud odiosa, frecuentada por hacienda, por vanidad, o favor. En suma, apenas abre uno los ojos para evitar tantos riesgos, ya que llegando de improviso la muerte, ignora dónde retirarse, queriendo con todo reparo huir el punto peligroso. Así, creyendo esconderse en lugar seguro, cae en el precipicio del daño, y juntamente del vituperio. Jamás pues, debería empeñarse tanto en las ondas deste piélago; que dellas no se pudiese retirar a su albedrío; puesto que suele llegar de improviso accidente tan estraño, que apenas el de mayor experiencia se lo podría imaginar; sin poderse reparar de pensado, cuanto más repentinamente. Por eso, no haya quien tanto se deje prender del breve placer y dulce sonido del vivir humano, que se olvide de lo cierto, que con verdad debería obrar, porque no le suceda lo que a quien haciendo viaje, yerra el derecho camino, que cuanto más adelante pasa, tanto más se aleja de adonde querría ir. O porque no se vuelva semejante a quien teniendo poco mal en los ojos, fregándose los de continuo, los hace incurables. Temeroso del divino juicio, se ha de llegar siempre a lo bueno, procurando hacer con el prójimo lo que desea se haga con él, ayudándole en los peligros conforme querría él ser ayudado. Ha ordenado Dios su fin y término a todo; según esto afirman los cuerdos, aligera los afanes de la vida, quien obra mirando al siglo venidero: ya que, quien en las cosas del presente deposita su afición, consume sus breves años en continos tormentos.

Florindo. A nuestro teatro (si no yerro) vienen a representar las galeras. Doce son: ¡oh qué hermosa vista! El título les toca justamente de sacras Reinas de las ondas.

Silverio. Será eso por lo que tiene el mar de sagrado. Con qué alegría, hecho escrutinio y experiencia de otros bajeles, se hacen viajes en ellas. Reducida tanta gente en tan corta capacidad, es forzoso sea la navegación entretenida; y más cuando sus veloces alas van descubriendo la novedad de golfos, puertos, y regiones.

Rosardo. Grande concierto se observa donde parece había de reinar más atropellada confusión, mas ¿qué mucho si hace temblar tanto a todos el sutil acento de un Pito, denunciador de tan severos castigos en tan mínimas flojedades? Es su mayor cargo dignísimo, y el que le goza, sin duda la segunda persona en el Reino, y así de continuo ocupado de calificados Personajes.

Laureano. ¡Oh cuánto perdí yo en la pérdida lastimosa del heroico predecesor del que hoy le tiene! Sujeto con razón a todos ojos amable. Hijo de aquel Sol luciente que a España dio doce tan nobles estrellas, las más en servicio de su natural Señor eclipsadas. Antes de partir de aquí para tan infausto corso, siguiendo mi natural inclinación, de dar molestia a las Musas, respondí a cierto papel que con ocasión de leva me había escrito cierto amigo, de insignes partes, que tenía en su cámara el lugar primero; dirigido a la ida y vuelta del prevenido viaje.

Rosardo. Aquí entra el quererle publicar y el que nosotros le oyamos. Eso se podrá ahorrar con decirle presto, pues aunque lo pretendamos, no se ha de poder escusar.

Laureano. Así lo haré, pues tan patente tenéis todos mi lisiado pensamiento.

Lisio, tú solo que puedes
por semblante y por ingenio,
plectro competir, y carro
al refulgente Timbreo:

tú, por quien de discreción,
brío, y beldad los extremos,
ya en Fénix son inmortales,
por ser de tu pluma nervios:

tú, que al Eco de tus quejas
los riscos responden tiernos;
y arden, como tú, de amor
agua y aire, tierra y fuego:

tú, que si suave esparces
regalados sentimientos,
almas corren a tus labios,
y son almas sus concetos:

pues tu dueño, por sulcar
de Tetis el vasto Reino,
águilas pronto previene,
veloces hijas del viento:

convoca, nuevo Arión,
para su feliz progreso,
las marítimas deidades,
con tus numerosos metros.

No globos de turbio humor
osen escalar el cielo,
ni le embista el Huracán,
ni le ofusque ardiente trueno.

En vano Scila y Caribdis
ladrando, amenacen fieros;
y en vano ostenten las Sirtes
con peligros encubiertos.

Sobre carro de cristal,
no cual por movable asiento,
sino cual por firme campo,
Doris le salga al encuentro.

Tritones entre Nereidas,
del gran Tridente consiervos,
como a Rector de sus ondas,
le formen alegres cercos.

En honor de su llegada,
inventen danzas y juegos
los siempre amantes Delfines,
que fueron Tuscos primero.

De sus ligeras Trirremes
pompas sean y ornamentos,
nácares, perlas, corales,
galas del húmedo centro.

La Madre de tantas serpentes,
que's por su culto diverso,
venenosa oposición
del Siculo Lilibeo,

admire su nombre, y ponga
con él a su audacia freno;
confusa, tímida, y ciega
al resplandor de su acero.

Pierda, si buscare estorbos,
chico pez el grande esfuerzo,
con que es áncora tenaz
del más navegante leño.

Deje en varios Promontorios,
y en cuantos visite senos,
los humildes libertados,
humillados los soberbios.

El más arrogante pino
rayo en golpe, si ave en vuelo,
su orgullo indefenso abata,
asombrado de sus lejos.

Tremolando gallardetes,
entre marciales estruendos,
graves por ricos despojos,
tornen sus velas al puerto,

donde le ministren loas
naturales y extranjeros,
como a domador Alcides,
como a fulminante Febo.

Salga al lado de su aurora,
a recibirle un lucero,
prenda de tan firme amor,
en tan conforme Himeneo.

Allí las almas expliquen
con los ojos sus afectos,
que tienen lazos las lenguas
en tan gozosos excesos.

Reportado brevemente,
el éxtasis del contento,
corona sus brazos sean,
si no prisión, a sus cuellos.

Vincule España sus glorias
en mármoles y letreros,
porque resplandezcan siglos
contra las sombras del tiempo:

y bata sus torpes dientes
el pálido monstruo horrendo,
que por ajenos aplausos
fuera se consume, y dentro.

Silverio. Cuán diferente fue el suceso de lo que con tan elegante estilo se le anunciaba. ¡Caso por cierto digno de notable ponderación, que en leño donde había seiscientos hombres en lugares más descubiertos, a ninguno ofendiesen los tiros, y que sólo acertase una bala a la persona más digna, a la cabeza, al General de todos, llegando como cansada, no más de hasta donde bastó a matarle!

Florindo. ¡Oh qué desmayo, y qué tristeza tan superior caería al improviso sobre las belicosas galeras, viéndose huérfanas de su caudillo! Llegaron funestamente vitoriosas, como en Ravena Gastón de Foix, que venció muriendo. Precio inestimable el de tan corta ganancia; prisión de un vilísimo infiel, con muerte de un tan gran Caballero.

Rosardo. Otra pérdida, también en puestos del mar, se sintió ha poco no menos gravemente. Esta fue la de Filiberto de Saboya, Príncipe de virtudes esclarecidas, robado apenas en la mitad de sus años. Generalísimo en el cargo, empero más General en realzadas partes, y dotes. Amaba yo su valor, y su condición apacible, sin haber dél recibido beneficio alguno; ni apenas conocerle, más que por fama, que a tanto obligan calificados méritos. Antes a su funeral remití este soneto, que en esta ocasión me contentó decirlo:

¡Oh desengaño universal de antojos,
en paz y en guerra inexorable Palas!

Tú, que chozas y alcázares igualas;
cuyos trofeos son negros y rojos.

Hoy se anegan en lágrimas los ojos
por tu ocasión, al ver con leves alas
volar Flor pura a las celestes salas;
marchitos ya sus ínclitos despojos.

De Reales prosapias decendiente,
veces sostuvo del Monarca Godo;
gran Cruz del grande, que ilustró el desierto:

consagrole Neptuno su Tridente:
mas imperios ¿que son? Excede a todo
siendo sumo en virtudes Filiberto.

Florindo. No consiente la desgracia vivan los hombres en perpetua alegría, ni menos se puede huir lo que de arriba viene ordenado. Cada uno tiene sus lazos con que quedar en esta vida preso.

Laureano. Señores, en todo es mi gusto extravagante. Por ningún caso apetezco embarcaciones: porque apenas entro en el bajel, cuando se me salen los intestinos por la boca, tales son las angustias que siento en el marearme. Según esto, nada se me diera de que en el mundo no hubiera mares. Lo que más debe admirar es, que padezca en los coches el mismo desabrimiento; pues para mí todos son mares: ni por un hora que me lleven, vuelvo en mí en otras cuatro.

Silverio. Estraña naturaleza. Ese es mucho mayor trabajo, por poderse evitar menos; que en fin, el de las carrozas, es hábito de hombres nobles. Notable infelicidad, pisar lodos por invierno, expuesto al rigor de las lluvias, a la inclemencia de los fríos, a que brutos le salpiquen, y a otros muchos indecoros. Pues de verano, ¿quién puede sufrir el andar a pie, apenas un breve rato? Tanto cansancio, y sudor, ceñido de tanto polvo. Dejo aparte, la diversa estimación, que se hace de quien va rodado. Apláudele el mercader; el ministro le agasaja; y todos le notan, y miran con antojos, que hacen las cosas de doblado bulto. Cuanto más gallardo y vistoso, si peón zarabullí⁴, tanto más desestimado, pues sobre el andar a pie; no cae bien primor, ni gala.

Laureano. En verdad, que viven frescos los que no pueden cohear: gentil consuelo les queda a los nacidos infantes, imposibilitados del todo de tan vil follonería. Lindas piernas me acompañan; incansables, y veloces para cualquier romería. Con ellas voy por donde quiero, sin miedo de trastornarme, o quizá de ser, sin delinquir, arrastrado. Ninguno se me atraviesa: ninguno me impide el paso, libre de lidiar con tres bestias, incluida la del cochero; la más cerril casi siempre. Pues ¿qué molestias no causa el haber de tenerle apto? Cada día remiendos de leña, de hierros, y guarniciones, al mismo diablo insufribles. La provisión del pesebre, la pitanza del Auriga, una inexcusable, y otra con aparejada ejecución, como escritura cuarentigia⁵.

Florindo. Por eso, suplen amigos a los que carecen dellos; siendo acomodada recreación el ir conversando juntos: ya que no hay cosa de tan gran desaire, como soledad de Coche. ¿En qué piensa un mamotreto, cuando ocupa aquel portátil retrete, sin discreta compañía?

⁴ Parece valer por 'grosero', 'chabacano'.

⁵ Por / A cuarenta años.

Silverio. A veces la de algunos dueños no suele ser de ese modo; antes por el cabo copiosa de villana grosería. Olvídense de que es su casa, y que siempre al güesped le toca el mejor lugar en ella, honra que quien más la usa, mucho más para sí la granjea. Ni hay jamás en esto falta, a no ser deslumbradísimos los a quien toca hacer semejantes comedimientos.

Laureano. Hállanse, y bien a menudo, ignorantes de tres altos, como brocados más subidos, que cometen iguales indiscreciones, y descuidos. Entre otros, yo sé de uno, por presunción y boato figura más que ridícula: acciones de Semitítulo, con visajes, y torcidos de Cubielo, o Arlequín, cuanto a hombros y bigotes. Caña ondeante yvacía; casquivano, y de sí mismo grandemente satisfecho. Éste pues, debiendo servir al tiro, goza la posesión de un coche, de quien suele hacer partícipes a diferentes conocidos, empero con libramiento, y reservación de calarse al peor lugar. Antes en el que se planta dilatadísimo en piernas, es de lengua contino guión, imperante tan determinado, y resuelto, como si asistiera en el puente.

Contra toda Toscana Horacio solo.

Digo pues, volviendo a tomar el hilo del primer intento, ser por natural inclinación, poco afecto a embarcaciones, por el importuno mareamiento, que cuando me valgo dellas, padezco en toda la persona. Así que por evitar tan incesantes congojas, ni querría ver bajeles, ni aplicar vista a los mares.

Silverio. Ignoráis en lo que decís de cuánta importancia sean para la comunicación, y comercio. Partes del mundo tan interpoladas, y tan distantes, ¿quién sino ellos las hubieran unido? Son por eso tan célebres los descubridores de regiones incógnitas: que fue el non plus ultra del valor, saber domar tan indomable monstruo.

Florindo. Los antiguos alcanzaron muy poco de arte tan estimable. Regulábanse por los ojos, y no se alargaban más de cuanto descubrían con la vista. Mas los que después sucedieron, libraron en más generosas osadías, su mayor conocimiento. Penetraron los piélagos hasta donde apenas llegaron las imaginaciones; abriendo dilatados caminos a la Monarquía, y propagando la Fee por tan remotas partes; demás de ser las conquistas no menos grandes que milagrosas.

Rosardo. Cuando no fuera por tantos bienes, ocasionados por el mar, él solo por sí es dignísima parte de lo criado, si para lo que lo fue, se considera atentamente. Sólo al agua no se le da término de medida, por la variedad del sitio que ocupa: tanto son los ríos, fuentes, raudales, lagos, y piélagos que comprehende; sin los otros licores, que secretamente corren por los meatos o poros de la tierra, bastantes impedimentos para la referida incertidumbre. Mas debiendo decir lo que la mayor parte de los sabios afirma, cuanto al todo, viene a ser en su esfera, su capacidad de mayor grandeza, que la tierra; y no obstante sea más grande, no la cubre toda; porque así plugo a Dios para beneficio de los vivientes. Fueron algunos de parecer, no hubiese agua desde el principio; sino que trujese origen de los vapores terrestres, producidos, o levantados en las entrañas de la tierra; conducidos y puestos después por la fuerza del Sol en el aire, y de allí lambicados en humores; y que por eso no tuvo ni esférica, ni limitará medida. Otros de contraria opinión, escribieron, era el agua madre de la generación en las cosas elementares. Quieren, que con infundir su virtud generativa a la tierra, ya con lluvias, ya con ríos, la penetre, traspase, y alimente. Demás, alzándose en el aire, concluyen, ser ocasión de que se engendren las cosas que participan del mismo, y en él habitan. Potencia de admiración, hallarse en un mismo tiempo en tantos y tan diferentes lugares. Llamose agua, nombre derivado de la lengua latina; casi como que de la propria se originasen las demás cosas. Tiene imperio sobre los otros elementos: porque deshace la tierra, se levanta sobre el aire, y mata el devorador fuego. Sobre las aguas era llevado el Espíritu de Dios. A éstas tiene

⁶ Acotada, limitada.

el mismo encerradas en sus cielos como riquísimos tesoros. Es admirable antídoto contra toda ponzoña. Por eso, los Cisnes y Elefantes, tras cualquier venenosa comida, corren luego a lavarse. Así el Ciervo para purgarse del tósigo, que tragó, cuando comió las serpientes, visita las ondas, en que se purifica y sana. El agua alienta y vivifica; siendo ornamento y vida de la tierra, de sus hierbas, y flores. ¡Oh qué maravillosos efectos y cuán contrarios hace por momentos! Cae de alto en las lluvias, y sube arriba en las fuentes. Lava lo que se halla inmundo, y mancha lo que está limpio. Conforta los miembros de quien con ella se baña por estío; y ahoga el cuerpo del que en ella se sumerge. Mata la sed, y enciende la cal viva. Enternece las cosas duras, y endurece las divididas. Fecunda la tierra con su apacible curso, y la hace volver estéril con inundarla. Conserva verdes las plantas, humedeciendo sus pies, y las seca bañando y cubriendo sus cimas. Creciendo, encumbra las cosas humildes, y cavando las raíces, humilla las altas. Representa las imágenes, y quita a los espejos el poderlas representar; llevando en fin, en una misma mano la vida y la muerte.

Resta ahora considerar, que siendo el agua mayor que la tierra, según se ha referido, no la supedita, y cubre toda. Sobre esto se traen diversas razones, derivadas de diversas ciencias. Dicen los Astrólogos, suceder por obra de las estrellas, situadas en el Setentrion, que tienen las aguas a freno. Los Filósofos afirman, corren a su centro por razón, todas las cosas pesadas: y porque el agua no puede estar y subsistir por sí misma, es forzoso, esté encerrada y recogida en el vaso de la tierra, llenando todos sus vacíos espirituales; y profundas cataratas, dejadas todas con arte y estudio, para la capacidad de aquel cuerpo. Prosiguen, que cuando no pudiesen caber, se dilatarían sobre la tierra, a no hacerle volver atrás los impedimentos que encuentra; y que a ser la tierra líquida, la cubriría toda, sin detenerse en el centro, apoderándose de todos sus espacios y cavas. Mas hallando lo mas bajo impedido, en forma de Dique, o arco, se retira donde puede. Demas, que siendo la tierra seca y dura, y el agua húmeda y líquida, rechazada de la sequedad, y dureza de la otra, se recoge en sí misma, apartándose lo más que puede de la tierra. O por lo menos, se reduce en la forma que acontece en las menudas gotas de la lluvia, que caen sobre una tabla lisa, que reconcentrándose entre sí, por razón de aquella dureza, y della, como de enemiga, huyendo, se fortifican en sí propias. Júzganlo de otra manera los Cosmógrafos, puesto que pretenden no se hayan dado el agua como superior a la tierra, ni como tal, la tierra al agua misma: sino que entrambas juntamente constituidas en un cuerpo, enteramente esférico, hagan su habitación con perfecta forma. Los Poetas concluyen, no haber sido la tierra sumergida del agua, a fin que pueda ministrar vida y albergue a sus habitantes (como el agua a los peces, el aire a las aves) que son los animales racionales, y sin razón. Escriben los Históricos, sobrepujaba antiguamente el agua a la tierra; mas que ésta por la ayuda de la propia sequedad, y por beneficio del Sol, se quitó de sobre sí esta enfadosa enemiga; quedando enjuta. Resuelven los Geómetras, no ser la tierra cubierta de las aguas, si bien las esferas se continúan unas sobre otras. Alegan lo primero, que por ser líquida y corriente no puede componer por sí ni cóncavo, ni convexo, por manera, que retenga, o sea retenida. Ya que, en los principios de la generación de las cosas, primero fueron criados los cielos, cuya superficie cóncava fue circuida del convexo del fuego, el fuego del aire, el aire del agua: síguese pues, necesariamente, que el agua internamente circunda la superficie del aire; no de la tierra también: porque el fuego vecino al cielo, le imita uniforme y cumplidamente; el aire uniforme, mas no cumplidamente; el agua ni uniforme, ni cumplidamente: y sobre todo, porque el agua, rebatida de la solidez del terreno (como pueblo en torno asaltado de sus enemigos) se retira en su centro, y allí hace su colmo, como esfácil de ver en un río, más profundo en su medio. Últimamente, los Teólogos, certísimos Maestros de la verdad, y dueños verdaderos de las ciencias, concluyeron ser verdad, que la tierra yacía debajo de las aguas, y que dijo Dios milagrosamente (con las palabras comprendidas en el Génesis): Recójanse las aguas, que están debajo del cielo, y descúbrase la tierra seca, y así fue hecho. Cantando también los Profetas, dijeron: David en los Salmos: Señor, tú pusiste términos a las aguas, y no pasarán sus señales, ni tornarán a cubrir la tierra. Salomón en la Sapiencia: El Señor señalará ley a las aguas, para que no excedan sus confines. Cubriola el

poderoso Rector de todo, cuando castigó los malos, y reservó los buenos; cuando quiso fuese cubierta, al tiempo del general diluvio, tornándola después a librar. Pues si a un mínimo mover de ojos quiere Dios contra toda posibilidad, que la tierra se manifieste, y parezca, eximiéndose del agua, ¿cuáles aguas serán tan atrevidas, que rompan los términos señalados, y cuál hombre tan curioso, que otra razón investigue? Considerad pues, Laureano, de lo apuntado brevemente, si el mar viene a ser superfluo, aunque poco favorable a vuestra complisión navegando. Tenga, según esto, con vos mejor opinión de aquí adelante.

Laureano. ¿Quién, abonándolo vuestra docta elocuencia, no le cobrará voluntad? Demas, que yo solo para navegar sobre él, no se la tengo. Bien es verdad, que ocasiona deleite, ver con la velocidad, que un bajel se alarga, cuando favorables soplos hinchan sus velas. Treinta, cuarenta, cincuenta y más leguas caminadas en un día, ¿qué pájaro las puede volar?

Florindo. Poned en descuento de esa alegría, la zozobra de temporales, los sobresaltos de enemigos. Dos veces me he visto ya casi cebo de los peces, sin remedio perdido, y ambas en dos cáscaras de nuez, en dos sutiles falucas. Estremadísima locura, ponerse segunda vez a tan manifiesto peligro. ¿Quién, sino Dios, puede poner ley al agua, y freno al viento? Temerario, y con razón, llamó Horacio al que fio la vida de uno o dos dedos de tabla.

Silverio. ¡La vida! ¡Como quien no dice nada, como si hubiese en el mundo joya de tanta estimación, ni tan preciosa! Lo que produce más admiración es, ver con cuánta facilidad se pierde la memoria de los peligros pasados, pues con ligerísima ocasión se vuelve a entrar en ellos: que ambiciones y codicias jamás se sirven de escarmientos. Mas ¿es posible, que hallándose Rosardo tan visto en todas materias, guste de vivir, sin ocupar su talento en común o particular beneficio: habiéndose de su ociosa pérdida de pedir, y dar tan rigurosa cuenta en el otro mundo? Superfluas son estas palabras a quien tanto sabe; ni aquí se dicen por corrección, o amaestramiento, pues a todos podéis enseñar, mas se apuntan porque vengáis el conocimiento del amor que se os tiene.

Rosardo. ¿No os dejan las pretensiones aún bien desengañado? ¿Ignoráis hasta ora, ser la noticia de las ciencias inútil mercadería? Demas, de ser conocida mi ignorancia, cuando con la edad larga, hubiera arrimado los labios a algunas fuentes de libros, era tarde para solicitar premios, que nunca llegan.

Virtute duce, comite fortuna,

dijo el otro Griego. Soy como poco venturoso, menos solícito en aplausos: y puede ser amara quien los leyera mis escritos, cuando a eso me aplicara, mas fuera certísimo, no hiciera algún bien al dueño el que pudiera. Antes (sea lícito por esta vez valerse de burlescos símiles) faltará favor a marido, que tenga mujer hermosa; antes el sujeto idiota dejará de errar en todo; y antes será virtuoso el que fuere corcovado; que sin gravísima penalidad, reciban premios debidos los que tuvieren merecimientos. Es necesario, haya quien libre el pie del ingenioso de la pesada piedra que le impide el vuelo. Mayor sed hay hoy de fama, que de virtud, ¿quién abrazará ésta, si le quitan el premio? dice Juvenal. En fin, faltó éste de ordinario a los sujetos mayores. Ni aprovecha muchas veces a un ingenio grande el saber mucho para ser admitido a la gracia de algún Príncipe, bien que generoso y sabio, siendo no poco menester, según dije, tener ventura. Faltoles ésta a muchos, de que están llenos los libros; entre quien es miserable el ejemplo de Sigismundo Guindano, excelente Poeta Cremonés. Había éste compuesto doce libros, de los hechos de Carlos, Quinto Emperador, con título de Austriados; mas habiéndolos presentado, sin duda, fuera de tiempo, hallándose aquel gran Señor ocupadísimo en las guerras de Alemania, careció de remuneración, no obstante fuese tenido Carlos por amator de las letras. Francisco Filadelfo Varón doctísimo, particularmente en el Griego idioma, tuvo apenas con que enterrarse. Francisco Petrarca tan insigne como se sabe, no halló quien le diese la mano.

Laureano. No acumuléis más ejemplos de infortunios, y desgracias, que también esa regla vacila no pocas veces. Siglos han de correr (y es uno por ventura el presente) en que se premien los méritos, y más tan bien fundados como son los vuestros, en letras y virtud. Por lo menos; dejasos conocer, que no habrá ojos tan ciegos, ni menos mano tan avara, que no os miren y premie. Tanto más en esta sazón cuando, como dice Virgilio, suda, y destila miel de las encinas: tal es la felicidad que a todos de sí promete el que nuevamente gobierna este distrito: Príncipe vigilantísimo, enemigo de ocio, y sueño; inclinado, y asistente al negocio del bien público, y particular: expuesto a dejarse ver y hablar de quien de su presencia y oído necesita. No me puedo contener, oíd lo que se me ofrece para semejante persuasiva, ni se debe, por ser de más mozo, menospreciar mi consejo, y más saliendo de parte, que con afecto le dicta:

Si conviene a la dicha abrir camino,
y observar de las cosas la mudanza;
puesto que tras tormenta, de bonanza
suele gozar el navegante pino,

¡oh Varón por mil títulos divino!,
no robes a tu intento la esperanza;
a tus méritos pide confianza,
que de sí el menosprecio es acto indino.

La suprema virtud, donde coloca
tu docto pecho su afición ardiente,
esfuerzos te ministre superiores:

mella lamiendo el agua firme roca;
así tú; que Fortuna es accidente
y convierte las iras en favores.

Florindo. Más de una vez he tomado para mí ese consuelo, en medio de las mayores desesperaciones, si bien me le hace perder, el cúmulo de contiendas de que miro ceñida mi pretensión; por cuya consecución son tratados los hombres casi como estiércol. De muy atrás corren para mí furiosísimos los vientos de desdichas. Asistiendo en el puerto de Santa María, pretendí con menos años una jineta, habiendo servido ya cinco de Alférez en la armada, y como se suele decir, esperando el día de hoy y aguardando el de mañana, se me pasaron cinco años sin empuñarla. Tenía a mis parientes obligaciones quien me la había de dar. Interpuso su promesa, y palabra, y a todo faltó, que era falta de buena correspondencia; antes de prudencia, y aviso, siempre embarazado en su misma confusión y ligereza. Un día hallándome sentado a la orilla de aquel río, cuyo nombre es Guadalete, puse la vista en un álamo, que despojado entonces, por ser invierno, de sus hojas, parece lamentaba su pobreza, y desnudez. Yo pues, como consolándole, para mi mayor desconsuelo, por el estado en que me vía de sentimiento, y desconfianza, le comencé a decir en esta forma:

Apenas tu gentil, rizo copete,
es desta margen gozo, y ornamento,
lengua apenas del Céfiro, y asiento
de uno, y otro canoro ramillete:

apenas el más laso se promete
sobre tu pie, restaurador aliento,
cuando llega Noviembre, y con violento
brazo, tu pompa anega en Guadalete:

en esta forma tu beldad perdida;
entena, en vez de planta, pareciste;
¡oh infausto robo, oh infeliz mudanza!

Mas tú por Mayo cobras nueva vida;
y vistas verdes galas; sólo ¡ay triste!
yo siempre seca miro mi esperanza.

Rosardo. Por cierto bien, y al propósito: mas yo quiero preguntar a entrambos de qué importancia viene a ser cuanto se puede alcanzar con tanto anhelo. Lo más está vivido, y conviene dar a la quietud y seguridad, esto poco que resta. Maravíllame sobremanera, ver engolfados en pretensiones a muchos ancianos, que apenas pueden regir en pie los cuerpos, según se hallan enfermos, y debilitados. En el bienio de un oficio, estuvo veinte meses en la cama cierto letrado Auditor, sin poderse mover un punto della; tan corruptos, y tullidos tenía todos sus huesos; en edad de años setenta: ved con qué presteza por su parte, se despacharían las causas: y cuán bien acudiría a sus obligaciones, para poder llevar la provisión con segura conciencia. Pobre Rey tan mal servido, y tan engañado de todos, y más cuando su presencia, como Sol, no escombra las nieblas de tantos yerros. Éste pues apenas se vio en brazos ajenos trasplantado en Nápoles, ya que era imposible pudiese ofender su suelo con las plantas, cuando ayudado de cuatro, o cinco tenedores y puntales, se presentó al Virrey, pidiéndole ocupaciones. Considerad en qué estado se hallaba para poderlas conseguir, y después administrar.

Florindo. Y ¿diéronselas por ventura? Aunque fuera por desdicha, sí se ocupara en más que ajustarse con Dios, para la última despedida deste mundo. ¡Oh ceguedad de los mortales! Antes, ¡oh engañosa esperanza la del vivir!, pues cabes entre el cordel, y la garganta, y ocupas todo un sujeto desmoronado, y destruido de años, y perpetuos achaques; sin advertir que son golpes del cielo, con que se intima la división de las partes unidas, que es la muerte.

Rosardo. Pues si en tanta fragilidad, se nota ambición tan execrable, poco menor sería la mía, si le imitase en los prolijos años, que se me fueron, no que me acompañan. El presto fin de la vejez a todos es manifiesto, no obstante sea común proverbio, pueda vivir un viejo, y morir un mozo. No hay sujeto en alguna edad seguro de semejante invasión, ni los bronceos, ni los mármoles, ni las torres más bien fundadas. Tiene para prueba desto (si bien proposición a todos bien evidente) el Palacio de Madrid, a un lado suyo, un torreón, labrado de admirable arquitectura. Considerad en qué parte, para que en él no se esmerasen sus más ingeniosos profesores. Mas con todo, el tiempo le ha roído; y por cierta parte manifestando flaqueza, obliga a que no le carguen; antes a que con otros socorros sobrelleven su peso. Apliqué pues yo este su inopinado desmayo, esta su no imaginada ruina, a la materia que tenemos entre manos, y pareciome, que con algún propósito, hallándose tan buen desengaño donde tan poco se abraza; como es entre la bizarría de damas, y caballeros, todos tan enamorados, y satisfechos de sí mismos: lo que escribí dice desta suerte:

Esta soberbia máquina, que arrima
sus espaldas al cielo, a quien sostiene,
alcázares del semidios, que tiene
potente imperio en uno, y otro clima:

mas ya del tiempo la secreta lima
su elevación embiste; ya detiene
el curso de su vida; al suelo viene,
aunque ardid de Arquitecto más le anima.

¡Oh majestad, oh pompa, oh hermosura,
deleite de los ojos! También cesa
tu nombre, y ser, resuelto en sombra vana.

Si el Atlante de piedra poco dura;
¿qué esperas, cuando ser la edad profesa
fatal estorbo a la pintura humana?

Florindo. Siendo doctrina tan cierta, y verdad tan acrisolada, la que todos habéis dicho sólo podré yo rogar humildísimamente a Dios, nos enderece por el camino, que desviándonos de sus ofensas, acertemos en su servicio; pues ninguna cosa tiene tan quieto el espíritu, como verse lejos de los golfos peligrosos del bullicio mundano. Así lo haga su divina Majestad, como yo con todo el afecto del alma se lo suplico, diciendo:

Corazón, combatido de temores, en tanta perdición socorro implora; contrito gime, penitente llora, sobre tu obstinación lluevan dolores:

quien huye de virtud los resplandores, guía feliz, de todo bien autora, cual torpe monstruo, que cavernas mora, viva siempre entre sombras, y entre horrores.

Tú, que de un alma el riesgo tanto sientes; que seguirla, y buscarla son tus gozos, halla, ¡oh Pastor!, al mísero perdido:

para volver los ojos dos torrentes dame lugar: con ansias, con sollozos, de la región escape de tu olvido.

CUARTA JUNTA

LAUREANO, FLORINDO, SILVERIO, ROSARDO.

En qué estábades tan atento, y con la imaginación tan ocupada, poco antes que los tres llegásemos, que apenas de vos fuimos vistos? Sin duda, merece ser sabida la causa del arrobo, pues era fuerza fuese bien digna.

Florindo. Contemplaba en Surrento, patria felicísima del gran Torcato, y con notable afecto, la veneraba interiormente, como madre de tan insigne Varón, de ingenio tan esclarecido.

Rosardo. Bien fundado estaba el éxtasis en honra de quien engendró tan resplandeciente lumbré de facundia, y sutileza. Parece, adelantó en aquel género, cuanto pudo la locución, subiendo al mismo paso de punto el conceto; unión difícilísima, ya que suele perder el uno sus quilates, con la exornación de la otra. Mas aquel portento de la Poesía, unió con tan elegante destreza uno y otro, que casi cierra los pasos a los más altos futuros ingenios para la competencia de tan dichosos, y bien colocados realces.

Silverio. Por esta razón, no es posible enriquecer con tantos tesoros suyos otras lenguas; tan lejos se halla de poder ser con propiedad, y valentía traducido, aunque heredase el intérprete el mismo ardor de sus ideas, transformándose del todo en sus tropos, y concetos.

Laureano. ¿Habrà quien lo haya intentado; no obstante todas esas dificultades, que habéis propuesto?

Silverio. Y muchos; empero todos infelizmente: porque, según referí, es casi para todos, por su concisión inaccesible; habiéndole de volver a la letra: lo que quizá fuera más fácil

parafraseándole. No ha mucho, que leyendo una tarde, cierto episodio trágico suyo, a saber, la muerte de Clorinda, que por error le dio Tancredo; hallándome enternecido del caso, pues en efeto mueve lo lastimoso, procuré traerlo a nuestra lengua, no con ligaduras de consonantes, sino con la asonancia, que suele ser común a los romances castellanos, y dice así:

Al fin del fiero combate
de Clorinda y de Tancredo,
de quien fue clarín la noche,
de quien fue testigo el cielo,

ya desangrados los dos,
ya los dos faltos de aliento,
con una punta el infausto
penetra el amado pecho.

Viéndose ya la guerrera,
reducida al punto extremo;
le dice: Ya de tu parte
amigo, está el vencimiento.

Yo te perdono; perdón
concede también; no al cuerpo,
que nada teme; sí al alma;
por ella interpone ruegos.

Dame Baptismo, que lave
con su gracia mis defectos;
la que fue viva, rebelde,
sierva se torne muriendo.

El cielo en trance tan fuerte,
le dictó tales acentos;
llenos todos de Esperanza,
de Fe, Caridad, y Celo.

Un no sé qué de suave,
y de piadoso, hay en ellos,
que el corazón del contrario,
y los ojos vuelve tiernos.

Al pie del monte corría
murmurando, un arroyuelo,
allá, el semivivo parte,
y en sus ondas llena el yelmo.

Vuelve, y en tanto que asiste
al devoto oficio atento,
sintió temblarle la mano
al descubrir lo cubierto.

Alzó la celada, y vio,
¡oh miserable portento!,
vio la Fénix de hermosura,
vio la causa de su incendio.

Y a no importar el vivir
tanto, al sacro ministerio,
al ver la infeliz tragedia,
de dolor muriera luego.

Recoge pues, de su vida
los espíritus postreros,
y el corazón les da en guarda,
porque cobre breve esfuerzo.

Al pronunciar las palabras
de su salud instrumento;
luz de su sombra; la bella
mostró semblante risueño.

Tiene fijos en los orbes
los eclipsados luceros,
como que ya abierto mira
el sitio del gozo eterno:

y la mano, en vez del habla,
ofreciendo al caballero,
tinta en un pálido hermoso,
espira, en forma de sueño.

Ausente ya el alma; el triste
se precipita en el suelo,
a su flaqueza rendido,
y más a su sentimiento.

Inmóvil, tendido yace,
tal, que al ponderar su aspecto,
nadie diferencia, o juzga
cuál es el vivo, o el muerto.

Silverio. No falta cosa de cuantas en el acto de la muerte abraza aquella trágica acción, lo que fuera no sólo difícil, sino imposible, volviéndose con el rigor de consonantes. No obliga Horacio a interpretar palabra por palabra; habiendo considerado, sin duda, semejante dificultad. Así, en virtud de su precepto, me atreví a diversas Epigramas de Marcial, siguiendo tan solamente el sentido. Como por ejemplo, la ridícula de aquel poltrón, y perezoso barbero, cuya vuelta es la que sigue:

Es cantidad de gente
la que al barbero espera,
que en su oficio eminente,
hoy la barba a cualquiera
con tanta flema hace,
que mientras rapa un lado, el otro nace.

Laureano. Bien encarecida la pereza del tonto, de quien tiene el mundo hartos compañeros. Dios me libre de tratar con gente flemosa; que hasta el Infierno mismo pienso no los admite, respeto de ser todos sus diablos, agudos, prontos y veloces. Sabroséanse y escúchense con lo que dicen; como si sus razones pudiesen tener algo de bueno, habiendo sido formadas en la turquesa de su tarda y torpe imaginación.

Rosardo. No hay entremés tan regocijado cual el de las complisiones; como gresca y oposición de humores encontrados. Tengo intento de poner en estampa el proceder de cada uno, que cierto es muy digna de ser notada su diferencia, como tan diversa, separada, y distante. Apresúrase en todas sus acciones un colérico, y es su rémora importuna la tardanza de un flemático: así para entrambos no puede haber mayor tormento, que ligarlos con una misma obligación, para que asistan juntos. Y no es la flema, como se suele decir, mal de viejos, teniendo más dilatada jurisdicción, pues a todos se estiende.

Florindo. ¿No veis aquel mancebo de buena traza, aunque de tan mal gusto, que va solo en la faluca; bien aseado y vestido? Pues vendido ha sido. Compróle por su dinero cierta vieja, que de puro chuparle, como bruja, le tiene descolorido.

Silverio. ¿Qué pretendió el desdichado el día que consintió a tan infausta coyunda? ¿Comer por ventura? ¿Habíale de faltar por otro camino, teniendo como se ve disposición apacible? Dicen rompe la codicia el saco; mas aquí rompió la joya más preciosa del gusto, y el fin más principal del matrimonio. Tizonas en la anciana maldita; heredad llena de abrojos, estéril, y desahuciada de toda alegre fecundidad. ¿Esperará en algún tiempo de aquella tan seca planta, algunos pimpollos fértiles, verdaderas medallas suyas, que en su mocedad le sirvan de deleite; y de báculo y arrimo en su vejez, en quien se pueda perpetuar felizmente? ¡Oh! (me podrá responder), morirase presto mi Sarra, y seré heredero de sus dineros, con que restauraré lo pasado, aplicándome, como rico, a más igual y digno empleo. Mas ¿quién le asegura al miserable la certeza desta esperanza, habiendo viejas que viven hasta enterrar los de un siglo, refiriendo antigüedades de un centenar y más de años? Yo, por el amor que le tengo, respeto de ser mi vecino, a su depravado gusto dediqué esta niñería:

En imperios de amor, di, ¿cómo deja
dos luces tu elección blandas o exquivas?
Y en listas de clavel ¿cómo no libas
la dulzura, que rinde amante abeja?

¡Que, mientras de su cuna el Sol se aleja,
de tesoros del cuerpo al tacto privas!
¡Que a batallas de fuego te apercibas
con quien del hielo de la edad se queja!

Lo que deleite a todos, a ti es pena;
de oro tan vil, de tan obscuro gusto,
¡infeliz posesión, infausta suerte!

Espíritus derramas en arena:
eres en vano joven y robusto,
si empleo de tus brazos es la muerte.

Laureano. Gracioso viene aquél con su cara gorda, y su vestido negro, cuya ropilla sin ser de raso, se muestra lustrosa.

Florindo. Pues allí donde le veis es oficial y con mucha honra. En el tribunal preside de una pastelería; ¿qué mucho vengan los carrillos tan aliñosos y lucientes? ¿Son los brodetes de burla, y los tuétanos comoquiera? ¡Oh qué gentil galera merecería el bellacón, donde podría ostentar bien con la espalda abultada, y el nervioso brazo!

Silverio. Rigurosa demasiado habéis pronunciado la sentencia contra el Pincerna. ¿Tan mala es el arte de los hojaldrados, o por dicha os ha hecho alguna falta?

Florindo. No en verdad, sino que aborrezco cierto género de canalla, que ejerciendo la más vil arte mecánica, se precian de muy honrados, mirando con ojos de menosprecio a todos los demás hombres. Esto pudría mucho a fray Cristóbal de Fonseca, aquel grande Predicador Agustiniano de Madrid. Tendréis ya noticia del caso sucedídole con el pastelero; mas por si alguno lo ignorare, os le quiero traer a la memoria. Hacía este lardeador de pasta, cierta festividad en una capilleja suya, en la Iglesia principal de San Felipe, donde estaba pintado, hincado de rodillas, y con mucha devoción, juntas las manos; cuando antes de proponer su tema el sagrado Orador, dio principio con decir: Cierta no sé quien me ha pedido, encomiende a la Cristiana devoción esta fiesta. Cierta, cuyo nombre no sé, ni apenas le conozco. Pintado le veréis ahí en el mismo retablo. ¡Valgaos Dios el hombre de bien; con cuánta diferencia os miro!, o pintaos como vivís, o vivid como os pintáis, para que seáis mejor conocido.

Laureano. Gentil recomendación a costa de sus cuatro escudos, pues era fuerza los diese por el sermón.

Florindo. Por manera, que en la pastelería ladrón; y devoto en la capilla, no pueden como dos contrarios caber en un sujeto. Si ellos dijese (así como otros de mejor habito juglares, o entretenedores) pícaros somos, bien comemos, dineros nos sobran, a pesar de la casi siempre mendigante nobleza; y honra penuriosa; santo, y bueno. Mal haya quien lo tachase, ni a quien mal le pareciese. Mas pretender ser tenidos por honrados, siendo bufones o pasteleros; de ahí le voy, que es azar; no lo permitiré en mi vida. Como tampoco que adquieran los que dellos descendieren acto mínimo de nobleza.

Silverio. ¡Oh, pues también es mucho rigor, apretar tanto el lazo de la dificultad! Y si algún hijo destes tales consiguiese virtuosamente la insignia del Dotorado, ¿es bien, se le deniegue su exempción y privilegio?

Florindo. La República está dividida en grados, a que se llega con blandura, porque en ella, como en todo lo demás, los extremos son viciosos. Pregunto, ¿sería acertado, tener en el mismo predicamento a un Príncipe generoso, de notoria antigüedad, de ilustre sangre y familia, que al que ayer por accidente, o capricho de fortuna, pasó al mismo rumor de Titulado, o sea de Príncipe, o Duque; con la cáscara de la pasada indignidad, casi pendiente de la cola, en la forma que los perdigoncillos la suelen llevar en naciendo? No por cierto, ni la razón lo permite, ni el orden de las cosas lo consiente. Pues, aun con ser el mismo Dios para las más difíciles acciones cumplidísimamente poderoso, gusta de obrar con suavidad, según lo dice el Rey Profeta. Fuertemente, como con un dedo, tocó del uno al otro extremo del mundo (tan suma es su potencia): mas dispuso con suavidad todas las cosas. Ahora, prosiguiendo mi propósito, no porque el Dotorado, o cualquier otra dignidad adquisita, suene con nombre genérico, debe por eso excluir la cortapisa, que como sombra, antes como mortificación le acompaña. Esto es, Doctor el señor fulano, sí, mas hijo de pastelero. Doctor el que por allí pasa; mas engendrado de Truhán, público epitafio de su origen.

Rosardo. Jamás pudiera imaginar, cupiera en vuestra opinión herejía tan detestable. Penetrantes flechas tiráis contra el pecho de la virtud. Condenáis osadamente, lo que con alabanzas supremas debe ser ensalzado. Ser cabeza, y principio de su mejor linaje, es hazaña de varón heroico, digna de que se encomiende a la inmortalidad su memoria. ¿De quién sino de comunísimos padres, nació aquel valiente capitán Mario, visto siete veces triunfante en su misma patria? Aquel célebre Marco Tulio vio asimismo muy cercana de su tan ilustre persona, la poco olorosa raíz de su humilde nacimiento. Mas por eso, ¿no se atrevió a declarar alta y animosamente, cediesen a las letras las armas, si bien había sido en unas y otras excelente? Nacen de espinas rosas, y la azucena de tronco desapacible. Pudiera, mas no quiero cansaros, acentonando millares de ejemplos, con que, por lo que toca a este error, quedárades convencido: mas tendría la vista bien enferma, quien se opusiese a la luz del día.

Laureano. Corre admirablemente esta verdad, ni pienso de aquí adelante, puede tener contradicción alguna, si atentamente se mira el silencio de Florindo. Demás, que si se nota, y repara en esta voz pomposa del Honor; no hay en todo el mundo tan inútil cosa. Por ella se padece necesidad; y por ella improprios, y menoscabos. Tengo honra, dice el hidalgo: en cosa me puedo ocupar, que no le venga a ser dañosa; salvo en servir a grandes Señores; o en mandar, gobernando muchedumbre, de quien salga el lucimiento del vestido, y el regalo de la comida. De arte, ¡Jesús!, no se trate. Ni la ejercitaron mis abuelos; ni me la dejaron por herencia mis padres: envidiando por otra parte bien a menudo, las comodidades que dellas resultan; como ha poco se apuntó en las del Pastelero. En fin, estas negras honrillas son grillos de muchos hombres, de quien sueltos y desembarazados, pasaran más dichosamente, sin apurar por tantos caminos la paciencia, viéndose con mucho honor; empero muy imposibilitados. Tal vez hice reflexión sobre este engaño común; y para desarraigarle de donde estuviere asido, intenté dar catorce golpes, con estos catorce versos:

Esta de Honor, o Lauro, pompa vana,
que ofusca la razón más vigilante;
breve gozo, aura leve, de ignorante
turba, siempre infeliz, deidad profana,

huye veloz; y a la experiencia cana,
en desengaños luz, pronta, y constante
sigue, ni rindas laso el anhelante
corazón a la Esfinge cortesana.

Naufragante bajel tu vida, astuto
en puerto de quietud fije la quilla,
sin exponerse a borrascosos daños:

que escombrarás así del alma el luto,
viendo, cuando volare a eterna silla,
debajo de sus pies correr los años.

Rosardo. Siempre fue grande error estimar poco la honra.

Silverio. Sigue cada uno los impulsos de sus deseos, la violencia de sus antojos: sin que a tantas inútiles demasías se pueda aplicar remedio. ¿No veis aquel letrado que allí abajo se endereza el herreruelo?, pues yo le conocí cazador, sin ejercicio de caza. Cierto que cuando me acuerdo me fino todo de risa.

Florindo. Implica contradicción ese lenguaje. ¿Cómo cazador sin ejercicio?

Silverio. Sólo en aparato y nombre. Doce perros en la casa, con la limpieza de pulgas, y lo demás común a brutos semejantes. En esta parte aullaba el sabueso con las flébiles intercadencias, que se suelen aplicar a espíritus del otro mundo. En otra, se desperezaba el galgo, comenzando a solicitar la ración con la perniciosa música de importunos ladridos. En soltándose, iba tras ellos el medio criado, que tenía, aturdiendo casa y calles, o porque diesen la vuelta, o porque por cortesía alguno los detuviese. Preguntele cierto día, viendo que jamás salía él, ni los perros al campo, Señor licenciado, dígame, de qué le sirven estos comedores, de a pie quedo, como inmundas sabandijas. Vuesa merced los respeta sin darles molestia alguna: y esto con tan gran vigilancia, que pienso han olvidado ellos su habilidad natural, y el dueño que los sustenta el fin para que se suelen con tanto gasto tener. Respondiome con presteza: Confieso, no soy cazador, ni apetezco estos cansancios: mas no quiero parecer para menos de lo que otros de mi profesión. ¿Conoce Vuesa merced al tal, y al tal de mi hábito? (y nombrome al uno y otro) Pues ambos son cazadores, y tienen perros de caza, y aun quizá por

sólo serlo, han pasado tan adelante, ocupando tan honrosos puestos. Prestó partiré para Nápoles, donde entraré con mis doce, dando notable estampido. Tras esto, los iré presentando, por evitar tanta costa; que allá no se sufren burlas, ni gastos extravagantes, por faltar el cotidiano granillo. Con ellos adquiriré fama, granjeando después amigos; que de buena gana se aceta lo que de balde se compra. Dejome atónito el discurso del ignorante Jurisfigura; considerando tanto más el eficaz ahínco, y la anhelante eficacia con que afectaba opinión de lo que no ejercitaba. ¡Triste de quien le disuadiera tan desvariado discurso! Con él se las tomara mejor, que si le hubiera muerto a su padre. Noté, tras esto, sus entrañas para con pobres cruelísimas; pues si en aquella sazón alguno clamaba por poco pan, no le daba una meaja de las sobras de los perros. ¡Ved, cuán lisiada tenía la potencia de la voluntad, y cuán ciega la del entendimiento! Tanto más que de pobreza había probado su buena parte, durante el curso de su vida; a todas horas dispuesto a vestir y comer mal, mas vuélvese un lucifer en soberbia cualquiera destes hombrecillos, cuando inopinadamente hace de un extremo, pasaje a la medianía.

Laureano. Yo conocí otro sujeto, colocado en grado mayor que ese pobrete. Era un ricón inclinado a juntar una famosa librería, en que consumía y gastaba casi todo su patrimonio, con no poca necesidad de los que asistían a su persona. Mostrómela pues, un día, ostentando maravillosamente con el crecido número de volúmenes, fui por curiosidad a desatar uno dellos. Reconocido su título, y las materias que trataba, di de mano al sucesor, de novedad deseoso, y hallé era sin quitar, ni poner, su natural hermano; y con este vínculo ligados otros ciento, que se seguían. Alcé los ojos al dueño, y díjele, Parécenme todos uno los deste largo Estante. No se engaña (me respondió) que todos esos docientos continuados, tratan de una misma cosa. Como son todos iguales, causan muy buena prespectiva, y así quise encuadernasen tantos, porque la hilera sin discrepar, quedase pareja. Dejome atónito el intento, y sobre todo admirado la ignorancia de aquel grasísimo sujeto, que en los bultos solamente, había puesto su felicidad.

Silverio. A otro también Señor rico, le dio un notable frenesí de acumular medallas, de más estimación para él, cuanto más eran antiguas y mohosas; ya que gastaba todo su tiempo en reconocer y rastrear por los Prontuarios, años y rostros de las figuras. Para cumplimiento de su mayor gusto, supo tenía cierto ciudadano de mucho menor fortuna, la misma inclinación, y que con el ansia misma las recogía y pagaba. Fuele a buscar con diligencia, y tras haberle honrado mucho, como lo saben hacer cuando han menester de alguno, le acometió con la feria de sus armadas broncinas. Obligole por extremo la cortesía del Señor, y tras habérselas (si bien con dolor de su ánima) graciosamente ofrecido, convinieron en que saliesen feridas en setecientos escudos, por ser la cantidad crecida, en cuidado de cuarenta y más años. Fuele enviado lo prometido, en metal que pudiera alegrar los ojos más melancólicos, cargando el portador con el costal de inmundicia, con la recordación de excrementos. Quedaron, al parecer, del cambio entrambos muy satisfechos, cuando veis aquí, que viene la noche; y ponderando el vendedor, había carecido en un punto del mayor aplauso de su gusto, que era de la casi infinita cantidad de aquellos pérfidos y crueles vestiglos del mundo, intitulados Romanos Emperadores, poco a poco se desveló sin poder dormir ni sosegar, porque el dolor no lo consentía, y engolfándose tras esto, en un piélagos de congojas, comenzó a culpar su facilidad y ligereza, en haber condecendido tan presto a la cortés demanda del calificado huésped. Allí se comenzaron a sentir acerbamente los dolores de la pérdida; que tenía en lugar de hijo amado, a cualquier medalla de las muchas ausentes. Levantose en suma, con celeridad notable, y sin poder enfrenar el ímpetu de la tristeza; ni consultar segunda noche con la almohada, sobre el partido y deliberación, que debía tomar en tal caso, pone en un pañuelo los escudos; y arrastrado de su angustia, se encamina como un rayo, a la casa, ministra de su desasosiego, tan de mañana, que apenas halló abierta la puerta principal, cuanto más imaginación, de que dentro de la más reservada, despertase el dueño. ¡Ay triste (comenzó a decir entre sí mientras se paseaba) cómo, quien pretende ser tenido por sabio en las cosas que

quiere hacer, debe primero considerarlas despacio, y siendo menester tomar consejo, pedírsele a algún fiel amigo! ¿Por qué, en negocio tan arduo y difícil como éste, había de proceder yo con tanta furia, sin meditar su importancia, pues casi siempre carece de error lo que muchas veces se piensa? ¡Oh cuánto daño me causa el ser poco advertido, y ojalá no pase más adelante, siguiéndoseme dél, la muerte! Entro pues, cuando fue hora, y postrado a los pies del Señor, que con muestras de gusto le había recibido, puesta en orden la retórica de la adulación, exageró con vivísimas razones su tormento, por la causa referida. Pidióle por señalada merced, y por quien era; como tan gran Señor y como tan gran Cristiano (casi con pucheros de lágrimas) quedase aquel concierto, irrito⁷, y de ninguna fuerza y vigor, a fuer de buen escribano, pues de anularse solamente dependía su vivir y quietud. Y diciendo y haciendo, entabla sobre un bufete la alegrísima moneda. Parecióle sueño al Titulado lo propuesto por el buen hombre; o que en sueños lo había oído; mas cierto de la verdad, no permitió pereciese aquella tan insulsa y chabacana vida por ocasión tan ligera. Así, ordenó se le trujese luego el para él dulcísimo peso; si bien para otro tan grave, que un ganapán le pudiera llevar apenas.

Florindo. Chiste graciosísimo. ¡Oh tres, cuatro, y cien mil veces menguado, imprudente, y loco, el que círculos tan cordiales se dejó salir de mano, por el deleite bestial de un metal tan feo, melancólico, y podrido!

Silverio. Donosa fue también la fantasía de aquel otro Caballero, que gastó quinientos ducados en viotes, por recelo de que no muriese, o se ausentase quien en su lugar los hacía razonables; siendo menester en breve arrojarlos, y perderlos, por sobrar el ministerio de veinte a la vida del cazador más envejecido.

Florindo. Amor y dinero dicen, no puede estar encubierto. Muchos compran de ordinario lo que no tienen menester, ni jamás les puede ser de provecho, llevados de la afición de sus ojos, que fácilmente la emplean en lo que menos importa; ¡dichosos ellos, que para tanto le sobra!

Laureano. Atended al Pasacalle con que para captar benevolencia, como con sagaz preámbulo, aquellos tres instrumentos, coronados de falucas previenen junto a la fuente los acentos de tres voces, que diestro, y delicadamente soltándose, dicen:

De las amorosas lides
oh tú feliz en despojos,
pues sacaste por trofeo,
alma digna en cuerpo hermoso.

Libre de vanos deseos,
desprecio espiran tus ojos
contra pretendidos grados,
contra anhelados tesoros.

Son dos luces, nobles más,
bellas más, que el mismo Apolo,
de tus pensamientos norte,
de tus naufragios reposo.

Un monte de rizas hebras,
brillante mengua del oro,
te lisonjea, y te prende;
vencido, mas vitorioso.

Iris de sombras vestidas,
bellísimos rasgos corvos,
sus cejas, cuando las miras,
a su horror consagras votos.

Del olfato el instrumento,
farol de celestes globos,
vanaglorioso, preside
en tan bello Consistorio.

No ostentan tanto esplendor
del mar los granos preciosos,
cual los que su boca incluye
entre purpúreos decoros.

En sus mejillas, sembrados
(rara unión de blanco y rojo)
se miran puros claveles,
y de nieve intactos copos.

Cinco puntas de cristal,
con interpolados hoyos,
tu corazón amenazan,
que'n vano pide socorro.

Lo que a la vista se niega;
visto, de belleza asombro,
Indias de deseos son,
y el Non plus ultra de antojos.

No se ven como tu cuello,
antiguas vides y olmos,
dueños de tan tiernos lazos,
centros de tan puros gozos.

¡Qué aliento bebéis tan dulce!,
y en tanto deleite absortos,
¡Qué néctar vierten los labios,
qué aljófara brotan los rostros!

¡Oh cuántas veces dejastes
uno transformado en otro,
los vitales pulsos flacos,
los ardientes pechos roncós!

El aire hieren las quejas;
mas con tan nuevo alborozo,
se ven las potencias mudas,
se ven los sentidos sordos.

¡Oh felicísimos dos
del número de uno propios,
caro albergue de la paz,
del amor suave trono!

Tálamo sin sobresaltos,
de cuyos secretos modos,
de cuyo vínculo estrecho,
tan bellos nacen pimpollos.

Renuevos, que con virtudes,
honor serán de sus troncos;
serán del cielo alegría,
serán de la tierra adorno.

¡Oh recíprocos amantes,
oh firmes, fieles esposos,
dignos de tan alto empleo,
en años más que Nestóreos,

vivid alegres, sin miedo
de las injurias de Cloto!,
que en vos su favor imprimen
los claros celestes tornos:

benignos (aunque de cuanto
contiene el mundo, destrozo)
influyen, porque no quede
lazo tan conforme roto.

Plantas, peces, aves, brutos,
parabienes os dan todos,
y por causaros recreo,
plácido sopla Favonio.

Entre violines de ramas,
de picos resuena el coro,
y el suelo, grato, os ofrece
de flores flagrantes pomos.

Pero sobre tantas dichas
en vano conceptos formo,
siendo el estilo más largo,
para celebrarlas, corto.

Débil y torpe mi voz,
aun cuando más la remonto,
sirve a vuestras alabanzas
no de vuelo, sí de estorbo.

Vuestras glorias, vuestros nombres
por horizontes remotos,
ya lleva veloz la Fama
en sus lenguas, y en sus hombros.

Ya, por lejanas regiones,
y jamás sulcados golfos
vuelan; para ser ejemplo
de conyugales consorcios.

Recogen fértil tributo
ya de facundos Encomios
de Batro a Tile, que goza
apenas del Sol asomos.

Opuesta la edad presente
de la futura a los robos,
ya los dicta, y ya los graba
de eterno diamante en trozos.

Rosardo. ¡Oh venturosos casados, con quien el coturno, y hacha de Himeneo se mostraron tan favorables, casa, antes Paraíso, donde habitan dos almas en cada uno de dos cuerpos, tan concordes, y unidas! Matrimonio santo y bueno; de origen tan antiguo y noble, que tuvo a Dios por Autor. Apenas este Señor poderoso, crió el primer hombre, cuando le dio la mujer, como su conveniente socorro. Por tanto, mejor está, que el Médico más en su ciencia admirable, no con simples, ni compuestos, sino con suave dulzura, y atractiva belleza, restaura el perdido vigor, y vuelve tranquilos los más turbulentos ánimos; restituyendo las fuerzas más descaecidas a su gallardía natural, y primer temperamento.

Silverio. No dice bien eso con lo que otros advierten. Habiendo (escriben) la naturaleza producido su contrario a todos los animales, no quiso quedase reservado del suyo el hombre, a quien se hallan todas las cosas sujetas; y así le dio la mujer, cuya malicia es mortal enemiga de la razón humana. Convidado Pitágoras una vez, a las bodas de cierto su amigo, se escusó con decir, jamás había tenido gana de intervenir en tales mortuorios, juzgando, fuese el desposar una mujer, entregarse al ataúd; o comenzar a tomar la sábana para entrar en la sepultura. Preguntado Secundo, qué cosa fuese la mujer, respondió: contrariedad del marido, y de tal calidad, que tras haber cohabitado con él treinta años, al cabo descubrirá nuevas fantasías, y antojos.

Florindo. El romance cantado ha poco, se opone a esa objeción gallardamente. Muchos hay muy contentos en tal estado. Empero, ¿quién habrá tan irracional, que condene el casamiento, si le exhortan las leyes divinas, y humanas, si incita a seguirle la misma naturaleza, si le estiman y abrazan todas las naciones, y finalmente, si nos compele a no desampararle, la necesidad de perpetuar nuestra especie?

Laureano. Hora se hace ya de que Rosardo nos recree con la continuación de lo comenzado, siendo en su comparación, lo demás que se trata tiempo perdido, o no también gastado por lo menos.

Rosardo. Tras haber propuesto ayer, cuánto importaría extinguir el puesto de Comisario de campaña, por los respetos entonces distintamente alegados, prosigo, con decir, procedía el Duque con gran tiento en la colocación de sus criados en puestos públicos. Y movíase, no porque en ellos dejase de concurrir todo loable requisito, toda pretendida circunstancia; pues bastaba serlo suyo, para ser todos muy buenos. Demás de ser los Señores siempre en esto venturosos, eligiendo para su casa (salvo los que a ruines, o ignorantes se inclinan) hidalgos, y caballeros; si no por evitar ponderaciones, y señalar con igual remisión seguro puerto a la tempestad de murmuraciones, que resultan de adelantar inconsideradamente sus domésticos. Con todo eso, mostró cuidado, en premiar, aunque fuese de la hacienda, y honores de su Estado, honradas asistencias y servicios; que la liberalidad hace afectos y fieles a los criados. Fuera de ser indignidad, si no ingratitude conocida, dejar de continuo en corta esfera largos merecimientos: siendo así, que hasta con Dios tiene permitido lugar la instancia de remuneración.

Apenas llega un Virrey a Nápoles, cuando los inteligentes, discursivos, y curiosos se arriman a los que con él vienen de mejor hábito. Muévelos dos presupuestos: el primero, inquirir y rastrear por sus lenguas, la inclinación del Príncipe. Si viene necesitado: si es amigo de recibir: si es flemático, o colérico; diligente, o remiso. Si alguno le gobierna, remitiendo a vista de otros lo que es para la suya importante. Si es cruel y riguroso, o blando y fácil en perdonar, y cosas de semejante curiosidad, para saber encaminar las proas de su negociación, por los rumbos que descubrieren mejores, sirviéndoles como de blanco para no errar el tiro. El otro, a fin de eligirlos por arcaduces, por intercesores y medios en las pretensiones, que tienen ya meditadas, y a su tiempo esperan recibir y lograr. Granjéanlos con empréstitos, con regalos, con lisonjas, siendo en su opinión dichosísimo el que puede alcanzar por su abrigo, y su inteligencia al que publica tener más entrada y mano con su dueño. Asechanzas son éstas en que el más agudo, y entendido suele caer: puesto que no hay juicio que repruebe aquellas afectuosas muestras de amor: salvo, si como sagaz, al improviso no recorre al presidio del discurso, y prudencia. Es fuerza decir a este propósito, no poco importante, no haber gente en el mundo, que tanto se engañe en juzgar de sí misma como los criados; siempre quejosos, y descontentos. Paréceles, obligan mucho al señor, con asistir años en sus casas, a veces como bultos, sin alguna ocupación, o por lo menos trivial. Olvidan, haber solicitado su asiento, más la ajena intercesión, que la propia voluntad de quien los ha de tener siempre delante, sufriendo sus imperfecciones. Anhelan sin atender a esto, por grandes premios, y en la primera repulsa forman en sí un tribunal, donde se lamentan, y exclaman. En esta conformidad dice San Gerónimo:

Quaerulum servorum genus est, et quantumcumque dederis semper eis minus est. Non enim, considerant de quanto; sed quantum detur, doloremque suum solis, quod possunt, obtrectationibus consolatur.

El Duque tuvo siempre cerrada la puerta a tales inconvenientes, con clarísimos desengaños. Agradábale familia ni presumida ni desconfiada, y sobre todo cuidadosa en su servicio; asegurándola, había de correr en toda ocasión su aumento por su cuenta. Indignábale sumamente, se ocupase alguno en ponderar sus acciones, que a los criados no es lícito juzgar de la razón de los hechos del señor; sólo la gloria de obedecer les queda.

Mandó, recién llegado a Nápoles, no recibiese cosa alguno de su casa, con cualquier título que fuese; pues de orden suya les daba cuanto habían menester; en que era puntualísimo el Mayordomo, sujeto en todo prevenido, prudente y noble; no desvanecido, soberbio, ambicioso. Con esto, cesaron las estratagemas, y ardidés de los naturales; dando sus máquinas por el suelo. Sobre todo, les ocasionó desmayos el rígido natural del Gobernador, absoluto repartidor de premios y penas; en el resplandor de cuyo albedrío, nunca se interpuso sombra de disminución; tan esento y libre procedía. Siendo así, que asistiendo continuamente al negocio (no obstante le maltratase también continuamente la gota) se valía en todo del acierto y madurez de su propio discurso; pareciéndole, que así como se mueve con más potencia, quien es movido del primer agente, que quien del segundo; así quien hace por propia virtud, obra mejor y más presto. Por eso afirmaba, ser circunstancia de valeroso, criarse entre fatigas y sudores; regir, y no ser regido; y administrar cualquier Reino, antes con propia capacidad, que con la ajena, y que esto se debía entender, precediendo siempre prudentes consejos, y pareceres, que suelen dar honra, y hacer al que rige autor de grandes bienes; y más si son de personas nacidas, o criadas en las cortes; graves por prudencia y doctrina. Permitía moderada libertad en el darlos, no entrando en el número de aquellos, que tienen de continuo por adagio: Loquimini nobis placetia; que es tanto como decir: Habladnos siempre al sabor de nuestro paladar. En los términos desta consideración, esto es de llegar raras veces verdad a los oídos del Príncipe, dice agudamente Séneca:

Monstrabo cuius rei inopia laborant magna fastigia, et quid omnia possidentibus desit, ille, scilicet, qui veritatem dicat.

Érale sobremanera gratísima la unión y conformidad de sus criados, cada uno en su ministerio; sin que el uno se entremetiese, ni perturbase la jurisdicción y manejo del otro. Pasaba de la República grande a la pequeña, valiéndose para todo de su similitud. Publicaba (siguiendo la misma comparación) ser medio de gran quietud, la igual proporción y medida de todas las partes del cuerpo político; distribuida según los grados y méritos de las personas. Porque, si bien el Teólogo, el Jurisprudente, el Capitán, el Feudatario, son diferentes de estados entre sí; deben todavía, ser iguales en cierta conveniencia; no en los oficios que tienen, que esto no puede ser, sino en su proporcionada similitud; de modo, que cada uno haga su oficio, sin impedirle los otros. Así dicen los Filósofos, ser bueno aquel estado público, que se hallare instituido según la proporción geométrica; de quien pende todo lo acertado que se hace. De suerte, que teniendo cualquiera el lugar perteneciente a su cargo; sin que otro se empache en él, hará, sin duda, tal orden entre disímiles, una armónica igualdad. Lo mismo puntualmente en la familia, a quien sirve con todo rigor la propia regla.

De lo apuntado se infiere, porque se termine ya esta materia (que recelara enfados de prolijidad, si no me animara el seguro de la paciencia y duración; virtudes necesarias con que Dios acude a los que elige para el bien público) cuán conveniente sea, abrir los ojos en la elección de ministros; y distribución de cargos. Casi infinitos son los sedientos dellos, mas ignoro cuál número sea el de pretendientes hábiles. No siempre las cosechas de los años son iguales en fertilidad de valor, y suficiencia; aunque de quejas siempre abundantes. Quejosos nunca faltan, ni es maravilla: porque las gracias de los Príncipes, como de poder humano, siempre fueron menos, que los pretendientes, es fuerza, haya gran número de malcontentos y mal despachados en todos Reinos; aun en los más dulcemente gobernados. Para evitar pues, mucho desto, viene a ser de gran consideración el ministerio de un buen secretario; clarín y ejecutor de mercedes: por cuya relación se premian los beneméritos; y diestramente (sin manifiesto disfavor, sino con suave y consolatoria dilación de despacho) se excluyen los no tales. Demás de haber de concurrir en éste, viveza de ingenio, y fidelidad conocida; tiene no sé qué de divino en la participación de los concetos, siendo como ministro del entendimiento, exprimiendo el hombre con la lengua los tesoros de la imaginación. Su oficio es la acción más útil y necesaria de la vida. Fíanse dellos los Reinos, y las materias de Estado, en virtud de que alcanzaron en todas edades grande estimación y honras. En suma; el secretario es el depósito de los secretos del Príncipe; que por su medio tienen buena determinación, buen consejo, buen fin, y sus negocios buen estado. Porque, si bien no puede forzar el libre albedrío de su dueño; por lo menos con sus razones, exhorta y obliga a hacer buena elección. Advierte los peligros; abrevia dilaciones; previene daños; representa las dificultades, y pone a la vista todo provecho y comodidad. Particularmente, consigue por él su intento la simetría en todas las partes del cuerpo político, distribuida según los grados y merecimientos; cosa tan necesaria para la conservación de Estados y Monarquías. Es propia suya (como arriba apunté) la fidelidad, madre de la hidalguía, y nobleza, estando debajo de su fee la verdad de las cosas. Trata el Señor con el secretario, como con el mayor amigo; acción que descubre grandes muestras de amor; y así viene a ser su más familiar y allegado. Débese elegir virtuoso, discreto, y entendido; consistiendo esta discreción en ser tan moderado en hablar, como pronto en oír. Claro está, que sin alguna contradicción, conviene sea bien nacido, bien complisionado, y de entera salud, puesto que sería cosa ridícula elegirle impedido, o por enfermedades, o por años; repugnando a sus muchas ocupaciones semejantes impedimentos. Hace en él la falta de estudios (siquiera de letras humanas) daño notable; que podría enmendar con la conversación de los doctos. En fin, le toca tener particular prudencia; admirable prevención; singular juicio; universal ingenio; destreza de palabras; ornamento y doctrina; gravedad de acciones; decoro de elocuencia; buena intención; honestísimo fin; inmaculada conciencia; y vida

irreprehensible. Su tolerancia debe ser mucha; pues le pertenece consolar a desvalidos, por su necesidad quizá demasiado importunos.

Dos singulares beneficios resultan de la capacidad y aviso del secretario, en reconocer los beneméritos. El primero, para su Príncipe, pues por la elección de los tales, será más amado; y estimado por suyo, lo que el cielo obrase; como a la verdad tendría también en ello parte de mérito; por haber acertado en los instrumentos. El otro, para el secretario mismo, que por la buena relación, se conserva y confirma en la gracia de su señor; y juntamente adquiere la de las gentes; preciosa joya para todas ocasiones. Porque, aunque es verdad, atribuyen los contentos, y bien despachados las más veces a sus méritos, y a su buena fortuna el buen suceso de sus pretensiones; con todo, los discretos lo aplican al secretario, que delante de su Príncipe tuvo memoria dellos: y así de su mano, como de segunda causa, reconocen su acrecentamiento. Demás, que cuando las elecciones salen menos acertadas; con los que no son ni mal, ni bien despachados, porque no son pretenses; puede correr el secretario peligro de opinión no sana; como de que algún disinio propio le llevó al favor de los indignos, o menos dignos, más que al de los otros. Gran bien carecer de cosa que le remuerda la conciencia.

Es de ponderar ahora, que siendo tan raros los que pueden servir con satisfacción en tal ministerio; tantos se juzguen tan hábiles para ejercerle; y que osen ser antepuestos con tanta seguridad, como si cualquiera pudiese competir con Eumenes, llamado por la antigüedad Príncipe de secretarios.

Estas plantas suelen criar; o por lo menos escoger los mismos señores; cobrándoles por la recíproca inteligencia y comunicación, afición, y voluntad. Así, es caso riguroso, atar las manos de los electos cuanto a nombrar secretarios; proponiéndoles y señalándoles hombres, que nunca vieron, ni trataron. Fuera de que certifico, se halla tanta carestía de tales sujetos, que me atreveré a decir tienen las Cortes pocos (no obstante sean centros de todo lo mejor del mundo) que posean cuantos géneros de misivas se pueden ofrecer; ni que sepan acomodar los estilos a sus diferencias, con ser lo más fácil en tan importante ocupación. Mas no es cosa nueva en todas partes, ser propio de los más hombres unir la ignorancia con la satisfacción. Muchos conocen a los señores no más que por cartas, midiendo su talento y discreción, sólo por el peso de las razones, que veen escritas. Sería justo pues, poner particular desvelo, en elegir secretario cual conviene al descanso del señor, y a los requisitos apuntados.

El puesto de Nápoles trae consigo no menos diversas, que numerosas correspondencias; por haber todos menester al que le gobierna. Las de España con el Rey, con sus Consejos, y otros ministros: las de Roma con el Sumo Pontífice y Cardenales: las del Emperador y sus Príncipes: las de los Potentados de Italia, y sus Repúblicas: las del Gobernador de Milán y Virrey de Sicilia: las de los Gobernadores de Provincias y de otros súbditos del Reino; las de todo Levante, Grecia, y Constantinopla. Es forzoso, medir las razones, no sólo con la calidad de los negocios, que corren y se desean; sino también con las inclinaciones y disinios de quien los escribe, haciendo la diferencia en las palabras que se considera en los grados. Peso, propio del secretario, que de necesidad ha de ser sumamente plático, y experto; para que así con la presencia de su persona, como en ausencia con la pluma, sea en medio de tanta variedad de personajes, el honor de su dueño; conservando su reputación, y nombre, con su prudencia y habilidad.

Sintieron algunos Reyes antiguos (pienso serían Tiranos, o por lo menos malquistos) no convenir exponerse a los ojos de las gentes de ordinario: que el dejarse ver muchas veces, tenían por ocasión de indecoro y desprecio. En Nápoles, se debe observar diverso estilo, por el consuelo que causa a todos la presencia del que gobierna. Da, sentado, dos públicas Audiencias, en dos días de la semana interpolados; acto, cuanto a cortejo, y asistencia de superior majestad. Están descubiertos entretanto todos los circunstantes, guardando (como sabéis) singular silencio. Débese hacer con brevedad el despacho de los memoriales; aunque

no sea en conformidad de lo que se suplica. Con el Virrey se amenazan unos a otros, por cualquier riña. Acuden (estilo de los más populares) con quejas y exageraciones, y muchas veces con calumnias y malsinidades; y en tales casos, es cordura no creer de ligero; sino reservar y conceder también lugar a la parte contraria; conviniendo en los principios, servirse más del oído, que de la lengua.

Con ser el que gobernare (o deberlo ser de necesidad) en todas sus cosas liberal y generoso, solamente en la distribución de tiempo se ha de mostrar avarísimo. Ha de ser éste precioso en persona de tanta consideración, bastando apenas las horas del día para tantos desvelos, y ocurrencias de tan incesantes cuidados, y ocupaciones, como acompañan a cargo tan importante. Cualquier ministro tiene señalado su tiempo para el despacho que pende de su solicitud y oficio; repartido, conforme el gusto del Virrey. Cuando se halla en buena disposición, despacha por la mañana con los dos secretarios, de Guerra y de Justicia, mientras se viste; consultando y refiriendo con toda celeridad, como siempre se haga el señor bien capaz de lo que se propone y trata. Y si aquellas horas se reservan para más forzosa ocupación, se remiten a las primeras de la noche. Tras la misa, que oye entre semana en Oratorio (saliendo en público las fiestas; que son de Capilla asistido de la nobleza Napolitana) da audiencia a varios personajes, señalada por sus días a la proposición de sus negocios. Otros vienen de visita; volviéndose a sus casas muy ufanos de haber visto al Virrey, y hablándole aquella mañana.

Silverio. ¡Qué punto habéis tocado tan lastimoso para los Españoles, en razón de las Audiencias! Destinóseles el Sábado para su alivio y consuelo, si bien tal vez se pasaron veinte sin poder recibir más que penas. Caso que interviniese falta, había de ser en este día, que sólo en su desfavor, se vía violada la ley para los demás inviolable. ¡Oh nación valerosísima, menos favorecida de los que más te conocen, y más obligación te tienen, pues en cualquiera ocasión eres pródiga de tu sangre en su defensa y servicio!

Rosardo. Honrábala (según apunté) y la premiaba mucho el Duque; tanto que sólo a ella aplicó siempre los cargos más considerables. Antes (vuelvo a proseguir el hilo de lo que os iba diciendo) enfadado diversas veces de las muchas horas que los naturales de más puesto y de mejor hábito inútilmente le robaban, por la falta que sin ellas hacía a cosas de más consideración; libró en su lengua un recado para los mismos; que no pareció decente le diese otra persona, que la del Duque, por su tenor resuelto. Salió pues, cierto día a la sala donde estaba cantada, en una silla de ruedas (que era en la que las veces que dejaba el lecho andaba, por la lición de su enfermedad continua) y arrimándola cerca de la que amparaba el dosel, dijo en voz grave, algo alta: Caballeros, quien tuviere negocio, llegue, quien no, desocupe, que son las obligaciones grandes, y el tiempo muy limitado. Fueron pocos los que llegaron, por ser pocos los que traían a qué: empero, ninguno dejó de perceber el intento, y haciéndole reverencia, dieron lugar. Entendido en esta forma; de allí adelante (salvo en ocasiones forzosas de Pascuas, de fiestas, y otros precisos acompañamientos) no le molestaban con embarazosa asistencia. En media hora poco más, sabía cuanto en la ciudad pasaba todos los días, por el orden que tenían los cabos de las Estradas, o calles, de referirle por escrito lo que distintamente había sucedido en ellas. Por manera, que a menudo preguntaba a los jueces, qué justicia se había hecho sobre tal, o tal exceso; hallándose mejor informado, que los Comisarios mismos, con admiración de todos, por verle en las circunstancias tan menudamente instruido.

Encubrió siempre con prudencia grandísima, todo género de parcialidad, cuanto a pueblo y nobleza; causando con su neutralidad en todos singular amor y respecto. Tan pronto como el menor, hallaba el mayor su castigo si excedía; en su género cada uno; sin que dél le reservase calidad, o hacienda; siendo siempre éste su primero y más generoso cuidado.

De mediodía abajo, a las horas competentes a la Estación, se entra en el Colateral. Dura casi lo que resta de la tarde; tratándose allí las materias más graves del Reino, estado, gracias, reclamaciones, provisiones de España, y en fin, los negocios más importantes. Compónese este supremo Tribunal (permitid aunque os es notorio, no se quede esto entre renglones) del Virrey, y tres, o cuatro Regentes, llamados de Cancelería; personas venerables por letras, virtud y experiencias: dignísimos de mucha estimación por lo que representan y valen; y de un Secretario asimismo, intitulado del Reino, sujeto de gran consideración por el puesto y confianza.

Florindo. Habéis referido con tanta y tan puntual propiedad las cosas que sabemos, que vienen a ser no menos deleitables que la noticia de las que ignoramos. Vino bien a propósito lo que al principio afirmastes, esto es, resultar a los Virreyes de tan ardua ocupación, sólo cuidado y molestia. ¿Come, o viste por ventura uno destos grandes Señores, cuando la ejerce, mejor, que cuando asiste en su casa? ¿Fáltanle en ella criados de tanto o más lucimiento, o caballos, y carrozas de tan rica pompa, y aparato? Síguese pues, ser sólo intento de tan sublimes personajes, manifestar su valor, sirviendo con él a sus Reyes, como en el primer fundamento de sus títulos y estados lo hicieron sus predecesores, estrellas resplandecientes de los Reinos de España.

Silverio. Dichosa la provincia gobernada de sujeto capaz y noble; pues de su ingenio y virtud sólo puede esperar cumplidas felicidades. El saber y la buena inclinación son dos Polos, sobre quien se mira fija la máquina de mayor cuidado, y de suyo más inconstante. Dije buena inclinación, porque la ciencia que no obra como le dicta su luz, en cosa puede acertar, antes anda siempre a oscuras. Al árbol es comparada la humana sabiduría; cuyos frutos son las obras. Yerra quien reconoce ha echado por mal camino, si muestra obstinación en seguirle: mas es muy antiguo en los mortales, descubrir enteramente la razón por donde se deben guiar, y atender, esto no obstante, a lo que les ministra daño, como estómagos que apetecen malos manjares, aunque conozcan los mejores.

Laureano. Quién se deja sitiar de su antojo y apetito, ¿en cuál otro firme apoyo podrá poner su esperanza? Éste se podría comparar al que teniendo buena vista; hizo cerrando los ojos, que fuese su guía un ciego. Poseer doctrina, y no usarla; es lo mismo que una fuente que sin recibir beneficio, quita la sed a quien llega; o como la campana que mientras se queda fuera, llama otros a sermón. Debe pues, quien la posee, liberalmente ejercitarla; que conseguirá por este camino, maravillosos efectos; ya con ejemplo, ya con enseñanza.

Florindo. Para la consumada perfección de todo lo bueno, es importantísima la limitación, y esto no sólo en lo acendrado de las costumbres; sino también en la excelencia de lo que se escribe.

Laureano. Muchos hay de contrario parecer, teniendo por valentía más ingeniosa, buscar nuevos rumbos de elegancias, huyendo de lo ya dicho, y apartándose de los términos más trillados, y comunes.

Rosardo. De los comunes y trillados, hará muy bien, y procederá con grande acierto; mas no en las fórmulas y nombres de las cosas: como el otro señor, que por no hablar tan bajamente como los plebeyos, por diferenciarse, decía; Traedme aquellas rotundas, entendiendo por las manzanas; llamando a los huevos, imperfectas piramidillas: y a esta traza baptizaba casi todas las demás cosas con risa de los oyentes. Dejo aparte otros, que en una palabra quieren se contenga una perfecta oración. Por ejemplo: pedía cierto criado a su dueño algún socorro, a cuenta de su salario, respeto de tener mucha necesidad; y dándole memorial, fue el decreto: Poco amor. Esto es: poco amor tiene el tal sirviente a su señor, pues le pide dineros. Por manera, que igual fórmula de decir, se puede intitular antes adivinatoria, que expresiva de los concetos. Y no hay duda, sino que ésta se debe condenar, y huir con todo cuidado, como

caprichosa y ridícula. Mas cuando la gala de la frase, tiene alguna parte en sí sinificativa: con elegancia del todo, es valentía del ingenio usarla, particularmente en lo que se escribe: como quien llamó al Silguero canoro ramillete; y al Ruiseñor Sirena del aire. Al primero, por su canto y variedad de pintadas plumas: y al otro por la melodía con que hace resonar el viento, el valle, y monte, cuando suelta los suavísimos acentos. En estas riquezas fueron felicísimos, y abundantes, entre antiguos, Papinio Estacio, Tibulo, Claudiano y otros. Pocos, entre modernos de nombre, salvo aquel ingenioso Cordobés, luciente honor de las Españas, a quien ninguno llegó en la novedad de la locución, y en el seguir hasta lo último galanamente una metáfora. Todos estos maestreros se deben imitar con toda diligencia; siendo entre todos más dichosamente culto, quien más les bebiere el espíritu, elevándose como ellos, y alzándose a lo superior de sus más altos pensamientos. ¿Quién dificulta, no hallarse cosa, que ya no esté dicha, o por lo menos imaginada? Mas, así como un buen artífice de viandas, de cosas, que no se crían de nuevo, sino que ha tantos millares de años, que se criaron, inventa industriosamente golosinas, y sainetes: tal, de lo tantas veces repetido, puede pintar la pluma, siendo delgada, y sutil, cuadros de exquisita novedad, y para los que leyeren de admiración no pequeña. La primera clase de los mayores ingenios se fueron imitando unos a otros, Virgilio a Homero y a Teócrito; a Virgilio el Taso; y así los demás. Antes sin la imitación, serán los aciertos difíciles, y todo lo que se dijere de cortos realces. Cuando en mi juventud atendí más al estudio, y conocimiento de la Poética; me acuerdo, para difinir esta cuestión, haber escrito este Soneto:

Débense al arte aciertos y primores;
como al pincel, ornato y hermosura:
ingenio solo, es campo sin cultura,
produtor de espinas y de flores:

imita siempre el sabio a los mejores,
con quien se eleva a la mayor altura;
que la luz natural es casi oscura,
no bañada de ajenos resplandores.

En oro asienta pues, piedra brillante,
el que adelanta frases y concetos;
de vestido común formando galas:

que's Icaro, o Faetón precipitante,
y al número se roba de discretos,
quien fía en sí, o en aparentes alas.

Laureano. Lo que yo no puedo sufrir, habiendo leído entre diversos de ciencias, algunos librillos de humanidad, es ver cuán humanos se muestran sus autores. Y como, por la mayor parte, estos tales se leen y estudian en la adolescencia, no puede ser lo que tratan para aquella tierna edad sino de ejemplo depravado. Lascivos son Marcial y Ovidio; y quizá más, que otros mejores, frecuentados. Radero castró a Marcial; mas le apetece obsceno, pareciéndoles, consiste en aquello su mayor agudeza.

Florindo. Hállanse genios dados totalmente a semejantes bajíos; y ancianos, que debe ocasionar más estraña maravilla. Tengo noticia de un Jurisconsulto, que casi todas las noches, se encomienda cuando va a dormir, a las epigramillas de que tuvo en Calatayud nacimiento: ¡ved que devotas oraciones!, y cierto que por no mentir pasa su edad del año climatérico, conservando siempre en la memoria las más picantes, por no decir las más deshonestas.

Silverio. De cierto fraile se cuenta; no haber acertado en su vida a escribir alabanzas de Santos, siendo en indignas flaquezas, y a los oídos ofensibles ladino y malicioso artífice.

Laureano. Siempre la variedad agrada; haciendo la misma hermosa a la docta naturaleza. Son todas las criaturas en aspectos y operaciones diferentes. Díganlo a quien lo dudare, tanta diversidad en los rostros humanos, y tantas en los metales de voces. Y cuando tal vez quisiera algún ocioso desvelado (por seguir esta costumbre, tan antigua y tan común) ocuparse en tales concetos, habían de ser enigmáticos; y no, que luego llegara a la nariz el mal olor de su escandaloso tema. Mas cuando lo que se dice, es a la primera vista, menos digno, o mal sonante, teniendo contrario fin de lo que promete la apariencia, no se debe condenar, sino admitir graciosamente. Con esto, mudando plática, entre los que por allá bajo rompen confusamente con sus falucas el sosegado espejo del mar, atended y veréis a dos que ocupan los primeros lugares de aquella toda pintada de verde. No se os pueden ocultar, por hacerlos manifiestos su mala disposición, su flaqueza extraordinaria, y su pálido color. Amigos son, y parecidos, no menos en los achaques, que en la condición desabrida. Ignorantes, como presumidos, de todo fisgan y mofan. Topos para ver sus faltas, linceos para ver las de otros. Pobres de talento y espíritu, irritan a todas horas a quien con ellos comunica, con tan poca discreción, que es ridículo su deslumbramiento. Indúltalos míseramente su continua enfermedad, a la brevedad de cuyos términos, se remite la venganza, para que convierta en polvo tan molestas sabandijas. Los que tienen faltas notables debrían evitar con gran juicio, no provocar a quien fácilmente les pueda dar con ellas en rostro.

Silverio. Conózcolos, y aún me admira, hayan salido tan aviesos, teniendo padres tan apacibles: ni fuera mucho, se les pegara alguna de sus buenas calidades. Más vale, como se suele decir, resbalar con el pie, que con la lengua. Notables monstruos produce el Reino de la naturaleza; sin que podamos atinar con la razón verdadera de semejantes abortos.

Rosardo. A la experiencia de los malos hijos, nacidos de buenos padres, se responde comúnmente; que concurriendo a la generación la simiente del hombre, como causa matriz, y la sangre purgada, que se halla en el útero de la mujer, como materia, y asimismo el calor de las estrellas, infuso, como causa instrumental superior; no es maravilla, que faltando la concordia, y concurrencia destas cosas; o porque la simiente no está bien dispuesta; o porque el calor del útero no se halla bien templado, o el del cielo, no de benignas estrellas infundido, salga el parto muy diverso de los padres en las costumbres: si bien, de mi parecer, todo a la educación se lo atribuyera, que alcanza en la tierna edad eficacísima virtud de criar casi una nueva naturaleza, por la fuerza que tiene el hábito y costumbre en el varón, respeto de su libre voluntad. Por tanto, así como ésta puede hacer, siendo buena, los nacidos de malos padres, buenos hijos: así al contrario, siendo mala, puede hacer malos, los nacidos de buenos.

Florindo. Sin duda, es dificultoso conocer lo interior de los mortales. El Filósofo Filemón a este propósito, cuando (considero) exageraba, tiene cualquier género de irracionales una sola naturaleza; y solamente un instinto, siendo todos los leones fuertes y animosos; todas tímidas las liebres, todas simples las palomas: de forma, que entre cien mil éstos, o sea de otros semejantes brutos, no es posible se halle uno, que en algo se diferencie; por lo que conocido el género, se conoce luego la especie, y juntamente la naturaleza: no puedo dejar (decía Filemón) de compadecerme mucho de la condición de los hombres, poseedores de más naturalezas, que el mundo tiene personas. Así se juzga imposible, poderlas conocer todas. Antes por extremo difícil, rastrear apenas una de tantas, sin la luz de largo tiempo, tan corta tiene la vista el más perspicaz juicio.

Laureano. Solamente los mentecatos se dejan luego conocer; ya que siendo la ignorancia, madre de la presunción; los precipita a menudo para cometer desaires y deslumbramientos, entremetiéndose en lo que no les toca, que los deja para siempre graduados de insensatos y tontos. Los Filósofos disputaron antiguamente, en razón de lo que recibía el humano de los influjos celestes, y al fin concurrieron en este parecer; que tenga de Saturno la inteligencia; de Júpiter la fuerza; de Marte el ánimo; del Sol la virtud; de Venus el movimiento; de Mercurio

la agudeza de ingenio; y de la Luna la aptitud de engendrar. Mas ignoro, si duermen algunas veces estos Planetas; o se olvidan de su oficio, divertidos en otras ocupaciones, según que en muchos de los nacidos no se descubre apenas el menor de todos aquellos dones. Cuerpos, a quien sólo sirven las almas de sal, porque no se corrompan. Si bien por la mayor parte, grandemente favorecidos de la Fortuna, a menudo con ellos pródiga de sus más copiosos bienes. Hombres casi sin saber leer, hablar, ni discurrir, con garnachas en Tribunales; sujetos depravados en costumbres, colocados en altos puestos. Rico y dichoso tanto indigno; y tanto benemérito postrado y pobre. Metamorfosis ridículas: fantasías, quimeras, y sueños extravagantes. Salustio ministra consuelos en desórdenes tan irracionales. El Emperador y guía (dice) de la vida del hombre, es el ánimo. En rostro bello, el cuerpo robusto, las grandes riquezas, los eminentes cargos, y cosas así, son caducas, poco duran. Solamente las egregias obras del ingenio, son divinas, son inmortales, por eso:

Vivitur ingenio, caetera mortis erunt.

Silverio. Lo que admira sobremanera, es ver el temerario atrevimiento, y desvanecida satisfacción con que los más incapaces se introducen, y domestican con los mayores ministros. Con ellos se internan de golpe; perdido todo medroso recelo, de que en moviendo los labios, hayan de ser conocidos, y como de tan bajo metal, escarnecidos y tripulados. Basta sola una vez oírlos, para hacer al punto acertado juicio de su cortísimo talento. El habla, decía Solón, es la imagen de los hechos; antes de la vida del hombre. No expresa tan bien el cristal la figura del cuerpo, como en lo que se discurre, se vee la forma del ánimo. Isócrates, aludiendo a esta opinión, habiéndole sido enviado cierto muchacho, hijo de un su amigo, para que visto, y examinado su aspecto, declarase su parecer: Habla, le dijo, si quieres que te conozca.

Rosardo. En fin, los desnudos de toda bondad, y pobres de toda sabiduría huyen, como los animales nocturnos del Sol, del resplandeciente asomo de la virtud, reverenciándola interiormente, si bien en lo exterior muestran hacer lo contrario. Cicerón: Nihil est enim (mihi crede) Virtute formosius, nihil pulchrius. nihil amabilius.

Adelantando esta consideración un ingenioso moderno, sobre lo que se halla escrito en los libros sagrados; que la mujer (si mujer debe llamarse) de Herodes, Timebat Ioannem. ¿Qué miedo, dice, es éste? ¿Qué una Reina (o más presto concubina) que tenía el pie sobre el cuello del mismo Rey, pudiese tener temor de un pobrecillo descalzo y casi desnudo, como era Juan? En suma, esto es propio de los buenos, no solamente en nuestra Católica Cristiandad, sino también de cuantos con verdad en todos siglos lo fueron, usar casi ímpetu y violencia para que a su despecho cualquiera los estime, incline y reverencie. Libera est virtus, dice Séneca, inviolabilis immota, inconcussa, sic contra casus indurata, ut nec inclinari quidem, nedum vinci possit. Ni porque de ordinario, parezca son los buenos y doctos despreciados con lenguas, o con acciones, se han de llamar miserables, ni tener por infelices. Puesto, que si derechamente se mira, el verdadero sabio y virtuoso, ninguna injuria, o vilipendio puede padecer, según que en muchos lugares, no en forma de paradojo, sino con sólidas razones, prueban, no solamente los Santos Padres, y en particular San Juan Crisóstomo, sino los Filósofos mismos, entre quien Séneca,

Quod in sapientem non cadat iniuria,

escribió un libro entero. Por eso, conténtese con ser tal, quien lo fuere, bien o mal tratado que sea, y el que no, procure serlo; no por conseguir dignidades, o grados, sino por hallarse digno de poderlos recibir. Y los indignos no se desvanezcan, ni alteren por haber llegado donde les puso la suerte, no la virtud. Antes se vayan humillando al paso, que en sí reconocieren mayor la indignidad, haciendo mucho caudal de quien merece más que ellos, bien que en ser reconocidos, injustamente sus inferiores. Pues sólo por este camino podrán agradar a Dios,

siendo en parte, por él, juzgados dignos de la felicidad que poseen, tan superior, por no decir tan desproporcionada, de lo que a su condición se debía.

Laureano. Documentos de grandísima flema y pausa en particular tan iracundo son los vuestros, oh Rosardo. ¿Habrán quien tenga tolerancia al ver tantos desaciertos como a cada paso comete la Fortuna no menos bufona que ciega? Sin duda profesa imitar el primor de la Escultura. Forma de zoquetes toscos, figuras de algún relieve, obligando por lo que representan a que les usen respecto. Mas esto viene a ser imposible con los ánimos generosos, que los conocieron troncos, y en tal predicamento los tienen; midiendo siempre, como libres, la estimación con los méritos. De aquí nace, reverenciar tan de veras a un frailecito descalzo, y vestido de un remendado sayal, a quien miramos con veneración por la virtud que suponemos se halla dentro de aquellos viles despojos. Empero, al otro bellaconazo, llámese como se le antojare, y tenga el apellido que quisiere, que por medio de su dinero, quizá ilícitamente acumulado; o por alguna intercesión del que su interior no conocía, llegó a puesto considerable; con medra no de virtud, sino de grado, no es bien acudirle con tributo de obsequio, sino de menosprecio y baldón. Hay algunos que de vanagloriosos, en sí mismos no caben, y de dichosos revientan. Sabrosos y satisfechos del vano sonido, no dan de mano a la soberbia, ni amainan la entonación; sin advertir, eran nada ayer, y que hoy vienen a ser menos. Debajo de corteza mentida, sea de Toga negociada, o sea de mendigado Título, alberga aquel propio sujeto, imprudente y baladí, cuya bajeza es notoria, cuyos vicios manifiestos.

Así, en opinión de los buenos, no ha de ser más de lo que se era, el a quien pusiere en alto artificiosa solicitud. Conviniera, para ser más estimado, se desnudara el antiguo, y se vistiera nuevo despojo; descubriendo nueva mina de otro talento y valor; mas si le veen con el mismo, incapaz y efeminado, ni aun de viento espere honor. No llamaré Señoría al tal, tan sediento della (dijo uno en cierta conversación) aunque llegue a ser Monarca, si no presenta a mis ojos privilegio de mejor ser, en vez de cargo mejor. Si bien, quisiera entender ¿qué se les pega desta voz y fórmula de aire, que tanto anhelan por ella? Demás que como se sabe (hablo al uso de la tierra) implica contradicción, concurrir en un sujeto dos conocidos opuestos, nobleza, y mercadería. Si Caballero, ¿para qué tratante?, y si tratante, ¿para qué Caballero? Permita el cielo, y sufra el mundo, que un hombrecillo de poca sustancia, un renacuajo, un pigmeo, del número de la más vil chusma, adquiera convertido en Caco, un riquísimo tesoro; que no podrá hacer creer a los curiosos del siglo, sea su metal de quilates, sino soez y bajísimo. Lo mismo se podría decir de cualquier otro chupón, embelesado, aturdido, hipocritón alumbrado, de quien y juntamente de sus compañeros, devoradores de toda riqueza y prensas de toda sustancia, se puede con justa causa esperar, suceda lo que el divino Isidoro, contra semejantes depravados escribe en el libro tercero de las Sentencias,

Plerumque Rex iustus etiam malorum errores dissimulare novit: non quod iniquitati eorum consentiat; sed quod aptum tempus correctionis expectet, in quo eorum vitia emendare valeat, vel punire.

Asimismo, dijo un Autor moderno de buen sentimiento, en los mismos términos deste propósito:

Sanguisugae isti Hispanici sanguinis, cum incredibili Hispanorum Regum patrimonii detrimento, luquantur.

Florindo. Allá se lo hayan; dejaldos; que puede ser llegue algún día su debido San Martín. Dios nos enmiende a nosotros, y consista nuestro afán en servirle como debemos, pues todo lo demás es nada.

Recte vive Deo, caetera sumus erit.

Silverio. Síguese, hagamos ahora una no larga Academia, siendo de lo que se dijere, jueces los unos de los otros. Esté en arbitrio del que hablare, publicar lo que quisiere; como yo, que doy principio con este soneto a una sortija de vidrio; que se quebró en el dedo de cierta Dama, favoreciéndome después con los pedazos della; diciendo desta manera:

Vidrio siempre feliz, mengua al diamante,
y más precioso que él, por el empleo,
favor inopinado a mi deseo,
entre lícitos límites amante:

aljaba de la flecha, que al Gigante
niño, creció valor, creció trofeo,
¿cómo faltáis, si cual la tierra a Anteo,
bella alma os daba ser firme y constante?

Mas con igual contacto, ¿quién pudiera
aunque en dureza al risco retratara,
tener sin deshacerse un punto vida?

Cobrad nombre inmortal, oh rota esfera,
pues a la más sublime, a la más clara
en ministerio os vistas preferida.

Florindo. Con estudio le ponderaré mientras le escuchaba, por ver si en él reconocía sobra, para cercenársela; o falta para añadirsele; y cuanto a mí no se la he conocido. Puede ser que los demás como Pilotos de más experiencia, le descubran algún bajío.

Laureano. A boca llena es menester celebrarle, como compuesto con ingenioso estudio y arte, aplicando a la forma de la sortija los atributos, y oficios que verisímilmente le pertenecen.

Rosardo. Bendito sea Dios, que os oigo alabar Rimas ajenas, tan fuera del común uso, siendo de una profesión misma. Los que se dan a este vicio (que este título merece entre los que mucho le frecuentan) les parece, pierden reputación opinable, cuando escuchan, y después alaban los partos que no son de su cosecha. Quien llama bueno a lo extraño, ¿qué le queda para lo propio?, como si fuese tan abreviada la jurisdicción de los ingenios, que le faltase loores para quien los mereciese. Cuando los oyen, gestean, o se muestran divertidos, para con igual color ser cortos en el aplauso.

Silverio. A los tales coces aprieta, para que pierdan el éxtasis, y aprieta muevan las lenguas en loa de lo que han oído. Pero tendría por mejor, no comunicarles cosa; así por evitar disgustos, como por atajar sus motivos, antes sus envidiosas raterías, y groseros artificios. Mas no perdamos tiempo en esto, y pasemos adelante; pues para menoscabar jamás faltan a los malsines argumentos.

Laureano. Yo quiero entrar en la Palestra; sin fuerzas pero con ánimo, ya que cortesías tan sólitamente excluyen los mayores desmayos. Mi pensamiento es de caza, siendo un Monarca el que la sigue, ved qué sujeto uno y otro para que falten alientos. Escribióse a un jabalí, que habiendo una vez huido, volvió de allí a poco para morir por mano de su Majestad, eligiendo para la expresión deste acto, el camino que se sigue:

La que fue de sus furias impelida,
cerdosa fiera, horror de monte y llano,
espalda vuelve a poderosa mano;
tímida en igual trance la temida:

mas a tanto agresor reconocida,
efecto propio de discurso humano,
burla con fin excelso, si temprano,
los términos fatales de la vida.

A terrena deidad, víctima en culto
se ofrece; y se anticipa a quien la aqueja;
que a su elección quiere deber su gloria:

¡oh siempre tan feliz, cuan feroz bulto,
y eterno ya; pues para siempre deja
tan digna muerte viva tu memoria!

Florindo. Qué ufano quedaría el cerdoso a tener conocimiento, viéndose trofeo de tal brazo.

Silverio. Amigo, son poéticos encarecimientos: puesto que si le tuviera, no gustara, ni eligiera el último, y más terrible de los males, convirtiéndose en nada el que muere.

Florindo. Con todo eso, casi infinitos han perdido la vida voluntariamente, y más por causa de la honra, o beneficio de la Patria.

Laureano. Erraron con seguridad; ni en caso alguno lo consiente la Religión Cristiana, juzgando abominable desesperación, y dignísima de eternas llamas, el menosprecio de la vida. Sólo a los Fieles toca dejarse hacer mil pedazos por confesión y defensa de la Fee, en que viven, y nacieron. Los Gentiles, como bárbaros, o como quien careció de lumbre tan celestial, eran pródigos deste tesoro; y así por ligeras ocasiones se despojaban de su precio. No así los Católicos, y perfectos, guiados del Espíritu de Dios; que es del alma enseñanza verdadera.

Florindo. Pues de Católico os quiero apuntar un ejemplo concluyente; y aun sobre la deliberada determinación, seguido un grande milagro. Ya todos tenéis noticia de que en tiempo de los Moros, cuanto cierto caudillo éstos tenía su asiento en Toledo, salían de aquella ciudad, molestando los confines con incesantes correrías. Era Madrid corta Villa entonces (hoy Corte tan majestuosa) y teniendo aviso sus moradores, de que los comarcanos enemigos llegaban con veloz apresuramiento amenazando la guerra, como dicen, a fuego y sangre, talando mieses y vidas iban, Ramírez de Vargas, un noble de aquel lugar, teniendo ya por segura la pérdida de sus bienes, y entre ellos el más precioso, que era el honor de dos hijas, amadas dél tiernamente, conduciéndolas dentro una capilla consagrada, entre unos Atochares, a la Reina de los Cielos, las degolló en su presencia, entrando después en la pelea con valor desesperado. Vencieron a la morisma, y volviendo de allí a poco, a enterrar sus dos queridas, las halló vivas y alegres; a cuyo inaudito caso escribí lo que os diré, cumpliendo de camino con la obligación que tengo de expresar en esta junta alguna composición de las hechas por antojo. El tenor pues, desta viene a ser en la forma que entenderéis:

Si honra incita al feroz, piedad le enfrena,
acomete, y retira el filo agudo;
que en trance tal; que en tal dolor, bien pudo
temer la ira el golpe de la pena:

hueste en tanto, sin número, Agarena
obliga a prevenir lanza y escudo;
triunfa de blando afecto, impulso crudo,
¡oh sacro honor!, y atrocidad ordena.

Parca Ramírez pues, de sus queridas,
la espada ejerce, si veloz, temblante,
con que púrpura vierten sus gargantas:

pelea, y vence; muerto sin sus vidas,
mas por su celo, quien se halló delante
restituye en su ser las bellas plantas.

Laureano. ¿Por su celo dijistes? Por ése obtuvo la gracia; y fuera mayor piedad, y mérito más prudente encomendárselas vivas a quien tan bien las supiera guardar y de todo peligro defender. Quizá no le dio más lugar la peligrosa priesa; que en tiempos de tanta confusión se perturba el más claro discurso.

Rosardo. Por orden la vez es mía, y ocúrreme la expresión de cierta fábula aplicada a la ira femenil, más digna de temer que el ímpetu del escuadrón más bien armado. Sobre todo, cuando es de propia mujer, de quien el hombre no se puede guardar. No hay Tigre de crueldad tan valiente; antes cañón con terrible estruendo disparado, que se le pueda igualar. ¡Triste de quien no se guarda de su enojo, siendo tan prudente, que de contino les quite las ocasiones! Todo el coraje del mundo se halla en la menor parte de su cuerpo, siempre para cualquier más tremendo daño con determinación inconsiderada, como desta fábula se podrá colegir horrendamente.

Aquella voz del aire melodía,
y lisonja al oír; no canto, es queja,
que allí en la soledad, donde se aleja,
amorosa lamenta tiranía:

sin lengua, acento embajador envía
a quien turbada, si furiosa deja;
y así la injuria, así el dolor la aqueja,
que al vínculo mayor se muestra impía.

El gozo que formó conforme lazo
desmembrado, sazona, y dél presenta
horrendo plato al infeliz Tereo:

¡oh sacrílego osar, oh fiero brazo!
Mas la mujer, ¿qué excluye, o qué no intenta
cuando a venganza aspira su deseo?

Florindo. También tienen los Reyes propinas de amarguras, como los más desechados. ¿Qué sentiría aquel pobre, al tragar tan costoso bocado?

Laureano. Son fábulas, y puede ser, que ésta no haya sucedido.

Silverio. Antes todas han sido sucesos expresados altamente debajo de aquella corteza, que estudiaron los antiguos en ocultar del vulgo los sacros misterios de la sabiduría; porque como manuales, no perdiesen de su estimación. Y muchas fueron ejemplos para que el hombre se quiete; y se haga admirable de costumbres, reservándole, o por lo menos para reservarle de manchas, y vicios. Para conseguir este intento, tienen no poco vigor las Novelas, cuando son ejemplares sus fines. Acuérdome haber leído la del Romano, para lo que pretendía galanamente ingeniosa. Brevemente la quiero referir, por si alguno de los tres no la supiese. Deseaba con grandes veras aquél, hacer a los populares amorosos correspondientes para con los de mayor grado, como si dijésemos, con los nobles y caballeros. Comenzoles pues, a proponer, se habían enojado las manos con el cuerpo, ni querían dar de comer a la boca,

pareciéndoles, no eran de menos estimación ellas, que los otros miembros. Sobremanera sentían fatigar continuamente, estándose los demás holgazanes, y como a la mira. Con esta resolución se estuvieron algún tiempo asidas a la pretina, sin socorrer al estómago, que por la falta, sentía intercadencia y desmayo. Al paso que le negaban alimento, comenzaron a perder la esgrima, y mejor, poco después, reconocieron su daño. En fin, por su conservación se movieron de nuevo a sustentarle, con que ayudándose recíprocamente, se conservó el uno al otro. Quedó con esta cauta invención la plebe de allí adelante advertida, convenir, que en todas artes haya maestros y peones.

Rosardo. Destos donaires y argucias dejó escritas muchas Esopo, dignas de ser encomendadas, y en la memoria tenidas. Y aunque el lenguaje común las ha llamado consejas, dichas al hogar de invierno, el yerro está en una letra pues volviendo la A, en O, cobrarán su propio nombre.

Florindo. No sin legítima causa prosiguiendo el enojo del pueblo Romano, me parece, se quería eximir del resto de la nobleza. Cuando la ocupación desta, resultara en su beneficio, ni su evidencia se ignorara, ingratamente procediera. Mas si como corre ahora, caminaba entonces todo, con gran razón se movía. El que es mayor en una tierra, sólo sirve de aterrar al pobre, sólo como sanguisuela, de chuparle la mejor sangre. ¿Para quién siembra y recoge el miserable aldeano, sino para que el más noble lo usurpe y se quede con todo? ¿Para quién sino para el gañan el toscos vestido y pan negro, y la flor de cualquier fruto para el señor de la heredad? Por manera, que los pobres son esclavos de los ricos, usando con los mismos brutos de más piedad, y cuidado.

Rosardo. Padecen en este Reino muy grande opresión los súbditos destos que llaman Varones; y como llagas de ausentes ni son vistas ni curadas. Apenas les dejan libres los ahumados rincones; antes la libertad de la respiración, según los tienen opresos y supeditados. Caso, cierto, lastimoso, y sobre todo, indigno de que suceda en el imperio felicísimo de tan Íncrito y Católico Monarca, y de tan grandes, y rectos ministros, sus Tenientes. El que llega a esta Ciudad nobilísima, jardín de suavidades, de todas cosas floreciente, juzga, se hallen como ella, los otros lugares del Reino; mas corre notable diferencia. Todo es por allá miseria, todo desdichas, y llantos de los afligidos pueblos, por mil caminos vejados; muriendo sin esperanza de que alguno los ampare, que siempre carecieron de protección los pobres. ¡Oh si permitiese el cielo, llegasen tantos clamores a quien piadosamente los oyese, y con cristiana rectitud, y piedad los remediase, cuán inmortal haría su nombre y cuán eterna su fama entre los que recibiese en tan señalados beneficios! Imitaría en estas sublevaciones y alivios al inmensísimo Dios, Gobernador omnipotente cuya providencia suma tiene cuenta particular aun de las cosas más menudas.

QUINTA JUNTA

ROSARDO, FLORINDO, LAUREANO, SILVERIO.

Capote tiene el Visubio; y con ceño le corresponde San Telmo: murmuran interiormente las ondas: todo promete mudanza de tiempo.

Silverio. Poco en igual estación duran las alteraciones, por tener los vientos corta fuerza: y así para la navegación son más deseados estos meses.

Florindo. También en los surcos de la frente da muestras Laureano, de sentir interna borrasca. Declárenos las cifras del rostro, donde la pluma del corazón escribe los pensamientos, y quíen

ha dado la ocasión, siendo lícito preguntar de dónde proceda: que holgáramos haber padecido la mitad, porque su mal fuera menos.

Laureano. No siempre están de un humor los hombres. Con facilidad los descomponen accidentes.

Silverio. ¿Hay algo de nuevo, que cause pesadumbre? Que para eso son los amigos; interponiendo por quien lo hubiere menester, solicitud, reputación, hacienda y vida.

Laureano. No ha tocado tan en lo vivo el cuidado. Tristeza ha sido procedida de un sueño, tan alegre, cuanto con brevedad interrumpido.

Rosardo. ¡Acabara yo de declararme!, que la suspensión ofende cuando se recelan infortunios. ¿De sueños hacéis caso? Gentil Filósofo. ¿No sabéis, se originan de ordinario, de las viandas que se cenan; cuyos vapores al paso de sus calidades, alegran o entristecen? También suelen proceder los melancólicos, de hallarse mal echado; siendo consejo de Médicos, no sea sobre el corazón; pues le altera y perturba cualquier ligero motivo.

Laureano. Como quiera, el despertar me causó tristeza, que procuré desechar, desfogando con armonía.

Silverio. Ese término me es nuevo, y deseo aprenderle para seguirle, como no sea con el canto: que un bien barbado sujeto no es bueno para mirado haciendo con los labios corvetas, gorgoritos, y repiquetes.

Florindo. Es cosa indecente hacer visajes, y gestos por cuya fealdad fue prohibido a Alejandro el ser diestro en el clarín. Mas los músicos de nombre, huyen siempre de igual nota, sin que altere elejercicio la compostura del rostro.

Laureano. ¿Es tan suave mi voz, que della se pueda presumir tanto? He deseado y no poco en esa parte, destreza; pero el metal nome ayuda, y también carezco de oído.

Rosardo. Es discreción confesarlo, habiéndoos primero conocido, por ser habilidad en que casi todos se engañan, pues cantando mal, porfían; por manera, que se puede afirmar, ser la cuarta cosa, que en el mundo se halla muy bien repartida.

Laureano. ¿Para qué más suspensión? Desfogué con la Poesía; ligadura no menos que la del canto, suave: antes es la misma música; pues siempre entre los antiguos se cantaban las composiciones; tomando propiedad y nombre de la variedad de instrumentos.

Silverio. ¡Miren en qué vino a parar el término revesado, como colección de criatura! En fin, ¿escribistes algo a la mudanza del sueño?

Laureano. Ya os dije, que nunca escribo; sino que es mi pluma y papel solamente la memoria. En ella está lo forjado, aún sin lapostrera lima; salga a luz, y admita enmienda, que en buena parte se explica.

Al siempre fatigado pensamiento,
fue verde cielo un prado con sus flores,
donde suave y tierno, a mis dolores
sueño solicitó sonante viento:

quedé, cual falto de vital aliento,
opresos los sentidos exteriores,
así, libre de dudas, y temores;
de tregua el mal gozó, de ocio el tormento.

Mas ay, que esta quietud interrumpida
dejó rumor de ramas envidiosas,
viéndome errante y triste en noche oscura:

de tanto padecer compadecida,
turbó la escuadra de celestes rosas
la ostentación mayor de su hermosura.

Florindo. Mal hizo el ruido de las ramas en despertaros, pero ¿había más que volveros a dormir, sin quedar triste por eso?

Laureano. ¿Tan fácil es de recobrar el sueño, una vez perdido, y más si el que le desea es continuamente combatido de penosas imaginaciones?

Silverio. Deseo saber, ya que ayer Rosardo con tanta sutileza, nos declaró el asiento y calidad del agua; de dónde proceda ser la de la

mar salada; y así esta declaración, sólo se puede esperar de su entendimiento.

Rosardo. Vos le metéis en empeños, que dellos saldrá con dificultad; mas diré lo que alcanzare concisamente.

Varias son las opiniones acerca desta proposición. Ya que sirviéndose los Poetas, como suelen, de sus fábulas, atribuyen la ocasión a los miembros genitales, que troncó Saturno al padre. Éstos, arrojados al mar, quieren, lo hayan vuelto salado; de cuya espuma pretenden naciese después Venus. Dicen por otra parte, que llorando Saturno sobre el mar, que de sus lágrimas toma nombre, fuese la causa más eficiente de volverle así, siendo ésta, propia calidad de las mismas. Afirman algunos Médicos, que en la forma, que nuestra orina, hez del vario alimento, distribuida por los miembros de la naturaleza, cobra semejante condición; así sea salada el agua marítima como vejiga de la tierra, y vientre de Júpiter, en quien se unen todos los terrestres excrementos. Señalan algunos Filósofos, por su causa dos vapores, uno de la superficie, y otro del fondo del mar. El primero, por áqueo, porque del agua se levanta; y por terrestre el segundo; que de la suerte, que el humo, así exhala fuera del terreno. Es el primero frío y seco, grueso y a la tierra igual, respeto de ser más alto, y más fácil a esparcirse, por lo que dilatándose encima, es con más facilidad de la fuerza del sol devorado. El segundo por hallarse en parte más baja, viene a ser más indigestible; y asimismo, porque pasa antes por el agua, no puede ser con tanta celeridad consumido del calor de igual planeta, ocupado en resolver el primero, ocasión de pervertir las aguas con su misma naturaleza, que es de ser salada; como es de ver en el agua sacada por alambique de variedad de cenizas, que sale con aquella calidad. Esto se comprehende mejor en las salinas, donde el húmedo del mar y el terrestre de la tierra, es de la misma sal oficina. Ni puede haber duda alguna, sobre que deje de subir este vapor del fondo propio del mar; habiéndose observado en virtud desto, comenzar (antes de tener principio la borrasca) a turbarse las ondas, no de la superficie, sino del centro; lo que presienten los Delfines, allá abajo adormecidos, causa de subirse arriba. Ser asimismo salado, discurren otros Filósofos; por ser sudor de la tierra: puesto que mientras el sol hiere, y de continuo bate en la mar, chupa toda la dulzura de sus aguas. Ni puede sobre los ríos, que incesantemente se apresuran, este vigor eficaz, sino sobre más inmóviles aguas, que de corriente carecen. Ejemplo en el que se para al sol, que siente mayor arsura, que el que debajo de sus rayos camina. Quedan los lagos esentos, no obstante carezcan de curso, por recibir su angostura calor escaso. Vengamos, que es tiempo ya, a lo que dice Aristóteles, si bien cree Plinio lo contrario. Enseña aquel grande investigador de las cosas naturales, ser la superficie del mar, mucho más salada que el fondo: y que los mares de África en serlo, exceden a los demás, respecto de la fortaleza con que bate el sol allí, afirmando ser el agua de su marina, más salada cerca de tierra por el mayor imperio, que sobre ella alcanzan los rayos deste

hermoso blandón del día; con más vigor sobre la mayor cercanía de la tierra. Añade también, hallarse allá en lo más alto del mar, el agua, mucho más simple elemento, escribiendo Plinio, haberse reconocido un día en el puerto de Corinto sin sal su agua; si bien dan a sus verdades algunos muy poco crédito. Comparan otros la sal del mar a la cólera del cuerpo, que de su sabor participa. Empero señalan los Teólogos la razón más verdadera. Insinúan haber criado Dios salado el mar en el principio como consta de sus palabras (y esto mucho antes que el sol hubiese ofendido su dulzura) cuando dijo: Recójanse las aguas en un lugar, y deste lugar sea mar el nombre, con derivación de amargo, esto es, salado. Tal le crió aquel Señor por diferentes razones. La primera para que fuese remedio de muchas enfermedades, lo que enseñan la experiencia, y libros de Medicina. La otra, para que fuera de producir la sal (casi quinto elemento en el sustento de nuestra vida) no se corrompiese, habiendo de quedar inmóvil. Si bien han notado Castellanos, y Portugueses en estas nuevas navegaciones, cierta inclinación, y corriente del mar hacia Poniente, con que van en venticuatro días a las Indias Occidentales, tardando tres meses en el retorno. Últimamente, para que siendo salado, pudiese con más pesado cuerpo ser para la navegación más a propósito. Puesto, que sería de grande calamidad para los pilotos, que fuesen dulces sus aguas, como enseña la experiencia, maestra de mayor certidumbre, yéndose a fondo un huevo fresco, puesto en el agua dulce, lo que no hace en la salada, sino que se está encima.

Florindo. De cualquier modo, que sea, excelente es su calidad, y bastísimo es su imperio: y por lo que muestra el Mapa mucho más dilatado, que el de la tierra. Dividida su circunferencia en amarillo, azul, y negro, dando el primer color a lo habitado, y descubierto; y a las aguas el segundo, queda incierto a cuál de los dos toque el negro, por ser incógnito. Imagínase haya en él mucho de mar no sulcado; mas para ser más estendido poco necesita de adjuntos.

Silverio. He siempre entendido una cosa, a mi parecer bien fundada, y es, será dueño de la tierra el que lo fuere del mar, por la facilidad con que se llevan las conquistas a las más remotas regiones. Mas sobre todo, es importante para conservar lo adquirido en Monarquías interpoladas. Únese y se socorre más bien por este camino, imposibilitando a los contrarios, a poder lograr sus disinius, ya que siéndoles en fuerzas superiores, hacen que se retiren de las asechanzas y esperas, que ejercitan en el curso. Para esto es necesario mucho, el incesante cuidado del que nació señor y dueño de todo. Porque aunque de sus mayores ministros pueda fiar las más arduas cosas; el entenderlas y obrarlas (demás de ser obligación precisa) es gozo de la potencias: pues hasta las dádivas de Dios, sin ser estimadas y servidas, no son provechosas; séame lícito decir esto; que en fin sale por la boca lo que abunda en el corazón. Acude Dios con singular auxilio a quien puso en lugar tan supremo, como es regir y predominar a muchos: debiendo hacer de su parte lo que pudiese: porque sólo a él no es lícito el común brocardico: No más hijos que leche, ni más negocios que fuerzas; siendo tan crecido el cúmulo de los que ocurren de continuo.

Laureano. Generosa resolución de un alma grande, es la de obrar siempre por sí, y así en cierta ocasión dije lo que se sigue a semejante propósito:

Júpiter Español, el soberano
imperio, sólo estriba en tu albedrío,
sólo en tu fuerte brazo el poderío;
castigo y galardón, sólo en tu mano:

de tanta estrella el revestido llano
reconoce del Sol la luz, el brío;

pende el caudal de tanta fuente y río
del padre de las ondas Oceano: 8

norte es del alma y su porción perfeta
la voluntad, y obrar en todo agente
tan superior, cuan natural oficio:

influye pues, benévolo Planeta,
dispón, manda, corrige; así tu gente
a ti referirá su beneficio.

Silverio. También yo ponderé lo siguiente, no en la sublime persona del que absolutamente tiene el imperio; sino en la de quien ejercitaba sus veces, que en su ausencia viene a ser lo mismo; como fue Sándano⁹ Sátrapa de la Lidia por Ciro, después de haber vencido a Cresos, a quien envió sucesor, por tenerle para poco y en todos los negocios descuidado.

Siguióse a gran quietud grande alboroto,
por quien todo viviente se lamenta,
vuelto el suelo volcán, gime y revienta,
lúgubre el cielo, trueno, ardiente y roto:

Braman desenfrenados Euro, y Noto;
confuso horror contra la nave ostenta;
y en peligro tan grave, en tal tormenta
remiso, y sin valor duerme el Piloto:

en medio pues, deste mortal desmayo,
devoto el pasajero, si afligido,
sólo en Júpiter pone su esperanza:

Él, a piedad movido, vibra un rayo,
con que espantado se ausentó el dormido,
cediendo el mando a Sol que obró bonanza.

Florindo. Consulta sería de alguna intención piadosa. Mucho remedia el sano consejo, y más si le da sujeto a quien autoricen mucho (como en otra parte se dijo) letras, años, y bondad. Hállase en algunos destreza maravillosa para darle, conociendo la naturaleza de quien le ha de recibir; o atendiendo a la sazón y tiempo en que se halla; fácil de conocer y rastrear por el semblante; que son los ojos vidrieras por donde se traslucen mucho los afectos interiores del corazón. Encuétranse tal vez Varones tan excelentes, y de ánimos tan purgados, que no sólo, no niegan lugar para que se obre el bien sin género de pasiones y livianos complacimientos, sino que antes tienen tan vencidos todos esos estorbos, que aun acometerlos no osan; tal viene a ser la aptitud de su capacidad. Demás, que el hombre prudente no ha de estar jamás asido a los flacos ramos de sus deseos, ni mostrarse hinchado y desvanecido con los buenos sucesos. Antes en el día de los bienes no se ha de olvidar de los males; para que templando lo próspero de lo uno, con lo adverso de lo otro, se viva en una igualdad.

Rosardo. Arra y principio de valor es, ser gozosos en la esperanza, y sufridos en la tribulación los que gobiernan; sin que los alteren átomos, deseosos siempre de explorar qué se hace, o dice. Mas presto, con sosegada disimulación, de muchas cosas ligeras, no se deben dar por entendidos. Podríase llamar esta calidad, maná escondido, que se da a quien varonilmente se vence. Esto experimentó una vez en sí mismo el Rey Profeta, habiendo sido visitado de la

⁸ La rima no permite leer 'Océano'; ocurre en algún otro lugar.

⁹ Debe referirse a 'Sándanis', que aconsejó a Cresos no guerrear contra Ciro.

mano de Dios con abundancia de mucha consolación; por lo que se atrevió a decir: Yo dije en mi abundancia; no seré ya mudado deste estado para siempre; mas al revés le salió; y como entendió después, lo que primero no entendía, atinó con lo más cierto, esto es, que se debe tomar la consolación celeste con peso de humildad, acompañada del santo temor de Dios, sin cuya gracia no hay virtud verdadera. Mas partiendo mano desto; vengamos al instrumento que tan importante se conoce para el acierto y felicidad de lo que se suele pretender, como es el buen Consejero. El título desta ocupación, se halló casi en todas edades desamparado y confundido. En esta conformidad, Crates filósofo Cínico, queriendo un día (según la profesión de su secta) morder, bajo de parábola, el olvido de sus tiempos, en consultar las públicas acciones y la poca estima que los Príncipes de entonces hacían de los sabios Consejeros; fingió una de sus personas que hacía las cuentas de casa con su primer mayordomo, en la manera siguiente: Poned al cocinero cien ducados, quinientos al adulador, al tercero amoroso setecientos; dad diez escudos al médico, al filósofo un doblón y al Consejero contentalde con humo. Mostrando por este camino, se tenía en menos estimación lo de que más se había menester. Y a referir lo que pasa; encuéntranse bien a menudo no pocos, acerca de sí tan sabios, que les parece, se quitan, y disminuyen tanto de autoridad y potencia, cuanto con otros se aconsejan en los públicos negocios; desdeñando, gobernarse con el parecer ajeno. Semejante humor y bizarría es igual a la de Jerjes, Rey potente de los Persas, que habiendo resuelto consigo mismo, mover guerra a los Griegos (que después le salió tan poco dichosa) convocó antes, todos los Príncipes de su Reino. A éstos pues, reducidos en público consejo, manifestó su fantasía, que conocida por tal, dieron con los ojos muestras de que no se debía seguir empresa tan dificultosa. Atento el Rey a sus movimientos, primero de dejarles decir, añadió lo que se sigue: Porque no se dijese intentaba este negocio, sólo movido de mi parecer, os he juntado en este lugar. En lo demás tened memoria, ha de consistir vuestro cuidado, antes en obedecerme, que en aconsejarme. Mas a cuántos engañe este pensamiento desvanecido, se colige de innumerables ejemplos de varias historias, siendo propio del corazón con poco saber hincharse y hacerse vano.

Silverio. Siempre he oído decir, no se debe huir el rostro a tan saludable remedio, sino abrirle de par en par las puertas del consentimiento. Y quieren, se admita y reciba tal vez, aun de personas que no tienen aptitud para darle. De aquí se viene a inferir, no obstante fuese el Profeta Moisés tan sabio y tan versado en la ley divina; antes siendo así, que con Dios mismo, como con un amigo carísimo, tratase familiarmente, y fuese por él de tantos misterios instruido, no desdeñó por eso, dar oído, y ejecución al consejo de su suegro, bien que le tuviese por bárbaro, cuando le dijo: No haces bien, y con ignorante fatiga te consumes; sino escucha mis palabras, y consejos, y el señor será contigo. ¿Qué más?, hasta la consulta de las mujeres ha sido infinitas veces a propósito; aunque pregone Marcial, haber nacido sin madre Minerva, como si dijese, tiene poco que hacer con ellas la sabiduría. Mas no por falta de capacidad (digo yo) puede ser proceda esto, sino por sobra de natural modestia; de quien son retenidas siempre. Pues quien tan continuamente ha de atender al cuidado de las cosas familiares, y a la asistencia de casa, no puede tener la práctica y experiencia de negocios, de quien suele la prudencia ocasionarse. No quiero al presente irritarlas con los términos comunes de que por momentos otros se valen, atribuyendo a la blandura de su carne, la inconstancia de su ánimo; por lo que en la Medea Eurípides, las introduce diciendo: Inhábiles somos las mujeres para los buenos consejos, y para todos los males sapientísimos artífices. Perdonen antiguos y modernos; pues al contrario, una gran serie de ejemplos opuestos nos hacen tocar con mano, haber sido causa de indecibles utilidades el acetar sus consejos. Dejo por ahora el de Sarra, dado al marido, sobre que debiese (si no quería ver presto llena de Idolatría su casa) echar luego della la esclava, con el hijuelo Ismael: consulta, que la aprobó también Dios, cuando le dijo: Da oído a todo lo que te dijere la voz de Sarra. El de Rebeca a Jacob, para prevenir al hermano en la bendición paterna: el de Raquel al mismo Jacob, para eximirse de la ira de su suegro Labán, sin otros muchos de la sagrada Escritura; en que se nota y conoce, no haber sido sagacidad femenil solamente, sino consejo de celeste inspiración el

que supo hallar tan buenos y prontos partidos. Mas viniendo a las historias profanas; ¿quién no ha leído el dicho de Ovidio, en el tercero de los Fastos, de la mujer de Numa?

Fue de Numa mujer, fue su consejo.

Léase Diódoro en el tercero libro, y se verá de cuánto provecho fue a Nino, Rey de los Asirios, valerse del consejo de Semíramis. De cuánto útil le fueron a Otaviano (según Séneca) los pareceres de Livia. Considérese en la Euterpe de Herodoto, el ejemplo de la mujer de Sesostre, Rey de Egipto. Véase Eutropio, en su libro octavo, qué dice de Pompea Plotina, mujer de Trajano. Paulo Diácono en el decimotercio, de Placidia mujer de Ataulfo Rey de Godos. Teodorito en el nono de su historia tripartita, de la mujer de Teodosio; sin otros casi sin número, que con semejantes ejemplos hacen fe de verdad tan notoria.

Florindo. Bien de espacio nos halláramos, si nos pusiéramos, sin qué, ni para qué a revolver esos cartapacios. Crédito de buena gana os damos todos; porque, según mi parecer, ellas no tienen cosa mala, ni les falta cosa buena; como no entren en este número las abominables viejas, excrementos desechados, y peste de todos Reinos. Por mi parte, yo no consulto con la mía, sino las cosas que en beneficio de la familia no se escusan. En lo demás, ella por natural inclinación no se entremete, con que me obliga a quererla con extremos mayores; que nunca las bachilleras como Dalida, me agradaron, en querer saber de Sansón, en qué parte de su cuerpo tenía su monstruosa fortaleza.

Laureano. Yo en su favor me declaro, siguiendo opinión contraria; pues haciéndolas dueños de lo más digno del hombre; no hay para qué regatealles cosas de menos estima. Agradecimiento rindo a cualquier vista apacible, a cualquier muestra suave. Tal vez el aura breve de un suspiro, enderezado a mi favor, me dejó loco de contento, y por él, como arrobado, dispuse este pensamiento:

Espíritu de amor, viento suave,
que el corazón severo fuera envía,
¡cuán bien en ti la falta de alegría,
alivio es dulce a mi tristeza grave!

De mi esperanza a la perdida nave,
en mar de disfavor, sirves de guía
discreta presunción, si causa fría
ardiente efecto producir no sabe.

¡Oh cuánto al nuevo indicio el alma debe,
blando de interno impulso mensajero!
¡Oh cuánto al inclinar de dos estrellas!

Tal, a piedad la más cruel se mueve,
así de gran firmeza el fuerte acero
saca de pedernal vivas centellas.

Rosardo. Bien celebrado suspiro. Mas ¿quién os aseguró había sido por vos, y no por descansar, y alentarse; y más, si hacía, como ahora, calor tan riguroso?

Laureano. No hay duda sino que fue por mí; respeto de haberme mirado al formarle.

Florindo. Quizá puso acaso en vos los ojos, como los había de aplicar a otra parte. Puesto, que aun cuando fuera por vuestro respeto, se valiera de más recato, y disimulación más cuerda: que apenas ignora alguna el arte de amar honesto.

Laureano. Terrible caso es privarme del consuelo de mis imaginaciones. Esto me está bien, y creo lo que lisonjea mi gusto: no sembréis, os ruego, azares en tan favorable creencia.

Silverio. Yo siempre tengo por cierto lo que me ha de estar peor, sacando de igual estilo experimentado provecho. Porque si llega después (que jamás esto sucede) alguna nueva de feliz retumbo, con más gozo la recibo. ¡Oh cielos con qué penalidades vive siempre un pretendiente! Llámese segundo Tántalo, con agua y fruta a la boca, sin poder jamás gustarlo. Qué contrito y qué ajustado se pone delante del ministro, siempre al parecer enfadado; siempre al responder desabrido. ¡Con qué temblores se acerca, con qué tropezones habla! Es postrero en ser oído, cediendo con humildad al que lleva mejor hábito. De ordinario el Hércules, que como Catredático, asiste al poste, ceñido de negociantes, vuelve más presto los ojos a quien con lo que explicare, pueda causar a sus orejas son de más dulce armonía; transformándose todo en él con sentidos y potencias: que la presencia de un rico es imán de corazones, que los arrebatara donde quiere. El miserable afligido ni al olfato es buena pastilla; ni a la vista deleitable objeto. Forceja uno sin arrimo, ni apoyo en la mar tremenda de ambages y desconfianzas, contra las ondas de miedos; contra los golpes de incertidumbres. Y tras mostrar esfuerzo y brío un año, y aun quizá muchos, queda anegado en la orilla; careciendo de luciente farol, que le guíe; y hasta de tabla, que le escape de naufragio tan horrendo: con que viene a faltar resistencia a los corazones de hierro, cuánto más a los de carne. Lo que más suelo sentir, son los tácitos menosprecios; entonces cuando sin nota de poco cuerdo, no puede resentirse el que los padece. Mas ¿qué dije, resentirse? Hablé a fuer de militar duelo. Aun plegue a Dios, que siendo yunque, pueda salir con su intento. Admírame ver cuán falsos son los humanos semblantes. Ardiendo está en odio y cólera, y sabe Dios lo que está diciendo entre sí, el que va en forma de cordero a solicitar memoria en el de quien pende el despacho de lo que con ansias espera. Y si la respuesta es tibia, como suele ser las más veces, se embravece con mayor despecho, como león o tigre herida. En medio pues, destas confusiones, como vuelto de algún letargo, quise negar diligencia a quien así me maltrataba. Tanto más, considerando la vanidad de cuanto se pretende. En esta conformidad, internado cierto día en lo profundo desta imaginación, tan penosa al albedrío, comencé a decir a solas:

Advierte al hombre aquel volante viejo,
aquel solo constante en la mudanza,
ser del ánimo norte la templanza,
ser de la vida el desengaño espejo.

Insolente ignorancia es el despejo
con que quien menos vale, más alcanza;
y así mira sin fruto la esperanza,
quien la funda en prudencia, y en consejo.

Feliz, quien sin violar libres acciones,
del obsequio exterior huye la afrenta,
tributo vil, del albedrío apremio:

¡oh tormentos del alma, oh pretensiones!
¿Quién al segueros hay, que ver no sienta
en sobra de valor falta de premio?

Dé Dios a mis ojos día, y dé luz a mis engaños para evitar del todo tan enojosos inconvenientes, abriendo por otra parte menos difícil camino para el remedio de mis necesidades, pues sólo Él, como tan piadoso, suele encaminarle, sin que para conseguirle (salvo por su medio) aprovechen artificios cortesanos, ni sagacidades humanas, quedando frustradas unas y otros, cuando menos piensa el interesado, pues:

Yerra el más eminente
tal vez en los principios de su ciencia:
y tal, al más prudente
falta resolución, falta experiencia.
¡Oh ciego el que en luz fía
si está sujeto a noche el mejor día!

Florindo. Paréceme, llegó ya la hora, para la tarea de Rosardo, no siendo de perder rato tan bueno. Quedamos en la materia de provisiones, y sábese, no deberse buscar para los oficios sujetos inhábiles por ciencia, y por costumbres estragados; pues de ambos géneros no hay quien se pueda prometer cosa buena.

Laureano. Los flacos ingenios, o los enfermos y pervertidos, respeto de pretendidos intereses, no son para tratar grandes materias: y cuando las quieren acometer, caen a medio camino con la carga. Ciencia es, conocer los efectos por sus causas. Por tanto, quien careciere de su conocimiento, andará siempre en tinieblas. Capacísimos, según esto, deben ser los ministros del gobierno; y sobre todo, preciarse de serlo y de parecerlo: que el deleite acierta las obras. Mas siguen pocos esta regla. Casi los más se rinden a la codicia; solicitando bienes del cuerpo, con daños conocidos del alma. Con todo eso, es discreción sufrir los malos instrumentos. Es tal vez permisión del cielo, que los haya, sirviendo a los vivientes, como Atila, de azote: piedad, sin duda, disfrazada en aspereza; si bien al paso, que persevera la paciencia, desfallece la substancia. Engolfados en tan vasto piélago, dan muestras de vivir atónitos. ¡Oh malicia de los hombres! Andan cercados por una parte, de beneficios de Dios, y por otra, de tantos testimonios de su bondad, y providencia; y están entre tantas voces de sus criaturas sordos; entre tantos resplandores de su gloria ciegos; y entre tantos motivos de sus alabanzas mudos. Buenos, sabios, y prudentes deben ser los que gobiernan. Tanto más, que por su misma opinión debería cualquiera proceder loablemente; pues la pierde, o la oscurece quien sigue senda contraria; siendo tan discreto temor padre de la seguridad.

Rosardo. Puesto, que lo divino se prefiere siempre a lo humano, débense anteponer a las órdenes del Rey, los mandamientos de Dios; las amonestaciones de Profetas; los preceptos de uno y otro Testamento, los cánones de Sumos Pontífices, y disposiciones de sagrados Doctores. Esto es, en las cosas que conciernen la salud de las almas, mucho más dignas que el cuerpo, y cualquier cómodo temporal. Y pues se compone el pueblo de eclesiásticos y seglares; los Prelados, de los primeros, deben ser tenidos en suma veneración; sin que en lo justo padezca detrimento su autoridad. Quiso el Duque al paso que los honraba, confiriesen con límite en sus diócesis órdenes sacras, en conformidad de lo que ordena el Concilio Tridentino. Porque la multitud de los que se quedaban siempre en las primeras, o con título de clérigos salvajes, o conjugados (contra el tenor del Canon) no menorasen la jurisdicción Real, cuanto a pagamentos Fiscales: con que también cesaban otras casi infinitas donaciones fraudulentas, encaminadas a la exemption de pechos y tributos; por cuya malicia suele quedar más agravado el resto de los súbditos; siendo cosa averiguada, haber hecho la Corte suelta de seiscientos y tantos mil ducados en menos de siete años a los pueblos, imposibilitados y falidos a tales pagamentos por semejantes inconvenientes.

En los crímenes y excesos cometidos por los tales, ordenaba (y su mandato, sólo tenía por réplica la obediencia) se remitiesen los delincuentes, bien examinados los recados de su inmunidad, al Pontífice mismo, haciéndolos llevar las más veces hasta Roma; donde recibían castigo: causa de vivir todos alerta, cuanto a proceder justificadamente.

Comúnmente, los vasallos seglares, son de tres géneros, nobles, mercaderes, y plebeyos. Poseyendo tierras los nobles, es justo conservarles intacta su jurisdicción y privilegios, siempre en la observancia de la palabra Real. Deben ser decorados con oportunas honras en Palacio; o entretenidos en servicio del Príncipe. Los de más ilustre sangre y más facultad, se suelen

ocupar en cargos de milicia, o en gobiernos de Provincias. A los más pobres, es costumbre entretener en puestos de honor y lucro, con que cesan en la mejor gente rancores y aborrecimientos. Con todo eso, no conviene favorecer con demasía esta parte, por los respectos que cualquier mediano político alcanza, y en particular por los celos y diferencias, que suelen nacer entre ella y la del pueblo; raras veces conformes. Por manera, que para todo se ha de elegir siempre el camino de en medio como más seguro; término, de que en toda ocasión se valió el Duque.

A los mercaderes (en especial Cristianos) es lícito ejercer en toda parte públicos comercios. El favorecerlos, y ayudarlos vuelve el Principado abundante. Con los de otra secta, se ha de negociar cautamente por profesar fraudes. Corrompen la Religión, o lo pretenden: así es cordura, o no admitirlos, o no consentirles tratar en más que la mercancía.

A los plebeyos, como a débiles, es justo defender de las injurias de poderosos. No se debe alterar su modo de vivir. Cuidar de que cada uno trabaje en su ministerio. Castigar los que delinquieren. Si fueren sus ocupaciones útiles a la República, permitírselas, y si no vedárselas. Toca a los Censores (suena, sala de gobierno en Madrid; y Colateral en Nápoles) la reformatión de costumbres, la regla del bien vivir, y prohibición de lo superfluo. A los Cuestores, esto es, ministros de Hacienda; ser fieles, celosos, y vigilantes. Particularmente, en que exactores, pagadores, y otros pendolarios hagan con puntualidad sus oficios, sin que sean sobremanera codiciosos. Tomada la posesión, ordenó el Duque luego le diese la Cámara Sumaria, y Preceptores de Provincias, relación del estado que tenía la sustancia del Real Patrimonio. Qué dinero pronto y efectivo en la Tesorería, y otras cajas; para poder disponer de su cantidad según las ocasiones con certeza. Resulta de no saberse con claridad, y distinción, fraude al Reino, a los pueblos injuria (por desperdiciarse con descuidos lo que tanto vale, y para su servicio contribuyen) y en último perderse en los súbditos la benevolencia para con el Príncipe. A éste pertenece la educación general de la juventud; y el incitarla a buenas obras, con el ejemplo de vida. Todas las naciones tuvieron en veneración a los ancianos; aliviándolos a título de su vejez, de las comunes molestias. Mas especie sería de inconsideración, cansaros con alguna de las tres Políticas universales, Racional, Ideal y Natural, sabiéndolas todos tan bien; por lo que me será lícito pasar a más particulares circunstancias.

Es proposición, entre muchos sin cesar controvertida, cuál sea de más consideración, o conservar, o adquirir. Mas siendo lo primero, acto de dicha, mezclada con valor, y lo último, operación de prudencia; resuelven ser el conservar más digno.

Non minor est virtus quam quarere, parta tueri,

dice Ovidio. Este Reino, según su disposición, como a todos es notorio, no puede sin causa bastante dilatar más sus confines. Hállase abierto por todas partes, y por su respecto flaco, y difícil de ser defendido, si no le ampara potencia grande. Carlos de Angió, saliendo de Francia, y atravesando la Italia toda, se entró en él, y le poseyó sin desnudar una espada, ni batir sola una almena. Lo más que se puede hacer, es tenerle bien prevenido, y pertrechado contra cualesquier invasiones. Siempre las materias de Estado producen celos; por eso no se sufre en ellas ni menor descuido. Por confinantes, tiene por tierra al Pontífice; vecino de la importancia, que es justo se considere. Suprema dignidad en la tierra; y de tanto poder y autoridad para abrir las puertas del cielo. Las inteligencias pues, en aquella parte, conviene sean exquisitas, para poseer las inclinaciones, disinius y (siendo posible) las más íntimas imaginaciones de quien gobierna. Suélese en lo demás tener con aquellos límites toda buena correspondencia: particularmente, en la comunicación de bastimentos. Hácese buen pasaje a sus galeras, las veces que ocupan el muelle; no obstante, soliciten ellas a la ciudad no poca inquietud con pependencias. Por mar, tiene al Veneciano; dueño, según la voz pública, del mar Adriático, cuya seguridad le toca. Para este fin, trae de ordinario en el mismo armada de galeras, y naves, menesterosas cuando navegan del Reino, por las vituallas de que necesitan.

Es insigne esta República y sus hombres sagaces y pláticos en igualar, y detener las potencias, aunque a costa de su tesoro; puesta la mira siempre en conservar la absoluta libertad, ha más de mil años durable en ellos. La correspondencia y término con Reyes y Potentados, miden con su utilidad, persuadiéndose, ser ésta la fina razón de Estado. Conservan reputación entre Católicos, ayudada con incesables inteligencias, y prevenciones: arte no tan feliz en ellos para con infieles. El Turco, tiempos atrás, los dejó algo diminuidos, usurpándoles a Chipre, y otras islas de la Grecia. Confinan con él por mar y tierra, espacio de muchas millas; y para mantenerse sin su vejación, fortifican sus lugares con singular vigilancia; proveyéndose en buena ocasión de todo lo oportuno a defensa. Son diestros, ni menos sutiles en sus negocios, en que jamás peligran; respecto de rastrear los fines por los principios, y los medios por la misma disposición de la cosa. Es cordura, no alterarlos a lo menos por la parte donde se pueden valer cumplidamente de sus fuerzas, como son las marítimas. Muestran, no ser afectos a nuestra Corona, que recelan opresiones de tan gran potencia; mas conviene aplicar a sus odios prudentes disimulaciones. Concédeseles sacas de aceite, almendra y otras legumbres, de que abundan las playas, y puertos que cursan, en aquella parte del Reino, que ciñe el Adriático. Ni acerca desto se debe inovar cosa (salvo en tiempo de guerra) por ser acción de peligro, irritar tumultuosamente a los que han de obligar a gruesos dispendios. Tras esto, no es justo hacer suelta de indecoros; antes es conveniente el resentimiento, mas mostrado en ocasión, que siempre se quede con superioridad.

Las fronteras piden señalada prevención para su seguro. Que en los castillos no falte cuanto menester para ofensa, y defensa: armas efectivas; artillería en uso, municiones, bastimentos; limpios, y bien abiertos fosos; murallas fuertes y pertrechadas; sobre todo, cometidos a hombres sin faltas notorias de corporal disposición, y costumbres; pues implica en el ciego ser guía, que capitán tanto suena. Cuando los años pasados tocó el enemigo en Manfredonia, hizo los destrozos, que se saben, por no poder ser ofendido. No fue posible cabalgar las piezas, por estar las ruedas hechas pedazos, y el resto inútil. El valor del que gobernaba era también efeminado, y sepultado en confusiones, no supo dónde tenía la cabeza; para que se note de quién se deben fiar tales plazas. Suele el Virrey despachar quien visite castillos y torres; mas por la mayor parte, no ocasiona la ida remedio, que lo estorba la codicia. Sólo saca el que va provecho, quedándose los inconvenientes en pie, y con el mismo riesgo.

Importantísima es la potencia en la mar, como arriba apuntastes. Conociéndolo así los Romanos, arrojaron al agua armada poderosa, con que se libraron de Aníbal, y destruyeron a Cartago. Conviene pues, corran en su estación los mares las galeras que mantiene el Reino; para atemorizar; cuando no para otro efecto. Las interpresas han de ser sin evidente peligro; ejecutadas con gran presteza; si posible de noche, por evitar tragedias. Sirve el dejarse ver en la Grecia, de interrumpir opuestos disinios, y de embarazar las armas contrarias en sus distritos; sin molestar los ajenos. Esto entendió bien Zigala, Bajá de no oscuro nombre, que casi todos los años por otoño, o primavera, daba vista a las dos Sicilias. Conducía el Renegado pocas más de sesenta galeras, no todas en buen orden, sino las más, débiles para la pelea, como fantasmas; sólo para espantar con bultos. Retirábase a menudo a la fosa de San Juan; puerto espacioso, junto a Rijoles; y desde allí manifestándose, tal vez en el mar de Poniente, y tal en el de Levante alborotaba ambos Reinos. Eran increíbles los daños, que causaba con iguales estratagemas, porque como las galeras caminan más que los hombres, apenas era visto asomar por esta punta, cuando acudía a ella gran gente del Batallón y Caballería, de quien se burlaba luego, pasándose a otra, distante algunas leguas. Así los traía, como dicen, al retortero, inciertos, confusos, atropellados; y sin haber permitido tal vez desembarcarse un soldado, dejaba exhaustos los Pueblos. Después, muerto aquel caudillo, el que en la mar sucedió en su cargo, no heredó su acostumbrada industria. Fuese, o porque no tenía como el otro, madre y hermanos en Mesina, y así algún cariño al viaje, o porque no se contentaba sólo con damnificar, sino con la adquisición de más crecidos despojos. Hace en suma, cesar este ardid, el curso de nuestras galeras, que se deben prevenir, y despachar a tiempo competente;

no vuelva la tardanza su ministerio infructuoso. Su número si se le agrega el de otras escuadras del Rey, es bastantísimo para dar cuidado, y detener las enemigas en sus confines, demás de otras varias presas, ejecutadas en bajeles descuidados, o menos poderosos. Debe andar muy lista la Maestranza. El Arsenal copioso de maderaje perfecto, y de todas suertes; clavazón, estopa, y pez en abundancia; porque incesantemente se hagan unas, al paso que se fueren envejeciendo otras.

Desde este Reino se envían espías a Constantinopla, y a todo Levante, de quién se ha de tener satisfacción no sean dobles. No se ha de reparar en el premio, como sean fieles, ladinas, pláticas; pues, depende el mayor, del arbitrio del Virrey, entrando éste en el número de gastos secretos. Por estos medios, se alcanzan las novedades, que intervienen en aquellas partes; las elecciones de Bajáes de la Porta (suena consejeros de Estado), qué humores; o qué crédito, y autoridad es la de que están acompañados. Avisan, si se arma, y a qué provincia se dirigen las prevenciones. Si por mar, con qué cantidad de bajeles y de qué suficiencia. Si por tierra, con qué aparato, y ejército. Qué disensiones reinan. Si hay en algún distrito sedición, y se levanta alguno. Qué partes las de aquel Rey, naturales, y adquisitas; y qué inclinación la suya; si a la guerra, si a la paz. Todo se remite (cuando el inteligente no viene de persona) al Zante, y a Corfú, uno y otro dominio Veneciano, donde asisten Cónsules de España, que despachando bergantines, puntual y velozmente traen las nuevas, haciendo según su tenor, prevenciones convenientes.

Laureano. Con qué facilidad lo vais disponiendo todo, sin que tengan que ver con igual razonamiento trozos, o cláusulas enteras del siempre batido Tácito. Cansan sumamente sus estudiantes, profesando cada momento dar en las barbas del que oye con sus comunes lugares. Muerto me tiene cierto untado, letrado quise decir, que con cara de pimienta, y presencia de gañán, va engañando inadvertidos con remiendos deste Autor. Pone singular estudio en obrar astutamente todo lo malo, que nota y recoge de aquel libro, sembrando discordias, y rencillas entre los con quien comunica, y más si los halla unidos. Que en fin, la plática de perversos hace nacer ocasiones de mortales enemistades. Ásese al común adagio de su virtuoso Cornelio, Divide, et impera, esto es, que para reinar, se ha de dividir lo junto. Con esto, embelesa oyentes, y no de la menor clase; sino grandes Candeleros, colocados sobre montes. De sus costumbres no se trata, pues se fundan en las heces de su amantísimo Maestro, tales cuales las tuvieron los más depravados Césares. Así pasa comúnmente con opinión de entendido: ignoro si de virtuoso también, siendo escándalo del suelo, señalado con el dedo de Dios en ocasión de gravísima ofensa suya, cayéndosele a plomo encima la mitad de la casa en que habitaba.

Éste pues, arroja de sí por instantes decoradas Corneliadas entre la turba de secuaces, como si esparciera flores en la mesa de lascencias. Ábrales el cielo los ojos, para que evitándole, dellos, intus, et in cute, sea conocida la raposa de la viña del Evangelio.

Silverio. ¡Oh cuánto nos recreara oír tratar esta materia, según pide nuestra Religión, con el dictamen de segura conciencia: de modo, que a la razón de Estado supliésemos la dicción Cristiana! Entonces sí que sería más lícita su afición, y su estudio más necesario.

Florindo. Rosardo podría sólo darnos tal contentamiento, pues ninguno como él, la posee tan virtuosamente; según hacen dello fee tantos loables documentos como en las Juntas publica; brotando por momentos de su boca ríos tan caudalosos de elocuencia.

Rosardo. Promételo para mañana, que ahora nos va faltando tiempo; y conviene proseguir lo que tenemos comenzado.

En cosa campean tanto las costumbres, como en lo que apunté ha poco. El Príncipe las refina, cuando trata del gobierno, puesto que mal rige la nave timón que está carcomido. Pero en toda

calificación política, más grande, más bueno, más digno, más heroico, más prudente Príncipe, que el Duque Don Perafán de Ribera no ha visto el mundo. Mostraba, cuando convenía, grave alteración, y enojo; mas era en él prerrogativa de perdonar el estar enojado, deseándose en él (según dice un moderno) el ímpetu, que en otros se temía. Tenía por baja calidad en un Señor el ser vengativo; y más con quien por su flaqueza y humildad, no se puede medir la espada. Acaba la potestad tranquila, lo que no puede la violenta, y una quietud imperiosa (cual era la suya) insta más en las obediencias. Mostraba semblante severo al advertir cosa importante, por descuido pretermitida. Era rígido en los excesos notables, sin oponerse jamás a los castigos; juzgándolos convenientes demostraciones, pero con todo, deseó ver ejercer más la misericordia. Apréndenlo (escribe él mismo) los buenos Príncipes de Dios; ejemplar es bastante. Lo mismo nos dicen dél experiencias y Escrituras. Esta fue siempre doctrina y ciencia de Reyes. Tardó mucho en ejecutar castigos. Mucho dicen, se tarda en forjarse un rayo; y amenaza Dios a los hombres, que ha de dar un filo de rayo a su espada, primero que la juegue: y al fin no la desnuda él, los pecadores son quien la desenvaina. Y ¿qué juez hay tan recto, a quien no esté dando espera Dios, por sus culpas, cuando él fulmina más las ajenas?, que es tan natural el errar en los hombres, ya después de su ser estragado, que no tendrá vasallos, si no perdona ofensas. Real virtud es la clemencia: poco dije, divina es. De tanta familiaridad y confidencias con Dios, ganó Moisés no las luces, sino las suavidades.

Silverio. Mas en fin, al que de suyo es cruel, poco le aprovechan documentos. De la educación y experiencia nace el consejo interior del Príncipe. También de la Naturaleza, que abre las primeras ventanas de la inteligencia, más o menos luminosas, según la calidad del temperamento, que da las formas y primeros delineamientos a las costumbres, y a las acciones del ánimo. Y teniendo en ellas la necesidad del cuerpo, según la variedad de su complisión, varían; juntamente con los afectos. También se considera en tal particular, no lo que derechamente es bueno; mas lo que se requiere en el principio de la juventud. Si bien salga en muchas cosas de los términos de la virtud, no desconfía della el juicio sabio, cuando el fundamento es excelente. Y así, como no siempre la prudencia espera los años, pues se suele anticipar: así conviene suspender el juicio de la ruina de los mozos; aun cuando más traviosos y desenfrenados se miran; porque pueden en un punto mudarse del mal al bien; volviéndose mejores, y de más utilidad al público: y de tales metamorfosis se veen muchos cada día en el mundo. Entre antiguos fue (como refiere Plutarco) Temístocles gran bebedor en su mocedad; dado demasíadamente a mujeres, y tan sin rienda en todo, que el padre le desheredó, y la madre desesperada se ahorcó de pena. Y esto no obstante, vino con el tiempo ser caudillo tan excelente y famoso. Alcibíades, de lascivo y perfumado, por la doctrina de Sócrates, se volvió Filósofo, y aptísimo al gobierno de la República. Palemón, aquel indigno joven, tan infame que por modo de burla, entró beodo, con rizos, y guirnalda de flores, en la escuela de Senócrates, y vuelto en sí, por las persuasiones elocuentes del mismo Filósofo, compungido, se mudó de tal forma, que arrojados de sí aquellos femeniles ornatos, salió modesto, templado, y con extremo inteligente. Aristóteles en su primera edad, desperdiciando todo su patrimonio, fue a la guerra, y habiendo tenido por allí corta ventura, se aplicó a no sé qué arte, o tienda: mas después comenzando a frecuentar las escuelas, adquirió la excelente sabiduría, que os es a todos notoria.

Silverio. Todo eso camina bien. Mas cuando en todo, lejos de tal regla, se halla la naturaleza depravada; mayormente desde la tierna edad, o por lo menos confirmada con la costumbre de muchos días, no se puede vencer, sino con dificultad. Corrígese mal este ruinoso desenfrenamiento, como lo ha sentido el mundo muchas veces con entrañable gemido.

Laureano. Cuando enferma el estado público, se ha de reconocer, y atajar la causa, y más si en todo el individuo es predominante; siendo la tardanza acción de miserable consejo. Ejemplo de lo que digo han sido muchos Príncipes, que perdieron por esto vilmente sus estados, sin culpa de la Fortuna.

Florindo. Mas si se vuelve la hoja, hallaremos a cada paso otros sujetos que sin poseer virtud, con crueldad adquirieron Reinos, y largo tiempo los conservaron. Conozco ser éstas, condiciones del Tirano; mas puede ser que en los principios, como ahora tan doctamente enseñastes; mudándolas después con la edad más cuerda y madura. Ofréceseme Agatocles Siciliano, hijo de cierto Curcino deRijoles, ollerero, o alfaharero. Éste siendo muchacho, hermoso y pobre, se entregó a todo género de infame lujuria, por huir las incomodidades, y molestias de la necesidad. A mayor edad llegado, se internó con meretrices, sin dividirse un punto dellas, haciéndose famosísimo, respeto de tan viles calidades, acerca de Sicilianos y otras naciones. Después, con más perfectos, y crecidos años, se dio a ejercitar las armas en Siracusa, de suerte, que siendo de gallarda presencia, robusto y pronto, adquirió grado de Centurión, y de allí, de Tribuno de la milicia. En breve, habiendo muerto Damascón, su Capitán general, sucedió en su lugar también, casándose con la mujer del mismo, con quien era público, había tenido antes deshonesto comercio. Tras esto, como ingrato, ejercitó el corso contra su patria; intentando dos veces enseñorearse de Siracusa, siendo otras tantas por eso desterrado della. Mientras cumplía este desierto en Margunta, fue de sus habitantes, que guerreaban con Siracusanos, electo su Pretor, y General del ejército; con quien tomó la ciudad de Leontinos y sitió a Siracusa. Finalmente, por inteligencia y obra de Amilcar Príncipe de los Cartagineses, vino en ayuda de los Siracusanos. Fue allí absuelto del destierro, y hecho Gobernador de Siracusa: en cuyo oficio con el favor del mismo Amilcar, que era su amigo grandísimo, habiendo puesto cerco al Senado, en el Palacio mayor, hizo matar todas las cabezas del pueblo; y despojando primero, de todos sus bienes y riquezas la ciudad, la ocupó tiránicamente, haciéndose llamar Rey. Tras esto, fue contra Cartagineses, y en semejante expedición mató infinitos, conquistando muchas de sus ciudades. Forzole después Amilcar a retirarse de África, volviéndose a Siracusa, donde fue desamparado de los amigos, y de los Cartagineses cercado. No por eso perdido mucho de ánimo, quietas las cosas de Siracusa, llevando consigo a Agatarco, y Heráclida sus hijos, pasó de secreto con ejército en África. Venció a Anón Cartaginés. Sitió a Cartago haciendo debelar muchas ciudades. Entretanto, Antandro hermano suyo, rompió en Sicilia el ejército Africano. Agatocles pasadas muchas expediciones, se retiró de nuevo a Sicilia, y después dio vuelta a la guerra de África, donde obligándole a huir, perdió a su hijo Agatarco, que quedó en poder de los enemigos. En suma, vuelto a Sicilia; conseguida la paz con los de Cartago, se dispuso a probar fuerzas y ventura con Italianos, pasando ejército contra los Brucios. Dejo de referir otros sus progresos, muestras siempre de ánimo indómito, hasta la muerte, que fue de noventa y cinco años. Sólo quiero valerme de lo apuntado hasta aquí, para manifestaros su valor y capacidad. No hay duda, sino que fueron los principios oscuros; antes indignos de ser nombrados, mas superiores los medios, que eligió para conservarse en el Reino, poseído con estruendos de tiranía. Éste, tratando del gobierno, solía decir, había nacido el consejo con el Reino, y que habían de ser los Consejeros ilustres en sangre; excelentes en sabiduría, y en la opinión de bondad admirables. Que en la sala de los gigantes ayudan, como Hércules, a sustentar el mundo: mas su capacidad de la del Príncipe sobrepujada, debe ser para ello accesoria, no principal; medio, no causa. Sus errores, afirmaba, eran como del que tira al blanco desde lejos, que si no le descubre bien por muy poco que aparte la mira, o puntería, por descuido, débil pulso, o falta de vista, hace con el punto de tocamento y línea visual, avieso de palmas, y de varas. Era de opinión, habían de poder más las leyes, que los hombres; y que habían de ser para ellos, no contra ellos, siendo vínculo del Estado, fundamento de la libertad, fuente de la justicia, fianza y seguridad general que hace el Príncipe. Que éste no debía traer escuchas por la ciudad; ni castigar siempre lo que se le murmuraba: que su moderación retiene las lenguas, y desobliga al superior para no intentar resentimiento. Que conviene no se entienda se le atrevieron, por más que sea inevitable. Estas y otras casi infinitas olorosas flores brotó planta en sus principios de raíces tan desapacibles. Mas compúsose después con mejor y más prudente conocimiento. Así, que cuando en el sujeto (séase de cualquier grado que sea) reside disposición para distinguir bueno, y malo, no se debe perder la esperanza de que queriendo, se

hará mejor: lo que es imposible en sujeto a quien no ayudan los órganos corporales; que éste si nació tonto, o cruel, cruel y tonto será toda su vida, Ni basta remedio humano si viene el castigo del cielo.

Silverio. Aquí entra bien la fábula del León con los demás animales. Llamolos como su Rey, a su corte, con determinación de que cualquiera refiriese la generosa virtud de que se hallaba dotado, y que en sí mismo reconocía. Acudieron todos luego, y fue cada uno explicando con verdad lo que tenía bueno y malo, hasta que le tocó vez al pollino. Fue con su natural facundia, acomodado en majestad de Orador, engrandeciendo y exagerando su estimable nacimiento. Desvaneciose, y detúvose gran rato en las excelencias de su abuelo. Que era (comenzó a decir) un animal hermosísimo, bizarro y valeroso en la guerra, de linda piel, proporcionado, fogoso, alentado, fuerte en las cernejas, veloz en la carrera, y todos los demás requisitos, que en él se podían desear más perfectos. Fuese dilatando mucho en las ajenas, callando siempre sus partes, hasta que enfadado el León, le puso silencio, y dijo: Poco deseaba saber, y poco quería que dijésedes del bestión de vuestro abuelo, que ya sé qué partes tuvo. Aquí habéis sido llamado para que digáis las vuestras, y en ellas no habláis palabra. Pero ¿qué podréis decir, si las tenéis manifiestas? ¡Asnazo, insensato, y torpe, con una vara de cara y palmo y medio de oreja, ved qué buenas calidades! ¿Heredastes vos por suerte, las nobles del que no vive, para que ostentéis con ellas? Andad en mal hora torpe a rumiar cardos, que no merecéis asistir en tan honrado ayuntamiento. Partiose al punto de allí, pienso que sería rozando de sentimiento, mas no de desengañado, estando siempre en sus trece, de que le tocaba y era suyo con todo rigor lo que tuvo bueno su abuelo.

Florindo. Jamás lo ajeno fue propio. Las riquezas del ánimo adquiérense, no se heredan, que por sudores honrosos aumentó Hércules Tebano el número de los Dioses. Mas para dar a entender cómo se tapan las bocas a los por su necesidad importunos, o quejosos, fue admirable, y como suya la traza del mismo Duque. Llegó a su noticia, se lamentaban con algún exceso dél, dos Capitanes reformados. Notó sus nombres, y a tiempo que el secretario a quien tocaba, fue a consultar los oficios, le preguntó si a los dos había dado alguna cosa, o habían sido dél ocupados. Fue la respuesta que no: Pues daldes, añadió el Duque, a cada uno su gobierno de los mejores que hubiere, que no habiéndoles hecho merced, tienen razón de quejarse. Fueron llamados al punto y declaradas las mercedes, no es creíble el agradecimiento y sumisión que en palabras y acciones mostraron entonces, y siempre de allí adelante.

Silverio. Lindo modo de obligar con dones y beneficios, no con amenazas y destierros:

Nobilissimum vindictae genus, est parcere.

Antes, cuando se da muestra, que en eso no se repara, se enfrenan con suave y secreto modo los más libres y atrevidos. Bórrase juntamente la memoria de lo en que se funda la murmuración: porque lo de que no se hace caso, presto se cae; que bien se conoce, cuándo no se castiga por impotencia, o prudencia. No hay Príncipe de quien menos se quejen los suyos, que el de quien les da más licencia para ello. Si es bueno, daña poco el decir mal dél; si malo, con el castigo aumenta la ocasión de decir peor.

Rosardo. El Duque oía a todos con igualdad, mostrando gravedad con blandura; modestia con imperio. Fue siempre en el oído y vista reverenciable, por admiración, no por temor; sacando amor y veneración del ser tenido por buen Príncipe, digno de la presente fortuna y de mayor aumento. Que regir bien, es difícil, por los muchos engaños, y pocas ayudas; y si mal, costoso. Eran todas sus reglas experimentadas, valiéndose de justos medios a justos fines. Siempre amator de la conservación del Reino; descubría gran sujeción al cuidado, al trabajo del gobierno; prudente prevención del entendimiento bien ejercitado, para tener los súbditos tratados de manera, que ni deseen, ni puedan mudar señor, ni estado, beneficiándolos y quitándoles las ocasiones de ofender. Tenía reducida la suma total de la resolución, y

ejecución de las cosas, a sí mismo; gustando pasasen por su arbitrio todas las fortunas de los súbditos, con que se hacía más reverenciable. Agradábase mucho, se sindicasen los ministros, siendo esta permisión su freno; remedio de las quejas; custodia de las leyes, universal contento de los pueblos; indicio mayor de la santa intención del que gobierna. Regíase tan dichosa y tan justamente, que ni afectos naturales desobedientes a la razón, se sospechaban dél; ni en la edad ardiente, ni en la templada, ni en la salud gallarda, ni en la enflaquecida. Tal sienten todos; así le veneran, no será la alabanza lisonja; ni la verdad dejará de ser doctrina. ¡Oh felicísimo Príncipe, eterno monumento levantara mi piedad a tu memoria, si tanto pudiere mi pluma! Demás, que tan grande y luciente espejo de armar Virreyes, como por instantes vamos poniendo a los ojos, donde se ve político y moral, soberano y religioso, humano y divino, no ha de permitir falte pieza a la imagen generosa del sucesor, que en él se mira y compone hoy tan dulcemente, pues con tal guía verá ilustrado su entendimiento, encendida su voluntad, y dirigidas sus acciones. Amaranle tiernamente los súbditos: reverenciaranle los neutrales, y los más distantes le admirarán. Alargue el omnipotente Dios su vida; asegure su salud (sean tan públicos votos eficaces) aliente sus fuerzas, logre sus intentos. Ciencia y talento le acompañan, grandes y validísimas riquezas para el presente ministerio. De todos sus nombres misteriosos, con ninguno se deleita Dios tanto, dice Nacianceno, como de oírse llamar sapientísimo, viendo tantas opiniones, como dél tiene el mundo. Síguese, ser la sabiduría el instrumento más precioso, y el don de mayor estima, que como Salomón, se debe especialmente pedir al inmensamente sabio, por no perder el camino que para el dichoso acierto necesita de tantos resplandores.

Laureano. ¡Válgame Dios con tantos hipérboles, con tantas veras de ánimo, y estilo levantado! ¿No se derribarían voarcedes de esa elevación de espíritu, a la humildad de nuestro común pasatiempo; que tengo el cerebro vacío de prestarles tanta atención?

Silverio. Harase lo que pedís: mas por eso, no os deje admirado se insista tanto en cosa, que tanto se ha menester, y de tantos se desea. Dichoso el a quien hacen cauto los peligros ajenos. Pues, según afirman grandes Padres, es mucho más seguro salvarse entre miedos, que perderse entre confianzas. En una puerta baja, dice San Bernardo, inclinar mucho la cabeza, nunca pudo ser peligro; levantarla dos dedos más, puede ser gran riesgo. Establécense bien en los principios las cosas, ni plegarias de tanto afecto pueden dejar de ser admitidas. Pasemos ahora a lo que más fuere de vuestro gusto; que todos le tendremos de dársle, tal es la conformidad y unión de voluntades con que asistimos en estas Juntas.

Florindo. Bueno es dudar de dónde ha de salir el triunfo, pues con certeza será de lo que suele.

Laureano. Gentil opinión ciertamente, tengo cobrada en la rueda. El mejor remedio juzgo, pasar con ella adelante, sin reparar en notas, que vienen a ser tan honrosas. En aquel tiempo pues, cuando alrededor de mis ojos el cielo y la tierra se reían: y en mi mente, como en vago y delicioso jardín, florecía una grata primavera de contento y alegría, entonces, cuando amaba yo tan tiernamente lo que por blanco de mi voluntad eligía; me acuerdo haber colocado mi afición en cierta parte, donde la beldad, con ser mucha, cedía en mucho a la discreción. Vila una tarde a su reja, y dejome más que su hierro insensible: que no hay flecha tan penetrante, ni que tan presto se apodere del corazón, como una pronta superior hermosura, representada a la vista.

Rosardo. De todo tienen culpa los pobres ojos. Así hubo quien se privó dellos por desembarazarse de sus estorbos; que para la interna contemplación, por su diversión, vienen a ser de notable impedimento.

Silverio. Ignorante mucho quien tal hizo, y del todo indigno de poseer joyas de tan gran precio y estima. Cuanto a lo primero, son los miembros más principales entre todos los sentidos; por quien más, que por otros, la naturaleza se llega más a la del alma y espíritu. Reyes en fin, del

teatro y edificio del hombre. Atalayas, guías, y capitanes de todo el cuerpo. Por eso, ponderando en otra ocasión su magisterio raro, y superior excelencia, me acuerdo haberles aplicado los atributos que de varios Autores había recogido. Eurípides, galanes del alma; sus medianeros, sus intercesores. Teseo, escuderos de la voluntad. Menandro, espejos de la memoria. Los Griegos, Reyes de lo criado; concluyendo, con que no hay gozo sin vista; y que con ella son todos los gustos tributarios del corazón.

Laureano. Basta, que el tenerlos entonces, fue para mí de indecible desasosiego. Seguía la continuamente, evitando la nota de quien mirarlo pudiese; que me fue siempre su honor tan caro, como mi gusto; ya que aborrece lo amado, quien olvida igual advertencia. Por este puntual aviso, perdí dos veces en un día poderla hablar en el campo, adonde por causa de recreación había salido; pareciéndome, no faltarían en su espacio algunos ojos curiosos, que sirviesen de testigos a la expresión de mis penas. A cuyo tímido impedimento, mientras me paseaba melancólico, se me ofreció lo siguiente:

Un dulce imaginar, con halagüeño
modo, alegró mi triste fantasía;
siendo el deseo precursor del día,
en noche siglo, sin quietud, ni sueño:

el aire con el sol perdió su ceño,
vistiéndose la tierra de alegría;
indicios por quien vi, que ya quería
salir al campo mi querido dueño:

apenas le seguí, cuando un recelo
palabras sólo concedió a los ojos;
la lengua remitiendo a nueva vista:

vime segunda vez junto a mi cielo,
mas de justo temor siendo despojos,
quitó el silencio al alma su conquista.

Con los modos pues, más solícitos y más modestos, que supe, le signifiqué mi rendimiento, y el estado de tristeza, y dolor, en que por su respeto me hallaba; que así tuviese por bien, permitir fuese servida.

Florindo. ¿Y qué os respondió la señora, si es que responde quien es honesta; respeto de negar siempre oídos a livianos complacimientos?

Laureano. Alterose sumamente, y tras haber maltratado mucho de palabra a la amorosa mensajera, negó de allí adelante con todo cuidado entrada, y lugar a semejantes embajadas, y diligencias.

Florindo. Hizo como muy honrada, aunque se preciara de agradecida, pues ninguna adolece de ser amada. ¡Oh a cuántos sanos ojos hace mirar torcidos el amor! Mas decid por vida vuestra, ¿en qué fundábades que tan presto había de arder por vuestros pedazos? ¿Son por suerte tan lindos, que al instante se mueran por ellos? No hay cosa para mí de tanta risa, como el errado estilo de los amantes. ¡Qué afligidos, y qué llorones son de ordinario! Luego anda por medio la ingratitud, y crueldad; notando a las pobres mozas de la fiereza de brutos, llamándolas Tigres, y Leonas, sólo porque con celeridad no condecienden a sus no menos ligeros, que ilícitos antojos. ¿Debe jamás la voluntad recibir fuerza? No por cierto, ya que a ser lo contrario, careciera del precioso don del albedrío. Pues ¿en qué razón consiste, haya de manifestar consentimiento, y correspondencia en la afición, dama, que no se inclina a las partes y aspecto (quizá por defecto de hermosura poco favorable) de quien la solícita y

pretende? Estilo sería ése de miserables doncellas, que puestas en recogimientos, se exponen, saliendo en procesiones, al gusto de quien las mira, y para casamiento las elige dándoles por señal y arra desta voluntad en público alguna prenda. Mas una señora, noble, y con dote, a su calidad proporcionada, ¿por qué no ha de proceder con estimación diferente? ¿Hase de observar con ella por dicha, la costumbre de antiguos bárbaros, que para casar sus hijas, las sacaban a las plazas, donde el que escogía la hermosa, tenía obligación de dotarla, con cuyo precio aplicado a la fea, hallaba luego matrimonio; medio por donde las dos venían a quedar remediadas? Razón será, que también ella se pague del sujeto que la desea; pues si como dicen, no le hace sangre, mal podrá tener quietud en compañía tan larga, cual es la de toda la vida. Satisfácese por lo menos, y no le queda sentimiento, de no haber hecho alguna buena elección al principio, del a quien se hallase inclinada. Puesto, que si se ve después deslucirse el edificio, llenándose como tan frágil de naturales imperfecciones, llévalo más en paciencia; pues tampoco ella entretanto monda nísperos, no habiendo en las leyes de la edad alguno privilegiado. Si en la tienda comprádes tal vez vestido no estrenado, y en todo nuevo, ¿gustárades de hallar en él algún desgarrón, o mancha? Tal, en la elección de esposo, cualquiera le apetece sin motas, cuanto más con mayores faltas, teniendo sobre todo, con él lo que llaman simpatía.

Laureano. Y los que ausentes se casan, ¿cómo pueden observar tal regla, siendo menester que a bulto, y como melón no calado se admitan unos a otros?

Silverio. Esto suplen los retratos, enviados de una parte a otra; si bien antes introducidos para ministros de engaños, que para la realidad de informaciones verdaderas. Tal novio que ha de ser por ventura de alguna linda, tendrá quizá dentones de a dedo, descarnados, y amarillos, con olor peor que de clavel en la caja de las muelas, y píntanle ajustadico de boca, y de rostro muy compuesto; ¡mirad qué hará la infeliz, que le contempla en el naípe! Hasta en lo de medio abajo hay fraudes, y extratagemas; pues en tan corta distancia no se puede representar todo. Así por fuerza se le permite la duda de que las piernas sean zambas, o en forma de cañafístolas.

Laureano. No llegué yo tan adentro, ni con ella me vi en ese punto, porque luego me excluyó, perdiendo toda esperanza. Quedé por esta causa con tan profundo sentimiento, que me negué a los amigos, siendo en mí el descanso común de los vivientes sólo continuación de males. Fomentó también mi tristeza la estación, que era de invierno, y aquél más que suele otras veces, lluvioso, y melancólico; por lo que asistiendo en casa, respeto de los turbiones, y casi continos diluvios; cierta mañana, atento a su demasía, comencé a decir así:

Emboscado entre nubes, con valientes
esfuerzos, Orión brota Oceanos;
montes de turbio humor forma en los llanos,
mezcla y confunde arroyos, ríos, fuentes:

vueltos tonantes furias; siempre ardientes,
los vientos más remotos, más cercanos,
intiman a los míseros humanos
ya de su fin atroces acidentés:

torpe se ve todo veloz intento;
el bosque destrozado, el suelo inmundo,
niega a la lánguida res tiernos despojos:

mas ¡ay que en vano el húmedo elemento
pródigo ostenta, si a inundar el mundo
es bastante el diluvio de mis ojos!

Rosardo. ¿Tánto llorábades?, y ¿en qué vino a parar tan grande exceso?

Laureano. En lo que suelen las cosas que más aprietan, cuando carecen de remedio, en olvidarlas.

Rosardo. La materia menos estable viene a ser la fantasía. Ni hay cosa tan fácil de volver como corazón del hombre.

Laureano. Supe, no era fineza de honestidad la que me mostraba, sino obligación de empeño. Hallábase prendada en otra parte, y como quería bien, preciábase de firme.

Florindo. La primera mujer, que aun para cosas lícitas, se contentó con uno; pues como dice el Fido (no sé si con alguna felicidad vuelto en nuestro romance, por no faltar quien como ignorante y mordaz sin entenderlo, y lo que es más, apenas habiéndolo visto a bulto lo condene):

¿Qué vale la belleza, si no es vista?

Y vista ¿qué, si no solicitada?

Y ¿qué solicitada de uno solo?

Laureano. En suma, ella se hallaba satisfecha con uno, sin tratar de ofender su memoria, ni aun con el menor pensamiento. Dichoso él mil veces, que prenda de tanto mérito le cupo en suerte. Estuvieron con todo, largo tiempo sin que el vínculo de Himeneo los enlazase, con el amor Platónico contentos, hasta que el mancebo deseoso ya más de frutos, que de flores, le escribió papel semejante:

Luego que el Sol con ímpetu luciente,
esparce gozo, desvanece luto,
en su especie fecundo, ostenta el bruto,
y nidifica el ave diligente:

abrazo el pez, entre humedad ardiente,
de su conservación el instituto;
produce el prado flor, el árbol fruto;
oro la tierra, hechizo de la gente:

de propagarse en todos el deseo
es natural, y corre presurosa
a semejante fin toda belleza:

admite pues, el lazo de Himeneo;
y espira amor, oh Celia, ya que cosa
superflua, no crió naturaleza.

Rosardo. En fin consentió, rindiéndose. ¡Qué dulce suena al oído esto de la conservación; y lo de la corrupción, qué mal! Que a lo del vulgo proceden los hombres en particular, que tanto va en conocerle, y aplaudirle: pues a su modo de entender importando más en todas las cosas la verdad, que la opinión; puede en esto siempre con ellos la opinión más que la verdad. ¿Hállase pesadumbre tan grande para cualquiera, ni verdad tan manifiesta como decirle: Lleve Dios a su cielo con toda presteza a vuestra merced? Tanto es esto, cuanto darle una puñalada, teniéndose por adagio: Al cielo lo más tarde que se pudiere, como si no fuese buena habitación la suya. Por opósito, vengamos a la opinión engañosa que sigue y abraza. ¿Hay cosa de tanta molestia como el vivir? Sin duda que no, pues hasta Pontífices, Emperadores, y Reyes no se escapan de sus calamidades, perturbaciones, dolores, angustias: Así dijo bien el Toscano, Che solo per languir quà giù si nasce: y con todo eso, la más grata lisonja que se

puede hacer al oído, es Guarde Dios a vuestra merced mil años: dele mucha vida, y salud. Mas yo desengañado deste falso término, las veces que puedo traigo a la memoria la velocidad con que se resbala la vida, y más a personas que tienen ya casi ambos pies metidos en la sepultura; por más que ellos se afanen en borrar de la cabeza y rostro los manifiestos indicios, y cédulas de su acabamiento. Guiado pues, desta luz, avisé de su error a cierto viejo, engreído, y en el lustre de su marchita corteza muy cuidadoso, con estas cuatro otavas:

Veloz corre la edad; y tras sí lleva
el más gallardo brío, y hermosura:
galas pierde la planta, y las renueva;
pierde, y cobra la tierra su verdura:

tan sólo el miserable parto de Eva
breve, sin nuevo ser, espacio dura;
falta de vida, en polvo se resuelve;
parte, dónde ignorando, y nunca vuelve.

Tanto César, y Rey, Griego y Romano,
a quien fue el mundo habitación estrecha,
sonido es sólo ya; título vano,
en humo y sombra majestad deshecha:

¡oh tú de tantos pues, Jove profano,
teme de Cloto la volante flecha,
que'n tus siervos y guardas hizo suertes,
sírvente de recuerdo tantas muertes.

Uno y otro suceso, infausto y triste,
ser puede de tu olvido claro espejo;
pues sin otros domésticos, perdiste
cuando mozo sirviente, y cuando viejo:

¿crédito negarás a lo que viste?
¿Es falso de los ojos el consejo?
De tu discurso opreso el lazo rompa
la que miraste ayer fúnebre pompa.

A los umbrales de tu vida llama
su fin, y pide para entrar licencia,
tan útil desengaño sigue, y ama,
contra mentida inútil apariencia:

Ceniza, ¡ay sí! con mejor luz, derrama
sobre tu barba y sien; que's digna ciencia
tener el hombre lo mortal delante;
no su color, tu proceder te espante.

Florindo. Sin duda, no os daría dineros por la advertencia, que amargan las verdades, y más diciéndose a nobles y ricos, que tanto desean volverse inmortales, para gozar con más duración sus viles excrementos; que tal nombre merecen los haberes mundanos.

Rosardo. Ignoro, si le escoció; mas por mi parte díselo de balde; que para quien la quiere admitir de buena gana, es barata mercancía.

Silverio. ¡Oh cuán fácil es encontrarse en los pensamientos! Ofrecióseme esa misma imaginación, contemplando un día cierto sujeto, mi amigo, y si no me engaño, de buenas partes, que quizá mancha su entendimiento con yerro semejante. Y no atreviéndome a persuadirle lo contrario (que en efeto es demasía peligrosa) cara a cara; di autoridad a Talía para que lo hiciese armónicamente. Ella, que siempre anda entre humildes rincones, no sé si lo habrá puesto en ejecución. Mas pues los tres con tanta cortesía franqueáis el paso a cualquier tímido, quiero decirle:

Si es transitorio el edificio humano,
contra la edad es tu lamento injusto,
que al prudente jamás causó disgusto
(cuerda y digna memoria) el verse anciano.

Semblante, oh Tirsi, pues, finges en vano,
Que´s flaco en ser, cuando en color robusto;
en vano polvos y metal adusto
al pelo aplica tu engañosa mano:

Jordán indigno; si la tez mentida
el natural aspecto tanto altera,
que apenas quien le mira le conoce:

sea recuerdo tu forma, de tu vida,
con librea mortal su fin espera,
y en virtud sola el cuerpo se remoce.

Laureano. Bueno es el consejo; y bien se pudiera dar a boca; pues sin duda le estimara; y más si era discreto quien le había de recibir, no debiéndose sacar mal galardón de buena obra.

Florindo. Pudiera ser, se enfadara el otro, y expulgándole la persona a quien hubiera hecho el escrutinio, le echara en el corro falta de mayor pesadumbre; y más oculta, que tocase en las potencias, o sentidos, adquiriendo en público borla de tonto, a costa de poco dinero.

Laureano. ¿Y de qué voto os halláis en lo del suplemento de la Crónica; quise decir de la Coronilla?

Silverio. Chitón, porque dice Ovidio:

Et sine fronde frutex, et sine crine caput.

No es hermoso el árbol, que en su cima carece de hojas. Si se viste y pule el pie con tanto cuidado, a fin de que parezca mejor; ¿por qué no le será debido mayor ornato y aseo a parte mucho más digna, no obstante haya nacido desnudo aquél, y ésta vestida; pues siempre ha sido el arte, árbitro destas diferencias? Mas luego se sigue el antiguo dicho de Sinesio, referido por Celio: Nullus comatus, qui idem non sit Cinaedus: quédese el sentido en latín por el absurdo. Mas en fin, merece igual atributo el exceso de copetazos y melenas. Vir si comam nutriat, ignominia est illi, dice el gran Vaso de elección en la primera a los Corintios al capítulo 11.

Florindo. Lo más seguro es, no meterse en bachillerías, ni tachas del conocido; porque no se pueda decir con el otro viejo: En tres cosas juzgué a mis prójimos, y en todas tres he caído. Quien en sí reconociere más sano el juicio, y sus acciones exteriores más enfrenadas, y compuestas, atribúyasele a Dios, diciéndole de cualquier peligro, o nota (aunque no poco feliz la de quien él fuere causa) que escapare, con toda resignación y humildad:

Sólo valerme pudo
suma piedad; tú fuiste
Señor, solo mi escudo;
sólo tú que pusiste
con eterna memoria,
vida en la muerte, y en la sangre gloria.

SEXTA JUNTA

LAUREANO, ROSARDO, FLORINDO, SILVERIO.

Qué trata ese cuaderno; que al venir, os vi abrirle dos veces?

Rosardo. Hallele entre otros papeles esta mañana, y holgueme mucho con él, por tener de su autor mucha noticia.

Florindo. ¿Vive?

Rosardo. No: ya es muerto: mas dije mal; que no puede morir, quien tan ilustre ha de vivir en las memorias de tantos siglos. Este es aquel monstruo de los ingenios; aquel Fénix de las agudezas don Luis de Góngora: el solo Poeta Español; el moderno Marcial, más que él agudo en las burlas, y en las veras, otro Papinio Estacio.

Silverio. Todas sus obras consisten en variedad de fragmentos; que aunque son pedazos de oro, es lástima, no se haya aplicado ingenio tan superior a una larga y proseguida; que sin duda, fuera un cielo, todo grabado de joyas.

Laureano. Cuanto tiene escrito admira, sirviendo de generoso estímulo a los de su profesión: pues desean con ligeras alas (sin ser posible) llegar a la alteza donde el mismo tan felizmente se levanta.

Florindo. A otros sirve su elevación de tristeza: por no atinar con las galas, que en él eran tan naturales.

Rosardo. Ese es género de envidia, prohibida a generosos ánimos. Sólo la emulación es lícita; términos que entre sí difieren mucho; siendo la última permitida, por fundarse en virtuosa competencia. Ésta conviene para imitarle en lo exquisito, llenándose de aquel ardor, que puede sutilizar la mente. Las frutas del jardín ajeno son buenas, y las del propio no malas. Ni desmaye alguno, por ser dueño de estilo blando y corriente; pues vuela éste antes a deleitar el oído, que el intricado, y penoso. Débese distinguir, no confundir la lengua; ilustrarla, no escurecerla. Nada desto tuvo don Luis en sus Poesías, y engáñase quien juzga lo contrario. Sino cierta novedad, que como hasta allí poco usada, se estrañó en los principios, siguiéndola, y admirándola después toda España. Escribe Tácito de los Germanos, escogían, haciéndoles donativos de vasos de tierra y plata, antes los humildes de tierra, por no tener noticia de los otros. Dos romances se hallan aquí dentro, el uno de Píramo, y Tisbe, el otro de Leandro, y Ero, que composiciones de donaires tan deleitosos, puedo decir no las he leído en mi vida. ¡Con qué primor, con que legiadria (bella parola Italiana, como Saudades Portuguesa; ambas con plenitud de sinificación y propiedad para explicarse de un golpe) procede en cuanto sus ideas forman! Lo que más debe admirar, es la novedad, y gala con que imagina las veras, como en particular, pintando hermosuras, oíd como dibuja la de Tisbe:

Terso marfil, su esplendor,
no sin modestia, interpuso
entre las ondas de un Sol,
y la luz de dos carbunclos.

Libertad dice llorando,
el corvo suave yugo
de unas cejas, cuyos arcos
no serenaron diluvios.

Luciente cristal lascivo,
la tez digo de su bulto,
vaso era de claveles,
y de jazmines confuso.

Árbitro de tantas flores,
lugar el olfato obtuvo,
en forma, no de nariz,
sino de un blanco almendruco.

Un rubí concede, o niega,
según alternar le plugo,
entre doce perlas netas,
veinte aljófares menudos.

De plata bruñida era
proporcionado cañuto,
el órgano de la voz,
las cerbatana del gusto.

Las pechugas, si hubo Fenix,
suyas son; si no la hubo,
de los jardines de Venus
pomos eran, no maduros.

Yo, en ninguno de cuantos librillos revolví deste género, que descubierto elocuencia tan dichosa; y modos de figurar tan valientes y desusados, aun en las menudencias de sales, y argucias, en que hasta ora ninguno le igualó, como ni en las veras, no obstante entren en este número, las dos supremas lumbres de las frases, Claudiano en su Robo, y Estacio en sus Silvas, y Tebaida.

Laureano. ¡Oh cuánto en este género le viene a deber nuestro idioma, a quien deja enriquecido de tan curiosas novedades, de tan extravagantes lindezas! Eternos habían de ser en cierto modo tales ingenios, pues apenas en siglos enteros nacen sus iguales. Verdad es, que así como cuando los Reyes se inclinan a la milicia, produce aquella edad ilustres Capitanes, y soldados, partícipes de su valor y fortuna; así cuando los Príncipes descubren inclinación a las letras, nacen, y se crían sujetos en ellas felicísimos, como tantos, que en Roma florecieron en la Era de Otaviano. Aliéntalos su favor, y al calor de su presencia, como en el crisol el oro, se refinan, y perficionan. Amparolas grandemente Alfonso Rey de Aragón, y conquistador deste Reino, siendo tan apacible, y benigno con sus profesores, que con ellos, como con caros, y confidentes amigos, familiarmente hablaba, y discurría, comunicándoles a cada paso dudas que en los libros hallaba.

Silverio. Ánimo y confianza señores, que los tiempos se van mudando, ni las direcciones de los Planetas son siempre las mismas, no obstante sea invariable el orden de sus cielos.

Revoluciones continuas padecen las esferas, y tras las esterilidades, suelen venir las abundancias, que no siempre duran los males. Resucitará en breve en tan dichosa región como la presente, el decoro de las ciencias, difunto ha tantos años en ella, y del idiotismo opreso, en virtud del gran Padrino, que en su favor reconocen. En tanto, oponiéndonos a todo efecto melancólico, obliguemos a la tristeza con algún sonetillo a que huya de nosotros, dejándonos libres, en esta forma:

Pródiga siempre, oh rígida tristeza,
vistes al corazón fúnebre manto,
sin ver, mientras a un débil sigues tanto,
cuán frágil es la humana fortaleza:

Del peregrino en vez, cuya pobreza
segura en yermo, entona libre canto,
sepulta en confusión, anega en llanto,
al que anhela por pompa, y por grandeza.

No es postrar los humildes de valientes:
¿quién vio jamás en míseros sujetos
ejecutar sus ímpetus los rayos?

Cesen pues, de tu horror los accidentes,
hijos son de las causas los efectos,
el alma herede esfuerzos, no desmayos.

Florindo. No sabe el hombre ya qué discurso pueda elegir, pues apenas le mete en campaña, cuando le tapan la boca, pegándole de través con el improviso cintarazo de un soneto. Tantos tenéis, y tan a mano, que de todos ha de ser métrica la conclusión, y siempre ligado en rima el finiquito.

Laureano. ¡Miren quién reconoce y nota abundancias en nosotros, quien brota, y echa de sí más poesía que agua el manantial más rompido!

Silverio. Sin duda se las quiere él solo decir todas, como algunos que en corrillos no dejan hacer baza a otros, hablándose todo ellos. Juntáronse en Madrid acaso, cuatro, o cinco de buen humor, y sobre todo, de buena andadura de lengua. Comenzó cada uno a despabilar concetos, como la hoz en brazo robusto suele despachar espigas. Ahogábanse con la priesa; vuelto el sitio una Babilonia, y su círculo una tarabilla, ensordeciendo los oídos y el aire más que el Catadupe¹⁰ del Nilo. Al fin, vista tanta confusión, y apresuramiento, y notado el poco lugar que entre ellos se concedían, dijo el uno, partiéndose con presteza: Señores, vámonos de aquí; que nos hallamos en corta distancia muchos y muy grandes habladores, y es fuerza se rompan las presas, reventando míseramente. Echó cada uno por su parte, y aun por cada partida del mundo conviniera, para que sus muchos acentos tuvieran espacio bastante. Haced deste cuento un vestido, veréis que os viene de molde. Esta conversación es instituida para todos, y especialmente para vos, que con vuestra erudición de continuo la ilustráis tanto; mas permitid, digamos, según se ofrecieren las ocasiones, lo que cada uno supiere, sin enfado del compañero.

Rosardo. Reyes, cesen los cohetes; termínense las picazones. Siempre ha de estar nuestra amistad en pie, pues la de virtuosos nunca se rompe. Ninguna cosa se ha dicho que no merezca ser oída, y con loor aprobada. Cierta negocio me obliga a partir mañana a Nápoles, ausencia de que a mí sólo seguirá conocido daño, por carecer en el ínterin de tan duplicadas recreaciones. Pondré particular cuidado en que la vuelta sea breve. Entretanto, no pongo en

¹⁰ Catarata.

olvido el empeño de mi palabra, cuanto a mejorar el título de la Razón de Estado añadiéndole Cristiana, para cuya explanación conviene atendáis un breve rato.

Tiene adquirido en el mundo tal crédito y opinión la común Razón de Estado, que a los que verdaderamente profesan la Cristiandad Católica, solamente con oír su nombre, se sienten encender de enojo, movidos de piadoso celo. Hinchada y hueca voz sin duda: triunfadora del Universo: insolentísima, y perniciosísima corrompedora de los ánimos más modestos, y para rendirlos y atormentarlos, más que el Infierno furiosa. Éntrase por los sumptuosos palacios; antes por los corazones de los Reyes y Príncipes, apoderándose sin contradicción de su voluntad y albedrío.

Ésta pues, tan célebre y famosa acerca de tantas gentes, y naciones, no viene a ser más, que cierta contravención de razón ordinaria, por causa de público beneficio; o por respecto de mayor, y más universal razón. Sea ésta Rómulo ejemplo. Queriendo fundar éste una ciudad como Roma, constituyó una comunidad de hombres pésimos, y un sagrado de ruines. Hízolo por Razón de Estado; contraveniendo a la ley civil, que castiga, y no recoge, ni favorece a los malos; razón por quien se apoya y defiende el robo de las Sabinas.

O sea también, cierto privilegio, que concede el cetro a los Príncipes; derogando tal vez (compelido de necesidad) a la ley común, por salir, fuera del término ordinario, con alguna acción, bien que al particular poco útil; utilísima empero, al bien público: misterio y razón que se encierra, y restringe en el pecho del mismo Príncipe. O sea razón de estado, noticia de medios, aptos para fundar, conservar y ampliar un dominio. Exageran todos, poder ésta tanto cerca del que obiene imperio, que le persuade tener siempre más cuenta de lo que resulta en su mayor provecho; excluyendo de sus consejos, y deliberaciones, la justicia, y la equidad.

Por evitar (dicen) la alteración y tumulto del pueblo, conviene ocuparle en continuas fatigas: y para no tenerle ocioso, es a propósito reducirle a necesidad de trabajar para vivir: y esto se hace con debilitarle, y empobrecerle. Consíguese tal intento mejor que por otro medio, por el de la imposición, pecho o cualquier otra graveza, y tributo. Que mantenga y cumpla la palabra y promesa el Príncipe, no más que cuanto dura su utilidad. Que quien ignora la simulación sabe poco del Reino, y otras semejantes proposiciones, frutos en fin, de Corte no menos sabrosos a la boca, que dañosos al cuerpo, y alma. Da a creer por el consiguiente, la Razón de Estado, a diversos hombres, no Príncipes, anegarse en pobreza y servitud, todos los que por escasa prudencia, o por demasiado deslumbramiento, no se sirvieren de la fuerza, y de la fraude. Afirman según esto, ser los hombres cándidos y buenos siempre pobres; ni jamás salir de servitud, sino los pérfidos y audaces; como ni de pobreza, sino los rapaces, y engañosos. Estos y otros tales son los Políticos amaestramientos: tal es la pésima y depravada Razón de Estado: voz no solamente poco Cristiana, sino también poco humana. Y cualquiera que della se prevale y sirve, otra cosa no hace, que oponerse a la naturaleza, y emprender guerra con Dios. Porque, si ésta atiende sólo al cómodo y útil propio, ¿cuál diferencia pondremos entre el Tirano y el Rey, entre las Repúblicas y los cosarios, entre los hombres y las fieras?, que de fieras y bestias verdaderamente, es la ley del cómodo y apetito con daño ajeno: antes una oculta herejía entre Católicos: enfermedad, peste y veneno de todas las Cortes indigna por mil respetos de ser tomada en la boca. Por ella pues, se antepone lo útil a lo honesto; si bien no lo es verdadero el uno, sin la cortapisa del otro (según que largamente discurre Cicerón en sus Oficios) sino sólo útil en lo aparente, y sólo en la corteza deleitable. Este dar lugar primero al interés, a la comodidad, y a la adquisición de cualquier bien; excluidas del ánimo, y del mundo la equidad, la fee, la Religión, la conciencia, y sobre todo el mismo Dios; es la Razón de Estado que ciega los hombres, y los transforma en Ateistas, y en peores que demonios. Puesto que, ¿cuál mayor afrenta y vituperio, se puede hacer a los políticos, y estadistas deste tiempo, que traerles a la memoria lo que de los Romanos dejó escrito Valerio Máximo? Juzgó nuestra ciudad (dice) posponer todas las cosas a la Religión: aun en las que traían consigo el

decoro de la suprema potestad. No dudaron por eso, obsequiase, y obedeciese el Imperio a las cosas sagradas; seguros de que las humanas conseguirían prósperos sucesos si tuviesen propicia, y favorable la potencia divina. Adhirieron asimismo, a esta fineza de Religiosos, los Atenienses, cuando Temístocles dijo en el Senado, quería dar un buen consejo a la República; mas no ser a propósito publicarlo entonces, y entre tantos. Que así, hiciesen elección de persona prudente, con quien primero lo pudiese comunicar; y habiendo sido señalado Arístides, confirió con él, era fácil quemar secretamente la armada de los Espartanos, retirada en su puerto Giteo, con que los dejarían asolados, y destruidos de forma, que jamás Esparta de allí adelante tendría fuerzas para guerrear con Atenas. Lo cual como oyese Arístides (dice Tulio) encomendó, y admiró grandemente lo propuesto; y confesó ser utilísimo el consejo de Temístocles, empero poco honesto; y no siéndolo, no habían los Atenienses de juzgarlo provechoso. Por eso, repudiaron el parecer que aún no habían entendido, sólo por haber sido autor de su exclusión Arístides. Esta sí, que fue buena, justa y santa Razón de Estado; para confusión de los que profesan la Católica Religión.

Ni es nueva, sino antiquísima esta diabólica inducida de impiedades, y abusos, pues siempre asistieron en los hombres apetitos, intereses, afectos, pasiones, y ceguedades, donde se pudo ir sembrando tan detestable semilla. Así que nunca fue menester la escribiese el venerable Tácito, noble maestro y arquitecto desta Razón: pues aun cuando el mismo jamás viniera al mundo, la hubieran sabido los hombres poner en práctica, y ejecución, como la pusieron sin sus libros, mucho antes que él naciera; si bien por ventura, no con tanta osadía, y fundamento. En fin, hoy sólo campea igual corruptela y errónea; ni se tiene memoria de algún siglo, en que tanto, como en éste, se haya tratado de manejos, y gobiernos de Estado; y mucho más de los que saben menos. Por manera, que hasta la Plebe se ha hecho ya juez de las acciones de los que gobiernan; y muchos que no pueden desfogar su mal talento con hacer, lo desfogan con decir; poniéndose a políticos; a dar reglas a los Estados, y a pronunciar sentencias difinitivas sobre cuanto hacen los Príncipes. Cosa cierto, no menos indecente y fea, que abundosa de temeridad, y peligro. Pégase sin duda, este contagio de los ánimos, no menos que el de los cuerpos, haciendo cruelísimo estrago en los hombres, y llenando (si es lícito decirlo así) el infierno de Príncipes. Innumerables son los libros compuestos sobre Cornelio Tácito, ved sobre qué Biblia, o Evangelista. Para que despertemos deste profundo letargo, conviene oír algún ejemplo del proceder de los pasados, y dese el primer lugar al de Católicos. Por Razón de Estado, esto es, por interés de hacerse benévola la soldadesca, y por la esperanza de llegar a mayor puesto, permitió el Marqués de Pescara romper la palabra y fee, dada solenemente, de no entrar en la ciudad de Como, situada en Lombardía, ni saquearla, según que después hicieron con todo extremo de rigor, y crueldad. Solía ser común en la boca deste gran Capitán, no haber cosa más difícil a los que seguían las armas, que con igual disciplina, adorar a un mismo tiempo a Cristo, y a Marte: porque la costumbre de la guerra (tal es la corruptela militar) parece sea en todo contraria a la Religión, y a la Justicia. Ludovico Esforza, por sobrenombre el Moro, hermano de Galeazo, Duque de Milán, habiendo primero quitado el gobierno a la mujer, viuda del mismo Galeazo, a título de mantener en fidelidad el Estado a Juan Galeazo, su hijo pequeño, tomó el gobierno dél; en que (depuestos poco a poco los demás ministros) estuvo trece años. En este ínter, mostrando en lo aparente ser curador del sobrino, le crió de tal manera, y le aplicó educación tan depravada, que parecía haber puesto todo su cuidado en que no se descubriese en él átomo de buena crianza. Permitía, no le fuese enseñada virtud alguna; no el arte militar; no los estudios de las letras, ni otra cualquier loable disciplina; agregando sin esto, a su persona, quien le corrompiese las costumbres, y estragase su pueril ingenio, con la conversación y compañía de los a quien pudiese imitar en todo vicio, y poltronería. A este muchacho había dado el Rey Alfonso de Nápoles, por mujer su hija Isabel, de quien ya tenía hijos; y con todo eso, no era admitido por el tío al gobierno de su Estado. Sentíalo gravemente Alfonso, movido de las continuas cartas, y lágrimas de la hija, y mucho más su abuelo Ferdinando. Así, comenzaron a hacerle instancias por el cumplimiento de su fee, y palabra, y de lo que era tan justo, a fin de que entregase al mozo, ya hombre, y

con dos hijos, el gobierno de su Estado. Desta diligencia (hecha apretadamente sin algún provecho muchas veces) resultaron quejas, lamentaciones, y protestas, hasta llegar a la última intimación, que era de moverle guerra. Ludovico pues, temiendo sus amenazas y potencia, porque no le forzasen a entregar tan noble Señorío, que había ya dispuesto en su ánimo dejar a sus hijos; y sabiendo, pretendía el Rey de Francia algunas razones sobre el Reino de Nápoles, le rogó emprendiese aquella expedición, para quien le ofrecía todas sus fuerzas; afirmando, le habría sido facilísima tal conquista, como pasase los Alpes, y se dejase ver en Italia; según que sucedió en breve. Hizo éste, poco después, morir en Pavía de veneno al infeliz Duque Juan Galeazo, y en qué viniese a parar esta su Razón de Estado se lee con otras cosas en Historias diferentes. Basta decir; tuvo el fin que suele la misma. Fue conducido en Francia Ludovico, y destinado a la torre de Locces, en que estuvo diez años, y en prisión el resto de su vida; reduciéndose, y estrechándose en una angosta cárcel los ambiciosos pensamientos, que antes apenas cabían en los términos de toda Italia. Siguióle, no mucho después, el Cardenal Ascanio, hermano suyo; que fue enviado asimismo, en prisión, pero a parte más honrosa, esto es, a la torre de Borges, que lo había sido dos años antes del mismo Rey, que le mandó poner dentro: tan varia y miserable es la suerte humana, y tan incierto a cada uno cuáles hayan de ser en los tiempos futuros las propias condiciones.

Por Razón de Estado pienso, se movieron también los Príncipes, que insistieron y solicitaron los Franceses a venir a ocupar este Reino; anteponiendo sus propios intereses a tan gran ruina, calamidad, y perdición como venía sobre la miserable Italia. Entre otros, Antonio, Príncipe de Salerno, por la mala voluntad que a Ferdinando tenía, retirándose el Rey Carlo en Francia, todos los días en sus razonamientos, no hacía más que exhortarle, y persuadirle, no perdiese la presente ocasión de ocupar aquel Reino. Certificaba, era Ferdinando avarísimo, cruel, sin fee, ni justicia; aborrecido de los pueblos y Príncipes; y así ser facilísimo el despojarle dél, especialmente a los Reyes de Francia, cuyo nombre y autoridad había sido y era grande en aquellas partes. Considérese ahora la caridad y amor de todos éstos para con su patria.

Pasemos a los Gentiles. Palabras fueron de un sumo Estadista las que dice Cicerón, tenía de continuo César en la boca: Si se ha de violar el derecho, ha de ser por reinar: en lo demás no se pierda a la piedad el culto. Pensamiento no suyo, sino tomado de Eurípides, para que se vea cuán antigua viene a ser la Razón de Estado. Gran Republico, Político, y Estadista, mas sin conciencia alguna, debía ser el otro Demas Ateniese, cuando resistiendo, y rehusando el Senado de Atenas atribuir honores divinos al grande Alejandro, que había enviado a mandar por diversas regiones y provincias, le tuviesen y respectasen por su Dios, dijo: Mirad no perdáis la tierra mientras guardáis el cielo. Herejía depravadísima aun en aquella falsa Religión. Denotaba, se guardasen bien de andar (como si dijésemos) en puntillos de conciencia, por no cometer aquel sacrilegio de hacer reverenciar como a Dios, a Alejandro, que era hombre puro, y aún vivía; no le viniesen a irritar, y a perder juntamente la libertad, y el estado. Lo que a los Políticos de hoy se puede decir a la trocada; a saber, Mirad no perdáis el cielo, mientras guardáis la tierra. De Lisandro famoso Griego, y como tal, Estadista infido, escribe lindas cosas Plutarco; entre otras: Este hombre maliciosísimo, mezclando en toda cosa engaños, y solamente intitulado ley a la de su utilidad, afirmaba, deberse dar igual honor a la mentira, que a la verdad, y que era justo difinirlas ambas con una misma dignidad y estimación. Reprehendiéndole en cierta ocasión algunos, ser inconveniente grande, y de quien él era indigno, proceder siempre con imposturas, malicias, y fingimientos, sin género de sinceridad; respondió: Conviene vestirse la piel de la zorra, cuando la del león no aprovecha. A otros que le vituperaban, por no haber observado un juramento: Ese vínculo (dijo) sólo liga a los muchachos. ¿No veis cómo aun entonces no faltaban semejantes sujetos, sin vergüenza, ni honra? Parece por otra parte, fuesen merecedores de alguna excusa; respeto de los nuestros, sí, pero no en todo. Puesto, que enteramente no se podían excusar sin nota de infamia y vileza, obedeciendo a la Razón de Estado; ya que con el sindéresis, y luz natural conocían perfectamente, no deberse anteponer lo útil a lo honesto, como de los Atenieses y Romanos

se apuntó arriba: y corrobórese esto con dos versos de Claudiano a Honorio Emperador; dejados en su mismo latín, porque no pierdan su énfasi y fuerza:

*Nec tibi quid liceat, sed quid fecisse decebit
occurrat, mentemque domet respectus honesti.*

Sobran por el consiguiente, en las sagradas Letras, ejemplos, de que también entonces no faltase la Razón de Estado; pues dejado aparte el de los Judíos y Pilatos, que es más reciente; Geroboán mostró ser Príncipe Político con todo rigor de fineza. Prohibía la divina ley, pudiesen sacrificar los Israelitas en otra parte, que en la casa de Dios, en Jerusalén. A esto pensó Geroboán, que si sus diez Tribus iban allá a frecuentar los sacrificios, se ponía a grandísimo peligro; puesto que poco a poco se dejarían seducir de los de Judá, y volviéndose al que por verdadera sucesión tocaba ser su Rey, no sólo le desampararían a él, pero aun tras esto, le darían muerte. Resolvió pues, era mejor fundarles en aquel distrito una casa de adoración: y habiendo en esta conformidad, ordenado se hiciesen dos becerros de oro, dijo al pueblo, eran aquéllos sus verdaderos Dioses, y los que le habían librado de la captividad de Egipto, mandando, no fuese de allí adelante alguno a sacrificar a Jerusalén.

Excelente discurso para los hombres, que se gobiernan por Razón de Estado fue asimismo el del maligno y pésimo Aquitofel. Hallábanse por extremo confusos los Israelitas, que seguían a Absalón, temiendo, como era verisímil, se concertase con su padre, quedando los secuaces en medio, y de malísima condición, por haberse puesto entre hijo y padre. Por lo que dijo Aquitofel a Absalón: Señor, aquí conviene proveer y asegurar este pueblo. Ni se puede ofrecer mejor modo para conseguir este fin, como el de que hagas alguna notable injuria a tu padre, en virtud de que no pueda con razón persuadirse y creer hayas de apaciguarte con él en algún tiempo. Ordena pues, se abrasen todas sus mujeres y concubinas, que ha dejado aquí, y haz lo sepa el pueblo todo; que cuando en esta forma habrás quitado el honor a tu mismo padre, verás con cuánta mayor ardencia¹¹ te seguirá cada uno. Tipo y verdadero retrato de un Consejero Estadista, fue este impío Aquitofel: mas al fin, en qué parasen Consejero y aconsejado, lo sabéis ya todos, como vistos en la sagrada Historia.

Fue tan poderoso el temor (o sea interés mundano, por no perder la dignidad, o la vida) en Arón, Sumo Sacerdote de la gente Hebrea, que por sosegar el pueblo amotinado, dejó inducirse a cometer una maldad de las mayores que hasta hoy se leen: esto es, a fabricar el becerro de oro, y ser el primero a adorarle: Lo cual como viese Arón (se lee) edificó un altar delante dél, y a voz de pregonero, clamó, diciendo: Mañana es la solenidad del Señor. Donde advierte el Gaetano, haber sido mucho más execrable su blasfemia, que la del mismo pueblo: respetode que éste, no atribuyó al Ídolo, más que el nombre común Elohim Elohe, que indiferentemente se dice del verdadero y falso Dios. Empero Arón pregonolo con el nombre incommunicable e inefable Tetragrammaton, diciendo, Festum Iehovah cras. ¿Hay tan horrenda razón de Estado? ¡Oh cuántos prefieren la causa de César a la de Cristo! Desta fuente, deste afecto tan terrible y vehemente; desta digo, tiránica Razón de Estado (de cuyo veneno apenas se halla herido el ánimo de algún poderoso, cuando se hace incurable) se derivan muchos siniestros accidentes de quien inocentes sin número son molestados y oprimidos. Desta mala, o buena Razón de Estado, pienso entienda más de una vez el Fénix Agustino, con aquella su repetida distinción Iure fori, non iure caeli. Puédense hacer muchas cosas Iure fori, que por ningún caso Iure caeli; y esto según las leyes del vulgo y mundo; no según la razón, Religión, y voluntad de Dios. Mas así como el Foro (suena plaza) se halla lleno y frecuentado de gente; y pocas las personas retiradas, que piensan a las cosas del cielo; así muchos proceden y procedieron siempre en sus acciones Iure fori, non iure caeli; olvidándose (según Ambrosio Santo) mientras temen el suceso de sus cosas, de la Fe y de la Religión. Pudiérase llenar un gran volumen de ejemplos para detestación desta perniciosa Razón, esparcidos por las

¹¹ O 'ardentía': ardor.

Historias; mas la brevedad no lo permite. Puesto que, de crueldades, de traiciones, de guerras, de rebeliones, y cosas tales, obradas por Señores y Príncipes, ¿de quién sino de aquella impía maestra, ha sido siempre enseñanza?, olvidándose por sus intereses y disinius de la Razón de lo justo, y sobre todo del temor de la divina Majestad. Así, en cierto modo, de cualquier pecado que comete un hombre particular, se puede decir haberlo hecho por Razón de Estado; pues en él pospone al útil falso y deleitable, lo justo y honesto, que es el útil verdadero. Desvélese pues, quien quisiere en revolver, si no los Maquiavelos, y Bodinos, por lo menos los Tácitos.

Confíen , cuanto les fuere posible, en este estudio, y en la adquisición, que les parece haber hecho de la prudencia humana, que cuanto a mí, concluyo con nuestros sabios, ser aquélla la más loable y santa Razón de Estado, que siendo útil, es también honesta. Sácase y colígese la verdadera, mejor que de otros cualesquier libros, de los de la sagrada Escritura; y en particular del Ecclesiástico; de los Proverbios, sin los notables de los Reyes. Allí se aprenden reglas acomodadas para adquirir Reinos, para ampliar los adquiridos, para asegurarse de los contrarios, y vengarse de los enemigos; para hacerse amigos y benévolos los pueblos, para mostrárseles formidables en sus alteraciones, y sobre todo, para mandarlos y regirlos como se debe. Hállase el que obra así, con seguridad, poniendo en ejecución lo que dicta y enseña el Espíritu santo, libre y sin algún temor de cometer algún yerro. No ignoro, padecen los buenos apretados impulsos, y tentaciones, viendo les salen a no pocos Políticos, y Estadistas muchas cosas a medida de su deseo, por cuya causa ensoberbeciéndose a menudo, se jatan, deberse, y ser todo efecto de su prudencia, industria, y arte; mas olvídanse sin duda de aquella gran sentencia, ser los hijos del siglo más prudentes, que los hijos de luz¹², habiendo tan gran diferencia entre estas dos generaciones, esto es, la primera depravada; la última perfecta; consuelo para quien conmoviese y perturbase la felicidad de algún pérfido y simulado Tacitista.

Ahora si algo os queda que decir de vuestra ingeniosa Poesía, os pido, no lo dejéis en silencio, porque vaya con mayor gusto, que en los días de dilación, seréis fértiles de partos, a fin de que en las siguientes Juntas, no falte la continuación de tan suaves intermedios.

Silverio. Bien hayáis vos, y qué humano y favorable os descubris con las canoras nueve, y su caudillo. Allá en Castilla la vieja un rincón se me olvidaba. Este es cierto pensamiento trabado en catorce renglones al peligro en que me hallaba, cuando ocupaba gobiernos; oíde, que así comienza:

¡Oh peligrosa ocupación de Astrea,
de incesantes calumnias combatida,
árbitra de la muerte, y de la vida,
cuán inexperto es quien te desea!

Ajena culpa vigilante lea;
y aplique a su tenor pena debida
alma severa, de ambición ceñida,
y ejecutor de sus rigores sea:

que libre yo de tan feroz tormenta,
al templo ofreceré del desengaño,
cual nave en voto, el cargo naufragante:

¹² Los seguidores de Jesús.

sólo daré de mis acciones cuenta,
sin temer que a mi honor ministren daño,
un malsín, un maligno, un ignorante.

Laureano. El mío contempla lo que diría Dido a Eneas, cuando retirados a la gruta por el turbión, faltó al vínculo de la continencia, debida a la memoria de Siqueo, y dice:

¿No ves cómo se rompe, y cómo gime
tronando el orbe, amenazando el viento?
¡Ay gruta, en ti sin pulsos ya me siento!
Mi pecho, Eneas, con el tuyo imprime:

experto tanto en agua y fuego, dime,
¿cuál viene a ser más rígido elemento?,
que de agua ignoro el último tormento,
si aquí se cómo el fuego se reprime.

¿Oyes licor menudo herir las ramas?
Pues mientras con sus sonos nos recrean,
volvamos dulcemente a los desmayos:

vibre Amor por relámpagos sus llamas,
lluvia de gozo nos anegue, y sean
los besos truenos, los suspiros rayos.

Florindo. El que me toca y he de decir, vitupera la avaricia. La ocasión que tuve para escribirle merece ser referida. Saliendo cierta mañana de una Iglesia, encontré con un anciano, extraordinariamente lacio, roto, y deslucido. Moviome mucho la edad, y más verle tan maltratado, y sacando medio real, se le ofrecí con afecto. Al dársele, puso en mí atentos los ojos, y díjome con modestia: Dele a quien más le hubiere menester; que yo agradezco la voluntad. Quedé casi corrido del caso, porque entendí, ninguno más que él, se hallaba necesitado; mas al fin, sin replicarle, torné a embolsar la miseria. Jamás faltaron mirones; y así uno que no estaba lejos, acercándoseme; en voz baja, comenzó desta manera: Con setenta mil ducados duerme el necesitado a quien ofreció limosna. Vive al lado deste templo, adonde viene cada día. Cíñenle como a colmena ciertos negros Avispones, que andan muertos por su miel: poniéndole en mérito del alma la mortificación del cuerpo. Mas él de suyo es tan parco, y en miseria tan observante, que para el culto de ahorrar no ha menester documentos. El vestido es manifiesto; la comida dice el rostro, siendo un Hilarión en poblado. Acúdenle los Avispones con algún regalo fresco, o por decir mejor de tripas, esto es, con algún jarro de agua fría, que bebe devotamente por ser de tan buena casa. Ella le desea la vida que vuestra merced al Turco, por empuñar con presteza el precioso vellocino, de quien la tiene ya hecha su futura sucesora. Entretanto, honrosamente posee título de Tesorero, gozando sólo la prerrogativa, privilegio, y preeminencia de tener la llave de donde yace su gozo. En su morada no habita más que cierta hermana suya, Beata con reverencia, de hasta lustros decisiete; con una muchacha de tres, cuyo nombre es Mariquilla, a quien si se descuida en las haciendas de casa, castiga con gran devoción. Resuena a cualquier palo que estampa en los tales miembros, un porrazo en las orejas con el nombre más bendito; por evitar, según dice, enojosa pesadumbre. El Espíritu santo sea con tu ánima, y pega en forma de ciego. Nuestra Señora te ayude, y dale como en Real de enemigos. El niño Jesús te visite, y magúllale los brazos. Considérese el retorno de bendiciones que le hará la pobre Marica.

Rosardo. ¿Es posible haya tal hombre, y que no le queme el mundo? ¡Esclavo vil de su hacienda, idólatra de unas heces, que por reconocer sus resabios, oculta la tierra en sus senos! Infelicidad extrema vivir pobre para morir rico.

Silverio. Seguramente que no podría decir de sí. Hoc habui quod boravi. Gocé lo que devoré. No es más el oro, que un fruto deste más vil, y último elemento de la tierra; antes la tierra misma. Aurum in terra est, et ex terra est; et terra et pars terrae est, dice Agustino santo. Si bien en otra ocasión, no puede el mismo negar, sea parte principalísima, y dignísima de la tierra: Terra est et aurum, et argentum, sed speciosior atque fulgentior, solidior atque firmior. Después pasa aquel sutilísimo Dotor a un coloquio como suyo. Así, dice, como los siervos de Dios están con él siempre unidos, de manera que viven inseparables, vueltos una cosa misma; por lo que osadamente prorrumpen en aquellas voces: Quis nos separabit a charitate Christi? Así, al contrario los pésimos avaros, esclavos de sus ídolos, de sus dineros; ya que, Avaritia est idolorum servitus; si no con la boca, con el corazón por lo menos, gritan, y claman: Quis nos separabit a cupiditate auri?

Laureano. ¡Grande, e inaudito portento! No les bastó a los hombres el propio elemento, que es la tierra, de todo tan bastecida; sino que por este hechizo, por este pernicioso metal, rompió con exquisito sudor, y fatiga sus más secretas entrañas. No niego, importa mucho para tener moderada comodidad, el ser mediocrementemente rico.

Quien no tiene que gastar, en un rincón retirado, carece de quien le estime, mas es impío extremadamente, quien niega al dinero el uso, para que con tanto poder fue en el mundo introducido.

Florindo. Son sin número los mezquinos que hacen más obsequios a sus reales, que a sus vidas: pobrísimos entre grandes riquezas. Ladrones de su misma substancia, pues se la roban, y quitan al paso que se niegan lo honrosamente necesario. Mas dejando tales Topos ciegos y llenos de tierra; el soneto que compuse es el que refiero ahora:

Cuán presto, avaro Midas, te arrepientes
del don inextimable de Lieo¹³;
cuán presto, y bien, burlaron tu deseo
los tesoros de plantas, y de fuentes:

no impide naturales accidentes
rubio, o blanco metal; ni del Leteo
libra al indigno el más precioso empleo,
profana adoración de viles gentes.

Infeliz pues, si facultoso el hombre,
en cuya loa no se mueve labio,
ni apenas de quien fue queda memoria:

el rico sin bondad, muere sin nombre,
que's sólo el virtuoso, sólo el sabio
de poema dignísimo, y de historia.

Rosardo. No viene fuera de propósito el que me ha representado la memoria para deciros en ocasión semejante. Trata de desengañar a otro viejo, casi como ése, olvidadizo de su ser, cascarrón muy rozagante, y sobresaliente en todas conversaciones. Jurador por excelencia; antipara, y cedulón de valiente de mentira: y en especial tan mentiroso, que con el galante ornato de las que por momentos forja, se engaña a menudo a sí propio, juzgando verdad el sueño: ved qué propiedades dignas de un sujeto todo cano.

Florindo. Vituperó galanamente un día cierto Padre Dominico, que ha tres cuaresmas predicó en Santiago, la costumbre de tal vicio. Afeole por muchas causas, sobre todas, por

¹³ Baco.

infructuoso, siendo más que otro cualquiera inútil, y sin provecho para quien es dado a su continuo resbalamiento. De todos los demás (decía) parece, se sacan algunos, si bien ilícitos deleites; sólo éste se halla vestido de vituperio, y de interés despojado. Tan abatido como el mentiroso no vive jamás alguno. Órgano tan enseñado a tan mal temple, que el suave tono de la verdad suena en él desapacible, como no usado, ni creído. Con otras muchas razones le detestó diestramente, que era sutil y facundo, y digno por muchas más de ser alabado de todos. Así, por la excelencia en su oficio, Apostólico, y soberano, que lo fue primero de Cristo y de su Precursor el Baptista, le historié según mi costumbre con las cifras de Helicon, que después de decir vos al viejo el nombre de las Pascuas, que ya tenéis prevenido, le plantaré en la estacada.

Rosardo. Dice pues, lo que se sigue:

Átropos, Tirsi, ya, con alas leves,
circunda de tu choza los umbrales;
Átropos, que a los bienes, y a los males
inexorable, intima espacios breves:

rendirás a la tierra lo que debes;
en cuyo seno son todos iguales;
que se ocultan los términos fatales
entre esperanzas del vivir alevés.

Si aura que apenas nace, cuando muere,
es el precioso don del ser humano;
luz que se muestra, y presto se retira;

sabio, quien desto el desengaño adquiere,
feliz quien huye el título de vano,
y obrando bien, a eternidad aspira.

Laureano. Desengañele Dios por otro camino, si ese tan verdadero no es bastante. Mucho más sordo que Áspid, el que al son de tan fuerte verdad no diere oído. Atended ahora al dedicado al insigne Predicador:

No hay alma tan rebelde, tan exquiva,
y en sus engaños de tan libre freno,
que no le pame, y no le rinda el trueno
de tu voz, eficaz, cuanto atractiva.

Órgano de palabra eterna y viva,
de sacra ciencia y énfasi más lleno,
jamás al sitio en hombros del Tirreno,
vino de la Sirena fugitiva.

De ajeno bien tu espíritu celoso,
médico experto, los defectos cura
con tal fervor, que al mas helado enciende:

que en tus discursos halla el más curioso
utilidad mezclada con dulzura,
por quien inmoble de tus labios pende.

Rosardo. Conviene dar fin a lo comenzado porque respeto de mi partida, no quede imperfecto. Mas el postrero discurso por ningún caso me toca, como ajeno de mi profesión. Viene a ser de

la de Florindo, y según esto, correrá por su cuenta su curiosa explicación, pues ha seguido tal hábito con tan glorioso esplendor tanto tiempo en varias partes.

Florindo. En todo podéis ser siempre excelentísimo Maestro, tan plático y experimentado os halláis en todo. Mas pues vuestro mandato es ley, no replico en lo ordenado, si bien para discurrir en lo propuesto, reconozca en mí, corta suficiencia.

Guerra es lo último que ha quedado, pues la última ha de ser entre todas las cosas que se intentaren. Notorios son los muchos bienes, que de la paz resultan. En esta conformidad, dice el Apóstol: Haced lo posible por tener paz con todos los hombres: y asista siempre al gobierno de vuestros corazones la paz del Señor, a quien sois llamados en un cuerpo. Penuria es, sin ella, toda riqueza; toda alegría dolor, y muerte toda vida. Si camináredes según mis órdenes, dice Dios, yo os daré la paz en la tierra; pero si no me obedeciéredes, y despreciáredes mis mandamientos, haré venir sobre vosotros la vengadora espada de mis confederados, y seréis entregados en poder del enemigo.

La principal intención del Príncipe debe ser, que vivan en paz los súbditos. Por tanto, los cuerdos, sólo se valen de las armas para defenderse, de quien pretende inquietarlos. Queriendo dar a entender esto, usaban traer los Romanos el anillo militar en la mano siniestra, que es la con que se acomoda el escudo, y no en la diestra, propia de la espada; pareciéndoles, tenían las Repúblicas bien instituidas, más necesidad de defenderse, que de ofender. Finalmente, se valió Dios de las guerras para castigar los pecados de los hombres: y así mucho de temer, si se consideran los efectos que producen. Vive entonces, despierta la codicia; la avaricia crece; la Justicia cae: la violencia domina; el robo reina; triunfa la sensualidad; imperan los malos; son oprimidos los buenos; hollados los inocentes; las mujeres violadas; arruinados los territorios; abrasados los edificios; destruidos los templos; profanados los sepulcros; robados los bienes; desterrada la virtud y honrado el vicio. Véense despreciadas las leyes; desamparado el divino culto; oprimido el pueblo; el comercio impedido; aborrecidas las ciencias; campeando por todo entre diversos géneros de atroces muertes, sólo el espanto, la confusión, el terror, la calamidad. Débese pues, juzgar dichoso aquel Reino, donde se hallan obedientes los particulares a los Magistrados; los hijos a los padres; los criados a los señores: sobre todo, donde viven los súbditos ligados en amistad, y benevolencia entre sí; y todos con su Príncipe, con que gozan unos y otros la verdadera quietud del ánimo, derivada de la dulzura de la paz. En la que Romanos concluyeron con el Rey Porsena, sacaron por condición, no se usase hierro, sino en cultivar la tierra; tan lejos deseaban vivir de la militar inquietud. ¡Oh profesión penosísima la de la soldadesca, donde es propio alimento el sobresalto, la incomodidad, el peligro! Ocupación en suma, que hace a los hombres fieros, bárbaros, y crueles: no como la pacífica, que los conserva tratables, corteses, amorosos. Y así, casi divino el Príncipe, que entre los súbditos la procura, introduce, y conserva. Como la Milicia del Reino, está sólo destinada para guardia y conservación suya; y ésta (según el estado presente) consiste tanto en reputación, cuanto en fuerzas; por falta, si no de ejercicio, de facciones, oso decir han cobrado aquí las armas opinión de flojas, en comparación de las donde los riesgos están más propinuos: más continos los trabajos, y los preceptos militares en más rigurosa observancia; no obstante deba ser siempre uno el rigor de la disciplina.

Dos particulares ocurren, cuanto al gobierno desta gente; el primero en su favor, y en su desfavor el otro. Consiste aquél, en los sueldos, cuyas pagas deben ser puntuales; respeto de carecer de otro refugio, ni remedio para sustentarse; hallándose en tierra estraña, poco afecta a la nación y al hábito. El segundo, pone la mira en su castigo; porque excluida la excusa de no pagados, hallan sus excesos cerrada al perdón toda puerta. No es lícito, tolerar a soldados alguna desenfrenada licencia. Es de prudentes ser rigurosos en castigar delitos de la guerra; porque no se yerra allí sin gran peligro; ni ha de haber pena liviana, donde todas las culpas son graves.

El Emperador Aurelio puso gran diligencia y trabajo en restituir a su estado primero la observancia de la antigua milicia. Esto certifica cierta carta suya escrita a un General de ejército, de igual tenor:

Si quieres ser Tribuno, o, por mejor decir, si deseas vivir, reporta las manos de los soldados. Ninguno ose (notable y menudo singularizar) robar gallinas, o reses, damnificar heredades, ni ofender ajenas viñas. No tome del huésped donde alojare, aceite, sal, ni leña. Todo se contenten con los sueldos y socorros; y si tras esto tuvieren gana de enriquecer, sea con presas de enemigos, no con lágrimas de nuestros súbditos. Tengan las armas, no sólo lucientes, y limpias, sino fuertes y buenas. El nuevo vestido haga deponer el viejo, y sirva lo que sobrare de su estipendio, para adornarse de arneses, no de pompas; como cadenas, joyas, sortijas; que sólo sirven de hacer codiciosos a los contrarios. Viva en su alojamiento cada uno con muestra de continencia. De tal manera esté el Real prevenido y guardado, como si tuviese cerca los enemigos, y por puntos se hubiese de combatir.

Estas pocas palabras contienen una admirable forma de Milicia, de cuya observancia se hallan muchos de los soldados modernos tan distantes; que fuera lo menos concederles y hacer entre ellos lícitas, las menudencias que prohibía a los suyos aquel Emperador con pena de la vida.

Si un soldado (prosigo el rigor del mismo) cometía adulterio con la mujer de su huésped, le hacía desmembrar en dos árboles, doblando el uno hacia el otro. Por sólo un huevo, que robase, padecía cantidad de azotes; y a menudo por mínimo error o falta, se borraba o despedía una Legión entera, quedando el Capitán severamente castigado. Ni por semejante aspereza dejaban los soldados de amar, como a padre, a su Emperador: puesto que por otra parte, los reconocía con mucha liberalidad. Dábanse las pagas puntuales; y los socorros a tiempo; con que todos procedían sin olvidar su obligación. Y es cierto, se puede afirmar, no haber otro más verdadero, y seguro modo de remediar tantos desórdenes, como se miran hoy en los ejércitos. ¡Gran felicidad tener cuidado, y poner freno a los apetitos de tantos! Según esto, el que hubiere de salir, desde su robusta juventud gran Maestro de campar, debe siempre tener en la memoria tan importante requisito, pues con ser pronto en las pagas, podrá cerrándole a quejas, abrir lugar a castigos. Es defecto del imperante, y no de naturaleza, el faltar buenos soldados, dondequiera que hubiere hombres; porque el cuerdo superior usa en los tiempos de paz, las órdenes de la guerra. Importa cuanto ser puede, saber con certeza el número de soldados con que se halla, así forasteros, como súbditos y naturales, queriendo bien a menudo ver en persona las muestras de todos. Tras esta curiosidad, le toca ordenar por sí pagas, municiones, y bastimentos, honrando a los capitanes, que pusieren más cuidado en tener más cumplido el número de su conducta, y más en orden de armas y destreza de pelear los que pendieren de su cargo.

Para esto es muy a propósito, el colocar las Jinetas, o Conductas en personas de conocido valor, servicios, y prudencia, bien opinados, y vistos entre los de la nación. No en tenidos por malsines, y por odiosos soplones, si bien éstos, más que los buenos, en sus aumentos solícitos. Porque, así como del digno empleo, se sigue gran consolación para los soldados, y también para los curiosos, o pretendientes de las mismas; atentos siempre a las partes y capacidad de los nuevos capitanes, tapándose a sí propios las bocas con lo bueno, que en los electos descubren: así al contrario, de los juzgados por indignos y deméritos se derivan desconsuelos graves, y crecidos sentimientos, viento usurpar al indigno lo que al más digno se debe, y de justicia le toca. Con elocuencia, consejo, y buenos capitanes, dijo el máximo Alejandro, había conquistado tan presto tan grande parte del mundo.

Por el consiguiente, alabaría (puesto que del tomárselo todo resulta evidente escándalo) dejar a los Capitanes sin lazo¹⁴ la voluntad para el nombramiento de Alférez; por parecer

¹⁴ Libre.

conveniente; y pedirlo así la razón y costumbre militar. Sirven en las compañías algunos hombres de partes, con segura esperanza de empuñar a su tiempo la bandera, caminando por sus grados hasta los mayores de la milicia (de quien muchos han sido ejemplo) lo que les viene a ser imposible, si se confiere al de afuera sin servir, o al que en otra parte ha servido, ganándoles la bendición por el favorable medio que le antepuso y suplió.

Es sobremanera conveniente, cuanto a este particular, advertir los engaños y mentiras con que son tratados los Príncipes de los que hacen cabezas de semejantes compañías. Róbanlos sin cesar en paz y en guerra; y esto de su opinión, sin algún escrúpulo, por hacerlo, según alegan, para lucir mejor en su servicio; siendo cierto se padece disminución poco menos que en la tercera parte del cuerpo del mayor ejército; como lo reconoció el Rey Francisco en la batalla de Pavía donde fue preso. Síguese de aquí; no igualar jamás las fuerzas con la voz, y verse de ordinario quedar frustrados los disinios, y pérdida la autoridad, llegada la ocasión de ejercer las armas: daño urgentísimo, que pide pronto castigo y vigilante remedio. No se debe dar lugar a que se atreva ninguno a intentar tan dañosas fraudes, haciendo por momentos conocer al que fuere tan osado las rigurosas demostraciones con que se castigan. Así, bien informado, y cierto el caudillo de las fuerzas, que conduce, ordena según su cantidad las empresas. Con esto, y con imitar diestramente entre antiguos a Fabio Máximo, por sobrenombre el Cunctador, restaurador, y vitorioso con ventajosas detenciones (no se aventure todo en una facción) no sólo se menosprecian las sañas de los más feroces, y más levantados ánimos con recientes vitorias, sino que gloriosamente se prostran, se debelan y deshacen. No porque conviniendo, haya de faltar espíritu, y valor para batallas campales; sino por ser tanto más gloriosa, sublime y digna la vitoria, cuanto con menos exceso de sangre se consigue.

De España suelen venir al Reino tropas de nueva Infantería, y como tal, débil, achacosa y casi desnuda, que a tanto padecer en tan largo viaje, mal pueden resistir tan manidos despojos. Conviene pues, apenas desembarcada, vestirla, y si menester, armarla, enviándola a presidios, donde poco a poco se restaure. Corre evidentísimo riesgo de muchas muertes, cuando así maltratados, se detienen en el Arsenal, donde la desnudez, el mal comer, y dormir en suelo húmedo, y destemplado acaba míseramente con ellos. Enternecieron los riscos, y sacaran llanto aun de los bronces las tremendas calamidades padecidas por la gente, que habrá cinco años vino de España a orden del Capitán Don Diego Manrique de Aguayo. Murieron de incomodidades pasados de setecientos, del número poco más de dos mil, sin la cantidad de otros, a quien diversos achaques dejaron lisiados por mucho tiempo. Fue la ocasión el detenerlos tanto en aquel lugar corrupto, menesterosos de cuanto es conveniente a la vida. Trance para la nación fortísimo, de quien fueron fieles testigos los hospitales de Nápoles, donde veinte a veinte se llevaban; faltando suelos y camas donde poder recibirlos, y casi sepulturas donde echarlos; mas quien carece de piedad, del infierno es vivo retrato.

Demás de ser esto necesario para la conservación destos hombres (cualquiera de quien tanto cuesta a su Majestad ponerle en Italia) está por otra parte, fundada semejante brevedad en razón de honor y decoro; porque vistos por los naturales en tan mala forma, no se provoquen a desprecios, no sólo para los a quien miran en tan viles paños, sino también juntamente para con los demás de la nación; pareciéndoles ser todos (juicio en particular proprísimo de los vulgares) de una misma condición y metal. Es bien notable, a propósito de mantener y estimar las vidas de los Españoles, lo sucedido en Flandres a Don Antonio de Zúñiga, que después murió en Lisboa, General de aquella Infantería. Envió el que entonces gobernaba la guerra en los Estados a este Caballero, que era ya Maese de campo, con cierta cantidad de soldados para que reconociese un puesto importante, ocupado por el rebelde. Fue Don Antonio con tanta solicitud, y silencio, que dio sobre él, sin ser sentido. Hallele, fuera de toda opinión¹⁵, desapercibido, y descuidado, y pareciendo al Caudillo oportuna ocasión para embestirle, lo

¹⁵ Inopinadamente, sorprendentemente.

puso en ejecución animosamente. El enemigo sobresaltado al improviso (si bien de cortísimo número) se confundió de manera, que antes de ponerse en orden, fue desbaratado y echado del sitio. Murieron de los Flamencos más de mil; y sólo faltaron nueve de los Españoles. Llegó el Zúñiga como era justo, ufano con el aplauso de igual vitoria, y al referir delante de quien le había enviado, el modo de conseguirla, hizo mención de los que perdió peleando. Indignose el que le oía grandemente; y mandó, le cortasen al punto la cabeza, por causa de dos excesos. Por haber sin orden acometido, el primero; y el otro, por la falta de los nueve Españoles; cuyas vidas juzgaba mucho más preciosas, que las mil quitadas a los enemigos en el vencimiento. Ni fueron menester pocas intercesiones, y ruegos para revocar el rigor de la orden dada.

Mandaba el Duque, siguiese cada cual en toda ocasión su bandera, sin dar jamás lugar a que soldado se quedase en Nápoles, a frecuentar con la ociosidad varios vicios. Que cualquier Español que llegase a esta Ciudad asentase luego plaza so grave pena. No se juzga en ella bien entretenido, quien deja de servir a su Rey en parte, donde no tiene renta, ni ocupación, que le ministre sustento. Milagro de algún paseante, que con mujer y familia, sin hacienda ni otro sueldo, abunda de dinero, galas y regalos.

Débase, aunque el amor se disimule, amar tiernamente a sus conterráneos, echando siempre mano dellos en primer lugar para las facciones de mayor importancia. El Duque los ocupaba en los grados más dignos, y de más confianza en la milicia; afirmando dellos en público, y en secreto, ser la mejor y más valiente nación, que tenía el mundo; y que era no pequeña dignidad, sólo el haber nacido Español. Alabanza y honra como suya, y conforme a las muchas experiencias, que tenía hechas de diversos. Confirmaba semejante excelencia, con el ejemplo de las otras naciones; que siempre le conceden el segundo lugar, aplicándose a sí cada una, como apasionada, el primero.

Requiere singularísimo cuidado el enviar a las Provincias con títulos de Capitanes a guerra, Varones de corazón y ánimo grande, experimentados y conocidos, y más cuando los Presides no tienen noticia de las armas, como suele acontecer a menudo. Léese, haber enviado las ciudades de la Grecia sus embajadores a requerir otras Repúblicas, que las acomodasen de algún su Capitán señalado, cuando ellas carecían de tal persona. Ni esto se atribuyeron nunca a deshonor o menoscabo. Así, los que allí gobiernan, si no han conocido milicia, es justo tengan paciencia, dando permisión voluntaria para que otros pláticos la ejerciten; siendo a tantos conveniente. Ni es razón hacer las provisiones al sonido de los títulos, sino a la medida de la suficiencia. Hállanse muchos (dígase sin ofensa de los valerosos, antes por causa de honra y aumento de sus alabanzas) de escasa prudencia, y esfuerzo, mostrado en todo el discurso de sus servicios. Si bien con veneranda apariencia, menguados, fantásticos, quimeristas, buenos sólo por el nombre, de boato, y tronido; mas por la sustancia débiles, y de aniquiladas obras. Lo que se puede rastrear fácilmente del progreso de sus vidas, y de la cuenta que dieron de lo que estuvo a su cargo. Atendió el Duque a esto con vigilancia, como a todo lo demás, y hecho juicio del sujeto, raras veces se engañaba.

Fue prestísimo en remitir los socorros, que de Nápoles se suelen comunicar a otras partes; así de gente, como de varios pertrechos, y municiones. Tenía por dañosa mucho cualquier mínima dilación, que se interpusiese en esto, por la importancia de las ocasiones con que se piden, y envían. A cuyo propósito decía; se debían hacer las guerras gruesas, y cortas: con potencia menor nunca; para que el enemigo pueda de un golpe ser debelado. Publicaba, ser en el Capitán General muy conveniente, tener nobleza, experiencia, valor, fortuna, prudencia, pericia militar; y sobre todo autoridad para mantener obediente el ejército; República de hombres movediza, compuesta de diversas lenguas, y humores. Que el vigor de su ánimo generoso, no ha de temer cosa que no la conozca primero, quién es, de dónde deriva, y si es digna de poner cuidado. Conocía (puesto que el Príncipe no puede asistirlos, ni tener

contentos a todos los súbditos con su presencia) convenir, sean los Virreyes (cuyo bueno, o mal proceder causa el amor, o el odio) conforme a las intenciones, y humores por naturaleza, y accidentes de las provincias. Para con los inquietos, severos, militares, vigilantes, sagaces; para con los fieles, y tratables, providentes, suaves, prudentes. Apuntaba, usa de la fraude la razón de guerra para vencer; como de la virtud, la del Estado, alguna vez: empero muchas, hacen sospechoso al Príncipe, con que ninguno se fía dél. Según el derecho Canónico, confesaba, ser la verdad tan de su boca, que le parece imposible el no hallarse en ella. Llamaba al juramento, y palabra, fe inviolable, hermosura de los hombres, divinidad secreta en su pecho, y oráculo en la boca de los Príncipes; consistencia de los Estados; verdadera materia de la razón dellos, y su conservación. Que lo contrario, ocasionaba desconfianza en los súbditos; menosprecio en los enemigos, recelo en los amigos, cuyos corazones tiene¹⁶ el mantener la fe, y la palabra. Diole el Cielo inteligencia para penetrar las más ocultas naturalezas de los súbditos: prudencia, para darles convenientes leyes a ellas; providencia para mantenerlos en paz con policía, y justicia; destreza en contemporizar con los inconvenientes cuando era menester; madurez en los consejos; celeridad en las ejecuciones; constancia en las cosas deliberadas; industria en mantener la paz interior, y exterior; juicio en contrapesar para esto los Estados; midiendo sus fuerzas; sabiendo las ajenas, y el gobierno, intentos, intereses, accidentes de los confines, para valerse dellos en las ocasiones. Quiere el orden de la naturaleza; no puedan dentro de un sujeto solo, asistir juntamente dos contrarios, mas con todo, en los ojos del Duque, muchas contrariedades se descubrían. Si benigno miraba a los buenos, los volvía dichosos: si severo a los malos, los desmayaba: si piadoso a los afligidos, los consolaba: si airado a los arrogantes, los estremecía: si apacible a los tímidos, los aseguraba. Alcanzó conocimiento tan cierto de las cosas divinas, que ni la superstición le hizo tímido, ni la licencia precipitado. Debajo de todos estos tan sólidos fundamentos, se reconoció en su Era, no haber ni mínimo descuido en el culto, en la obediencia; en la defensa pronta de su autoridad. Venerábanle por eso, y en una voz se oían todos, que aun cuando sin obrar, con callar sólo podía dar cuidados. Porque en efeto, era virtuoso no sólo en la costumbre, sino por la razón, que hace la diferencia del ser virtuoso, o acostumbrado.

Esta desde su juventud óptima forma, y labranza de ánimo, ministró luz copiosa al entendimiento, imperio la razón, término a la voluntad, freno a los afectos, a las acciones regla. De todas las recreaciones, sólo a la de la música dio más permitido lugar. Decía, conocerla importante para suspender, deleitar, y encender el ánimo para darle tranquilidad; para mitigar las pasiones, infundir espíritu, y levantalle a la contemplación: para divertir, y arrebatir los sentidos, con la armonía, y consonancia música, transferida a los números; encerrando en sí cosa tan divina, que sabe de inmortalidad. Cuando tuvo tiempo, atendió a las Historias, en que está recogido cuanto es menester para bien vivir, y reinar, a cuya leyenda unió los escritos de Geografía, y de Estado. Por manera, que rigiéndose felizmente a sí, enseñaba la Ética; disponiendo la familia, mostraba la Económica, y administrando el Estado, descubría la Política, siendo el ejercicio de la virtud, su quietud verdadera. Servíale la lengua de segura llave para abrir el Erario de los mayores secretos; ni esto por curiosidad de saber sólo, sino por reglar con lo que aprendía el edificio de su vida: pensamiento digno de tan gran Príncipe, en quien a vivos caracteres, no sólo se leía la luz del entendimiento, sino también el efecto de la voluntad, concurriendo unidamente en ambos, lo mejor que en muchos diversos estaba esparcido. Así, por sus tan raras calidades, le juzgó por superior en méritos, cuanto se halla debajo el estendido pabellón de las estrellas. Oía favorablemente razonamientos que imprimen belleza de costumbres de sabios, y virtuosos; cuya asistencia (como arriba se dijo) le era grata, porque su comunicación enseña, mas deleitando insensiblemente, hablando en las materias que ocurren, que los preceptos, desapacibles a los Príncipes, por la superioridad que la enseñanza, y sabiduría ha concedido, y apropiado a los Maestros. ¡Oh rara memoria de Señor felicísimo, cerca de cuya persona se vía, casi de

¹⁶ Retiene.

continuo, una rueda de inteligentes, causa por quien se podrá decir, fuese en su tiempo un Sol resplandeciente en medio de varias estrellas! Por eso, faltó cuando él, la protección de las letras, y la gloria de todas las virtudes. Decía, jamás se había de dejar el Príncipe en soledad, que es desagradable, y tal vez, sin pensar, se vuelve, iracundo, pensativo, y de malos intentos. Tiberio Emperador, retirado en Rodas, salió lleno de simulaciones secretas, y lujurias que no tenía, comunicando sus amigos, y consejeros. Puesto que la guardia de virtuosos hace, no se le atreva alguna nota, afirmando, dañan siempre los vicios del Príncipe; los enemigos hasta vencellos. Puede ser bueno sin buenos, con los malos es imposible.

Tenía distribuido el tiempo, y dispuesto con buen orden lo que había de hacer; medio necesario y de Sabios para la administración, claridad, distinción de las cosas, y su correspondencia, y dependencia, para saberlas, tenerlas en la memoria, y tratar dellas claramente. Por esto, conviene mucho el considerallas, y el lugar donde las han de poner, y hallar para valerse dellas, con sus semejantes, y contrarias; que facilita la memoria, y despacho; y enseña con presteza lo que sin tal orden jamás viniera al pensamiento. Nunca pasaba de un extremo a otro súbitamente, sino procedía de grado en grado, sin pervertir con mercedes intempestivas, y monstruosas el orden debido de los premios. Entre los dos extremos de invierno, y verano (decía) se interponen como amigables medianeros, otros dos más blandos, y apacibles, primavera, y otoño; por cuya suavidad, y dulzura no se entra de golpe en el rigor de los primeros. Regla, que deben observar los Príncipes en adelantar sujetos, sin trasladarlos con violencia donde apenas se lo imaginan; por más que incite, y haga fuerza la obligación de quererse mostrar gratos a servicios, o favorables a casamientos. Y no obstante fuese libre la voluntad, usaba de tal orden, que se podía conocer de lo que había querido primero, lo que después podía querer. Siempre tenía firme resolución de hacer lo justo, y honesto; libre de interés, pasión, persuasión; acordándose cuando más obsequiado, que era hombre, y reconociendo de Dios, aquella autoridad, y poder respectable. ¡Oh cuán digna es de envidiar una vida consumada en virtuosas acciones!, de cuyo cúmulo compuso el mundo una inmutable norma, para enseñar a los mayores el derecho, y seguro camino de enderezarse al sublime albergue de la gloria. Alcanzó últimamente, aquel Heroico, y Máximo; aquel Gobernador sin segundo, luz grande en la condición de las cosas humanas y en él (¡circunstancia prodigiosa!) con haber llegado todo a su perfección; nada declinó jamás. Cuanto a novedad es cierto, añade el día de hoy, alguna cosa al de ayer. Afírmase por eso, se hallan de mano en mano, más propios modos de vestir, de habitar, de hablar, de escribir, y de todas las restantes operaciones humanas: ni son las invenciones de los hombres en un mismo tiempo, comenzadas, y concluidas; sólo el siglo que por su gran dicha gozó del Duque, llegó por él, a lo sumo de toda perfección en el gobierno y milicia. Mas con el eclipse de aquel Sol, con la falta de aquella vida, quedó también todo valor eclipsado; toda capacidad diminuida; sin que haya después acá producido España otro su semejante. Sintiose extremadamente su pérdida, y era muy puesto en razón, porque siendo el amor virtud unitiva, era forzoso entristecerse todos al desunirse de su bienhechor benignísimo: cuyas palabras, dado que cada uno no las pudiese oír, no era empero prohibido a cualquiera el ver sus obras.

No faltaron émulos de sus glorias, mas o no los estimaba, o no se daba por entendido, remitiéndolos, sin la fe y crédito de tantas plumas, a la pública erudición de varios bronces, y mármoles, erigidos con diversos títulos a su inmortalidad; mostrándose, con ser de todos envidiado, a todos benévolo. Fuera de que decía muchas veces, ser oficio de buen Gobernador, hacer con dones aficionados a los mal afectos; mostrándoseles magnífico; siendo, según Casiodoro, mayor hazaña, y empresa perdonar al enemigo, que vencer y conquistar una ciudad. Solía poner mucha diferencia entre el beneficio, y el premio; ya que el premio se da por mérito; el beneficio por gracia. Jamás le causó molestia el oír lo que convenía; advertido con la sentencia de Teopompo; que consistía en dar libertad a sus amigos, para que sin temor le dijese verdades: tan sin contradicción tomaba parecer en las dudas, de sus confidentes; porque por este camino jamás faltasen aciertos a sus acciones; siendo, según

Platón, la ignorancia peste de los poderosos. Pensaba maduramente sobre las opiniones de todos, y con prudencia hacia juicio, y elección de la más cuerda, o sea, de lo que por la suya le parecía más conveniente. No tenía por mejores amigos, o criados a los que cuanto hacía alababan, sino a los que con modestia advertían. Distinguía con discreción, los que astutamente le adulaban, de los que con afición le amaban y servían. En suma, se gobernó siempre tal forma, que en él hallaban que imitar los naturales; que loar los estraños. ¡Oh cuán difusamente se ofrece a la memoria la divina historia de sus costumbres, siendo en fin, todas ellas más dignas de admiración sobrehumana, que de alabanza terrena! ¡Oh cuántos pudieron beber en el caudaloso río de sus virtudes, y cuántos gustar los saludables frutos del árbol de su vida! Si le hubiera alcanzado Jenofonte, no escogiera por ejemplar, la persona de Ciro, sino la suya, para imagen y método de un importante y justo gobierno. ¿De quién, como de lo divino de sus excelencias, pudiera copiar perfecciones, reduciendo su institución en escrito?

Silverio. ¡Oh felicísimos vivientes los de aquel siglo, que de tantos bienes fueron merecedores, por la benigna influencia de aquel resplandeciente Sol, de quien fue Oriente Iberia! Mas ¿para qué se refiere lo que pasó, si mayor, o por lo menos igual felicidad se manifiesta hoy en la misma parte? ¡Oh qué exceso de nueva alegría ciñe el Reino Napolitano! ¡Oh qué sobreabundante júbilo se descubre en todo! Ríe el cielo: alégrase la tierra: saltan y juegan en el quieto mar los peces de gozo. Los pájaros con más armonía, y deleite prosiguen el concierto de sus capillas. Soplan blandamente los vientos. Anéganse los vivientes en un piélago de insólito contento y regocijo. Yo pues, en nombre de todos, es justo dé el parabien a la causa de efectos tan dichosos; diciendo con todo el caudal de afecto de que es capaz el corazón:

Venga a Reino feliz, en feliz hora,
en Trirreme veloz, émula al viento,
Sol, que produce universal contento;
cuyo renombre augusto fue su Aurora.

Su vista a la de Mayo precursora,
en todo influya gozo, y ornamento;
en todo espire regalado aliento,
por él sus galas anticipe Flora.

Suden los robles miel: corran los ríos
ambrosía desde hoy; néctar las fuentes;
resuelto en leche el piélago profundo:

de templanza se vistan los Estíos;
recobren blando ser los accidentes;
pues de Saturno el Reino vuelve al mundo.

Rosardo. Y yo asimismo, solicitando la benignidad de su presencia, con la reverencia y obsequio, debido al cúmulo de sus perfecciones, aclamaré con alegrísimo semblante, con vez, y voz de general aplauso, su no menos feliz, que deseada venida; prorrumpiendo el corazón por la lengua en iguales concetos:

Vuestra Excelencia, Señor, como tan gran Príncipe, siga en todo la idea de tan grande tío, su glorioso predecesor. Como copia de su corazón, júzguese está obrando uno en otro. En todo le represente, como su imagen; a cuyo ánimo, corporal y espiritualmente parezca se han transfundido sus virtudes; propias por la coherencia de sangre, y representación de persona en sus Estados. En la suya se mire comprendido cuanto fueron, cuanto hicieron sus abuelos esclarecidos, siendo de tantos Héroe de su linaje un admirable compendio. Méritos son de su casa, válgase dellos como de su hacienda. Tiempo pasado es aquél, mas digno de ser espejo

del presente. Consista la variación en el período de los años, no en el de las ínclitas acciones. Que así, adquirirá nombre de singular y prudentísimo Artífice en todo: y así alcanzarán premio los buenos, castigo los malos; y el Reino, puesto en deuda infinita, participará de cumplida felicidad: en cuyo gobierno prospere, guíe, y alumbre Dios a Vuestra Excelencia en cuanto pusiere mano.

FIN

Iacobus Terrag. Vic. Gen.

D. Ioannes Dominicus Aulsius Theol. Can. Dep.